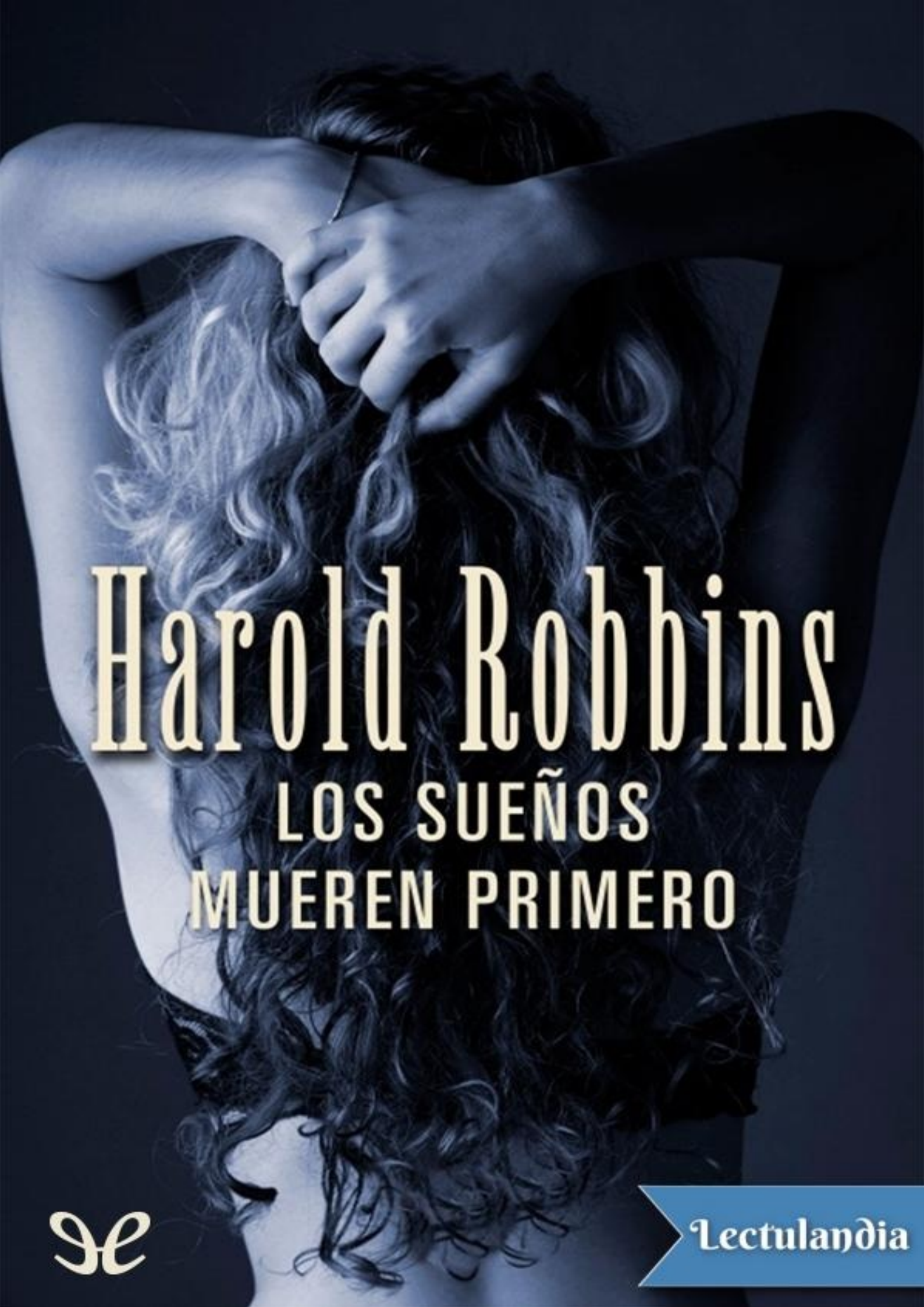




Harold Robbins

LOS SUEÑOS
MUEREN PRIMERO

se

Lectulandia

Gareth Brendan se hace cargo del *Hollywood Express* un semanario al borde de la ruina, y lo transforma en *Macho* una revista underground que escandaliza y fascina a millones de lectores con sus comentarios audaces y sus desnudos sorprendentes. Pero el precio que debe pagar es alto: su vida va a estar ligada a la de su tío Lonergan, a sus contactos con el hampa y a su inescrupulosa sed de poder. La vida de Gareth va de un choque violento a otro, con la ley, con la mafia o con sus competidores. Pero Gareth quiere más. Su sueño es transformar su revista erótica en un extraordinario universo personal: casinos clubs, lugares de vacaciones, hoteles... Un universo de hedonismo desbordante en el cual dinero y sexo no pueden distinguirse, pero también un universo de drogas, y violencia que amenaza con escapar del control de Gareth Brendan...

Lectulandia

Harold Robbins

Los sueños mueren primero

ePub r1.0

Titivillus 25.06.17

Título original: *Dreams Die First*
Harold Robbins, 1977
Traducción: José Manuel Álvarez Flores
Diseño de cubierta: Damià Matthew e Ignacio Ballesteros

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro es para Grace
porque Grace es para mí

Libro Primero

HACIA ABAJO

Eran las cinco de la tarde cuando me desperté. La habitación apestaba a cigarrillos rancios y a vino tinto agrio y barato. Bajé de la cama y a punto estuve de caer al tropezar con el muchacho que dormía en el suelo junto a ella. Le miré sorprendido. Estaba desnudo y yo no lograba recordar cómo o cuándo había llegado allí. Aún peor, no le reconocía.

No se movió cuando crucé la habitación, subí la persiana y abrí la ventana. Dice la canción que en el sur de California jamás llueve; no lo creáis. El viento azotó el agua contra mí y fue como meterse bajo una ducha fría.

Solté un taco y cerré la persiana.

Parte de la lluvia alcanzó al joven, pero no lo despertó. Se volvió y se encogió hecho un ovillo, con las rodillas en el mentón. Le rodeé para entrar en el baño. Aún me quedaba media hora para llegar a la oficina de desempleo y recoger mi cheque. Me apresuré; aún podía llegar a tiempo.

Diez minutos después cruzaba la puerta principal. El Cobrador, cuyo Jaguar rojo del 68 nuevo bloqueaba el tráfico que a aquella hora punta llegaba de la autopista hacia Highland, estaba sentado y esperándome. Alzó la mano; crucé corriendo la acera barrida por la lluvia y entré en el coche.

—Todavía no he cobrado —dije, antes de que él pudiera hablar—. Precisamente ahora voy al desempleo.

Su reluciente rostro negro se arrugó en una amable sonrisa.

—No te preocupes, Gareth, me lo suponía. Te llevaré.

Se metió en el tráfico desdeñando los bocinazos atronadores que sonaban tras él.

—Mal debe ir el negocio para que Lonergan te mande a perseguir a la gente menuda —dije.

Aún seguía sonriendo.

—Lonergan cree que si uno se cuida de los centavos, los dólares se cuidarán de sí mismos.

A esto no supe qué responder. Llevaba en lo de Lonergan tanto tiempo que casi se me había olvidado cómo empezó todo. Tres, quizá cuatro meses atrás, poco después de mi primer cheque de desempleo. Y no conseguí levantar cabeza desde entonces. Fue como aceptar una reducción instantánea de diez dólares. Yo le daba a él todas las semanas mi cheque de paro de sesenta dólares y él me entregaba cincuenta en metálico. Si pudiese haber pasado una semana sin los cincuenta, no hubiese habido problema. Pero imposible. Sin ellos no podía pasar.

El Cobrador giró y entró en el aparcamiento y se colocó frente a la entrada.

—Me quedaré aquí mismo —dijo—. Vete a buscar el cheque.

Salí del coche y corrí a la puerta. Conseguí entrar justo cuando el conserje ya

venía a cerrar. Verita, la chica mexicana, estaba en la ventanilla de siempre.

—Pero por Dios, Gary —se quejó—. ¿Por qué vienes tan tarde?

—¿Por qué crees tú? Estuve buscando trabajo.

—¿Ah sí? —sacó del cajón los impresos y me los pasó—. Estaba lloviendo y te quedaste en la cama a echar otro polvo esperando a que parara.

—Eso solo lo hago cuando estás tú conmigo, niña —dije, firmando—. No hay mujer que pueda hacerme repetir de ese modo.

Sonrió y me dio el cheque.

—Eso se lo dices a todas.

Doblé el cheque y lo guardé en el bolsillo.

—No es cierto. Pregúntalo.

—Voy a hacer una cena en casa esta noche —dijo—. Buenas enchiladas. Tacos con carne de verdad y vino tinto. ¿Vienes?

—No puedo, Verita. De verdad. Tengo que ver a un tipo para un trabajo.

Hizo una mueca:

—Siempre que un hombre me dice «de verdad» sé que miente.

—Quizá la próxima semana —dije, dirigiéndome a la puerta.

—No habrá próxima semana —respondió ella.

Pero yo ya estaba en la puerta y hasta que no entré en el coche no caí en lo que ella quería decir.

El Cobrador me tenía preparada la pluma. La cogí, firmé el cheque y se lo entregué. Repasó la firma y se metió el cheque en el bolsillo.

—Bueno —cabeceó; luego, su voz se endureció—. Ahora lárgate.

Le miré sorprendido.

—Oye, no me das mis cincuenta...

—Se acabó —dijo—. Ya no tienes crédito.

—Pero ¿de qué hablas? Hicimos un acuerdo...

—Solo mientras recibieses tus cheques. No estás al tanto de las cosas como Lonergan. Él sabe que este es tu último cheque y que no podrás solicitar otro hasta dentro de tres meses.

—Mierda. ¿Y qué hago yo ahora? Estoy perdido.

—Podrías volver a trabajar —dijo él—. En vez de pescarte una gonorrea con los chavales.

Nada podía responderle. Al parecer, Lonergan lo sabía todo.

El Cobrador se inclinó por delante de mí y abrió la puerta. Cuando me disponía a salir, me puso una mano en el brazo:

—Lonergan me dijo que fueses a verle esta noche hacia las doce y media a su oficina de detrás del Dome, si es que realmente quieres volver a trabajar.

Luego cerró la puerta y se largó, dejándome allí de pie con toda la cara mojada. Hurgué en los bolsillos y saqué un arrugado paquete de tabaco. Quedaban unos tres cigarrillos. Me pegué al edificio, para evitar el viento, y encendí uno.

Cuando alcé los ojos, vi que Verita salía del aparcamiento en su viejo Valiant. Le hice una seña. Paró, yo corrí y entré.

—Mi cita no es hasta las doce y media, si tu oferta sigue en pie —dije.



Tenía un pequeño apartamento junto a la calle Olivera. Si te inclinabas en la ventana, podías mirar hacia fuera y ver las brillantes luces al fondo de la calle, que estaba ya muy concurrida. Parecía que a los chicanos no les importara la lluvia. Después de cenar era hora de paseo. Salían a la calle y se quedaban por allí, arrastrando con ellos a sus hijos, hasta que se cerraba todo a las dos de la mañana. Luego, los pobres se llevaban a los niños a casa, y los que podían permitírselo iban a los sitios especiales que seguían abiertos. A los mexicanos no les gustaba dormir de noche.

—¡Aquí está Johnny! —La voz de Ed McMahon venía del televisor que estaba detrás de mí a los pies de la cama. Alcé la cabeza.

Sus manos me empujaron de nuevo entre sus piernas.

—No pares, Gary. Es tan bueno.

La miré. En su rostro vi la mueca de concentración que siempre le aparecía cuando buscaba el orgasmo. Le metí tres dedos y mordisqueé suavemente su clítoris. Sentí arquearse su cuerpo y un espasmo cuando acabó. Su respiración se aceleró con un jadeo explosivo. Podía sentir aún temblando sus nalgas en mis manos. Esperé un momento hasta que paró y abrió los ojos.

Sacudió la cabeza lentamente.

—Lo haces tan bien, Gary. Nadie lo hace como tú. Guardé silencio.

Sus dedos descendieron y jugaron con mi cabello, retirándomelo de los ojos.

—Me encanta ver tu cabeza rubia allí abajo, entre mis piernas. Mi pelo es tan negro y el tuyo tan claro. Di la vuelta para bajarme de la cama.

Ella me detuvo:

—¿Tienes que irte? Aún sigue lloviendo. Puedes quedarte conmigo esta noche.

—No te mentí. Tengo una cita para hablar de un trabajo.

—¿Y quién da entrevistas para hablar de trabajo a las doce y media de la noche? —me preguntó escéptica.

Tomé mis pantalones.

—Lonergan.

—Oh. —Bajó de la cama y se dirigió al baño—. Voy a lavarme el conejo. Vuelvo enseguida. Te llevaré en coche.

En el coche guardamos silencio hasta que paró frente al local de Lonergan, detrás del cine Dome.

—¿Quieres que te espere?

—No. No sé cuánto tardaré.

Vaciló un momento:

—No es buena persona, Gary. Ten cuidado.

La miré interrogante.

—Espera que la gente no tenga dinero y entonces los devora —dijo—. Conozco chicos y chicas que están trabajando en las calles por él. A veces manda al Cobrador a esperarlos a la puerta de la oficina cuando reciben su último cheque. Como hoy a ti.

Me sorprendió. No sabía que ella lo había visto.

—Yo no pienso hacer la calle por nadie.

Sus ojos relampaguearon.

—¿Tienes dinero?

—Ya me las arreglaré.

Abrió el bolso y sacó un billete de diez dólares. Me lo puso en la mano.

—Tómalo —dijo diligente—. Nadie debe ir a ver a Lonergan sin dinero en el bolsillo.

Vací.

—Es un préstamo —dijo rápidamente—. Ya me lo devolverás cuando encuentres trabajo.

Miré el billete. Luego asentí y me lo guardé en el bolsillo.

—Gracias.

Me incliné por encima del asiento y la besé.

Había amainado, no obstante, esperé hasta ver alejarse a Verita antes de entrar en el bar Silver Stud.

El bar estaba casi vacío, salvo por unos cuantos golfos que mimaban sus consumiciones. Me echaron un rápido vistazo y con la misma rapidez me descartaron. Aún era demasiado pronto para que los opulentos maricas bajasen de las colinas. Crucé ante la barra. La oficina de Lonergan estaba en el piso de arriba, subiendo la escalera del fondo.

El Cobrador estaba sentado a una mesa en la oscuridad, junto a la escalera. Levantó una mano y me paró.

—Lonergan se ha retrasado. Todavía no ha llegado. Asentí.

Me señaló una silla.

—Siéntate y bebe algo.

Le miré sorprendido.

Esbozó una sonrisa. Sus dientes brillaron blancos en la oscuridad.

—Yo invito. ¿Qué te apetece?

—Whisky con hielo —me deslicé en una silla.

El camarero puso frente a mí el vaso. Tomé un sorbo y lo saboreé. Tenía un gusto áspero y limpio.

—Pareces abatido, muchacho —dijo el Cobrador—. Como si hubieses comido demasiado chile mexicano esta noche.

—¿Cómo sabes tanto de lo que hago? Debo ser muy importante.

Se echó a reír:

—Tú no eres importante. Pero Lonergan sí. Y le gusta estar informado sobre la

gente con la que piensa trabajar.

dos

Lonergan llegó hacia la una. Pasó ante la mesa a la que estábamos sentados, sin mirarnos siquiera y subió la escalera, seguido de su guardaespaldas. Empecé a levantarme de la silla.

El Cobrador me indicó que me sentara.

—Cuando quiera verte ya mandará a buscarte.

—Pasó tan deprisa que ni siquiera me vio.

—Sí te vio, sí. Él lo ve todo —dijo, e indicó otro trago.

Alcé el vaso y miré hacia la barra. Comenzaba a llenarse.

Empezaban a llegar los maricas de Beverly Hills y de Bel Air, después de sus cenas de sociedad. Tenían el aire de quien ha cumplido con su deber y busca luego un poco de diversión. Uno de ellos que me vio mirar debió creerse que intentaba camelarle. Dio unos pasos hacia mí, luego vio al Cobrador y se volvió hacia la barra.

El Cobrador soltó una breve carcajada.

—Eres guapo. Con ese pelo tan rubio podrías ganar mucha pasta haciendo de vaquero.

—¿Es ese el tipo de trabajo del que quiere hablarme Lonergan? —pregunté.

—¿Y cómo mierda lo voy a saber yo? No me hace confidencias.

Media hora después el guardaespaldas me hizo una seña desde el fondo de la escalera. Dejé la bebida en la mesa y le seguí escaleras arriba. Me abrió la puerta de la oficina, la cerró detrás de mí y se quedó fuera.

El aislamiento acústico y el desmayado ronroneo de la unidad de aire acondicionado eliminaban todos los ruidos del bar. La habitación estaba sobriamente amueblada y dominada por una gran mesa escritorio. Un fluorescente redondo con pantalla iluminaba los papeles que había sobre la mesa.

Lonergan estaba sentado a aquella mesa, con el rostro medio oculto en las sombras. Alzó los ojos.

—Hola, Gareth.

Su voz era tan impersonal como su corbata, su camisa blanca y su chaqueta de tres botones.

—Hola, tío John —no hizo ninguna indicación señalando la silla que había al otro lado.

—Siéntate —dijo.

Me senté en silencio en la silla de respaldo recto.

—Tu madre lleva más de dos meses sin saber de ti.

No contesté.

No había reproche en su voz.

—Está preocupada.

—Creí que tú la tenías informada.

—No —dijo suavemente—. Ya conoces mis reglas: nunca intervengo en los asuntos familiares. Ella es mi hermana y tú eres su hijo, pero si tenéis problemas de comunicación, resolvedlos vosotros.

—Entonces, ¿por qué lo dices?

—Ella me pidió que lo hiciera.

Me dispuse a levantarme. Alzó la mano.

—No hemos terminado. Dije que tenía que hacerte una proposición.

—El Cobrador dijo que era un trabajo.

Negó con la cabeza.

—La gente es tonta. Nunca entiende las cosas a derechas.

—De acuerdo —dije.

Sus ojos brillaron tras aquellas pequeñas y anticuadas gafas de montura dorada.

—Ya estás haciéndote un poco viejo para el papel que juegas. Los *hippies* de treinta años quedan un poco fuera de lugar.

No contesté.

—Kerouac, Ginsberg, Leary. Están hundiéndose rápidamente en el ayer; ni siquiera los muchachos los escuchan ya.

Saqué el último cigarrillo del bolsillo y lo encendí.

No sabía adónde quería llegar.

—¿Dónde se han ido todos tus héroes?

—Nunca he tenido héroes. Salvo tú, quizá. Y eso se fue por la ventana cuando mi padre se tiró por ella.

Su voz adquirió un tono hueco.

—Tu padre era un hombre débil.

—Mi padre no podía soportar la idea de ir a la cárcel por ti y eligió una salida rápida.

—Hubiese sido muy poco tiempo, y al salir habría podido nadar en la abundancia.

—Si era tan fácil, ¿por qué no lo hiciste tú?

Cruzó sus labios una sonrisa sombría.

—Porque tengo un negocio que atender. Tu padre lo sabía cuando firmamos nuestro acuerdo.

Seguí fumando en silencio.

Él tomó una hoja de papel del escritorio.

—¿Sabes que hasta el FBI se ha desentendido de ti? No creen que merezca la pena vigilarte.

—Eso no es muy halagador, ¿eh? —dije sonriendo.

—¿Te gustaría saber por qué? —No esperó a que contestara—. Por demasiado intelectual. Dijeron que nunca serías un buen revolucionario. Veías siempre las dos caras del problema y encontrabas razones para justificar ambas.

—Por eso se tomaron la molestia de fastidiarme todos los trabajos que conseguí.

—Eso fue antes de que decidieran dejarte en paz. Ahora les importas un rábano.

—Ahora no me sirve de nada, el daño ya está hecho. Todo posible empleador me tiene en su archivo.

—Por eso te mandé llamar. —Hizo una pausa—. Quizá ya sea hora de que te establezcas por tu cuenta.

—¿Haciendo qué? ¿Vas a comprarme un taxi, tío John?

—¿Qué te parece un semanario de tu propiedad?

Me quedé boquiabierto.

—Estás tomándome el pelo.

—No —su voz era directa.

—Tiene que haber una condición en esto.

—Solo una: la publicidad es mía. Tú puedes hacer lo que quieras con el resto; incluso puedes decir lo que quieras. A mí me da igual.

—Pero lo que da dinero es la publicidad. ¿Qué ganaré yo?

—Circulación. Tú te quedas con los recibos netos y yo aportaré el diez por ciento de los ingresos de publicidad para colaborar en los costes.

—¿Quién será el propietario?

—Tú.

—¿Y de dónde saldrá el dinero para empezar?

—Ya está empezado —contestó—. Debes haber visto ejemplares. El *Hollywood Express*.

Apagué el cigarrillo. Por un momento me había emocionado, pero ya no. El *Hollywood Express* era un simple folleto. Lo conocía porque de vez en cuando aparecía un ejemplar en mi buzón.

Él sabía lo que estaba pensando yo.

—¿Qué esperabas? ¿El *Los Angeles Times*?

—El *Express* no es un periódico.

—Eso es un punto de vista —dijo él—. Para mí ocho páginas impresas son un periódico.

Busqué otro cigarrillo pero me quedaba ninguno. Él empujó un paquete hacia mí, tomé un cigarrillo y lo encendí.

—Se te ha acabado lo del paro. Ni un solo periódico o revista te aceptaría, y lo sabes. No eres tan buen escritor como para ganarte la vida trabajando por tu cuenta y ofreciendo artículos a revistas, y tu novela la han rechazado todos los editores.

—¿Por qué yo, tío John? —pregunté—. Tienes que tener gente mejor que yo en tu lista.

Me miró a los ojos.

—Achácalo a la vanidad —se permitió una vaga sonrisa—. Tú tienes algo dentro. Quizá sea la forma de verte a ti mismo; o a la sociedad. Lo miras todo con escepticismo. Sin embargo, crees en la gente; aunque para mí no tenga sentido. —Bruscamente, cambió de tema—. ¿Cuánto tiempo hace que dejaste el Ejército?

—Cinco años. Me retuvieron un año después de volver de Vietnam. Supongo que no les gustaba la idea de que un Boina Verde se dedicara a manifestarse contra la guerra.

—Podrías conseguir un préstamo del Ejército para comprar el semanario —dijo.

—Hablas en serio sobre el periódico, ¿no? —Mi voz revelaba asombro.

—Siempre hablo en serio cuando trato de negocios —dijo él fríamente.

—¿Y qué ganas tú en esto?

Se quitó las gafas, las limpió y se las volvió a poner. Sus ojos eran duros y brillantes.

—Cuatro páginas de anuncios clasificados a mil dólares la página. Son cuatro mil dólares a la semana.

—Imposible. Esa basura no podría vender ni diez líneas de publicidad al mes.

—Eso es cosa mía. Para tu diez por ciento de anuncios lo único que tienes que hacer es escribirlos.

—¿Quieres decir componerlos? ¿Así de simple?

Asintió.

—¿Y quién los paga?

Se encogió de hombros.

—El dinero llega en metálico. Un dólar por línea, de cuatro a diez dólares el anuncio. Lo tramitamos a través de la agencia publicitaria y tú te llevas el diez por ciento.

Por fin empezaba a entenderlo. Mi tío tenía que hacer un negocio con gran cantidad de dinero en metálico. Era un buen medio de lavar el dinero; no había oído otro mejor en toda mi vida. La tasa vigente en la calle por convertir dinero negro en dinero blanco era de cuarenta a cincuenta. Él lo conseguía con solo un diez por ciento.

—Tendré que pensarlo —dije.

—Hazlo. Mañana por la mañana, Bill te recogerá en tu casa y te llevará al periódico para que puedas echar un vistazo a aquello.

—¿Bill?

—El Cobrador.

—Ah. —Hasta entonces, no había sabido siquiera cómo se llamaba. Me levanté.

—Ven aquí a verme mañana por la noche a la misma hora y dame la respuesta.

—De acuerdo. —Me dirigí hacia la puerta.

—Otra cosa... Ese muchacho que está en tu casa. Si te lo tiraste será mejor que te pongas una inyección de penicilina. Tiene gonorrea. —Sacó un billete de veinte dólares del bolsillo y lo echó sobre la mesa—. Si no has recibido el dinero, aquí tienes bastante para ti y para la chica mexicana con la que cenaste.

Miré el billete y luego le miré a él.

—Tengo suficiente —dije y cerré la puerta. Bajé la escalera, crucé el bar y salí a la calle.

Sentí que Verita no estuviese esperándome. Lentamente, caminé de vuelta hacia el centro. Me llevaría por lo menos una hora volver a su casa. Pero se lo debía. No se merecía una gonorrea por mi culpa.

Lo más terrible de todo era que no podía recordar si me había tirado al chico o no. No podía recordar nada de la última noche. Cabeceé furioso.

Solían pasarme cosas así al volver de Vietnam: a veces pasaba en blanco un día o una noche. Tiempo después cesaron estos apagones. Me pregunté si empezarían de nuevo otra vez.

Se elevaba de las calles un olor húmedo y sofocante al evaporarse el agua que la lluvia había dejado sobre el cemento. Las calles iban estrechándose al bajar hacia Los Ángeles Este. Las viejas casas se inclinaban unas contra otras como apoyándose mutuamente. Ahora que las luces estaban apagadas, las calles permanecían casi totalmente a oscuras. Aun así, yo percibía vida y movimiento en las sombras. Era algo que sentía, aunque no veía. De pronto me encontré caminando por el centro de la calle, atisbando hacia la oscuridad. Era casi como si hubiese vuelto a Vietnam.

Tenía la sensación de que iba a volverme loco. «Esto es Los Ángeles —me dije—. Estoy caminando por la calle de una ciudad, no por un camino de la selva.»

No lo vi. No lo oí. Pero supe que estaba allí y giré hacia un lado. En la oscuridad, el calcetín cargado silbó junto a mi cabeza.

Cuando me enderecé, allí estaba él, con una mueca estúpida en su rostro color crema. El calcetín colgaba flácido de una mano. En la otra sujetaba la inevitable botella de zumo de naranja.

—Voy a atizarte, blanquito —dijo.

Tenía los ojos desenfocados y bailoteaba levemente al ritmo de una música que solo él podía oír.

—Voy a atizarte, blanquito —repetía, sin abandonar aquella sonrisa estúpida.

Lo miré fijamente, intentando atravesar su niebla heroínica.

—Si lo haces, te mato —dije, con calma.

En algún punto de su mente, había cesado la música. Ya no bailoteaba si no que pugnaba por centrar la mirada. Parecía desconcertado.

—¿Por qué harías tú una cosa así? Yo no te he hecho nada.

En ese momento, dobló la esquina un coche y a la luz de los faros pude verle claramente por primera vez. Era solo un muchacho. Diecisiete, quizá dieciocho años. Un raído bigote y una barba rala intentaban en vano cubrir los granos adolescentes de su cara. Lentamente, nos separamos, retrocediendo hacia lados opuestos de la calle mientras el coche pasaba entre nosotros.

Cuando el coche se perdió, él había desaparecido de nuevo en las sombras de las que había salido. Escruté la calle, pero no vi nada. De todos modos, no me moví hasta que el radar de mi cabeza me dijo que realmente se había ido. Luego, volví al centro de la calle y seguí caminando.

«Te estás volviendo viejo y estúpido, Gareth —me dije—. No tienes ningún derecho a sentir lástima por un heroinómano. Ese calcetín relleno podría haberte roto el cráneo.» No obstante, me daba lástima. Si no conoces el dulce alivio de todo dolor que puede proporcionar la aguja, quizá puedas sentir de otro modo. Pero si lo conoces, lo único que puedes sentir es lástima por la pérdida. Y, en Vietnam, vi

perderse más hombres por la aguja que por las balas.

Eran las tres y media cuando llamé al timbre de casa de Verita. Un momento después, llegó su voz pequeña y asustada a través del comunicador.

—¿Quién es?

—Gareth. ¿Puedo subir?

—¿Estás bien?

—Perfectamente. Tengo que hablar contigo.

Sonó la señal, empujé la puerta y subí la escalera. Estaba esperándome a la entrada de su apartamento. Entré y ella cerró la puerta.

—Siento haberte despertado.

—No te preocupes, no podía dormir.

Oí el rumor del televisor que llegaba del dormitorio. Busqué en el bolsillo, saqué el billete de diez dólares y se lo entregué.

—No lo necesité —dije.

—No tenías que haber venido por eso.

—Tómalo. Me sentiré mejor.

Lo hizo.

—¿Te gustaría tomar una taza de café? —preguntó ella.

—Sería magnífico.

Crucé la habitación tras ella, y me senté a la mesa mientras preparaba una taza de instantáneo y me la ponía delante. Ella se preparó luego otra y se sentó frente a mí. Sus ojos me miraron interrogantes.

Tomé un sorbo de café que estaba caliente y fuerte. La miré a los ojos.

—Sabes, quizá haya pescado un paquete y te lo haya contagiado —dije.

Guardó silencio un momento, pero cuando habló no había queja en su voz:

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No lo sabía.

—¿Cómo lo supiste?

—Lonergan. Él me dijo que sería mejor que me pusiese un poco de penicilina. Tú también deberías hacerlo.

Bebió su café.

—¿Tienes un cigarrillo? —pregunté.

Asintió, sacó una cajetilla del cajón y la empujó hacia mí.

—Lo siento —dije—. Ahora me iré si quieres.

—No —dijo—, no estoy enfadada. La mayoría de los hombres que conozco no habrían dicho nada. Iré mañana al médico.

—Te daré lo que te cueste la inyección en cuanto pueda.

—No costará nada. Mi médico trabaja en la clínica. —Calló de nuevo un momento—. ¿Solo para eso quería verte Lonergan? ¿No tiene trabajo para ti?

—No, no lo tiene. Me quiere para comprar un periódico.

—¿Un periódico? ¿Comprarle? Está chiflado.

—Lo está, pero esa no es la cuestión.

—¿De dónde espera que saques el dinero?

—Mi préstamo del Ejército. Me dijo que podría conseguírmelo.

—¿Y qué sacaría Lonergan con esto? —preguntó suspicaz.

—La publicidad. Eso va a través de su empresa.

—No sé qué tipo de periódico podrás comprar así.

—El *Hollywood Express*.

—¡Ese! —dijo ella con voz extraña.

—¿Sabes algo de él? —pregunté—. Cuéntame.

—No merece la pena —dijo ella, moviendo la cabeza—. Solo te traerá problemas.

—¿Cómo?

—En la oficina tenemos una lista. Jefes que cometen delitos fiscales y empresas que no pagan los impuestos retenidos. El *Express* debe unos treinta mil con intereses. Si lo comprases, podrías tener que cargar con todo eso.

—¿Crees tú que Lonergan lo sabe?

—Él lo sabe todo —dijo sin dudar.

Asentí. Era demasiado escandaloso para que él no lo supiera. Me pregunté qué se propondría. No tenía ningún sentido que me metiese en aquel tinglado.

—¿Le dijiste que lo harías?

—Le dije que lo pensaría. En principio, tengo que ir a ver los locales del periódico mañana por la mañana.

Tomó un cigarrillo.

—Me gustaría ir contigo.

—¿Por qué? ¿Qué podrías hacer tú?

—Puede que nada. Pero soy contable público, y por lo menos entenderé los libros.

—¿Contable público titulada... con licencia estatal y todo?

Asintió.

—Entonces, ¿qué haces tú en la oficina de desempleo?

En cuanto formulé la pregunta me sentí estúpido.

Para una chicana contable tenía que haber poquísimos trabajos, si es que había alguno.

—Te agradecería que vinieses —dije.

Sonrió.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—El Cobrador vendrá a recogerme por la mañana.

Ahora me iré a casa y te dejaré dormir un poco.

—Son más de las cuatro, quédate aquí. Yo te llevaré por la mañana.

—Pero ¿y tu oficina?

—Es sábado. —Retiró las tazas de café y las colocó en el fregadero—. La oficina está cerrada.

El Jaguar rojo del Cobrador estaba ya frente a mi casa cuando llegamos a las diez de la mañana. Me acerqué al coche y metí la cabeza por la ventanilla.

—¿Tú no duermes nunca? —pregunté.

Sonrió.

—No cuando estoy trabajando para Lonergan. —Miró por el espejo retrovisor el coche de Verita—. ¿Cómo se tomó la chica la mala noticia?

—No demasiado mal.

—Ya me lo supuse cuando vi que te llevaba a la clínica de Cedar. ¿Os pusisteis las inyecciones?

Asentí.

—No lo entiendo —añadí luego—. Lonergan tiene que tener misiones más importantes para ti que la de seguirme.

—Yo solo hago lo que me dice. —Sacó un cigarrillo y se lo colocó en la boca—. ¿Estás ya listo?

—Solo quiero subir un momento y cambiarme. Luego estaremos contigo.

—¿Estaremos?

Hice un gesto con la cabeza señalando a Verita, que caminaba hacia nosotros.

—Ella viene también.

—¿Por qué? Lonergan no dijo nada de ella.

—Es mi contable. Hasta Lonergan sabe que nadie compra un negocio a menos que sus contables examinen los libros.

Por primera vez no pareció tan seguro de sí mismo.

—No sé.

Le indiqué el teléfono que había bajo la guantera.

—Llámale y díselo. Yo voy arriba. Si no hay problema, toca la bocina y bajaré. Si no, dejémoslo.

Verita y yo entramos en el edificio mientras él descolgaba el teléfono. Verita me siguió por la escalera y entramos en el apartamento. Abrí la puerta y contemplé el interior asombrado. El apartamento nunca había tenido aquel aspecto.

Estaba tan limpio que hasta las ventanas y los raídos muebles brillaban. Y cuando entré en el dormitorio descubrí que mi ropa estaba doblada y todas mis camisas lavadas y pulcramente planchadas.

—Eres un hombre muy ordenado —dijo ella—. Nunca lo habría imaginado.

Antes de que pudiese contestar, salió el muchacho del baño. Estaba desnudo salvo por un delantal que anudado en la cintura. Llevaba en una mano una botella de Clorex y en la otra una bayeta. Nos miró sorprendido.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Yo soy Gareth —dije—. Vivo aquí.

Su cara se iluminó en una súbita sonrisa.

—Oh, Gareth, te amo. Quiero cocinar y limpiar y lavar y planchar para ti. Quiero ser tu esclavo.

En ese momento oí la bocina del Jaguar en la calle. Miré al muchacho y luego a Verita. Nada tenía ya sentido.

Había un amago de risa en la voz de Verita:

—Creo que será mejor que lo mandes a la clínica para que le pongan una inyección... pero que termine primero de limpiar el baño.

Las oficinas del *Hollywood Express* estaban situadas en un local destartado del Bulevar de Santa Mónica, aproximadamente a una manzana de los estudios Goldwyn. El Cobrador paró su coche frente al local en una zona de prohibido aparcar. Con un maravilloso menosprecio por las normas de tráfico, consiguió además ocupar la mitad de la zona de parada de autobuses.

Las ventanas del local estaban pintadas con un color blanco sucio para que no se pudiese ver el interior, y negras y sucias letras anunciaban el nombre del periódico.

El Cobrador abrió la puerta y entró. Alineadas con las paredes del local había ocho o nueve mesas vacías. Al fondo había un gran tablero lleno de papeles fijados con tachuelas rojas, amarillas y azules.

—¿No hay nadie aquí? —gritó el Cobrador.

Se oyó rechinar una puerta en una habitación del fondo y salió un individuo de mediana edad y de aire cansino, secándose las manos con una toalla de papel. La tiró en el suelo mientras avanzaba hacia nosotros.

—Llegáis una hora tarde —dijo quejoso.

—Yo no me retrasé, te adelantaste tú —dijo fríamente el Cobrador.

—Lonergan dijo... —su voz se desvaneció ante la mirada del Cobrador.

El Cobrador me indicó con un gesto.

—Gareth Brendan, Joe Persky.

El otro me estrechó la mano sin entusiasmo. Hasta sus dedos parecían cansados.

—Encantado de conocerle.

—Esta es Verita Velázquez, mi contable —dije.

Le dio la mano y luego se volvió hacia mí:

—Lonergan dice que usted está interesado en la compra del periódico.

—Me alegro que se lo dijera a usted porque yo no me enteré hasta anoche.

Persky se volvió al Cobrador. Por primera vez asomó a su voz una nota de emoción.

—¿Qué demonios pretende Lonergan? Me dijo que tenía un cliente de confianza.

El Cobrador se limitó a mirarle.

Persky se volvió hacia mí.

—¿Está usted interesado en comprar el periódico o no?

—Quizá. Depende. Me gustaría echar un vistazo antes de decidirme.

—No hay nada que ver. Todo está aquí.

—No parece que quiera usted vender. Quizá sea mejor que olvidemos todo este asunto.

—No tiene elección —dijo el Cobrador—. Lonergan dice que quiere vender.

Hubo un momento de silencio; luego la cólera pareció desvanecerse en aquel

hombre.

—¿Qué quiere usted saber? —preguntó.

—Las cosas normales. Circulación, ventas, ingresos por publicidad, costes. Si le enseña sus libros a la señorita Velázquez, estoy seguro de que podremos ver todo lo que queremos aclarar.

El individuo hizo un gesto hosco.

—Nunca llevamos libros oficiales.

—Pero llevarán, sin duda, algún tipo de contabilidad. ¿Cómo saben, si no, cuál es el estado del negocio?

—Bueno, yo operaba exclusivamente sobre el dinero en metálico. Llegaba el dinero y yo pagaba. Eso es todo.

Me volví hacia el Cobrador:

—¿Sabe Lonergan esto?

El Cobrador se encogió de hombros. Era una pregunta estúpida. Por supuesto que Lonergan lo sabía. Me volví a Persky:

—Tiene que tener usted algunas cifras. Tenía que rellenar los impresos de Hacienda.

—Sí, pero no tengo copias.

—Alguien tiene que tenerlas. ¿Y su contable?

—Yo no usaba contable, todo lo hacía yo. Hasta repartía el periódico en los buzones.

No había duda. Si Lonergan creía que yo iba a meter el cuello en aquel lío, estaba más loco que yo. Me volví al Cobrador:

—Vamos.

El Cobrador actuó tan deprisa que apenas vi su mano. De pronto Persky salió lanzado hacia atrás contra una mesa. Apretándose el vientre con las manos, se encogió como si fuese a vomitar. El Cobrador habló con voz hueca:

—Dale la información que pide.

Persky habló entrecortadamente:

—¿Cómo sé que este tipo y esta mujer no son funcionarios de Hacienda? La ley dice que no tengo por qué acusarme a mí mismo.

—¡Imbécil! ¿Crees que los de Hacienda iban a devolverle a Lonergan su dinero?

Persky se enderezó lentamente. Su cara recuperó el color normal.

—No tengo aquí los libros; están en mi apartamento.

—Entonces iremos allí y los veremos —dijo—. ¿Dónde está su apartamento?

—Arriba —dijo—. Encima del local.



Verita extendió los libros y los impresos sobre la mesa de la cocina.

—Necesito algún tiempo para revisar esto —dijo.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Quizá el resto del día. Es un lío. —Se volvió a Persky—. ¿Tiene usted un cuaderno de cuatro columnas?

—Todo lo que tengo es lo que usted ve.

—Bajaré a comprar uno —dijo Verita.

Persky me miró cuando salió Verita:

—¿Quiere usted una cerveza?

—Gracias —dijo.

Le seguí a la cocina y sacó dos cervezas de la nevera.

Bebimos de las latas.

—¿Ha dirigido alguna vez un periódico? —preguntó.

—No. —Dejé correr la cerveza por mi garganta.

Estaba fresca, no fría.

Él advirtió la expresión de mi rostro.

—No sé qué tiene esta maldita nevera. Unas veces funciona y otras no. Si no ha llevado nunca un periódico, ¿por qué le interesa este?

—No he dicho que esté interesado. Fue idea de Lonergan.

—¿Y por qué piensa él que puede usted hacerlo?

—No sé. Quizá porque escribí y trabajé para algunas revistas.

—No es lo mismo —dijo; me miró significativamente—, ¿también le tiene cogido Lonergan?

—No. Yo no le debo nada. —Era verdad. De momento, no le debía nada.

Él guardó silencio un rato.

—Tenga cuidado —dijo luego—. Lonergan tiene a la mitad del mundo agarrado por los huevos y ahora intenta agarrar a la otra mitad.

No dije nada.

Por primera vez, apareció en su rostro una expresión de interés:

—Dijo usted que escribía, ¿qué tipo de material?

—Artículos, comentarios, poesía, narración. Lo intenté todo.

—¿Y no consiguió nada?

—No mucho.

—Me conformaría con poder ser un escritor mediano, pero soy incapaz de reunir suficientes palabras para formar una frase decente. Hubo un tiempo en que creí que podría escribir, por eso me metí en este periódico.

—¿Qué hacía usted antes? —pregunté.

—Era ejecutivo de ventas de varios periódicos como este en el estado. Todos funcionaban muy bien y parecía fácil, así que decidí arriesgarme. Me hice cargo de este. —Hizo una ostentosa pausa—. No fue fácil.

—¿Cómo se relacionó con Lonergan?

—¿Cómo se relaciona la gente con Lonergan? Tienes apuros. Luego, cuando te das cuenta, estás endeudado hasta las orejas.

—Usted tenía un negocio. ¿Y los bancos?

—No hay nada que hacer. Ya traté con ellos la primera vez.

—¿Y qué le debe usted a Lonergan?

—¿Y yo qué sé? ¿Cómo puede saberlo nadie con esos altos intereses semanales que se multiplican sin cesar? No me sorprendería que le debiese ya un millón de dólares.

Cuando Verita terminó, a las seis de la tarde, resultó que le debía a Lonergan diecinueve mil dólares. Más unos ocho mil dólares a impresores y proveedores y siete mil dólares de impuestos retenidos al gobierno federal y al del estado. Y sus únicos valores eran un par de cochambrosas mesas sucias.

—Ha tocado usted fondo. Sesenta y cuatro mil dólares —dije.

Su voz era un susurro mientras contemplaba la hoja amarilla cubierta con los claros y limpios numeritos de contable de Verita:

—¡Dios mío! Sabía que era mucho, pero visto así... es aterrador.

La voz de Verita fue suave y amable:

—En realidad no tiene usted nada que vender. Lo que debería hacer es declararse en quiebra.

Él la miró.

—¿La quiebra me libraría de los impuestos?

Verita negó con un gesto:

—No, los impuestos no se perdonan.

—Tampoco perdona Lonergan. Y es mejor no intentar engañarle si uno desea seguir conservando la cabeza sobre los hombros. —Su voz era áspera cuando se volvió hacia mí—. ¿Qué hacemos ahora?

Me dio lástima. Luego, me enfurecí conmigo mismo. Sentía lástima de demasiada gente. Había sentido lástima incluso por los vietnamitas a quienes apuntaba con la mira de mi rifle en Vietnam. La primera vez que me pasó no pude apretar el gatillo hasta que vi caer las balas a mi alrededor y me di cuenta de que era mi enemigo y que a él no le daba lástima nadie. Entonces apreté el gatillo y vi cómo el fuego del arma le partía por la mitad. La lástima no había tenido ningún sentido entonces y tampoco ahora lo tenía. Ni en el caso del muchacho que había intentado pegarme la noche anterior ni en el de aquel imbécil que quería seguir mientras Lonergan le robaba.

Me volví a Verita.

—Vámonos. No compraremos el *Hollywood Express*.

Verita se dispuso a levantarse. Persky me tomó del brazo:

—Pero Lonergan dijo...

Me libré bruscamente de su mano.

—A mí no me importa lo que dijese Lonergan. Si Lonergan quiere su periódico, que lo compre. Con su dinero, no con el mío.

—El Cobrador vuelve a las siete a por usted. ¿Qué debo decirle?

—Puede usted decirle lo que le he dicho. Que transmita el mensaje a Lonergan. Yo me voy a casa.

cinco

Verita había dejado el coche junto a mi casa, así que volvimos andando. Tardamos casi una hora.

—Ahora me iré a casa —dijo ella cuando llegábamos al apartamento.

—No, sube, tengo una botella de vino. Podemos beber un poco. Quiero darte las gracias por lo que has hecho.

Se echó a reír:

—Fue divertido. Estuve seis años estudiando para este tipo de trabajo y hoy por primera vez he podido hacerlo.

Me pareció curioso.

—No estás hablando chicano.

Se echó a reír.

—Eso es para la oficina del desempleo. Los contables hablan otro idioma.

Sentí de pronto que me inspiraba un nuevo respeto.

—Vamos, sube —dije—. Te prometo que hablaremos americano.

Me miró por el rabillo de sus ojos, levemente achinados.

—Pero... ¿y el muchacho?

Le sonreí:

—Probablemente se haya ido ya.

Pero me equivocaba.

Nos recibió un delicioso olor a carne asada cuando abrimos la puerta. La mesa estaba puesta para dos: porcelana, cristal, servilletas de lino, sólida cubertería de plata y velas.

—Vives muy bien —dijo Verita, mirándome.

—Nada de eso es mío. Es la primera vez que lo veo.

Entré en la cocina. El muchacho estaba delante del horno. Vestía una chaqueta fina de cuadros y pantalones de lino blancos; llevaba una corbata Saint Laurent con un nudo informal al cuello de su camisa de seda. Se volvió al entrar yo:

—La cena estará lista en unos veinte minutos —dijo sonriendo—. Vuelve a la sala y descansa. Enseguida te prepararé un trago.

Sin contestar, volví a la sala.

—Dice que enseguida nos preparará un trago —comenté asombrado.

Ella se echó a reír:

—Parece que conseguiste una auténtica joya.

El muchacho salió de la cocina, se acercó a la pequeña alacena de la pared y la abrió. Las botellas estaban limpiamente alineadas en el estante: vodka, ginebra, whisky, vermut. Sin decir nada cogió un poco de hielo de un recipiente dorado, lo puso en un vaso y sirvió whisky. Se volvió hacia mí, ofreciéndomelo:

—Tú bebes whisky, si no recuerdo mal...

Asentí mientras tomaba el vaso.

Se volvió a Verita:

—¿Qué quieres tú?

—¿Vodka con tónica? —dijo Verita en tono interrogante.

Él asintió y sacó una botella de tónica de otro estante inferior. Rápidamente, preparó la bebida. Se la entregó y ambos nos quedamos allí mirándole de pie.

Él indicó con un gesto el sofá.

—Lie unos cuantos porros —dijo—. Están con los cigarrillos en la caja de la mesita de café. ¿Por qué no fumáis un poco? Os ayudará a relajarnos. Parecéis los dos un poco tensos.

—Oye... —dije cuando él cruzaba la puerta de la cocina.

Se volvió:

—¿Sí?

—¿De dónde ha salido todo esto?

—Llamé y lo pedí.

—¿Llamaste y lo pediste? —repetí yo—. ¿Así de simple?

Asintió con un gesto.

—Fueron muy amables —dijo—. Les pedí que se diesen prisa porque lo necesitaba todo para la cena.

Le miré con suspicacia.

—¿No te pidieron dinero ni nada?

—¿Por qué habrían de pedírmelo? Dije simplemente que lo cargaran a cuenta.

Me sentía aturdido.

—¿No te has parado a pensar en cómo voy a arreglármelas para pagarlo? No tengo dinero.

—Eso no es problema. Ya te dije que soy rico.

—¿Cuándo me lo dijiste?

—Anoche. ¿No recuerdas?

Negué con un gesto:

—No recuerdo nada de anoche.

—Tú leías tu poesía, la ventana estaba abierta y empezó a llover. Estabas desnudo y dijiste que el Señor estaba lavando nuestros pecados. Fue maravilloso. Luego empezaste a llorar y dijiste que el mundo entero estaba jodido por el dinero y que si todos hubiésemos nacido ricos no habría ningún problema. Y tú lo lamentaste por mí. Y fue entonces cuando me enamoré de ti. Nunca se había compadecido de mí nadie.

—Oh, mierda —dije—. Debí pasarme del todo.

—No —dijo él rápidamente—. Estabas perfectamente sereno. Me hiciste ver las cosas más claras de lo que las había visto en toda mi vida.

—¿De veras?

Asintió:

—Llamé a mi padre y le dije que me perdonara.

Yo no tenía la más remota idea de lo que me explicaba. Él lo percibió en mi expresión.

—¿Así que no recuerdas nada?

Negué con un gesto.

—Tú estabas —continuó— en el Bulevar Hollywood haciendo autostop...

Tuve un súbito relampagueo de recuerdo:

—¿El Rolls descapotable azul plata?

—Sí. Paré para recogerte y empezamos a hablar. Te dije que te llevaría a casa, pero tú dijiste que un coche así en este barrio lo destrozarían. Así que lo metimos en un garaje a unas cuantas manzanas de aquí.

Empezaba a recordar. Habíamos parado en una tienda de licores y él había comprado unas cuantas botellas de vino. Luego habíamos venido a mi casa y habíamos estado hablando. Principalmente de su padre y de que este no era capaz de aceptar que su hijo fuese homosexual. Y de cómo procuraba constantemente mantener al muchacho apartado de su medio. Después de todo, el reverendo Sam Gannon era casi tan famoso como Billy Graham, Norman V. Peale y Kathryn Kuhlman juntos. Se le podía ver casi todas las semanas en televisión, predicando al mundo que Dios lo cura todo. Sin embargo, ni siquiera Dios era capaz de curar a su hijo. Jesús hizo lo Suyo y asumió todos los problemas en los que se metió. Recuerdo haberle dicho al muchacho que le explicase esto a su padre. Recuerdo también algo más. Solo hablamos. No hicimos el amor.

—Sí, Bobby —dije por fin, recordando el nombre del muchacho—. Por fin me acuerdo.

—Bueno —dijo él, sonriendo—. Ahora descansad mientras acabo la cena.

—Tenemos que hablar —dije.

Asintió con un gesto.

—Después de cenar.

Me volví a Verita, que había estado observándonos.

—La inyección fue inútil. No hicimos nada.

Me miró, había alivio en sus ojos:

—Eso prueba que Lonergan no sabe tanto como cree saber.

Me acomodé en el sofá y busqué un cigarrillo.

Ella siguió de pie mirándome.

—A Lonergan no va a gustarle —dijo.

—Que se joda.

—No es tan simple. Es un tipo duro y suele conseguir lo que quiere.

—Esta vez no.

Se dibujó una sombra en sus ojos.

—Tendrás noticias tuyas.

En eso tenía razón. La llamada llegó cuando estábamos acabando de cenar. Me

levanté para abrir.

—Termina el café —dijo Bobby, abriendo la puerta.

Por encima de su hombro pude ver al Cobrador.

Empujó al muchacho, entró y examinó la habitación antes de avanzar hacia mí.

—Te das la gran vida, ¿eh?

—Lo intento.

—Lonergan quiere verte.

—Muy bien. Dile que iré más tarde.

—Quiere verte ahora.

—No hay prisa. No tenemos de qué hablar. Además tengo que acabar de cenar.

Más que verlo, sentí su movimiento. Yo estaba mucho más torpe de lo que había estado cuando pertenecía a los Boinas Verdes siete años atrás, pero era mucho más rápido de lo que podría haber esperado él. Mi rodilla y mi codo se dispararon, la rodilla le alcanzó en los testículos y el codo en la nuez. Lanzó un extraño gruñido y cayó de rodillas. Luego, lentamente, se deslizó de espaldas. Se le desorbitaron los ojos y su cara adquirió un tono extraño, de un gris azulado muy pálido; abrió la boca, jadeante, mientras sus manos apretaban los genitales.

Le miré y, después de unos instantes, vi que empezaba a recuperar su color negro natural. Sin levantarme de mi silla, tomé el cuchillo con el que partía la carne y coloqué la punta en su cuello mientras le abría la chaqueta y sacaba la pistola de la sobaquera. Esperé a que recuperara el aliento.

—No me gusta que me atosiguen. Ya te dije que iría más tarde.

Contempló bizqueando el cuchillo que rozaba su cuello. En la puerta, aún abierta, se oyó la voz de Lonergan.

—¿Te sientes mejor ya, Gareth?

Era delgado y pálido y sus ojos se achicaban tras las gafas de montura dorada. Entró en la habitación, con su guardaespaldas siguiéndole los pasos.

—Ya te has demostrado a ti mismo lo que vales, ahora déjale.

Me incorporé y volví a poner el cuchillo en la mesa. Le miré a los ojos.

—¿Recibiste mi recado?

Asintió.

—No me interesa el periódico, es como comprar mi propia quiebra.

—Tienes razón.

No contesté.

—Si hubieses aceptado ese trato —continuó—, yo no lo habría hecho. No puedo soportar la estupidez.

—Entonces, ¿qué quieres?

—¿Aceptarías el periódico si estuviese absolutamente libre de deudas?

Miré a Verita. Ella asintió casi imperceptiblemente.

Me volví a él:

—Sí.

—Aún tendrás que conseguir un préstamo para los gastos de funcionamiento.

Antes de que tuviese posibilidad de contestar, habló Verita:

—Solo podría hacerlo si recibiese el veinticinco por ciento de los ingresos por publicidad.

—Tu contable es muy lista —dijo—. El veinte.

Miré a Verita.

—Con el veinte por ciento podríamos arreglarnos justo —dijo—. Pero sería muy justo.

—Dejadme que lo piense. Te diré algo por la mañana.

La voz de Lonergan se endureció:

—Tendrás que decírmelo ahora.

Guardé silencio mientras lo pensaba. ¿Qué demonios sabía yo de dirigir un periódico, aunque solo fuese un folleto publicitario?

—Me temo que no podrás con ello, Gareth... es muy distinto hablar sobre escribir y editar que respaldar las bellas palabras con el propio dinero.

No dije nada aún.

—Por lo menos tu padre lo intentó, aunque no tuviese el valor de seguir hasta el final. Tú no tienes siquiera valor para empezar —su voz tenía un tono gélido.

Recordaba aquella voz de cuando era niño y sabía que reflejaba un controlado desprecio hacia el resto del mundo. De pronto me enfurecí. No iba a dejar que él o el tono de su voz me empujasen a hacer algo que no estaba dispuesto a hacer.

—Necesitaré ayuda —dije—. Ayuda experta. ¿Seguirá Persky en el periódico?

—Si tú le quieres.

—Necesitaré un director artístico, reporteros, fotógrafos.

—Hay agencias que suministran todo eso. No tienes por qué tenerlos en nómina —dijo.

—¿Has calculado cuántos ejemplares tendríamos que vender por semana para cubrir? —pregunté a Verita.

—Unos quince mil —dijo ella—. Pero hasta ahora nadie pagaba por el periódico.

—Lo sé, pero ese no es el tipo de periódico que yo quiero hacer. Quiero tener una oportunidad de ganar dinero de verdad.

Súbitamente, Lonergan sonrió. Por un instante, casi sospeché que tenía sentido del humor.

—Gareth —dijo—, empiezo a pensar que estás haciéndote adulto. Es la primera vez que te oigo manifestar interés por el dinero.

—¿Qué tiene eso de malo, tío John? El ser rico no ha obstaculizado, al parecer, tu estilo de vida.

—Podría obstaculizar el tuyo.

—Correré el riesgo.

—Entonces, ¿qué hay del trato? ¿Aceptas?

Asentí. Me incliné y ayudé a levantarse al Cobrador. Le devolví su arma. La

tomó.

—Lo siento —dije—. Me pongo nervioso cuando la gente hace ademán de pegarme.

Masculló algo ásperamente para sí.

—Te dolerá el cuello durante unos días —le dije—. Pero no te preocupes. Basta con que hagas gárgaras con agua caliente y sal, y te pondrás bien.

—Vamos, Bill —dijo Lonergan, dirigiéndose hacia la puerta—. Dejemos a esta buena gente terminar su cena.

En la puerta se volvió hacia mí:

—Mañana a las once en mi oficina de Beverly Hills.

—Allí estaré.

—Buenas noches, Gareth.

—Buenas noches, tío John.

La puerta se cerró tras él y me volví a Verita.

—Bueno, creo que a partir de ahora estamos en el negocio editorial —dije.

Ella no contestó.

—Vendrás conmigo, por supuesto.

—Pero mi trabajo...

—Te ofrezco uno mejor. La oportunidad de hacer aquello para lo que estudiaste. Además, te necesito. Sabes muy bien que no soy un hombre de negocios.

Me miró un instante.

—Puedo pedir la excedencia mientras compruebo cómo marcha la cosa.

—Por mí de acuerdo. Al menos de ese modo no podrás salir perjudicada.

—He tenido un extraño presentimiento —dijo ella, bajando la voz.

—¿De qué se trata?

—Nuestras estrellas se han cruzado, y la dirección de tu vida cambiará.

—No sé lo que significa eso. ¿Es bueno o malo?

Vaciló:

—Bueno, creo.

Sonó una llamada a la puerta. Iba a abrir yo, pero Bobby se me adelantó. El guardaespaldas miró por encima de la cabeza del muchacho.

—El señor Lonergan pregunta si quieres que envíe un coche a recogerte.

—Dale las gracias, por favor —contesté—. Pero dile que tengo medio de transporte.

Se cerró la puerta. Bobby se volvió hacia mí, con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad vas a comprar un periódico?

—Sí —dije—. No es un gran periódico, pero es algo.

—Yo fui director artístico del periódico de mi facultad —dijo.

Me eché a reír.

—De acuerdo. Ya tienes trabajo. Ahora eres el director artístico del *Hollywood Express*.

De pronto los tres nos echamos a reír sin saber en realidad por qué. Quizá Verita tuviese razón. Nuestras estrellas se habían cruzado y de algún modo había cambiado el mundo.

Sostuve cuidadosamente la cucharilla dorada junto a la ventanilla de mi nariz y aspiré con fuerza. La cocaína explotó en mi cerebro como un fogonazo y me sentí de pronto lleno de energía, como si no hubiese nada en el mundo que yo no pudiese hacer.

Bobby y Verita acababan de terminar con los platos. Cuando empecé a reírme, los dos se volvieron para mirarme.

—Dinamita —dije—. Pura dinamita. ¿Dónde la conseguiste?

—El traficante me dijo que era pura —contestó Bobby.

Me eché a reír otra vez.

—Muy pura. —Le pasé la cucharilla y el frasquito de coca—. Es magnífica.

Bobby miró a Verita, que rechazó con un gesto.

—No, gracias, me da dolor de cabeza.

Dio una esnifada y volvió a meterlo todo en el bolsillo de su chaqueta. Le brillaban los ojos.

—¿Era en serio lo que dijiste antes?

—¿Qué dije?

—Lo de que podía ser director artístico de tu periódico...

—Claro. Pero no puedo pagarte un gran sueldo.

—Eso no importa. Lo que yo quiero es una oportunidad. Hasta ahora, nadie me ha ofrecido un verdadero trabajo.

—Bueno, pues ahora ya lo tienes.

—¿Qué clase de periódico es?

—En este momento es un folleto publicitario. Pero lo convertiremos en otra cosa.

—¿En qué?

—En una mezcla de los periódicos *underground* y *Playboy*. Le daremos a la gente donde realmente le duele.

—No comprendo —dijo él.

—*Playboy* endulza las cosas —dije—. Pulen sus artículos lo mismo que pulen los cuerpos de sus chicas. La prensa *underground* palea la mierda con tal intensidad que te huelen los dedos solo con tocar uno de esos papeluchos. Creo que hay un término medio, una forma de decirlo tal como es sin que al mismo tiempo el lector tenga la sensación de estar cubierto de basura.

—Pero eso no es lo que quiere Lonergan —dijo Verita—. Él quiere seguir con el periódico tal como es.

—Lo que Lonergan quiere comprar es una lavandería. Cuatro páginas de publicidad para engañar a Hacienda y lavar su dinero. Lo demás le importa un rábano. Le daría lo mismo si quisieras imprimirlo en papel higiénico.

—No sé —dijo Verita dudosa.

—Yo sí. Le conozco de toda la vida, y sé que su única pasión es el dinero.

—Le llamaste tío John —dijo ella.

—Es mi tío, hermano de mi madre.

Ella lanzó un suspiro. Ahora comprendía.

—¿No te gusta, verdad?

—Me da exactamente igual —dije. Pero no era cierto. No me daba igual en absoluto. Parecía no haber sector de mi vida en el que tío John no interviniera. Y eso había empezado antes incluso de que yo naciera. Primero con mi madre, luego con mi padre.

—Estoy cansado —dije bruscamente—. Me voy a la cama.

—Entonces será mejor que me vaya a casa —dijo rápidamente Verita.

—No —dijo Bobby—. No tienes por qué irte. Yo dormiré en el sofá.

—Es demasiado tarde para que te vayas, Verita —dije.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro —repliqué—. La coca siempre me pone caliente. Vámonos a la cama. Quiero echarte un buen polvo.

Me dirigí al dormitorio. Al ver que los ojos de Bobby se llenaban de lágrimas, me detuve.

—¿Qué te pasa a ti?

—Te amo, Gareth —gimió—. Quiero ser tu esclavo. Quiero que me ames.

Le eché un brazo por encima del hombro y le besé en la mejilla.

—Te quiero, Bobby, pero no de ese modo, te miro como si fueses mi hermano pequeño.

Se limpió las lágrimas.

—Nunca tuve un hermano.

—Tampoco yo.

Sonrió.

—Me gusta esto. Es puro.

—Muy puro. Como la coca. Bueno, ahora me voy a la cama.

Verita me siguió al dormitorio unos diez minutos después. Estaba tan excitado que no pude esperar a quitarme la ropa. Jodimos hasta que me derrumbé exhausto, y aun así no pude acabar; la cocaína me producía ese efecto. Inmediatamente después de apartarme de ella, Verita se quedó dormida. Yo cerré los ojos y me hundí en el sopor.

Tenía la sensación de haber dormido horas cuando percibí un mordisqueo en mis partes. Sin recobrar del todo el conocimiento, coloqué las manos sobre el cabello de Verita y entonces sentí su boca. Una boca cálida y experta. A veces tenía la sensación de que iba a tragarme entero.

—Oh, niña, qué bien lo haces —murmuraba.

Luego exploté. El orgasmo pareció vaciar todos los fluidos de mi cuerpo, dejándome limpio y exhausto. Al cabo de unos segundos me hundí en un profundo

sueño.

Me desperté con el sol en los ojos. Cuando empezaba a incorporarme ella abrió los ojos. Me incliné y la besé en la frente.

—No sabía que lo hicieras tan bien —dije—. Lo chupabas todo, hasta mi pensamiento.

Enarcó las cejas.

—Pero ¿de qué hablas?

—De anoche.

Movió la cabeza.

Saqué los pies de la cama y tropecé con la espalda de Bobby. Se apartó sin despertarse y entonces lo entendí todo. Al principio me enfadé, luego me eché a reír.

Verita estaba desconcertada.

—¿De qué te ríes?

Señalé y ella miró por encima de la cama y vio al muchacho desnudo.

—Oh Dios mío —dijo ella; luego empezó a sonreír.

—Me engañó el muy cabroncete —dije.

—Nos engañó a los dos. No acabaste conmigo.

—¡Maldita sea! —dije.

—¿De qué te quejas? —preguntó—. Recibiste lo mejor de ambos mundos.



Bobby nos llevó a los dos en su Rolls descapotable a Beverly Hills. Me sentí como un habitante del barrio al pasar ante Nate n'Al's y ver a todos los refugiados de Nueva York haciendo cola, esperando entrar para el servicio del domingo de salmón ahumado, queso de crema y roscas de pan.

Cuando llegamos a la oficina de mi tío, al fondo de la calle, encontramos el edificio cerrado. Llamamos por el comunicador. Por la ventana de cristal atisbó un portero uniformado.

—Lonergan —grité.

Asintió con un gesto y abrió la puerta:

—¿Señor Brendan?

—Sí.

—El señor Lonergan está esperándole. Última planta.

—Yo tengo hambre —dijo Bobby—. Os esperaré en el restaurante.

—De acuerdo —dije y seguí con Verita al portero hasta el ascensor. Estaba esperándonos el guardaespaldas de mi tío. Nos condujo en silencio a lo largo del pasillo hasta la oficina de Lonergan y abrió la puerta.

Mi tío estaba sentado en su mesa y Persky con él. No se parecía en nada a la oficina del *Hollywood*. Esta olía a dinero: cortinajes de seda, gruesas alfombras y un escritorio Luis XV.

—Buenos días —dije.

Mi tío nos indicó las sillas que había ante su mesa y apretó un botón. Un momento después entró un hombre por la puerta lateral, con una cartera de documentos.

—Mi abogado, Mark Coler —dijo mi tío—. Tiene todos los documentos preparados, el contrato de compra, solicitudes de préstamos, todo.

Mientras le miraba pensé que era realmente una especie de ser fantástico. Aunque sabía que no podía haberse acostado antes de las cinco de la mañana, parecía tan fresco como si hubiese dormido doce horas. Comprendí también que tenía que estar muy seguro de aquel negocio porque de otra manera no hubiese podido tener todos los documentos preparados en solo una noche.

Coler extendió los documentos en la mesa ante mí.

—¿Quiere examinarlos?

Se los pasé a Verita.

—La señorita Velázquez los examinará por mí. Coler la miró y luego me miró a mí.

—¿Es abogado?

Verita contestó por su cuenta.

—Me gradué en la facultad de derecho de la UCLA, pero no me licencié. Soy, sin embargo, contable público titulado.

El otro pareció impresionado y guardó silencio mientras ella examinaba los documentos.

Me volví a Persky.

—¿Le dijo el señor Lonergan que me gustaría que siguiese usted en el periódico?

—Sí —contestó Persky—. Pero no puedo permitírmelo porque tengo que ganar dinero. Llevo seis meses de retraso en el pago de la pensión de mis hijos y de mi exesposa.

—Yo no pretendo que trabaje usted gratis.

—¿Y qué piensa pagarme?

Yo no sabía cuáles eran las tarifas, así que dije un poco al azar:

—Ciento cincuenta por semana, más una participación en beneficios.

—No puedo aceptarlo. Tengo una oferta de doscientos cincuenta del *Valley Times*. No hacía falta que nadie me dijese que doscientos cincuenta dólares era demasiado para mí.

—Un billete y medio es todo lo que puedo pagar.

—Lo acepta —dijo mi tío antes de que el otro pudiese contestar.

Persky empezó a protestar, pero la expresión de mi tío le detuvo.

—Con ese dinero no puedo pagar mis facturas, señor Lonergan —dijo tímidamente.

Mi tío habló con voz áspera y dura:

—Menos facturas podrías pagar en una cama del hospital, Persky. La única razón de que salgas de esta fácilmente es que yo quiero que se lleve a cabo este negocio.

Persky me miró. Sabía muy bien cuándo le tocaba perder.

—Trabajaré para usted —dijo.

—Bien —dijo, sonriendo—. Si tenemos suerte ganará usted más pasta.

—Tengo su palabra —dijo, extendiendo la mano—. De acuerdo.

—Todo parece en orden —dijo Verita—. Pero creo que hace falta una cosa más: una garantía de indemnización contra las deudas anteriores de la empresa y los impuestos atrasados firmada por el señor Lonergan.

Coler parecía irritado.

—El señor Lonergan no participa en este negocio. No hay razón alguna para que firme ningún documento como ese. Además, ya tiene usted la firma del señor Persky.

Verita me miró buscando apoyo.

—Señor Coler —dijo—, no puedo pagarle al señor Persky dinero suficiente para que su firma valga el papel en que está escrita. El señor Lonergan me dijo que tendría el periódico libre de todo cargo. Si no es así, no lo quiero.

—El señor Lonergan nunca... —empezó Coler. Mi tío le interrumpió:

—Prepare esa garantía, señor Coler. La firmaré.

—No la tendré hasta mañana. Hoy no hay nadie en mi despacho.

—Tendrá que ser mañana, Gareth. ¿Vale mi palabra?

—Sí, tío John.

Mi tío sonrió.

—Bueno —dijo—. Firmemos entonces el resto de los documentos.

Quedé con Persky en verle en la oficina a la mañana siguiente y al salir de allí, era propietario de un periódico. Nos abrimos paso entre la multitud que llenaba Nate n'Al's y nos sentamos a la mesa de Bobby.

—¿Cómo fue el asunto? —preguntó.

—Todo fue bien. Tenemos el periódico —dijo.

Algo más de dos semanas después llegó Lonergan al local con la primera edición del nuevo *Hollywood Express* en la mano. Se abrió paso entre los obreros, que limpiaban y pintaban afanosamente, hasta mi mesa que quedaba al fondo del local.

Tiró el periódico frente a mí.

—¿Qué demonios pretendes?

—Tú querías el periódico deprisa. Lo saqué.

—¿Llamas a esto un periódico? —explotó—. No hay nada en él más que mis anuncios. ¿Quién demonios crees tú que va a comprar eso?

—¿Quién demonios compraba los otros números?

—Y tu titular: «Esta edición se publicó únicamente con el propósito de no desilusionar a los lectores que habían llegado a contar con nosotros como una excelente marca de papel higiénico». No me hace ninguna gracia.

—A mí, sí.

—Es vulgar y de mal gusto.

—En eso estoy de acuerdo —acepté.

—No puedes esperar que te pague tres mil doscientos dólares semanales por esto. Si lo haces es porque tienes otro propósito, otra idea.

—Me pagarás, tío John —dije tranquilamente—. Tenemos un contrato en firme que has aceptado. Dice que debemos publicar cuatro páginas de anuncios clasificados en cada número. No hay nada en el contrato que diga que tengamos que publicar otra cosa.

—Pues no voy a pagar.

—Entonces serás demandado. Es un contrato perfectamente válido.

Súbitamente, empezó a sonreír:

—De acuerdo, pagaré. Ahora explícame qué es lo que te propones con todo esto.

—Tardaré de ocho a diez semanas en organizar el tipo de periódico que quiero publicar. Hasta entonces, necesito la pasta que me proporcionan tus anuncios.

—Eso podrías habérmelo dicho. Te habría dado tiempo.

—Pero no dinero. Treinta y dos billetes es mucha pasta.

—Aún no podemos sacar un periódico como este. Es como agitar una bandera roja enfrente de la Oficina de Contribuciones.

—Eso no es asunto mío.

—Si yo te adelanto el dinero, ¿esperarás hasta que el periódico esté listo?

—No. Los adelantos habría que devolverlos.

Guardó silencio un momento.

—¿Lo harías si te diese veinticinco mil en metálico libres y sin cargo?

—¿Sin devolución ni condiciones?

—Sin condiciones.

—Trato hecho.

Sacó el talonario del bolsillo de la chaqueta, extendió el cheque y me lo entregó.

—Gracias, tío John.

—Solo tengo un consuelo, Gareth —dijo—. Si me timan, al menos todo quedará en la familia.

Me eché a reír.

—He tenido el mejor maestro del mundo, tío John.

Miró a su alrededor:

—¿Qué están haciendo todos esos tipos?

—Adecentando el local. El tipo de periódico que quiero no puede publicarse en una letrina.

—¿De dónde han salido?

—Del Taller Juvenil del reverendo Gannon. Trabajan en su tiempo libre por cincuenta centavos la hora y ceden sus salarios a la Iglesia.

—El padre de tu amigo tiene mejor sentido comercial que ninguno de nosotros.

—No hay quien gane a Jesucristo —dije.

Volvió a mirar el periódico:

—¿Te quedan muchos ejemplares?

—No.

—Lástima. Si lo hubiese sabido a tiempo, podríamos haber impedido que saliera.

—Por eso no te preocupes, tío John. Nadie más los verá.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Sonreí:

—Hice una tiraje de solo veinticinco ejemplares... Y te los enviamos todos a ti.



—Señor Brendan —la voz era suave—. Siento molestarle, señor Brendan.

Alcé los ojos. Era una de las chicas del Taller Juvenil del reverendo Sam. Estaba de pie ante mí casi disculpándose, los apretados vaqueros dividiendo y agrandando sus nalgas, la camisa de muchacho acentuando la curva de sus pechos. Tenía los brazos y la cara manchados de pintura.

—Siento molestarle, señor Brendan —repitió—. Pero vamos a empezar a trabajar aquí, en esta parte.

—Bien, bien, de acuerdo. Quitaré los papeles de la mesa y dejaré libre el campo.

—¿Puedo ayudar, señor Brendan?

—Gracias. Si lleva usted esto, yo puedo arreglarme con el resto.

Tomó un montón de carpetas que le entregué. Yo cogí la máquina de escribir y subí por la escalera posterior hasta el apartamento. Lo coloqué todo en una de las mesas que habíamos situado en lo que antes era la sala de estar.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor Brendan?

—Creo que no.

No hacía ademán de irse.

—¿Quiere algo más? —pregunté.

—Bobby dijo que estaba usted buscando una secretaria pero que no podía permitirse pagar mucho.

—Así es.

—Soy secretaria. Me gradué en la escuela mercantil Sawyer.

—¿Sabe usted taquigrafía?

—No demasiado bien. Pero escribo muy deprisa a máquina. Ochenta palabras por minuto. —Se apartó de la cara el largo cabello marrón—. Y también sé manejar un archivo.

—¿Y cómo te llamas?

—Denise Brace.

—¿Dónde vives, Denise?

—En el Taller.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete. Cumpló dieciocho el mes que viene.

—¿Y cómo no vives en tu casa?

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos:

—Me quedé embarazada y mi padre me echó de casa. El reverendo Sam me acogió y me ayudó.

—¿Y el niño?

—El reverendo Sam lo preparó todo para la adopción. Era lo mejor, yo solo tenía dieciséis años cuando pasó.

—¿Y llevas desde entonces en el Taller?

Cabeceó, asintiendo.

—El reverendo Sam es maravilloso conmigo, con todos nosotros. Todo lo que quiere es que seamos felices y sirvamos al Señor.

—Y cuando trabajas, ¿le das a él todo tu salario?

—No. Al Taller.

—¿Y no te guardas nada para ti? —pregunté, curioso.

—¿Por qué? —Había una expresión vehemente en su rostro—. No necesito nada; el Taller nos da todo lo que necesitamos.

—¿Hay muchos como tú en el Taller?

—De sesenta a setenta. Más chicas que chicos.

—¿Y todos hacen lo que tú, entregan el dinero que ganan al Taller?

Asintió.

—¿Y qué haces cuando no trabajas?

—Propagamos el amor a Dios. Vendemos folletos y publicaciones. Nunca estamos ociosos.

—¿Y todo el dinero es para el reverendo Sam?

—No, no es para él. Al reverendo Sam no le interesa el dinero. Va para la Iglesia y para el Taller, para las buenas obras.

Lonergan tenía razón. El reverendo Sam tenía en marcha un asunto mucho mejor que el nuestro. Contemplé su rostro claro e inocente:

—¿Sabes que eres una chica muy bonita? —dije.

—Gracias —dijo sonriendo. No obstante en su sonrisa no había coquetería.

—No sé si podría tenerte trabajando para mí —dije—. Sería una gran tentación; podría querer hacer el amor contigo.

—Eso me gustaría —dijo ella tranquilamente.

—Quiero decir hacer el amor de veras, no solo caricias y besitos.

—Sé lo que quiere decir.

—¿Y el reverendo Sam? ¿No considera esto pecado?

—No para el reverendo Sam. Él predica que nuestros cuerpos tienen necesidades igual que nuestras almas, y que el amor puede expresarse en ambos.

Pensé unos instantes en aquello.

—¿Hay entonces mucho sexo en el Taller?

—No mucho. Solo entre los que se gustan.

—¿Y no tienes miedo a quedar embarazada otra vez?

Se echó a reír.

—No hay ninguna posibilidad. La enfermera jefe se asegura de que tomemos nuestra píldora todos los días con el desayuno y las que no pueden tomarla disponen de un diafragma.

—¿Y el reverendo Sam? ¿Tiene alguna chica?

—No. El reverendo está por encima de todo eso. Vive en un plano superior.

—¿Quieres decir que no mantiene relaciones sexuales?

—No he dicho eso. Todos vivimos en planos distintos. Yo estoy en el quinto plano. Se me permite relacionarme con la gente situada a partir del tercer plano. Solo quienes se encuentran en el primer y segundo plano pueden tener relaciones físicas con el reverendo.

—Comprendo. ¿Y cómo se pasa a los otros planos?

—Con buenas obras. Con devoción a la Iglesia. Con una absoluta honradez en las relaciones con el prójimo.

—¿Eso es todo?

Ella asintió.

—Pero, tendréis que entregar todo vuestro dinero al Taller...

—No —dijo ella rápidamente—. No tenemos obligación de hacerlo, lo hacemos porque queremos.

—¿Lo harías si vinieses a trabajar para mí?

—Sí —dijo ella; me miró a los ojos—. ¿Puedo hacerte una pregunta yo a ti?

—Claro.

—Sé que Bobby está enamorado de ti. Y creo que también lo está esa chica,

Verita. ¿Estás tú enamorado de ellos?

—Les quiero —dije—. Pero no estoy enamorado de ellos.

—Pero mantienes relaciones sexuales con ellos...

—Sí.

—Me gustaría tener relaciones sexuales contigo. ¿Crees que podríamos vernos alguna vez?

No contesté.

—No tendrías por qué darme el trabajo —dijo rápidamente.

—Esa no es la cuestión.

—Entonces, ¿cuál es?

—Tú quedas fuera de mi alcance. Por una parte, te encuentras en un plano superior. Por otra, aún no tienes dieciocho años.

Súbitamente, sonrió.

—Eso es honrado —dijo, en señal de aprobación—. La honradez te sitúa automáticamente en el quinto plano.

Se dirigió a la puerta, pero antes de salir se volvió hacia mí.

—Espérame —dijo—. Volveré el mes que viene, cuando cumpla los dieciocho.

—Los distribuidores quieren ver un boceto, antes incluso de aceptar la posibilidad de hablar conmigo —dijo Persky—. Y me dijeron que si no hay buenas fotos, que no me moleste en ir.

—¿Qué quieren decir con eso de buenas fotos? —pregunté.

—Chicas —dijo simplemente—. Tetas y culos ya tienen. Quieren fotos de lo más atractivo.

—Les explicaste la política editorial.

—Eso a ellos les importa un rábano. Las palabras son algo que ellos leen después de comprar el periódico. Lo que les hace comprarlo son las fotografías.

—Está bien, conseguiremos fotografías.

—No es tan fácil. Las agencias y los fotógrafos te destrozarán. No podemos competir por las exclusivas. No tenemos pasta suficiente.

—Entonces haremos nosotros mismos las fotos.

—¿Conoces fotógrafos? —preguntó.

—Los encontraremos. Entretanto, hay que ponerse en contacto con los estudios cinematográficos. Quiero figurar en sus listas de prensa. Siempre envían fotos de artistas noveles.

—Ese no es el tipo de fotos a las que ellos se refieren.

—Lo sé, pero es un principio. Quizá podamos utilizar alguna.

—Yo tengo una idea —dijo él.

Se acercó a su mesa y volvió con su cartera, después sacó unas revistas y las extendió.

Los títulos me dejaron asombrado: *Sexo anal*, *Sexo oral*, *Amor lesbiano*. Tomé una y la hojeé. Era exactamente lo que decía el título que era.

—¿De dónde las has sacado?

—De distribuidores Ronzi. Las venden clandestinamente por toda la ciudad a cinco pavos el lote. Nos hicieron una propuesta: si les damos la distribución exclusiva, no dirán nada aunque publiquemos unas cuantas fotografías de estas. Por supuesto, tendremos que alterarlas cuidadosamente para que nadie pueda identificarlas.

—Pero nos retirarían la edición en cuanto publicásemos fotos de este tipo.

—Las recortaremos para que aparezcan solo las chicas.

—¿Quién está detrás de Ronzi? —pregunté. Pareció ponerse un poco nervioso.

—No lo sé. Tengo entendido que unos tipos del Este.

—¿Mafia?

—Ya te he dicho que no lo sé.

—¿Qué quieren además de la exclusiva?

—No profundizamos en el asunto.

—Arregla una entrevista, quiero hablar con ellos.

—De acuerdo. Lo haré inmediatamente... —su voz fue perdiéndose y yo seguí mirándole mientras salía por la puerta principal.

En aquel momento, una limusina negra Mercedes se detenía a la entrada. Salió de ella un chófer uniformado y abrió la puerta trasera.

Reconocí inmediatamente al hombre que salía del coche. Le había visto a menudo en la televisión, aunque no había advertido lo alto que era en realidad.

Medía más de uno noventa y tenía los hombros tan anchos que tuvo que ladearse para cruzar la entrada. Los chicos dejaron de trabajar. Sus voces se llenaron de susurrante respeto.

—Paz y amor, reverendo Sam.

Él alzó una mano benevolente:

—Dios es amor, hijos míos —exclamó con una cálida sonrisa.

—Dios es amor —respondieron ellos al unísono.

Cruzó el local hacia mi mesa. Me levanté cuando se aproximaba, empequeñeciéndolo todo a su paso por el local.

—¿Señor Brendan?

—Sí, reverendo Sam.

Me tendió una mano.

—Dios es amor. Mucho gusto en conocerte, muchacho.

Estreché su mano y no solo sentí su tremenda fuerza sino un flujo de energía que parecía cargada de electricidad.

—El gusto es mío, señor. ¿Qué puedo hacer por usted?

Miró de reojo a Persky.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado?

—Por supuesto. Sígame.

Le conduje por la escalera del fondo hasta el apartamento y cuando ambos entramos, cerré la puerta.

—¿Sirve este lugar?

Asintió.

Le indiqué una silla junto a la mesita de café.

—¿Quiere tomar café o alguna otra cosa?

—No, gracias. —Sus ojos me estudiaban—. Vine a darte las gracias personalmente.

—¿Por qué?

—Por mi hijo Bobby —contestó—. Hiciste algo que yo nunca fui capaz de hacer: le enderezaste.

Le miré desconcertado y él se echó a reír:

—En algunos sentidos, me refiero.

Entonces me eché a reír yo.

—No quiero que me conceda usted un crédito excesivo.

Él aún sonreía.

—Por primera vez en su vida alguien le ha hecho trabajar.

—Quizá nadie le ofreciese un trabajo antes.

—Yo se lo ofrecí varias veces, pero no le interesaba.

—Usted es su padre —dije—. Para él, eso no contaba.

—Quizá sea así. En fin, lo cierto es que Bobby parece ahora una persona distinta, ya no se limita a andar a la deriva.

Guardé silencio. No tenía más que decir sobre Bobby, no obstante, me daba cuenta de que él no había terminado.

—¿Sabes que Bobby es homosexual?

Asentí.

—¿Lo eres tú?

Sonreí.

—No lo creo.

—¿No estás seguro?

Me encogí de hombros.

—Hubo un tiempo en que estaba seguro de todo. Ahora sé más.

Miró a su alrededor, examinando el pequeño apartamento.

—¿Vives aquí?

—Viviré cuando Bobby termine de arreglarlo. Ahora precisamente está recorriendo las tiendas de muebles usados para amueblarlo.

—Me ha dicho que necesitaréis publicidad para sostener el periódico.

—Así es.

—¿La tenéis ya?

—Tengo garantizadas cuatro páginas por número.

—¿Os queda más espacio?

—Por supuesto.

—Mi Iglesia se anuncia habitualmente en los periódicos, en la radio y en la televisión. Puedo reservarme un espacio y pedir a los empresarios de mi congregación que hagan lo mismo.

—Se lo agradecería —dije—. Pero ¿no sería mejor que comprobase primero la clase de periódico que vamos a hacer?

—¿Rechazas la publicidad religiosa?

—No. Sin embargo, tal vez no le guste a usted lo que hacemos.

—Bobby ya me lo explicó. Vais a publicar fotografías de mujeres desnudas y escribir sobre sexo y drogas. Yo no pongo objeciones a eso, pues es algo que forma parte de la vida. Soy un predicador, no un santo o un moralista. Quiero ayudar a la gente a encontrarse a sí misma y a vivir feliz. ¿No es eso lo que a tu modo te propones?

—Antes lo hacía, pero los ideales han desaparecido; ahora lo único que quiero

hacer es mucho dinero.

—Tampoco me importa eso —dijo y lanzó una risa entrecortada y profunda—. He conseguido combinar ambas cosas bastante bien.

No necesitaba insistir en su éxito en esta tarea. Sabía el dinero que ganaba.

—Me gustaría comprar una parte de tu periódico —dijo.

—Lo siento, cuando me metí en esto establecí la norma de que no habría socios.

Entonces achicó los ojos, y dijo:

—Tengo entendido que Lonergan es propietario de una parte.

—Le han informado mal. Tiene un contrato que garantiza cuatro páginas de publicidad suya por número, que subcontrata luego a su propia agencia publicitaria. Pero no tiene nada que ver con la propiedad ni con la dirección del periódico.

—Ha sido muy hábil, entonces.

Por su tono, me di cuenta de que había adivinado los propósitos de Lonergan.

—Tenemos que sacar nuestro primer número en dos o tres semanas. ¿Por qué no lo lee entonces y luego me dice lo que quiere hacer...?

—Ya sé lo que quiero hacer. ¿Cuánto por una página entera?

—Aún no lo sé. Aún no hemos establecido tarifas.

—¿Cuánto paga Lonergan por página?

—Ochocientos.

—¿Te parece justo eso?

Asentí.

—Me reservaré una página a la semana durante un año —dijo. Buscó en el bolsillo, sacó un fajo de billetes de mil dólares y empezó a contarlos sobre la mesa. Cuando llegó a cuarenta, empujó el montón de billetes hacia mí.

—Creo que el pagar un año por adelantado me da derecho a dos semanas gratis.

—Le da derecho a más que eso.

—Es suficiente.

—No tiene usted que pagar por adelantado. ¿Y si el periódico no dura un año?

Sonrió.

—Este adelanto aumentará las posibilidades de que dure. Puedes utilizar el dinero para sacar un periódico mejor.

—Aún no podemos dar ninguna garantía.

Se levantó.

—Entonces correré el riesgo. Jugaré el papel del diablo y compraré tu alma. Si el periódico cierra antes de que se cumpla el año, puedes venir a uno de mis servicios y con eso considerar liquidada la deuda.

Distribuidores Ronzi tenía su oficina en un viejo almacén de una sola planta, en Anaheim. Seguí a Persky hasta la plataforma de carga y luego por el largo y estrecho edificio. Había por todas partes hileras de libros y revistas, aparentemente sin el menor orden. Pasamos ante las mesas de empaquetado, en las que unos cuantos hombres preparaban los libros y cubrían los pedidos, y bajamos luego por sucios pasillos hasta la parte posterior del almacén, donde se encontraba una especie de oficina detrás de una partición de cristal.

Era una zona despejada, con varias mesas esparcidas por allí y un escritorio grande aislado en un rincón. En las mesas pequeñas había dos mujeres y un hombre. Las dos mujeres estaban al teléfono tomando pedidos, el hombre parecía estar extendiendo facturas. Alzó los ojos.

—Ronzi les espera —dijo, descolgando el teléfono—. Le llamaré.

A los pocos minutos, apareció un fornido italiano de espeso y rizado cabello negro y tupidas cejas. No desperdició las palabras.

—Soy Giuseppe Ronzi —dijo—. Pasen y siéntense.

Le seguimos hasta el gran escritorio. Retiró libros y revistas de las sillas y los puso en el suelo. Una de las chicas abandonó silenciosamente su mesa y recogió los libros y las revistas mientras nosotros nos sentábamos.

—¿Traen un boceto? —me preguntó.

—No. Pero...

Me cortó. Miró agresivamente a Persky:

—Le dije que no viniese aquí sin un boceto, no puedo perder el tiempo con aficionados. —Se levantó—. ¡Maldita sea! Ya es bastante intentar dirigir un negocio sin...

—Señor Ronzi —dije suavemente—. ¿Le gustaría la distribución exclusiva de *Playboy* en la zona de Los Ángeles?

Me miró incrédulo.

—¿Cómo dice?

Alcé un poco la voz:

—¿No me ha oído?

—Oí algo sobre *Playboy*.

—Me oyó usted —dije, aún más alto—. ¿Le interesa?

—Estaría loco si no me interesara.

—¿Fue eso lo que le dijo usted a Hefner cuando vino la primera vez?

—Sabe usted perfectamente que nunca he tenido esa oportunidad. Nunca me lo preguntó.

—No cometa usted entonces el mismo error dos veces.

—¿Cómo puedo cometer el mismo error dos veces si no lo cometí la primera? —gritó. Se volvió a Joe—. ¿Qué le pasa a este tío? ¿Es que está loco?

—Está loco —dijo Joe, sonriendo.

Me levanté.

—Vale, Joe, vámonos.

Joe se levantó. Lo mismo hizo Ronzi.

—¿Adónde demonios van? —gritó Ronzi—. Creí que venían aquí a celebrar una entrevista.

—Usted dijo que quería un boceto; como no lo tenemos, no queremos que pierda su tiempo.

—Vamos, vamos, siéntense —dijo—. Están ustedes aquí. Podemos hablar de todos modos.

Volví a mi asiento.

—De acuerdo.

—¿Quién está detrás de usted? ¿Lonergan?

—¿Quién está detrás de usted? ¿La Mafia?

—No se haga el listo. ¿Quiere que distribuyamos su periódico, o no?

—Aún no lo sé. No me ha hecho ninguna oferta.

—¿Cómo demonios voy a saber qué ofrecer mientras no sepa lo que pretende usted vender?

—Esa es una buena pregunta.

—Si es la misma basura de antes, no la quiero a ningún precio.

—Tampoco yo.

—Tengo ocho mil puntos de venta.

—Eso está bien.

—Si me dan un periódico pornográfico podré aceptar dos mil ejemplares. Colocaré diez en cada punto de venta. Eso hace un total de veinte mil ejemplares. A diez centavos el ejemplar para usted, significa dos de los grandes limpios. No está mal.

—No, no lo está para usted —dije—. Pero la calidad que va a tener el periódico exige una tirada mínima de cincuenta mil.

—Está usted loco. No hay un solo periodicucho de este tipo en la ciudad que pueda tirar cincuenta mil ejemplares a la semana.

—Eso fue lo que le dijo usted a Hefner —dije yo.

—¿Cuántas veces tengo que decirle que nunca hablé con Hefner? —gritó.

Me eché a reír.

—Es solo una comparación. Le habría dicho usted a él exactamente lo que está diciéndome a mí.

—Sin embargo, usted no es Hefner.

—Eso es cierto —acepté—. Pero ¿cómo sabe que no lo seré mañana?

Se volvió a Joe:

—¿Por qué demonios tiene usted que traerme a todos los locos?

Joe sonrió.

—Si no estuviese loco, no se metería en este negocio.

Ronzi se volvió a mí:

—Treinta mil ejemplares garantizados. Dinero en metálico por adelantado y me quedaré con las devoluciones si tengo la exclusiva.

—No es suficiente. Cuarenta mil ejemplares a doce centavos y medio en la misma base y tendrá usted la exclusiva solo por el primer año.

—Mis socios no lo aceptarán. No tengo ninguna salvaguardia. ¿Y si el periódico se hunde? Yo me quedo colgado y usted se queda con el dinero.

—Siempre puede darme más dinero.

Frunció el ceño.

—Preferiría que me diese usted aunque fuese una idea nada más de lo que estoy comprando.

Le tenía cogido y lo sabía. Estaba ya convencido de que yo era una especie de Hugh Hefner. Pero aún tenía que dar el golpe definitivo:

—¿Quién compra estas revistas y estos periódicos? —pregunté, para ganar tiempo.

—La gente, los hombres. ¿Quién si no?

—¿Y por qué los compran?

—Sexo. Les gustan las fotos. Andan siempre buscando algo nuevo.

Él no lo sabía, pero acababa de darme la idea:

—Bien, va acercándose usted.

—¿Cómo? —Estaba desconcertado.

Miré a Joe. Quise convencerme de que su expresión era de respeto, pero probablemente fuese simple asombro y curiosidad por lo que yo fuese a decir a continuación. La idea estaba definida, pero necesitaba unos segundos más para determinarla claramente. Le pasé la pelota a Persky.

—Bueno, Joe, ¿se lo dices tú o se lo digo yo?

—Tú eres el jefe. Díselo tú. —Parecía inquieto, no quería que le pescaran en falso.

Bajé la voz.

—Tiene que ser confidencial. Ni una palabra fuera de esta oficina, no quiero que nadie me robe esta idea.

—Soy como un sacerdote en el confesonario. No se lo diré a nadie —dijo solemnemente Ronzi.

Sonreí. No le iba en absoluto el papel.

—Nuevo sexo —dije.

—¿Nuevo sexo? —repitió inquisitivo.

Asentí.

—Artículo principal. Primera página. Primer titular. ¡UNA CHICA NUEVA EN LA

CIUDAD! Aparece una bonita chica con una diminuta minifalda o unos pantalones supercortos, que sujeta una pequeña maleta. La situamos en una estación de ferrocarril o de autobuses o en un aeropuerto; y colocamos un titular sobre el coño en grandes letras blancas: ¡VÉALA DESNUDA EN NUESTRAS PÁGINAS CENTRALES! Y sacamos en portada una nueva chica cada semana. Cincuenta y dos semanas al año.

Ronzi estaba con la boca abierta.

—¡Eso es genial! ¿Por qué no me lo dijiste antes, Joe?

Acudí en su auxilio:

—Había prometido guardar el secreto.

—Es magnífico. ¿Y sabe lo que me gusta de la idea? El que la chica esté desnuda dentro, no fuera. Eso significa que tienen que comprar la revista para verla.

—Ha entendido usted la idea.

—Me quedaré con los cuarenta, pero tendrán que darme un excedente de diez mil en depósito y una página gratis de publicidad en cada número.

—De acuerdo en el depósito a quince centavos el ejemplar, pero no hay publicidad gratuita. Tendrá que pagar ochocientos pavos por página como todo el mundo.

Apeló a Joe:

—Oye, explícale a este loco cómo funciona este negocio; lo que pido es lo normal.

—Dice la verdad, Gareth.

—De acuerdo, soy una persona considerada. Te haré un cincuenta por ciento de descuento en la publicidad. Así solo serán cuatrocientos por página.

—¿Y el depósito? Esos quince centavos por ejemplar me impedirán hacer un buen trabajo y vender más —dijo Ronzi—. Quiero invadir los quioscos con esos ejemplares. Eso significa que divido mi dinero con el vendedor y me cuesta cinco centavos por ejemplar colocarlos allí frente a solo dos en los buzones.

—Vas a hacerme llorar —dije.

—Eres un chiflado —dijo él.

—Gracias. Haré que mi abogado redacte el contrato.

—¿Qué falta hace un abogado? Mi palabra vale.

—Pero no la mía —dije—. Necesitas un abogado.

Persky no habló hasta que no estábamos ya en la autopista, otra vez camino de Los Ángeles.

—No te entiendo —dijo al fin.

Encendí un cigarrillo.

—No hay nada que entender.

—No se juega con tipos como él, te matará si no cumples.

—Cumpliremos.

—¿Cuándo? —preguntó—. Llevamos ya seis semanas moviéndonos y aún no hay ni rastro del periódico.

—Dos semanas —dije yo.

—Ahora veo que estás loco. Acabas de vender un proyecto que aún no hemos concretado, y encima aún no tenemos ni un solo texto. ¿De dónde crees que va a salir todo? ¿Del cielo?

Le miré y sonreí.

—En cierto modo. De momento tengo otro trabajo para ti.

—¿De qué se trata? —preguntó molesto.

—Encargado de ventas de espacios publicitarios.

—Ni hablar. No vas a largarme eso. No habría ni un solo anunciante legítimo que gastase un centavo en nuestro periódico.

—De acuerdo —dije—. ¿Y qué me dices de los ilegítimos? Tiene que haber miles de bares de *topless* y salones de música y de masajes que no pueden anunciarse en las publicaciones normales. Crearemos una sección especial de espectáculos y diversiones y les venderemos un octavo de página a precio de descuento por setenta y cinco pavos. Quiero cuatro páginas de ese tipo.

—No las conseguiremos. Esos sitios no quieren aparecer en la prensa porque tienen miedo a la policía.

—A todo el mundo le gusta ver su nombre en letra impresa. Aceptarán.

Movió la cabeza.

—No sé.

—Ese «no sé» te concede un aumento de cincuenta dólares por demostrar inteligencia. «Es posible» te proporcionará un aumento de cien dólares más.

—Puede ser —dijo con súbito entusiasmo; no obstante, instantes después estaba de nuevo preocupado—. ¿Y el periódico?

—Tú haz tu trabajo, Joe, ya haré yo el mío.

—Estás gastando muchísimo dinero —dijo Verita. Dejé el ejemplar que estaba comprobando.

—¿Andamos escasos?

—No, pero has elevado ya el coste de este número a once mil dólares. Eso es todo lo que hemos ingresado. Si seguimos así no habrá beneficio.

—Los primeros números siempre cuestan más. Necesitábamos muchas cosas. Hazme un resumen.

Cogió una hoja de papel.

—Imprenta y papel para el primer número: siete mil. Podemos ahorrar mil si no usas papel satinado para la portada.

—El papel satinado da más clase. Lo conservaremos. Si no pareceríamos una basura más de las que hay por los quioscos.

—Fotos, montaje y composición, dos mil quinientos. Bobby tiene gustos muy caros, no tiene ni idea del valor del dinero.

—Le dije que escogiese material de primera clase. Eso significa un total de nueve mil quinientos. ¿Y el resto?

—Sueldos, gastos, etc.

—No podemos hacer gran cosa. Hay que pagar a la gente. —Encendí un cigarrillo—. ¿Qué crees tú que deberíamos hacer?

—Ajustarnos más en el próximo número: eliminar el satinado de la portada y reducir a la mitad el presupuesto de Bobby.

Sonreí.

—Hablas como un verdadero contable, no obstante, yo tengo una idea mejor. ¿Cuánto tenemos en el banco en este momento?

—Unos ochenta mil dólares.

—¿Por qué no agarramos el dinero y cruzamos la frontera de México? Podemos vivir muy bien allí con eso.

Miró para ver si estaba bromeando. Me puse serio.

—Eso sería deshonesto.

—¿Y qué? Lo pasaríamos muy bien.

Movió la cabeza gravemente.

—Si yo quisiese vivir allí, podría haberme ido hace años. Pero soy norteamericana y me gusta vivir aquí.

Me eché a reír.

—También a mí.

Me miró con alivio.

—Empezaba a creer que hablabas en serio.

—Mira, las cosas no están tan mal —dije—. Bobby ha fotografiado a suficientes chicas como para seis números y tiene también la composición decidida. Lo que hay que hacer ahora es imprimir. Él opina que sus costos no se elevarán a más de uno de los grandes por semana a partir de ahora.

—Eso me hace sentir mejor. ¿Y lo del papel satinado?

—Lo mantendremos. Serán treinta y cinco centavos ejemplar. Es decir, diez centavos más que otros periódicos similares, y es lo primero que ve el cliente. Hay que darle la sensación de que recibe más por su dinero.

—De acuerdo —dijo ella. Sacó una factura de su cartera—. Acaba de llegar esta nota.

Era de Acme, el suministrador de material fotográfico. Tres mil dólares por una cámara y el equipo. Se la devolví:

—Págala.

—Compró las cámaras más caras. Una Rolley y una Nikon con motor, más lentes y trípode.

—Podría haber sido más caro, al fin y al cabo es equipo usado. Nuevo habría costado diez de los grandes. Pero no importa; va a hacer él mismo todas las fotos, con lo que ahorraremos cien por hora del fotógrafo.

—De acuerdo —dijo ella.

Sonreí.

—Te preocupas demasiado. ¿Cuánto hace que no te acuestas con alguien?

Por fin sonrió.

—Tú deberías saberlo. A menos que hayas pescado alguna de las chicas de la Misión, que no lo sé, lo mismo que tú.

—Taller, no Misión —dije.

Dejé el lápiz. Los últimos diez días habían sido terribles. No había habido noche que saliese de la oficina antes de las dos de la mañana. Ese era el problema de tener que escribirlo todo uno mismo. Aparte de las noticias distribuidas por las empresas cinematográficas, que se podían utilizar para llenar espacio, lo demás tenías que hacerlo tú. Decidí que si ganábamos dinero, lo primero que haría sería contratar a un par de redactores. Yo no estaba hecho para aquel trabajo. Miré el reloj. Era casi medianoche y solo quedábamos nosotros dos en la oficina.

—¿Qué te parece si subimos a Sneaky Pete's, en el Strip y tomamos un buen trozo de carne y luego nos vamos a casa y nos acostamos?

—Tengo una idea mejor.

—Exponla.

—Hay carne en tu nevera. Puedo ponerla en el horno y follamos mientras se hace.

—Tu idea es mejor —me levanté—. ¿Por qué tardaste tanto en decírmela?



Tenía verdadero sueño. Ese sueño profundo y negro que parece eterno y que solo te

asalta cuando has hecho el amor hasta el agotamiento. Yo no oí el teléfono, pero Verita sí.

Me zarandeó para despertarme y puso el auricular en la almohada junto a mi oído.

—Tu madre —dijo.

—Hola, mamá —murmuré.

—¿Quién era esa chica? —la voz de mi madre retumbó en el aparato.

—¿Qué chica? —Aún estaba medio dormido.

—La que contestó el teléfono.

—No era una chica. Es mi contable.

—Parece mexicana —dijo mi madre.

Abrí los ojos. Mi madre sabía cómo despertarme.

—Es negra, además —dije.

—¿Por qué andas eludiéndome? —preguntó.

—No te eludo. Es que ya no juego al tenis.

—Eso no tiene gracia. ¿Sabes qué día es hoy?

—Demonios, mamá, ¿cómo iba a saberlo? A estas horas ni siquiera sé en qué año estamos.

—Son las diez de la mañana. No has cambiado nada. Ya sabía yo que lo que me decía el tío John no podía ser cierto.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que te habías formalizado y que estabas trabajando de firme. No entiendo cómo pudiste engañarle. Probablemente pierdas todo el dinero que te ha dado.

—Vamos, mamá. Al grano, ¿por qué llamabas?

—Es el cuarto aniversario de la muerte de tu padre y pensé que estaría bien que cenásemos juntos. Tú, John y yo.

—Eso no lo resucitará, mamá.

—Ya lo sé —dijo—. Pero estaría bien hacer algo que demostrase que le recordamos. ¿Te parece bien a las ocho en punto?

—De acuerdo.

—Ponte corbata si aún la tienes. Hay un mayordomo nuevo y no quiero que piense que mi hijo es un vagabundo.

Y tras esto, colgó.

—Era mi madre —dije a Verita mientras buscaba un cigarrillo.

—Lo sé. —Encendió una cerilla para darme fuego—. Parecías un niño, estabas tan profundamente dormido. Me fastidiaba despertarte.

—¿Qué es eso? —pregunté, al oír ruido en la cocina.

—No sé. ¿Esperabas que Bobby volviese anoche?

Negué con un gesto y salí de la cama. En cuanto abrí la puerta del dormitorio me llegó el olor del tocino frito. Fui a la cocina.

Bobby, que estaba cocinando, habló sin volver la cabeza.

—Vuelve a la cama. Yo llevaré el desayuno.

—Está cocinando —le dije a Verita al volver al dormitorio.

—Mejor él que yo —dijo riéndose—. Será mejor que me ponga algo encima.

Se abrió la puerta justo cuando ella salía de la cama.

Rápidamente, volvió a meterse en ella de un salto y se tapó con las sábanas. Bobby, vestido de mayordomo —pantalones a rayas, cuello duro y lazo— sonreía de oreja a oreja. Sostenía en las manos una bandeja blanca de desayuno.

—El desayuno está servido, señor —dijo, cruzando la puerta.

Oí una risilla y tras él entró Denise, vestida con uniforme de doncella francesa: un minivestido de un negro resplandeciente, largas medias negras de nailon, delantalito blanco y cofia. También ella llevaba una bandeja de desayuno.

—El desayuno está servido, señora —dijo entre risas.

Solemnemente, nos colocaron las bandejas en las rodillas.

—Pero ¿qué demonios pasa, Bobby? —pregunté. Se echó a reír.

—Bébetelo tu zumo de naranja y el champán. Hoy es un día muy importante.

Sin abandonar su sonrisa, buscó en la chaqueta y sacó un periódico limpiamente doblado.

—El periódico de la mañana, señor. El primer ejemplar impreso.

Contemplé las grandes letras negras de la cabecera. HOLLYWOOD EXPRESS. Debajo, aparecía la foto a dos colores de Denise saliendo del autobús en la estación Greyhound. Y el titular que cruzaba la foto decía:

¡UNA CHICA NUEVA EN LA CIUDAD!

—¡Lo conseguiste! —grité.

Él se reía.

—Acabamos el trabajo de imprenta a las seis de la mañana.

—Dios mío —dije, pasando las páginas. Tenía un algo que lo hacía distinto. Aunque había visto todas las pruebas, sentí una especie de descarga eléctrica al tener entre mis manos el periódico impreso y terminado.

—¿Te gusta? —preguntó Bobby.

—Oye —dije, en respuesta a su pregunta—, llama a Persky y dile que se ponga en marcha y empiece la distribución.

—Ya lo ha hecho. Ya se han enviado a Ronzi los primeros cinco mil.

Salió y volvió luego con dos vasos más de naranjada y champán y le dio uno a Denise.

—Por el *Hollywood Express* —dijo—. Porque nunca descarrile.

Yo tenía aún la extraña sensación de que no podía ser real. Lo ojeé de nuevo y me detuve en la página central. Allí estaba Denise, desnuda y bellísima. Las fotografías tenían una sensualidad fresca y natural que saltaba de las páginas. Era una especie de

conciencia sexual inocente que hablaba un lenguaje absolutamente propio.

Me di cuenta de que Verita sentía lo mismo que yo.

—¿Qué piensas? —le pregunté.

—Pagaré las facturas esta mañana —contestó simplemente.

—Las fotografías son sensacionales, Bobby. Y es increíble lo bellísima que estás, Denise.

Denise sonrió ingenuamente.

—Gracias. Estaba muy nerviosa pensando en esas fotos.

—No quería enseñar demasiado. Le expliqué que ya me cuidaría de eso.

—¿Se lo tapaste?

Negó con un gesto.

—Tú me dijiste que nada de eso, ¿recuerdas? Elegí muy bien la postura. Salió sensacional, ¿verdad?

Le sonreí.

—Puedes poner un anuncio de peluquero de «zonas Íntimas». Acabarás haciendo mucho dinero. —Sentí de pronto mucha hambre y empecé a atacar el tocino y los huevos—. ¿Y vosotros dos? ¿Habéis desayunado ya? —pregunté entre bocado y bocado.

—Creí que nunca lo preguntarías —dijo Bobby, saliendo de la habitación.

Unos instantes después volvió con otra bandeja. La puso sobre la cama y los dos se sentaron con las piernas cruzadas frente a nosotros. De pronto, cruzó por mi cabeza un pensamiento:

—El anuncio de tu padre —dije a Bobby—. No lo vi.

—Lo colocamos anoche. Está en la portada de atrás.

Volví el periódico. Allí estaba la foto habitual de la cara sonriente del reverendo Sam que tantas veces había visto en otras publicaciones. Pero el texto era distinto. Bajo el titular LA IGLESIA DE LOS SIETE PLANOS había dos simples líneas:

Lo que queráis hacer con vuestros cuerpos es asunto vuestro. Lo que hagáis con vuestras almas es cosa nuestra. Dejados ayudaros a encontrar a Dios a vuestro modo.

—¿Esa es realmente su idea, Bobby?

—Sí —dijo Denise, contestando por él—. Yo le expliqué que estaba haciendo las fotografías y no dijo nada. También le dije lo que sentía respecto a ti.

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

Sonrió.

—Creí que podrías haberlo olvidado. —Se inclinó por encima de la bandeja y me besó en la boca—. Hoy cumpla los dieciocho.

Entre Hollywood y Bel Air había una distancia de un millón de dólares. Cuando pasé ante la patrulla de Bel Air, en la puerta principal, apenas si me miraron. Conducía el Rolls de Bobby y esto significaba aprobación automática. Me hubiesen parado de haber ido en cualquier cosa inferior a un Cadillac o a un Lincoln Continental. Giré por el Stone Canyon Drive, que llevaba a casa de mi madre.

Las calles estaban oscuras y desiertas. Brillaban las luces en las casas, a ambos lados, pero no llegaba ni un sonido de ellas. El Cadillac negro de Lonergan estaba aparcado delante de la casa de mi madre. Aparqué detrás y el chófer, que estaba apoyado en la limusina, me miró con curiosidad mientras salía. Creo que el coche o el traje y la corbata que llevaba le despistaron, porque no mostró indicio alguno de reconocerme.

Apreté el timbre y oí el suave tintineo de las campanillas. Abrió la puerta un mayordomo al que no conocía.

—Soy Gareth —dije, entrando al recibidor.

No hubo expresión alguna en su rostro.

—El señor Lonergan está en la biblioteca y su madre bajará dentro de un momento.

Era lo típico. Las ocho en punto significaba que mamá estaría lista a las ocho y media.

Lonergan estaba de pie junto al ventanal de la biblioteca con una copa en la mano, contemplando la piscina iluminada y la pista de tenis.

—¿Quiere que le sirva alguna bebida, señor? —preguntó el mayordomo, mientras Lonergan se volvía hacia mí.

—¿Qué estás bebiendo tú? —pregunté a Lonergan.

—Martini seco.

—Tomaré lo mismo.

—La casa es igual de hermosa que el día que os trasladasteis aquí. ¿Lo recuerdas, Gareth?

—No lo creo. Después de todo solo tenía un año por entonces, más o menos.

El mayordomo se esfumó después de entregarme el martini. Bebí un trago y explotó en mi estómago. Recordé demasiado tarde que era incapaz de aguantar los martinis. Dejé la copa cuidadosamente.

Lonergan me estudió.

—Se me había olvidado —dijo—. A veces el tiempo corre demasiado aprisa. No contesté.

—Pareces cambiado —dijo.

—Es el traje. Mamá quiso que me vistiese así.

—Deberías vestir así más a menudo. Te sienta muy bien.

—Gracias. —Me acerqué al bar y me preparé un whisky con agua—. Los martinis son demasiado para mí —dije.

Sonrió.

—En cambio, a mí, uno antes de cenar me abre el apetito. —Se acercó y se sentó en uno de los sofás—. ¿No añoras vivir aquí?

—No.

—¿Por qué?

—Es un gueto.

—¿Guetto?

Me senté en el sofá que había frente al suyo, con la mesita separándonos.

—Los muros exteriores separan este lugar del resto del mundo; puede ser rico, no obstante es un gueto. Solo que la gente que está aquí no quiere salir.

—Nunca lo había enfocado así —dijo. Bebió otro sorbo de su martini—. No me gusta tu periódico. Voy a retirar mi publicidad —dijo en el mismo tono de normalidad.

—Pues si lo haces te demandaré —dijo tranquilamente—. Hemos firmado un contrato en toda regla.

—Es una publicación inmoral. Fotografías de chicas desnudas y artículos que abordan el sexo de forma explícita. No habría ni un solo tribunal que me obligase a cumplir ese contrato si yo le enseñase un ejemplar del periódico.

Me eché a reír.

—No te aconsejo que lo intentes. Tienes demasiados intereses económicos que no podrían soportar una investigación. Al menos no desde un punto de vista moralista.

—Supongo que no hablas en serio.

Le miré a los ojos.

—Será mejor que me creas. Tú me metiste en esto. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Seguir los pasos de Persky y acabar en la bancarrota? Entré en esto para ganar dinero, no para hacer de lavandera y darte camisas de seda por camisas de algodón.

—¿Cuántos ejemplares tirasteis?

—Cincuenta mil. Lo cual significa treinta y cinco mil más de lo que Persky consiguió sacar. Con una circulación así, si fueses listo, comprarías dos páginas más. Considerando las cifras, creo que no hay duda de que está justificado.

—¿Y cómo sabes que van a tener salida?

—La tendrán. Ronzi no es ningún tonto. Y se ha comprometido a fondo en esto.

—Ronzi es la Mafia —dijo en tono desaprobatorio.

—¿Y qué?

—Tú no quieres complicarte con gente como esa.

Me eché a reír.

—Él me previno contra la gente como tú.

Oímos las pisadas de mamá en la escalera.

—Ven a mi oficina el lunes. Hablaremos entonces del asunto —dijo.

—No hay nada que hablar. Además, estoy muy ocupado; tenemos que sacar el próximo número.

Nos levantamos al entrar mamá en la habitación. Tuve que admitir que su aspecto era impresionante; pese a sus cincuenta y dos años, no parecía tener más de treinta y cinco. La cara bronceada y sin una arruga, el cabello tan rubio como cuando yo era niño y el cuerpo ágil y esbelto de las partidas de tenis que jugaba todos los días. Se acercó a mí y me ofreció la mejilla para que la besara.

—Estás muy delgado —dijo.

Era capaz de conseguirlo siempre. De pronto, yo volvía a tener quince años y era un adolescente sin gracia ni voz.

No esperó a que contestara.

—¿No crees que está delgado, John?

Una vaga sonrisa asomó a sus labios:

—Yo que tú no me preocuparía por él —dijo, secamente—. Parece muy capaz de cuidarse solo.

—No sabe nada de cuál es la dieta correcta. Apuesto a que lleva meses sin comer una ensalada. ¿Es cierto o no?

—No sabía yo que las ensaladas engordasen.

—No seas sarcástico, Gareth. Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—Mamá —dije, ásperamente.

Un súbito temblor nervioso asomó en su voz:

—¿Qué?

Me tragué mi irritación, comprendiendo que era igual de difícil para ella comunicarse conmigo que para mí llegar a ella. No había un terreno común en el que pudiésemos entendernos. Triste, muy triste. Animé la voz:

—Estás muy guapa, mamá.

Sonrió.

—¿Lo dices en serio?

—Tú sabes que sí.

Esto era terreno seguro, su terreno. Su voz se tranquilizó:

—No tengo más remedio. La juventud es como un culto en estos tiempos.

«No para los jóvenes», pensé para mí.

—Te prepararé un trago —dije.

—Tomaré un vaso de vino blanco. Menos calorías.

Me acerqué al bar y cuando sacaba el vino del refrigerador sonó el timbre. Abrí la botella y miré interrogante a mi madre. Yo había pensado que cenaríamos los tres solos.

Mi madre leyó la pregunta en mis ojos:

—Creí que estaría bien invitar a una persona más. Para equilibrar la mesa. Una chica —dijo, cogiendo el vaso que yo le ofrecía—. Seguro que la recuerdas. Eileen

Sheridan. Quería mucho a tu padre.

No era el momento de discutir, pero recordé que Eileen tenía un corrector en los dientes cuando murió mi padre. Mamá la saludó en la puerta de la biblioteca.

Eileen había cambiado desde la última vez que la había visto, había cambiado mucho.

Me dio la mano por encima de la barra del bar y sonrió. Sus dientes eran perfectos, color blanco California.

—Hola, Gareth. Me alegro de volver a verte.

—Hola, Eileen —dije yo.

Su mano tenía el tacto Bel Air: un cruce entre la efusividad de las chicas de Beverly Hills y la flácida cortesía de las de Holmsby Hills.

«Sincera, cortés, fría, cordial», pensé.

—¿Qué bebes? —dije.

—¿Qué estás bebiendo tú? —preguntó ella.

Exactamente. Descubre lo que se lleva en el ambiente. No hay que destacar. Pero luego recordé que yo había hecho antes la misma pregunta.

—Estoy bebiendo whisky; tío John martini seco y mamá vino blanco bajo en calorías.

—Me quedo con el vino bajo en calorías.

Siguió una pausa.

—Un magnífico Rolls el que tienes ahí fuera —continuó, entablando conversación.

—¿Rolls? ¿Qué Rolls? —Mamá estaba enojada—. No me dijiste que tuvieses un Rolls.

—Me pediste que me pusiese corbata, mamá —dije—. ¿Cómo iba a venir en autoestop hasta aquí tan elegante?

—¿Si no es tuyo el coche, de quién es? —No había modo de evadirse de mi madre. Le gustaban mucho los amigos ricos.

—De un amigo.

—¿De esa chica mexicana que contestó al teléfono esta mañana? —preguntó suspicaz.

—No, mamá —dije riendo—. Ella tiene un viejo Valiant destartado con el que jamás me dejarían pasar los guardias la verja principal.

—No quieres decírmelo —me reprochó.

—De acuerdo, mamá. Si quieres saberlo de verdad, pertenece a un chico que está viviendo conmigo y que quiere ser mi esclavo.

No podía entender lo que le decía.

—¿Esclavo?

—Sí. En fin, cocinar, limpiar, todo.

—¿Y tiene un Rolls Royce? ¿De dónde lo sacó?

—Tiene también un padre rico.

La luz se encendió de pronto.

—¿Y es...?

Le facilité la palabra:

—¿Homosexual? Sí, mamá, es marica.

Me miró fijamente, el vaso de vino quedó inmovilizado junto a su boca.

—La cena está servida —anunció el mayordomo desde la puerta.

Sonreí a mi madre:

—¿Cenamos?

Entramos en silencio en el comedor. Mamá había tirado la casa por la ventana: cubertería de oro, la porcelana Coalport y la cristalería de Baccarat. Ardían las velas en altos candelabros con las bases cubiertas de flores. Eileen dijo:

—Una mesa maravillosa, señora Brendan.

—Gracias —contestó mi madre con aire ausente.

No intercambiamos otra palabra hasta que el mayordomo colocó frente a nosotros la ensalada y salió del comedor. Entonces mamá rompió el silencio:

—No te entiendo, Gareth, ¿cómo puedes hacer una cosa así?

—Yo no hago nada, mamá. Lo único que dije fue que estaba viviendo conmigo.

Mamá se levantó súbitamente.

—Creo que me voy a poner enferma.

—¡Margaret! —dijo mi tío ásperamente—. Siéntate. Me miró un instante y volvió a sentarse.

—Le invitaste para una cena familiar tranquila —dijo suavemente el tío John—. Y llevas acosándole desde que entró por la puerta.

—Pero... pero... John...

El tío John no le dejó seguir:

—Ahora vamos a cenar tranquilamente, tal como tú dijiste. Y si necesitas algún testimonio de la virilidad de tu hijo, te diré que es mucho más hombre de lo que fue nunca su padre.

—Que en gloria esté —dijo solemne; luego me volví a Eileen—. Fue un placer volver a verte. —Luego me levanté—. Gracias por el voto de confianza, tío John, pero no sirve de nada. No pertenezco a este mundo desde hace mucho tiempo. Lo siento, mamá.

Tío John me alcanzó en la puerta principal.

—Gareth, no seas chiquillo.

—No es ninguna chiquillada —dijo ásperamente—. Sería un chiquillo si siguiera ahí sentado aceptándolo todo.

—Está alterada —me dijo suavemente—. Ya sabes lo importante que es para ella esta cena. Vuelve a la mesa, por favor.

Le miré fijamente. Creo que no le había oído decir nunca «por favor».

—No le hagas caso —dijo—. Enfadarte con ella no arreglará las cosas, ni para ella ni para ti.

Cedí. Tenía razón, estaba actuando como un niño, exactamente como había actuado siempre con ella. Cuando no podía soportarlo más, me largaba. Volví a la mesa.

—Discúlpame, mamá —dije de nuevo, y me senté. El resto de la cena transcurrió sin más derramamiento de sangre.

Después de cenar, volvimos a la biblioteca a tomar café. El café se sirvió en tacitas y el coñac en gigantescas copas previamente calentadas.

—A tu padre le encantaba tomar el café aquí —dijo mamá—. Le gustaba sentarse en ese sofá y mirar la fuente y las luces de la piscina.

De pronto, empezó a llorar.

Eileen le pasó un brazo por los hombros.

—No debe llorar, señora Brendan —dijo—. Todo eso pertenece al pasado.

—No para mí —dijo mamá con voz tensa, casi irritada—. No, mientras no sepa por qué me hizo lo que me hizo.

—No te lo hizo a ti, mamá —dije—. Se lo hizo a sí mismo.

—Aún no comprendo por qué lo hizo. Lo único que querían era que contestase a unas preguntas. La investigación que hubo después demostró que él no había hecho nada malo.

Esa era su opinión. Pero la verdad era que el Gobierno había pensado que no se podía meter en la cárcel a un cadáver, así que cerraron el caso y lo olvidaron. Miré a mi tío que seguía impasible.

—Quizá pudieses explicárselo tú, tío John —dije.

—Ya lo he hecho; ya le expliqué a tu madre que fue un imbécil. Nada podían hacerle.

Yo no me creía esto, ni tampoco él. Él tenía una historia para mí y otra para mi madre.

—Entonces, ¿a qué tenía miedo? —pregunté—. No podían hacerle responsable del derrumbamiento de aquel edificio escolar.

No había matices en la voz de mi tío cuando dijo:

—Quizá tuviese miedo a que los políticos le echasen la culpa por falta de diligencia en los controles de calidad de los materiales y del trabajo.

—¿No podía alguien abordar a los políticos y apaciguarles? —pregunté.

Tío John no pestañeó:

—No sé, quizá.

—Tío John tiene razón —dije—. Papá respetó el contrato. Si el contrato no era bueno, la culpa no fue suya. Pero, por desgracia, no consiguió convencerse a sí mismo de ello. Sabía que los materiales eran de calidad inferior, de modo que hizo lo que hizo y lo único que puedes hacer tú es aceptarlo. En cuanto lo hagas, podrás dejarlo a un lado y volver a llevar una vida normal.

—Para mí ya no hay vida normal —dijo ella.

—No me vengas con cuentos, mamá —dije—. No has dejado de jugar al tenis, ¿verdad?

Bajó los ojos. Sabía lo que yo quería decir. Tenía una afición especial a los profesores de tenis y yo sabía que varios de ellos le habían servido en algo más que en lanzarle pelotas.

—¿Nunca has pensado en volver a casarte, madre? —pregunté.

—¿Quién iba a querer casarse con una vieja como yo?

Me eché a reír.

—No estás vieja y lo sabes. Eres una hermosa dama con varios millones en el banco. Es una combinación insuperable. Lo único que tienes que hacer es soltarte un poco y dejar de echar cubitos de hielo cuando algún tipo se te insinúe.

Se vio de pronto frente a un dilema: por una parte se sentía halagada, no obstante, por otra necesitaba adoptar una actitud correcta y digna.

—Gareth, procura no olvidar que estás hablando con tu madre.

—No lo olvido, mamá —dije riendo—. Y como no soy el producto de una concepción inmaculada, quiero recordarte también a ti que aún es divertido todo ese asunto.

Movió la cabeza irritada:

—No hay modo de hablar contigo. ¿Es que no me tienes ningún respeto, Gareth?

—No, mamá, ya no. En otros tiempos me creía muchas cosas; creía en la honradez, en la decencia, en la bondad. Pero eso se cura a base de tiempo y de vivir, y yo he vivido bastante.

—Entonces, ¿qué buscas?

—Quiero ser rico. No rico como fue papá, ni tan siquiera rico como el tío John, sino superrico. Si eres superrico, tienes el mundo en un puño. Con dinero se compra todo: relaciones sociales, políticos, propiedades, poder. Basta con que tengas dinero para pagarlo. Y lo irónico es que cuando tienes el dinero, no tienes que pagar por nada. La gente se esfuerza por dártelo todo gratis.

—¿Y crees que ese periódico te servirá para conseguirlo? —preguntó tío John. Había en su voz una sombra de curiosidad.

—No, tío John. Pero es un principio. —Me levanté—. Pasan ya de las diez, mamá, tengo que trabajar.

—¿Qué clase de trabajo?

—El periódico lleva desde esta mañana en los quioscos de Hollywood. Me gustaría saber cómo han ido las cosas.

—No he visto ningún ejemplar del periódico. ¿Me mandarás uno?

—Por supuesto.

El tío John carraspeó.

—No creo que te interese ese tipo de periódico, Margaret.

—¿Por qué no?

—Bueno... es una especie de... de periódico pornográfico.

Mamá me miró.

—¿De veras?

—Eso es lo que opina el tío John; yo no lo creo. Léelo tú misma y decide.

—Lo haré —dijo ella con firmeza—. Tú mándamelo.

—Yo también me voy —dijo Eileen, levantándose—. Tengo clase mañana temprano.

Nos dimos las buenas noches. Besé a mamá en la mejilla y la dejé allí con el tío John. Eileen y yo salimos juntos.

El Rolls y el gran Cadillac eran los únicos coches que había en el camino.

—¿Dónde tienes tu coche? —pregunté.

—Vine andando. Mi casa está muy cerca, ¿no lo recuerdas?

Recordé.

—Sube —dije—. Te llevaré.

Entró en el coche y abrió el bolso:

—¿Quieres un porro?

—¿Tienes?

—Siempre voy preparada. No sabía qué clase de velada iba a resultar.

Lo encendió mientras yo enfilaba el camino. Dio una profunda chupada y me lo pasó.

Cuando llegamos frente a su casa, me tocó en el brazo para que no entrase por el camino de coches.

—¿Puedo ir al centro contigo?

Le pasé otra vez el porro y seguí.

—Claro. —Contemplé su cara iluminada por las luces del cuadro de mandos—. ¿Por qué viniste esta noche?

—Sentía curiosidad por ti. Había oído tantas historias. —Se volvió y me miró—. No eres realmente homosexual, ¿verdad?

Aguanté su mirada.

—A veces.

—La mayoría de los que dicen que son bisexuales en realidad son una sola cosa.

—¿Quieres pruebas? —pregunté. Le tomé una mano y la coloqué sobre mi bragueta. Tenía una respetable erección, fruto exclusivo de una buena hierba y una compañía adecuada.

Apartó la mano.

—Te creo.

—¿Ahora quieres que te lleve a casa?

—No. Además, quiero un ejemplar de tu periódico para ver por mí misma cómo es.



Metí el Rolls en un aparcamiento frente al quiosco que hay delante del Ranch Market en La Brea. Nos quedamos sentados en el coche observando el panorama. Por allí andaban los merodeadores nocturnos habituales. Tenían un aire de aburrida paciencia.

Para ellos todavía era temprano, la hora decisiva sería hacia la medianoche. Si no se habían apuntado un tanto para la una, el partido se aplazaría por aquella noche.

Salimos del coche, lo cerramos y cruzamos la calle. Me acerqué a la esquina y pasé ante las hileras de libros de bolsillo y revistas buscando el periódico. Lo encontré junto a la caja registradora.

Con Eileen detrás, fingí ser un cliente y cogí un ejemplar. Fui a abrirlo, pero tenía un trocito de cinta adhesiva cerrando las páginas.

El tipo de la caja apenas si me miró al hablar. Sus ojos seguían recorriendo las revistas.

—Te cuesta cincuenta centavos ver a la chica.

—¿Y si no vale nada?

Señaló con el pulgar. Miré hacia la parte posterior. La hoja central estaba clavada allí con chinchetas.

—Cincuenta centavos —gruñó.

—Es la primera vez que veo este periódico —dije, dándole el dinero.

—Salió hoy por primera vez.

—¿Y cómo ha ido?

—Empecé esta tarde con cincuenta. Y no deben quedarme más de cinco. —Por primera vez posó los ojos en mí—. ¿De la justicia?

—No, soy el director del periódico.

Su rostro gastado por el tiempo esbozó una sonrisa:

—Se vende muy bien —dijo—. Harás mucho dinero si no te atosigan.

—Gracias.

—Quizá puedas ayudarme. Le pedí a Ronzi cien más. Hay por delante un largo fin de semana.

—¿Y qué dijo él?

—Que ni hablar. Dice que no hay más. Ahora siento no haber aceptado los cien que intentó colocarme.

—Veré lo que puedo hacer.

Era lo mismo en todos los quioscos a los que fui: Bulevar Hollywood, Sunset, Avenida Oeste. De vuelta hacia casa de Eileen, paramos en la tienda del M. F. K. en el hotel Beverly Wilshire. El periódico no estaba en el pequeño revistero sino que se encontraba en una máquina automática. Nos quedamos un rato y vimos a un hombre echar las dos monedas en la ranura y comprar el último ejemplar.

Pedí en el mostrador un café para ella y para mí un martini negro con soda. Mientras saboreaba su amargo dulzor, la observé ojeando el periódico. Por fin, me miró.

—No está mal.

Encendí un cigarrillo.

—Gracias —dije.

—Puedo hacer unas cuantas sugerencias, si no ofenden tu ego.

—Adelante.

—El periódico tiene mucho coraje y mucha vitalidad —dijo, sacando el cigarrillo de mi mano—, pero tenéis que aprender muchas cosas todavía.

Asentí para que siguiera y encendí otro cigarrillo.

—En primer lugar, todo está escrito en el mismo estilo. Parece como si lo hubiese hecho todo una sola persona.

—Lo hizo una sola persona —dije—. Yo.

—No está mal —dijo ella—. No obstante, deberías utilizar un tono distinto según los temas. Además, el artículo principal está en la página siete, lo cual es un error, porque el artículo principal debe estar siempre en la página tres, para que el lector lo encuentre nada más abrir el periódico.

No dije nada.

—¿Quieres que siga?

Asentí.

—Hay que cuidar la tipografía. El tipógrafo no tiene la más remota idea del contenido de los textos, da una impresión muy pobre. ¿Quién se encarga de controlar esto?

—Es cosa del impresor.

—Debe cobrarte bastante por eso. Deberías conseguir una máquina propia, serían unos tres mil. El trabajo saldría mejor y la amortizarías en un par de meses.

—Pareces toda una experta.

—He estudiado cuatro años de periodismo. Tengo la licenciatura y estoy preparando el doctorado. Durante los últimos dos años he sido redactora jefe del *Trojan*.

—Eres una especialista, no hay duda. Te agradezco los comentarios, son muy razonables.

—Si quieres, puedo ir por el periódico a ayudaros un poco.

—Sería maravilloso, pero ¿por qué tanto interés?

—Supongo que debe de ser porque has conseguido algo nuevo. Aún no lo entiendo del todo, pero tengo la sensación de que has dado con un nuevo tipo de comunicación. Una cosa interpersonal. Es como si el periódico hablase a la gente, como si les dijese cosas que quizá ellos pensaron pero nunca formularon con palabras.

—Lo consideraré un cumplido.

Me miró fijamente.

—Hablo en serio.

Pagué.

—Gracias. Ahora te llevaré a casa. Llámame cuando quieras acercarte al periódico.

Sonrió.

—¿Vale mañana por la tarde?

Las luces estaban encendidas en la oficina cuando subí. La puerta no estaba cerrada. Persky se hallaba en su mesa.

—Estaba esperándote —dijo.

—¿Qué ha pasado?

—Ronzi lleva acosándome desde las siete de la mañana. Quiere otros cinco mil ejemplares por la mañana. Está recibiendo llamadas de todos los vendedores de la ciudad.

—Muy bien. Dile que no.

—Dijo que pagaría en efectivo.

—Que aumente los pedidos para el número de la próxima semana. Déjale que se quede un rato con la lengua fuera, así tendrá más apetito. Puede permitírselo. Acordamos un precio en quiosco de treinta y cinco centavos y está cobrando cincuenta. Nos está robando quince centavos por ejemplar. Que se joda.

—Creo que puedo hacerle subir a diez mil. Eso serían otros mil quinientos, Gareth.

—Si se queda sin ellos, pedirá veinte mil la semana próxima. Dile que no quiero hacerlos.

—Llevo mucho tiempo en este negocio, Gareth. Hay que agarrar las cosas cuando se puede.

—Vamos a estar en este negocio mucho tiempo. No corramos hasta que no aprendamos a caminar —me dirigí hacia la escalera—. ¿Cuánto costaría una máquina de composición tipográfica?

—Una buena... usada, unos tres billetes, nueva ocho.

—Mañana empieza a buscar una máquina usada buena —dije, pensando que Eileen sabía lo que decía—. ¿Aún anda Bobby por ahí? Le traje su coche.

Persky me miró burlón.

—Se fue en taxi hace una hora. Dijo que iba a un baile de disfraces o algo por el estilo.

—¿Baile de disfraces?

Se echó a reír.

—Nunca lo había visto así. Iba todo maquillado: colorete, carmín, lápiz de cejas; ropa de cuero negra y brillante, unos pantalones tan ajustados que parecía como si los llevase pegados con goma al cuerpo...

—¿Dijo adónde iba?

—Ni una palabra. Salió pitando como un vampiro del infierno.

—Mierda. —Sabía que debía meter el Rolls en el garaje, pero quedaba a cuatro manzanas y no me apetecía—. Buenas noches —le dije, mientras subía la escalera.

Entré en el apartamento. Se abrió la puerta del dormitorio y salió Denise, aún con su atavío de doncella francesa.

—¿Me da su abrigo, señor?

—¿Qué haces tú aquí?

—Bobby me dejó de guardia, señor —dijo, muy seria.

—¿De guardia?

—Así es, señor. Él se fue a una fiesta.

—¿Y dónde está Verita?

—Se fue a casa. Dijo que tenía que lavar la ropa de toda una semana. —Se colocó detrás de mí y me ayudó a quitarme la chaqueta—. ¿Quiere que le prepare algo de beber?

—Sí, lo necesito —dije, echándome en el sofá.

Vi cómo se inclinaba sobre el bar. Tenía unas hermosas nalgas. Sorbí un saludable trago de la bebida que me dio.

—¿Qué hicisteis los tres? —pregunté—. ¿Echasteis a suertes para ver quién me tenía esta noche?

—Nada de eso, señor.

—Por amor de Dios, deja de llamarme señor. Sabes mi nombre.

—Estoy de guardia, señor. Bobby me pidió que me quedase cuando recibió la llamada telefónica. Dijo que a usted no le gustaba estar solo.

—¿Cuándo recibió la llamada?

—Hacia las diez. Se puso muy nervioso. Nunca le había visto tardar tanto tiempo en arreglarse. Estaba tan excitado que solo se serenó después de dos esnifadas de coca.

Con aquella coca encima, debía estar dando saltos hasta la Luna.

—Debe de ser toda una fiesta. ¿Dijo quién la daba?

—No, pero le oí hablar de alguien llamado Kity.

Noté que mi rostro se crispaba y ella lo advirtió.

—¿Algún problema? —dijo.

—No lo sé —contesté ásperamente.

Si era el Kity del que yo había oído hablar, Bobby se había metido realmente en la mierda. Kity, cuyo auténtico nombre era James Hutchinson, presidía a las peores locas encueradas y sadomasoquistas de la ciudad. Venía de una vieja familia de Pasadena que no tenía más que dinero e influencias políticas en el interior del estado. Según los rumores, había organizado lo que ellos llamaban la fiesta del Pollo del Mes y algunos de los muchachos elegidos habían terminado en el hospital. De no haber sido por sus relaciones e influencias, probablemente le hubiesen quitado de la circulación hacía mucho tiempo.

—¿Dijo Bobby dónde era la fiesta?

Denise negó con un gesto.

Tomé el listín telefónico. Ningún Hutchinson. Intenté en información, pero no

había ningún número con aquel nombre.

—¿A qué empresa de taxis llamó, Denise?

—Amarillo.

Llamé, pero no me dieron ninguna información. Solo podían dar información a la policía. Colgué y marqué de nuevo.

Me contestó una voz áspera:

—Silver Stud.

—El señor Lonergan, por favor. Llama Gareth Brendan.

Un momento después, se oyó al teléfono la voz de mi tío.

—¿Sí, Gareth?

—Necesito que me ayudes, tío John. Creo que mi joven amigo puede haberse metido en un grave problema.

—¿Qué clase de problema?

—Creo que ha conseguido que le elijan Pollo del Mes en una fiesta de James Hutchinson.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Tomó un taxi Amarillo para ir a la fiesta y quiero saber dónde es la fiesta.

—Espera un momento.

Oí el clic del teléfono. Colgué también. No tardó un minuto en volver a llamar. No eran muchas las personas de la ciudad que podían decirle que no a él.

La dirección era justo en el centro de la zona residencial más de moda, en Mulholland Drive.

—Gracias, tío John.

—Espera un momento —dijo rápidamente—. ¿Qué vas a hacer?

—Ir y traerle.

—¿Solo?

—No hay nadie más.

—Podrían matarte.

—Eso me dijeron en Vietnam, no obstante, todavía estoy aquí.

—No ganarás una medalla por esto. ¿Dónde estás ahora?

—En mi apartamento, encima de la oficina.

—Espera ahí. Te enviaré ayuda en diez minutos.

—No tienes por qué hacerlo, tío John. No es problema tuyo.

—Eres mi sobrino, ¿no? —dijo irritado.

—Sí.

—Entonces espera ahí. Eres problema mío.

Y colgó.

—¿Todo va bien? —preguntó Denise con ansiedad.

—Lo irá —dijo—. ¿Dónde puso Bobby la coca?

—En el cajón del medio del bar.

Me serví dos rayas. Quizá necesitase aquella energía.

La palabra de Lonergan era tan buena como él. Al cabo de diez minutos oí una bocina por la ventana. El Jaguar del Cobrador estaba abajo detrás del Rolls. Me dispuse a salir.

—¿No habrá problemas? —dijo Denise, llena de ansiedad.

—Tranquilízate, volveré pronto.

Bajé y metí la cabeza por la ventanilla del Jaguar.

—Cierra tu coche —dije—. Iremos en el Rolls.

—Lonergan me dijo que tú me informarías —dijo mientras salía.

—Mi amiguito se ha hecho elegir Pollo del Mes en una de las fiestas de Hutchinson.

—¿Y vamos a buscarle?

—Eso es.

—¿Celoso?

—No.

—Entonces, ¿por qué molestarse? Muchachos como ese los hay a patadas. Tarde o temprano todos acaban allí. —Sacó un cigarrillo—. Les encanta todo eso, es lo que están pidiendo siempre.

—Él es un romántico. No sabe que pueden hacerle daño de verdad.

—También les gusta eso.

—Si creyese que era su rollo, no iríamos a buscarle. —En ese momento estábamos en Coldwater, subiendo la cuesta.

El Cobrador buscó en el bolsillo de la chaqueta, sacó un par de guantes de cuero y empezó a ponérselos.

—Tengo otro par para ti —dijo, dándomelos—. No me gusta estropearme las manos.

Eran pesados y un poco rígidos. Le miré interrogante.

—Tienen un entramado de alambre de acero. Póntelos. Conozco a esa tropa.

La casa estaba bastante apartada de la vía principal, detrás de un alto muro y unas verjas de acero. Vi las luces y el monitor del circuito cerrado de televisión cuando nos acercamos al comunicador.

—No te levantes —dije mientras alcanzaba el teléfono desde la ventanilla del coche.

Se encendieron los reflectores en cuanto descolgué el teléfono y el monitor me observó con su ojo de vidrio. Alguien descolgó el teléfono del otro lado y oí una estruendosa música de fondo. La voz era aguda y metálica.

—¿Quién es?

Miré hacia el monitor.

—Gareth Brendan. Bobby Gannon me dijo que me reuniera con él aquí.

Sonó otro clic.

Vi que el monitor cambiaba de enfoque para examinar el coche. Me alegré de haber llevado el Rolls. La vocecita resonó en mi oído:

—Un momento.

Pasados casi cinco minutos volví a oír la voz:

—Aquí no hay nadie que se llame así.

Procuré parecer irritado y nervioso:

—Dile a Kity que si está jodiendo con mi esclavo y no me deja entrar, lanzaré este coche contra esa sucia verja.

—Un momento.

Hubo una pausa.

—Vale. Pon el coche en la zona de aparcamiento que hay nada más pasar la verja y sube andando.

Las puertas empezaron a abrirse lentamente. Los focos iluminaron el camino lo que significaba más monitores de televisión.

—Tú quédate aquí —le dije al Cobrador—. Espera hasta que entre en la casa y se apaguen las luces. Entonces lleva el coche hasta la puerta principal y espérame.

—¿Y si me necesitas?

—Gritaré.

—De acuerdo.

Mientras caminaba hacia la casa, sentía sobre mí los monitores. La puerta principal se abrió antes de que yo pudiese tocar el timbre.

catorce

Le seguí hasta el bar.

—Whisky con hielo —dije al pequeño filipino de chaqueta blanca. Observé cómo servía el whisky de la botella y cogí el vaso de su mano. No tenía ningún sentido correr riesgos. No podía permitir que me echase una droga en la bebida.

—Salud —dije, volviéndome a Kity; el whisky tenía un sabor limpio—. ¿Dónde está Bobby?

Kity sonrió.

—Eres terco. Puedes comprobarlo por ti mismo: no está aquí.

Me hice el tonto.

—No lo entiendo. Me dijo que nos reuniríamos aquí.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Me dejó un recado en casa y me lo dieron cuando llegué. Estuve cenando con mi madre.

—La mejor amiga de un muchacho es su madre —dijo él.

Alcé el vaso:

—Brindo por eso.

Kity tenía los ojos fijos en mis manos:

—¿Por qué no te quitas los guantes?

—Tengo un hongo contagioso —dije—. Una especie de vaginitis de las manos.

Se echó a reír.

—Lo que me faltaba por oír. Vamos a la fiesta. —Se volvió hacia el salón—. Chicas, este es Gareth, ha venido a buscar a su esclavo.

Se rieron todos y uno de los vestidos de cuero se acercó.

—Eres guapo —ceceó—. No me importaría ser tu esclavo.

—Eres demasiado grande, acabaría teniéndote miedo. Me gusta la gente delicada y suave.

—Puedo ser suave —ceceó; me posó una mano en el brazo, los dedos se hundieron en mi carne como garras de acero—. No te haría demasiado daño.

Sonriendo, le agarré por el cuello, aplastándole la nuez entre el pulgar y el índice.

—Tampoco yo te haría demasiado daño —dije, viendo cómo se ponía rojo, intentando respirar. Me soltó el brazo.

Kity dijo con mucha naturalidad:

—Está ahogándose.

—Sí —dije yo, en el mismo tono, pero sin soltar.

—Ten cuidado. Tiene el corazón débil.

Solté. Cayó de rodillas, jadeando.

—Los que tienen el corazón débil no deberían practicar estos juegos tan

peligrosos —dije.

El otro alzó sus ojos hacia mí.

—Fue maravilloso —masculló—. Tuve un orgasmo de lo más fantástico. Creí que me moría.

No contesté.

—Me gustas —dijo.

Le miré ceñudo:

—Ya te lo dije. No eres mi tipo.

Me volví a Kity.

—Una choza magnífica.

—Gracias —dijo, con una sonrisa estúpida.

Me acerqué a una hermosa mesa que había junto al sofá.

—Una auténtica obra de arte.

—No tiene precio, Chippendale auténtico —dijo muy orgulloso—. Tengo dos. Una a cada lado del sofá.

—¿De veras? —Lancé mi mano en un golpe de karate y la mesa se derrumbó; me dirigí hacia la otra. Kity soltó un grito:

—¿Qué demonios haces?

—¿No te lo dijo Bobby? Mi rollo es romper muebles —dije, y alcé la mano.

—¡Que le detenga alguien! —chilló Kity—. Esas mesas valen treinta mil dólares cada una.

El tipo fornido y mal encarado de la entrada irrumpió en la habitación. Se detuvo un momento para hacerse idea de lo que pasaba y luego cargó contra mí. Le pegué una patada en la cara sin apartarme de la mesa. Se derrumbó de espaldas en el suelo, echando sangre por la nariz y por la boca.

—¡Mis alfombras blancas! —gritó Kity—. ¡Voy a desmayarme!

—Mejor no —le dije—. Porque cuando recuperes el conocimiento no quedará ni un mueble sano en la casa.

—Debes amar mucho a ese muchacho.

—Será mejor que te convenzas de ello —dije, ásperamente.

—De acuerdo. Ven conmigo, te llevaré adonde está.

—Primero abre la puerta de entrada.

Kity hizo una seña. Otra loca vestida de mujer se dirigió a la puerta y la abrió.

—Bill —grité.

La corpulenta estructura del Cobrador apareció en la puerta casi antes de que su nombre saliera de mi boca. Le brillaban los blancos dientes en la cara negra cuando vio a aquel tipo en el suelo.

—Vaya, habéis tenido una fiesta —dijo.

—Vigíame a los otros, yo voy con Kity a buscar al muchacho.

Bruscamente apareció en su mano una Magnum 357.

—Bien, tíos, o tías, o lo que seáis. Al suelo bocabajo y manos en la nuca.

Se echaron todos inmediatamente en la alfombra.

—Muy bien —dijo, satisfecho.

Seguí a Kity pasillo adelante hasta una escalera que llevaba al sótano. Al pie de la escalera había una habitación... una habitación especial.

Las paredes estaban cubiertas de cuero marrón, y había perchas en ellas de las que colgaban la mayor colección de látigos, esposas y grilletes que yo había visto en mi vida. En el centro había dos cosas de las que había oído hablar pero que nunca había visto. Era un potro, similar a los que habían usado los puritanos, pero en este la víctima tenía que arrodillarse para meter los brazos y las piernas por los agujeros. La base estaba cubierta de trozos rotos de cuero y había un par de zapatos al lado.

El otro instrumento era la rueda, donde estaba Bobby, completamente desnudo, las piernas y los brazos abiertos, las caderas proyectadas obscenamente hacia adelante sobre el radio central. Tenía la cabeza caída sobre el pecho y los ojos cerrados.

—Bobby —dije.

Alzó la cabeza e intentó abrir los ojos.

—Gareth —murmuró a través de unos labios hinchados— viniste a la fiesta.

—Luego, la cabeza cayó hacia delante.

Miré la percha de la pared y vi lo que quería: un collar de perro con clavos y una pequeña correa.

—Contra la pared —dije.

Por primera vez percibí miedo en la voz de Kity:

—¿Qué vas a hacer?

Poniendo la palma abierta entre sus omóplatos, lo lancé contra la pared y lo sostuve allí. Con la mano libre bajé el collar, se lo eché al cuello y luego se lo apreté con un movimiento brusco.

Lanzó un grito de dolor, clavándose los dedos en el cuello.

Bobby intentó sonreír.

—Vaya, tú estás jugando, también —murmuró. Tomé la correa y arrastré a Kity hasta la rueda.

—Suéltale.

Kity soltó las abrazaderas frenéticamente. Me coloqué junto a él y cogí a Bobby cuando caía de la rueda. Quedó colgando inerte de mi hombro.

Tiré de nuevo de la correa.

—Arriba.

El Cobrador se echó a reír cuando vio a Kity con el collar y la correa.

—Vaya, te agenciaste un perro nuevo.

—Vamos —dije; nos dirigimos a la puerta abierta. Yo arrastraba a Kity conmigo—. Abre las verjas.

Descolgó un teléfono que había junto a la puerta y apretó dos botones. Cobró vida entonces una pantalla de televisión que había en la pared sobre el teléfono. Vi cómo

se abrían las verjas lentamente. Pedí el arma al Cobrador.

—Lleva a Bobby al coche —dije.

Condujo a Bobby como si fuese una frágil pieza de cristal y yo me volví a Kity:

—¿Que le diste?

—Nada. Fue él quien quiso hacerlo todo.

Di un tirón a la correa. Soltó una tos ahogada.

—¡No me mientas! —gruñí—. Vi sus ojos.

Se aflojó el collar.

—Polvo de ángel y ácido.

Le miré un momento, luego solté la correa y salí. Kity gritó detrás:

—Te lo puedes quedar, no vale gran cosa. Nos lo hemos tirado todos, sabes.

No me molesté en volverme. Le alcancé con una patada hacia atrás. Sentí como el tacón del zapato chocaba con su mandíbula. Cuando miré atrás, vi que tenía la barbilla pegada a la nariz y empezaba a echar sangre por la boca.

—¡Perra! —dijo.

El Cobrador estaba al volante del coche. Me senté junto a él.

—¿Has visto la espalda del muchacho? —preguntó.

Me volví y miré al asiento de atrás. Bobby estaba bocabajo. De los hombros a las nalgas era todo carne viva. Solo les había faltado desollarle.

—Hay que llevarle al hospital, Bill.

Cruzamos la verja.

—Eso nos traería problemas con la policía. Y harían preguntas.

—El chico necesita un médico.

—Conozco un sitio donde no hacen preguntas.

Era un pequeño hospital privado de Los Ángeles Este, pero sabían lo que se hacían. Estuve esperando hasta que salió el médico de la sala de urgencias.

—¿Cómo está?

—Se pondrá bien, pero tendrá que quedarse aquí por lo menos tres semanas.

—No creí que fuese tan grave.

—Lo de las drogas no tiene importancia. Ni siquiera lo de la espalda es tan grave como parece. Es por dentro. Tiene el recto destrozado.

Alzó la mano en la que tenía un consolador grueso como un puño y de unos veinticinco centímetros de largo.

—Le introdujeron esto entero.

Por un instante, creí que iba a marearme.

—Voy a avisar a su padre —dije.

El médico cabeceó solemnemente:

—Puede usted asegurar al reverendo Sam que seremos muy discretos.

—¿Conoce al muchacho? —pregunté sorprendido.

—No, pero llamó el señor Lonergan y dijo que quizá viniesen ustedes aquí.

Lonergan lo había pensado todo. Ahora quizá pudiese pensar un modo de contarle

a un padre, que había confiado en que yo cuidaría de su hijo, que le había fallado.

quince

El Cobrador estaba en la cabina telefónica cuando entré en la sala de espera.

—Lonergan quiere hablar contigo —dijo.

—¿Cómo está el chico? —preguntó mi tío con voz uniforme.

—Malherido. Pero se recuperará. Precisamente iba a llamar a su padre.

—Ya lo he hecho yo. Ahora va de camino. He enviado un coche para que te lleve a casa.

—Tengo aquí el Rolls.

—La policía anda buscándolo. Dale las llaves al reverendo Sam y sal de ahí.

—No creí que fuesen tan estúpidos como para llamar a la policía.

—Dejaste a dos hombres para el hospital —dijo secamente—. Y la policía hace preguntas. Pero no saben nada de ti, por el momento. Nadie les dio tu nombre.

Mi tío siempre conseguía sorprenderme. Parecía tener oídos en todas partes.

—Cuando llegues a casa quédate allí hasta recibir noticias mías. Sabré algo más sobre el asunto por la mañana.

—Tengo que hablar con el reverendo Sam y explicarle lo que pasó.

—Eso puedes hacerlo mañana. Ahora lárgate de ahí inmediatamente, cojones.

Y colgó. Creo que fue la primera vez que oí soltar un taco a mi tío.

El Cobrador extendió la mano:

—Las llaves del coche.

Las dejé caer en su mano y le seguí a la mesa de recepción, donde se las entregó a la enfermera, y luego salimos.

—En la esquina hay un sitio abierto toda la noche —dijo—. El coche nos recogerá allí.

Recorrimos la calle en silencio, solo se oían nuestras pisadas y algún automóvil que pasaba. El reloj del restaurante marcaba las cuatro y cuarto.

El camarero puso ante nosotros humeantes tazas de café.

—¿Qué tomarán, amigos?

—Un emparedado de jamón y huevo con un bollo káiser —dijo el Cobrador. Luego me miró a mí. Hice un gesto negativo.

—Yo no quiero nada.

El café estaba ardiendo. Busqué un cigarrillo. El Cobrador me ofreció un paquete. Acepté uno y lo encendí.

El Cobrador dio un gran mordisco al emparedado que el camarero colocó ante él. Luego dijo, con la boca llena:

—¿Aprendiste esa mierda en el Ejército?

—¿Qué mierda?

—Ese judo. Las patadas y todo eso. —Había una nota de admiración en su voz.

—Eso no es judo, y no lo enseñan en el Ejército.

—Entonces, ¿qué es?

—Savate. También le llaman boxeo francés. Me lo enseñó un antiguo sargento de la Legión Extranjera que se quedó en Vietnam cuando se largaron los franceses.

Dio otro mordisco al emparedado y rio entre dientes.

—Me gustaría aprenderlo, amigo. Era como un ballet. Lonergan me dijo que tardarían por lo menos tres horas en arreglarle la mandíbula. Tendrá que comer con una paja durante tres meses.

—Ese hijoputa tuvo suerte de que no le matara. El Cobrador me miró a los ojos:

—Eres un tipo extraño, Gareth. No te entiendo en absoluto. Siempre creí que no valías nada; lo cierto es que nunca entendí por qué Lonergan se tomaba tanto interés personal por ti.

—Ahora ya lo sabes. Soy su sobrino.

—No es solo eso. Lonergan es demasiado listo para caer en la trampa de la familia. Tú eres algo más.

Miró hacia el ventanal, se levantó, sacó dos dólares y los dejó sobre la mesa.

—Ahí está el coche —dijo—. Vamos.



Cuando llegué a la puerta del apartamento, la coca había desaparecido de mi organismo y me sentía agotado. Busqué la llave pero la puerta estaba abierta. Las luces de la sala estaban encendidas.

Denise, que aún llevaba su uniforme de doncella, dormía en el sofá, con un brazo sobre los ojos para protegerlos de la luz.

Entré en el dormitorio, saqué una manta de la cama y la tapé. No se movió. Moví la cabeza. Los inocentes se creen tan listos y, sin embargo, no saben nada.

Denise tenía dieciocho años. Bobby diecinueve.

Para ellos la vida era aún un sueño, un ideal, algo lleno de belleza y bondad.

Mierda. Volví al dormitorio, tiré los zapatos y me tumbé en la cama. Yo también había sido un inocente.

Lo había sido. Lo había... sido. Cerré los ojos.

Flotaron en mi mente voces del pasado. Hablaba mi tío y yo estaba inmóvil detrás de la puerta de la biblioteca.

—Tendrás que decírselo.

La voz de mi madre, tensa de angustia, se filtró a través de la pesada puerta.

—No puedo, John. No puedo.

—Lo descubrirá solo tarde o temprano. Tienes que decírselo.

—No, John, no.

Luego oía detrás de mí las pisadas de mi padre y me volví, haciendo ruido suficiente para que ellos dejaran de hablar.

No quería que mi padre sufriera. Yo era sabio. Yo era inocente. Tenía dieciséis

años. Y estaba completamente equivocado. Las voces se desvanecieron y me dormí.

Sentí una mano en el hombro:

—¡Gareth! ¡Gareth! ¡Despierta!

No era la voz de un sueño. Abrí los ojos. Denise me zarandeaba.

—¿Qué? ¿Qué? —murmuré.

—Estabas gritando y chillando.

Moví la cabeza, atontado.

—No.

—Tenías una pesadilla.

—Lo siento.

Me incorporé y busqué un cigarrillo. Me temblaban las manos.

—¿Te sientes bien?

—Sí.

—¿Encontraste a Bobby?

—Sí. —El cigarrillo me tranquilizó—. Estaba herido. Le llevé a un hospital. —Vi en su cara una expresión de angustia—. No te preocupes, se pondrá bien.

—¿Qué le hicieron?

—Le drogaron y luego le pegaron y le violaron. Sentí las lágrimas en mis ojos. Intenté contenerlas pero no pude. De pronto, estaba llorando.

Denise se incorporó:

—Te prepararé una taza de leche caliente.

La detuve a la puerta:

—Ya soy lo bastante viejo para tomar un whisky.

—Te lo echaré en la leche. Mientras tanto, desvístete y métete en la cama.

Trajo la botella de whisky en la bandeja junto a la taza de leche caliente. Miró hoscamente mi camisa y mis vaqueros tirados en el suelo junto a la cama.

—No eres nada ordenado —dijo, mientras posaba la bandeja.

—Nunca dije que lo fuese.

Recogió mi ropa y la colocó en el armario. Bebí un sorbo de la leche que había mezclado con el whisky. Tenía un sabor horrible. Dejé la taza y bebí un trago de whisky de la botella.

—Eso es hacer trampas —dijo ella por encima del hombro—. Bébete la leche.

La observé mientras cruzaba la habitación. El uniforme de doncella estaba ya arrugado.

—¿Vas a llevar ese disfraz el resto de tu vida? —pregunté.

—No cambies de tema. Bébete la leche.

La bebí.

—De acuerdo; ahora quítate ese uniforme y ven a la cama.

Vaciló un momento, luego se sentó en la silla que había junto a los pies de la cama. Sin apartar sus ojos de los míos, se inclinó hacia delante, se desabrochó los zapatos de piel y se los quitó, y luego, lentamente, se quitó las medias negras de seda

y las colocó dobladas en el respaldo de la silla. Luego se puso de pie y se llevó la mano a la espalda para bajar la cremallera.

—Apaga la luz —dijo—. No quiero que te excites. Quiero que duermas.

—Ya es demasiado tarde. Si te quitases otra media más, acabaría.

—Apaga la luz —dijo, sin moverse.

La apagué. Oí el rumor de su vestido, luego sentí el peso de su cuerpo en la cama y extendí mis manos hacia ella.

Sus manos cogieron las mías.

—No —dijo con firmeza—. Estás demasiado alterado. Quiero hacer el amor contigo, no quiero ser solo algo en lo que descargues tus tensiones.

—¿Y qué tiene eso de malo? ¿Conoces un medio mejor de descargarlas?

—Sí. El ejercicio del quinto plano.

—¿Qué demonios es eso? ¿Algún rollo que te enseñaron en el Taller?

—Haz lo que digo —contestó, colocándome las manos a los costados—. Tiéndete horizontal y cierra los ojos. Relaja el cuerpo y abre la mente. Voy a acariciarte en sitios distintos con ambas manos al mismo tiempo. Mi mano derecha será el contacto yin, la mano izquierda el yang. Las corrientes de tu cuerpo fluirán a través de mí y recuperarán su equilibrio natural. Cada vez que te toque te preguntaré si me sientes. Cuando sientas ambas manos, contesta sí. ¿Entendido?

—Sí.

Colocó una mano abierta en mi pecho y apretó suavemente. Una vez que estuve tendido boca arriba, sacó la almohada de debajo de mi cabeza, tiró de las sábanas y las colocó bajo mis pies.

—¿Cómodo?

—Sí.

—Cierra los ojos y empezaré.

Sentí en mis sienes la caricia de sus dedos, suaves y leves como una pluma.

—¿Me sientes?

—Sí.

Los sentí en las mejillas. En los tobillos. En las rodillas. En los hombros. En las tetillas. En los brazos.

—¿Me sientes?

—Sí.

En las costillas. En las caderas. En la barbilla. En las pantorrillas. En los muslos. Se me escapó la risa.

Su voz era paciente:

—¿De qué te ríes?

—Estoy esperando que me acaricies en serio.

No contestó. Sentí de nuevo sus manos en las sienes y luego la calidez de sus pechos en mi cara al inclinarse sobre mí.

—¿Me sientes?

—Sí. —Tuve una idea—. Tus manos son yin y yang, ¿no son también tus pechos yin y yang?

Lo pensó un momento.

—Es posible.

—¿Bien?

—Eres un caso difícil —dijo; se tendió a mi lado; su brazo rodeó mi cabeza y la atrajo hacia sus pechos—. ¿Es mejor esto?

—Sí. —Eran cálidos, muy cálidos. Enterré mi cara entre ellos.

—Procura dormir —dijo suavemente.

Cerré los ojos. Tenía una sensación de seguridad absoluta. Los nudos de mi estómago se deshacían y sentía los huesos blandos y suaves. Apreté los labios contra uno de sus pechos. Estaba tan cansado que hablar significaba un esfuerzo:

—Sabes que tienes unos pechos preciosos...

Creí oírle susurrar: «Gracias». Pero no podía estar seguro. Estaba completamente dormido.

dieciséis

Alguien llamaba a la puerta. Me levanté en la oscuridad.

—Adelante.

Por la puerta abierta, entró la luz del sol. Parpadeé.

Denise entraba con una bandeja en la que había zumo de naranja y café. La colocó en la cama sin decir nada.

Tras ella apareció Verita.

—Siento despertarte, Gary —dijo Verita; su leve acento era más patente por su nerviosismo—. Persky dijo que era muy importante.

Por fin mis ojos se adaptaron a la luz:

—¿Qué hora es?

—Las once en punto.

Me levanté de la cama y fui descalzo al baño.

Levanté la tapa del váter.

—¿Qué quería? —grité.

—El señor Ronzi está abajo. Dice que tiene que verte.

—Dile que bajaré dentro de diez minutos. —Entré en la ducha y la abrí al máximo. Cuando volví al dormitorio Verita se había ido, pero Denise aún seguía allí.

Alzó el vaso de zumo de naranja:

—Bébelo.

Lo bebí. Estaba recién exprimido y frío como el hielo.

—¿Durante cuánto tiempo vas a llevar ese estúpido disfraz?

—¿No te gusta?

—No tengo nada contra el disfraz, me gusta mucho. Pero me pone caliente. Tengo una fijación con doncellas francesas.

No entendía.

—¿Cómo te pasó una cosa así?

Me eché a reír.

—Teníamos una cuando yo era niño. Solía ponerme al pie de la escalera para espiar por debajo de su falda. Luego me iba a mi cuarto y me la meneaba.

No sonrió.

—Eso es estúpido.

—Puede, pero es muy corriente. Recuérdate que utilice este tema en uno de los futuros artículos.

Cambió el zumo de naranja por el café.

—Han llamado varias veces por teléfono. —Me mostró varios papeles.

Me senté en la cama, bebiendo el café.

—Léemelos. No creo que mis ojos estén en condiciones todavía.

—La señorita Sheridan quiere saber si las dos en punto de hoy sigue siendo buena hora. El señor Lonergan te llamará después. Tu madre que la llames esta noche.

—¿Nada del reverendo Sam?

Negó con un gesto. No me gustó.

—Intenta localizarle.

Dejé el café y empecé a vestirme mientras ella marcaba. Tenía puestos los zapatos y los vaqueros cuando ella colgó el teléfono.

—No está en casa ni en la iglesia ni en el Taller —dijo.

—Prueba en el hospital.

Cuando acababa de abotonarme la camisa, me pasó el teléfono:

—Ahora se pone.

Su voz parecía haber perdido toda la fuerza.

—¿Gareth?

—Sí, soy yo, señor. ¿Cómo está Bobby?

—Acaba de pasar otra vez a cirugía.

—Yo creí...

Me interrumpió.

—La hemorragia no cesaba. Y no podían descubrir la causa sin intervenirle.

—Iré inmediatamente.

—No. —Su voz era firme—. De nada sirve que vengas, no puedes hacer nada. Saldrá dentro de un par de horas. Yo estaré aquí y te llamaré en cuanto sepa algo.

—No sabe cuánto lo siento. No me dijo que iba a ir allí. Si me lo hubiese dicho no le habría dejado.

Su voz era amable:

—Tú no tienes la culpa, hiciste todo lo posible. Al final, todo individuo ha de aceptar la responsabilidad de sus actos.

No podía eliminar por completo mi sentimiento de culpabilidad, pero el reverendo Sam tenía razón. Yo sabía que Bobby era sumiso, y no había mucha distancia entre su tipo de pasividad y el masoquismo declarado.

Bobby era lo bastante ingenuo para pensar que todo iba a ser alegría y juego.

—¿Cómo está? —preguntó Denise.

—Van a intervenirle otra vez —dijo lentamente—. Quieren saber la causa de la hemorragia para poder pararla.

Me tomó de la mano:

—Rezaré por él.

Contemplé sus ojos anhelantes:

—Hazlo —dijo, dirigiéndome a la puerta.

Su voz me detuvo:

—Tú no crees en Dios, ¿verdad?

Pensé en toda la barbarie, la muerte y la destrucción que había visto en mi vida.

—No —contesté.

—Me das mucha lástima —dijo con voz suave.

Vi lágrimas en sus ojos. Solo los inocentes pueden creer en Dios.

—No sientas lástima por mí; a mí no me han herido.

Era como si sus ojos mirasen en mi alma:

—No me engañes, Gareth. Tú llevas una herida permanente; no conozco a nadie tan herido como tú.



—Si me das otros diez mil ejemplares estarán a la venta el lunes —dijo Ronzi.

—Ni hablar.

—No seas imbécil. Tienes el éxito en la mano, aprovéchalo. ¿Cómo vas a saber si el número siguiente tendrá la misma aceptación?

—Tendrá más. Si fueses listo, te llevarías setenta y cinco mil en el próximo pedido.

—Estás chiflado. Ninguna publicación de ese tipo ha llegado a los cincuenta mil.

—Si imprimiese otros diez mil, los tendríamos ahora. —Guardé silencio—. Habrían sido sesenta mil —presioné—. Con lo que preparo para la próxima semana, setenta y cinco saldrán seguros.

—¿Qué estás haciendo?

—Cubierta y página central a cuatro colores.

—Te arruinarás. No puedes permitirte eso a treinta y cinco centavos.

—No me vengas con cuentos, tú ya subiste el precio a cincuenta centavos. Ese es mi nuevo precio.

Se volvió a Persky:

—Este tío está loco.

Persky no contestó.

Hice una seña a Verita:

—Tráeme las fotos en color de ocho por diez de la chica de la próxima semana.

Unos instantes después, Verita extendía las fotografías sobre mi mesa. La chica estaba en un aeropuerto. Una hermosa muchacha de raza blanca con una larguísima melena. Fui pasándole las fotos en orden desde que bajaba de la escalerilla del avión hasta que aparecía desnuda en la cama de su dormitorio, con las rodillas abrazadas al pecho.

—No podrás publicar esto —dijo Ronzi—. Se le ve demasiado.

—Ya está en imprenta.

—Retirarán la edición.

—Eso es problema mío.

—También lo es mío. Soy el distribuidor. Y ya tengo bastantes problemas sin necesidad de uno más.

—¿Quieres dejarlo?

—Yo no he dicho eso —replicó rápidamente.

—No quiero presionarte, tómate tiempo para pensarlo y haz tus cálculos. Estoy seguro de que si tú no quieres, Ace o Curtis aceptarán.

Me miró lúgubrementemente:

—Qué jodido... Está bien, aceptado.

—Setenta y cinco mil —dije.

—Setenta y cinco mil —asintió. Miró a Persky y luego volvió a mirarme a mí—. ¿Hay un sitio donde podamos hablar a solas?

—Puedes decir lo que quieras aquí.

—No es un asunto de negocios, es algo personal. Me siguió escaleras arriba hasta el apartamento.

Nos abrió Denise. Se había quitado el uniforme y se había puesto otra vez vaqueros y camisa. Así vestida tenía mejor aspecto. Le llevé al dormitorio y cerré la puerta. Le indiqué una silla y me senté al borde de la cama.

—Bueno, ¿qué asunto personal es ese?

—Me puse en comunicación con mis contactos del este. Creemos que tienes un gran futuro en este negocio.

—Gracias por el voto de confianza. ¿Y eso qué significa?

—Significa que queremos participar. Lonergan no puede manejar las cosas a lo grande, pero nosotros sí. Podemos distribuirte a escala nacional y eso significa dinero de verdad; mucho dinero.

—No quiero socios. Me gusta estar solo.

—Vamos, Gareth. Sabemos que Lonergan también participa.

—Lo único que tengo con él es un contrato de publicidad, nada más. Quizá no te lo haya aclarado lo suficiente.

—Mejor, eso facilita las cosas. Te daré cien de los grandes por el cincuenta por ciento del negocio. Seguirás dirigiendo la revista como antes y nosotros la distribuiremos por todo el país.

—No.

—Eres un imbécil. Te haremos millonario.

—Dame un millón ahora por la mitad y me convencerás.

—Estás chiflado —explotó—. ¿Qué te hace pensar que esta basura apestosa vale un millón?

—Tú me lo haces pensar.

—Solo si se distribuye a escala nacional.

—Yo lo distribuiré a escala nacional.

—Sin nosotros no, no podrás. Somos tus distribuidores exclusivos. Y si nosotros no lo hacemos, no lo hará nadie.

—Nuestro contrato es solo por un año.

—En ese tiempo, tu revista habrá sido boicoteada en todo el país. No significará nada a escala nacional.

Guardé silencio. Él tenía razón. Sin su ayuda, no podía llegar a ningún sitio.

Estaba atrapado.

—Tendré que pensarlo.

—¿Cuánto tiempo quieres?

—Un mes.

—Tienes dos semanas. Es el máximo que puedo concederte.

Se levantó de la silla y se dirigió a la puerta. Con la mano en el pomo me miró:

—Eres un hombre extraño, Gareth. Hace solo una semana estabas arruinado vendiendo cheques del seguro de desempleo. Ahora te ofrezco cien de los grandes limpios y quieres pensarlo. ¿Qué demonios te pasa? ¿No quieres ser rico?

—Olvidas algo muy importante, Ronzi.

—¿El qué?

Le sonreí:

—El dinero no significa tanto para mí. Nací rico.

diecisiete

—Tenemos problemas —dijo Persky—. El impresor acaba de decirme que nos faltan cuatro páginas de original.

—¿Cómo demonios ha podido pasar eso? ¿De qué tiempo disponemos para hacerlas?

—Un día. Las necesita el lunes por la mañana si tiene que tirar setenta y cinco mil ejemplares.

—Maldita sea. —Bajé los ojos y contemplé mi mesa. Solo teníamos aproximadamente la mitad del material para los dos números siguientes.

—Quiere una respuesta inmediata. Si no, no podrá sacar el número a tiempo.

—Dile que las tendrá el lunes por la mañana.

Persky volvió a su mesa.

Miré a Eileen; había llegado cinco minutos antes y estaba sentada frente a mí, con una vaga sonrisa en los labios.

—¿Tenéis también este problema en tu revista?

—No, nos atenemos al programa de la escuela. —Se levantó—. Quizá sea mejor que me vaya, ahora estás demasiado ocupado. Ya hablaremos otro día.

—No tienes por qué irte —dije rápidamente—. No es tan grave. Tengo treinta y seis horas.

—Necesitas redactores, Gareth. No puedes hacerlo todo tú.

—Ya resolveré eso la semana que viene. El problema es ahora. —La miré—. Quizá tú puedas ayudarme. Tengo una idea, pero creo que es una mujer quien debe desarrollarla.

—No tengo mucho tiempo. Estoy muy ocupada en la escuela.

—De acuerdo, era solo una idea. Probablemente no te interesará.

Volvió a sentarse.

—Explícamela de todos modos.

—En este momento, todas las revistas se dedican a satisfacer a los hombres sus fantasías sexuales. Creo que un artículo sobre las fantasías sexuales de las mujeres resultaría muy interesante.

Lo pensó un momento:

—Quizá.

—¿Crees que podrías escribirlo?

—Espera un momento. ¿Qué sé yo sobre el tema? No soy especialista.

—Tampoco yo lo soy. Ni tampoco sé nada sobre la dirección de una revista, Sin embargo, voy a sacar una publicación semanal de todos modos.

—No es lo mismo.

Sonreí.

—¿Tienes tú fantasías sexuales?

—Es una pregunta estúpida. Claro que las tengo, todo el mundo las tiene.

—Entonces eres especialista. Sobre todo si escribes sobre las tuyas propias.

—Pero eso es personal —protestó.

—No se lo diremos a nadie. Cambiaremos los nombres. Pondremos Mary X, Jane

Doc y Susan A.

Se echó a reír.

—Tal como lo dices, parece muy fácil.

—Podría ser divertido.

—Y tú podrías descubrir que tengo unos pensamientos muy sucios.

—Si se le da una orientación adecuada, tampoco eso es malo. ¿Qué te parece?

—Podría intentarlo, pero no te prometo nada.

—Allí hay una mesa vacía y una máquina.

—¿Quieres que empiece ahora mismo?

—Solo tenemos treinta y seis horas.

Mientras contemplaba el material de los números siguientes, comprendí que aquello no era más que el principio de lo que sería una lucha constante contra el tiempo. Me volví a ella.

—Tienes toda la razón, necesito más redactores. ¿Querías dirigir tú la sección de artículos de fondo?

—¿No crees que te precipitas un poco? Aún no sabes si lo hago bien o mal.

—Si tu pensamiento es tan sucio como creo, estoy seguro de que lo harás bastante bien.

Se echó a reír. Me di cuenta de que la había halagado.

—Esperemos a que termine el artículo y decidimos entonces.

—Trato hecho —dije, alzando la mano.

—Aún no sé cómo me has metido en esto —dijo, mientras me estrechaba la mano.

—Las últimas palabras de una virgen —dije. La dejé con la máquina de escribir, contemplando una hoja de papel en blanco y subí al apartamento. Una ducha fría me ayudaría. Había dormido muy poco la noche anterior y empezaba a sentirme soñoliento.

Cuando salí de la ducha, Verita me estaba esperando.

—Tengo unos cheques que has de firmar.

—De acuerdo.

Me siguió a la cocina y colocó la carpeta frente a mí en la mesa.

—¿Cómo nos va? —pregunté, mientras firmaba los cheques.

Verita parecía contenta.

—Magníficamente. Setenta y cinco mil ejemplares la próxima semana nos dan un neto de once mil doscientos cincuenta dólares solo de ventas. Si añadimos a eso la publicidad, llegaremos a los quince mil dólares.

—¿Neto?

—Neto —contestó, sonriente.

«Ronzi no es ningún tonto», pensé. Cien de los grandes por tres cuartos de millón al año no era un mal negocio. Para él. Se me había adelantado. La miré de nuevo.

—Creo que puedes dejar ya tu trabajo de la oficina de desempleo.

—Ya lo dejé ayer.

—Magnífico. Cuenta con un aumento de cien dólares a partir de la próxima semana.

—No tienes por qué hacer eso.

—Sin ti no habría sido posible todo esto. Si yo voy a triunfar, quiero que triunfes tú también.

—No es cuestión de dinero, Gareth. Tú ya lo sabes —dijo con vehemencia.

—Lo sé. —Me incliné sobre la mesa y la besé en la mejilla—. Esta noche lo celebraremos. Te llevaré a La Cantina a saborear la mejor cena mexicana de la ciudad. Luego volveremos aquí y conectaremos.

—Me gustaría muchísimo.

—Y a mí también.

Pero no resultó así, ni mucho menos. Media hora después recibí una llamada del hospital. Bobby quería verme. Tomé las llaves del coche de Verita y me fui corriendo.



El Rolls estaba aún en el aparcamiento donde lo había dejado. Coloqué junto a él el pequeño Valiant.

El reverendo Sam estaba esperándome a la entrada.

—¿Cómo está? —pregunté.

Estaba pálido y parecía cansado.

—Por fin detuvieron la hemorragia.

—Bien.

—Estuvo al borde de la muerte durante un rato. Perdía sangre más deprisa de lo que podían suministrársela. —Me apretó la mano—. Ahora no quiere dormirse hasta que te vea.

—Aquí estoy.

El reverendo Sam abrió la puerta de la habitación de Bobby y yo le seguí al interior. Bobby estaba boca arriba con un gota a gota de una solución salina en el brazo y un tubo en la nariz.

La enfermera se levantó de su silla y me miró hoscamente.

—No se entretenga demasiado —dijo. Y salió.

Nos acercamos a la cama.

—Bobby —dijo el reverendo Sam.

Él se movió.

—Bobby, Gareth está aquí.

Bobby abrió lentamente los ojos. Me localizó. Sus pálidos labios esbozaron una vaga sonrisa que pronto se desvaneció. Su voz era un susurro:

—¿Estás enfadado conmigo, Gareth?

—Claro que no.

—Temía que... lo estuvieras —parpadeó—. Te quiero, Gareth. De verdad.

Apreté su mano.

—Yo también te quiero.

—Yo... no creí que fuese a pasar lo que pasó. Pensé que sería divertido.

—Ya pasó —dije—. Olvídalo.

—Mi trabajo. No quiero perderlo.

—No lo perderás. Lo que tienes que hacer es ponerte bien. El trabajo te estará esperando cuando salgas de aquí.

—No quiero que te enfades conmigo.

—No estoy enfadado. Tienes que concentrarte en recobrar la salud. Te necesitamos en el periódico. Tu trabajo fotográfico hizo que se agotase la primera edición.

Volvió a sonreír desmayadamente.

—¿De veras?

—De veras. Ronzi quiere que tiremos setenta y cinco mil la próxima semana.

—Me alegro. —Se volvió hacia su padre—. Lo siento, papá.

—No te preocupes, hijo. Haz lo que dice Gareth y ponte bien. Eso es lo único que quiero.

—Te quiero, papá. Siempre te he querido. Lo sabes muy bien.

—Y yo te quiero a ti. ¿Lo sabías, hijo?

—Lo sabía, papá. Pero nunca fui lo que tú querías.

El reverendo Sam me miró. Pude ver en sus ojos la angustia y las lágrimas; luego se volvió a Bobby e, inclinándose, le besó en la mejilla.

—Eres mi hijo y nos queremos. Eso es lo único que importa.

La enfermera irrumpió en la habitación.

—Ya está bien —dijo ásperamente—. Ahora debe descansar.

Ya en el pasillo, me volví al reverendo:

—Será mejor que ahora se vaya usted a descansar, porque si no tendrá que ingresar aquí en otra habitación.

Una cansina sonrisa cruzó sus labios.

—No sé cómo agradeceréte.

—No tiene por qué hacerlo; para eso están los amigos. Además, Bobby es un muchacho muy especial.

—¿Lo crees de verdad?

—Sí, lo que necesita es tiempo. Se encontrará a sí mismo.

Cabeceó pesadamente:

—Sigo sin comprenderlo. ¿Qué clase de gente puede hacer algo así?

—Enfermos —dije.

—No sabía que pasasen cosas como esta. Debería hacerse algo con esa gente. Bobby no puede ser el único que ha pasado por esto.

—Seguramente no.

Me miró de un modo extraño:

—Lonergan me pidió que no acudiese a la policía. Dijo que si lo hacía, tú podrías meterte en un lío.

—Dejé a dos de ellos para el hospital y hubo una denuncia —dije—. La policía está buscándome ahora y si usted hubiese llamado, me hubiese descubierto.

—No habría un solo tribunal que te condenase después de oír lo que pasó.

—Quizá. Sin embargo, Bobby fue allí por su propia voluntad y yo soy culpable de allanamiento de morada y lesiones. Los tribunales no suelen sentir mucha simpatía por un chico homosexual que resulta violado.

El reverendo Sam guardó silencio un momento.

—Entonces, ¿ha pasado ya antes?

—Puede que se den diez mil casos al año solo en esta ciudad.

—Dios mío —dijo, con un profundo suspiro.

Le puse una mano en el hombro:

—Váyase a casa y duerma. Ya seguiremos hablando mañana.

Llegamos a la entrada y nos disponíamos a salir cuando el recepcionista nos llamó.

—¿Señor Brendan?

—¿Sí?

—Hay una llamada para usted.

—Váyase, reverendo Sam. Le veré mañana.

Mientras cogía el teléfono, vi salir su Mercedes.

—Diga —dije al teléfono.

—El señor Lonergan quiere hablar con usted —dijo una voz de chica.

Sonó un clic y luego la voz de él:

—Gareth, ¿dónde estás?

—Estoy en el hospital, donde me localizó tu chica.

—Bien, no vuelvas al periódico.

—Tengo trabajo allí. Tengo que sacar el número de la próxima semana.

—No podrías sacar ningún periódico desde el cementerio —dijo con su voz neutra e inexpresiva—. Acabo de enterarme de que han firmado un contrato para matarte.

—Debes de estar bromeando.

—Con cosas como esta no se juega —dijo irritado—. Tienes que salir de la ciudad hasta que se resuelva esto.

—¿Cómo demonios pueden hacer algo así?

—Tus amigos, los maricas tienen mucha influencia. Conseguiré resolverlo, pero

llevará tiempo. Y no quiero que te maten mientras tanto.

—Mierda.

—No quiero que nadie sepa adónde vas. Hay formas de hacer hablar a la gente, aunque no quiera. Un paso en falso y no lo cuentas.

De pronto, la irritación me invadió también a mí.

—No me gusta que me atosiguen. Subiré a Mulholland Drive y mataré a ese hijo de puta.

—Eso les facilitaría las cosas. Te liquidarían antes de que llegases a la puerta. Haz lo que te digo.

No contesté.

—¿Me has oído?

—Sí.

—¿Harás lo que te he dicho?

—¿Tengo otra alternativa?

—No.

—Entonces, lo haré.

Oí un leve suspiro, pero no pude determinar si era o no de alivio.

—Ahora sal de ahí rápidamente y llámame mañana por la tarde a las seis en punto. Te pondré al corriente de lo que haya pasado.

—De acuerdo.

—Y ten cuidado —me advirtió—. Son profesionales. No se andan con bromas. Es su negocio.

Colgó.

—¿Algún problema? —preguntó el recepcionista.

—No, ninguno, gracias —dije, y me dirigí a la puerta.

dieciocho

Me di cuenta de que había cometido un error en cuanto entré en el aparcamiento y vi a aquellos dos hombres junto al Rolls. Otra vez haría más caso a Lonergan cuando me dijese que tuviera cuidado.

Habría salido corriendo, pero ellos me vieron en el mismo instante en que les vi yo; lo cual hubiera significado una bala en la espalda.

Seguí hacia el Valiant como si todo fuese normal. Me vieron entrar en el pequeño coche y me observaron mientras lo ponía en marcha.

El más alto de los dos hombres rodeó el Rolls y puso una mano en la ventanilla cuyo cristal estaba bajado hasta la mitad.

—¿Sabes de quién es este Rolls?

—No.

—Estamos buscando a un tipo alto, aproximadamente de tu estatura que conducía este coche. ¿Viste a alguien así en el hospital?

—¿Policías?

—Particulares. El tipo se ha retrasado en unos pagos.

Miré el Rolls y luego le miré a él.

—Por veinte billetes os pongo en marcha ese coche.

El tipo me miró hoscamente.

—No te hagas el listo —masculló—; ¿le viste o no?

—No. No vi a nadie aquí.

Apartó la mano.

—Vale entonces. Lárgate de aquí.

Di marcha atrás y me dispuse a salir.

—¡Espera un momento! —dijo el tipo que estaba al otro lado del Rolls.

Durante un breve instante jugué con la idea de apretar el acelerador y salir pitando. El brillo del cañón de una Magnum 357 con silenciador me hizo cambiar de idea. No podía escapar a una bala de aquella arma. Paré el coche.

Por primera vez percibí el Sedán aparcado al otro lado del Rolls. Abrieron la puerta de atrás y pude ver a alguien tendido en el suelo delante del asiento trasero.

—¡Eh tú! —gritó—. ¡Sal de ahí!

Lentamente, el que estaba tendido se levantó. Cuando vi quién era permanecí impasible, mientras miraba fijamente a Denise a la cara y rezaba.

—¿Conoces a este tipo? —masculló el otro.

Tenía un gran cardenal negro en la mejilla y me miraba con los ojos hinchados. Agarré el volante con firmeza para que mis manos no temblaran. Denise pestañeó.

—No —murmuró. Tenía también los labios hinchados.

El tipo se volvió hacia mí. Contuve el aliento. Luego, me hizo una seña:

—¡Lárgate de aquí!

Empecé a salir mientras empujaban a Denise de nuevo al interior del Sedán y cerraban la puerta. Los dos se colocaron detrás del Rolls. Por el espejo retrovisor vi cómo me observaban hasta que llegué al extremo del aparcamiento y me situé en la vía de salida. Luego se volvieron. Pensé que debía continuar, pero entonces vi la cara de Denise, mirando por la ventanilla trasera del Sedán.

Esto lo decidió todo. Sentí que la rabia se acumulaba en mi garganta. Los inocentes, ¿por qué tenían que ser siempre los inocentes? Sentí lo mismo que sintiera en Vietnam aquel día que entramos en un pueblo y vi los cuerpos destrozados de mujeres y niños tendidos entre los escombros después de nuestro bombardeo.

Estaba casi en la salida cuando lo hice. Fue un reflejo. Sin pensarlo, volví a enfilar el coche por la vía de entrada, lo puse en primera y apreté a fondo el acelerador. El pequeño Valiant pareció saltar y elevarse del suelo.

El que tenía el revólver comenzó a erguirse y a alzar la mano. Pude ver su expresión de asombro en el parabrisas cuando giré el volante, golpeándoles lateralmente con el pequeño coche y lanzándoles contra el Rolls. Sentí el estruendo y oí los gritos de dolor, mientras el pequeño Valiant chocaba con el pesado Rolls como si fueran autos de choque. Giré el volante, dando una vuelta completa al cochecito, luego lo detuve y salté fuera.

Estaban tirados en el suelo. Sus piernas, retorcidas y rotas, formaban extraños ángulos con sus cuerpos. El del revólver estaba sin sentido, con la cabeza debajo del parachoques del Rolls. El otro estaba medio sentado, colgando del parachoques; estaba pálido y sudaba de dolor. Su arma estaba en el suelo, a su lado.

La recogí mientras Denise salía del sedán. Lloraba. No le di tiempo a hablar.

—Entra en el coche.

Parecía paralizada por completo. La empujé bruscamente.

—Vamos, ya no hay problema. ¡Entra en el coche!

Seguía sin moverse. Me incliné sobre el que no estaba inconsciente.

—¿Para quién trabajáis?

—¡Vete a la mierda, loco hijoputa!

Accioné el seguro del arma y disparé apuntando al suelo, entre sus piernas.

—La próxima será en los huevos.

Frunció los labios.

Hundí el cañón del arma en su ingle.

—¡No lo sé! —dijo, casi en un grito.

—¡Mientes! —Hice como si fuese a apretar el gatillo.

—¡No! —gritó—. El contrato vino del este. Uno de los grandes por quitarte de en medio.

Le miré a la cara. No había hombre vivo que pudiese mentir con un revólver apuntándole allí.

—Johnny quería disparar contra ti cuando apareciste en el aparcamiento, fui yo

quien dijo «espera».

—Dice la verdad, Gareth —añadió Denise—. Yo le oí.

—Tú entra en el coche —dije, sin apartar los ojos del otro.

—Te salvé la vida —gimió—. Y también la de ella.

Me enderecé. Eché de nuevo el seguro.

—Te enviaré una nota de agradecimiento.

Agarré a Denise por el brazo y la empujé hacia el Valiant. Las puertas del lado del acompañante habían quedado hundidas, así que la hice entrar por el asiento del conductor y entré tras ella. Estábamos fuera del aparcamiento antes de que el primer hombre que salió del hospital doblase la esquina.

Hasta que no recorrimos cuatro manzanas, no empezamos a hablar.

—¿Cómo te atraparon? —pregunté.

—Estaban junto a la oficina cuando salí. El más alto se me acercó y me preguntó si tú estabas dentro. Les dije que habías ido al hospital. Luego me preguntaron si aún tenías el Rolls. Algo me hizo decir que sí. Luego me preguntó qué hospital y dije que no lo sabía. Entonces fue cuando me metieron en el coche y me pegaron —empezó a llorar—. No quería decírselo, pero no paraban de pegarme.

Le eché un brazo por los hombros y la atraje hacia mí.

—Está bien. Está bien.

Al cabo de unos instantes, dejó de llorar.

—¿Quiénes son esos hombres? ¿Por qué te persiguen?

—Los antiguos amigos de Bobby no se andan con bromas; no les gustó lo que hice anoche.

—No les va a gustar tampoco lo que hiciste ahora.

La miré para ver si bromeaba. No era así. Hablaba en serio. Sonreí.

—Creo que tienes razón.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Tendré que abandonar la ciudad por un tiempo. Lonergan me dijo que necesitaba tiempo para arreglar esto. Aún no he decidido adónde voy a ir concretamente.

—Yo tengo un sitio —dijo rápidamente—. Allí nunca nos encontrarán.

—¿Nos?

—Sí. Sin mí no podrías ir. No admiten a nadie si no es a través de un socio.

—¿Qué sitio?

—La finca que tiene el reverendo Sam en Fullerton.

—¿No viven allí algunos de los que trabajaron en las reparaciones de la oficina del periódico?

—Sí.

—Entonces no puedo ir. Tengo que ir a un sitio donde nadie me conozca.

Me miró a la cara.

—Si te tiñeses el cabello de negro, no te reconocería ni tu propia madre.



Aquella noche, sobre las siete, estaba sentado en la habitación de un motel de la autopista con bronceador instantáneo en la cara y un gorro de plástico cubriéndome el cabello teñido. Hice una llamada a la oficina y contestó Verita.

—¿Dónde estás? —preguntó—. Llamamos al hospital, pero nos dijeron que habías salido hacía casi dos horas.

—Surgió un problema. Lonergan dijo que debía dejar la ciudad por unos días. No puedo explicártelo por teléfono, pero no te preocupes, todo se resolverá.

—¿Estás seguro?

—Sí. Pero entretanto tendrás que encargarte tú de que la revista salga a tiempo. ¿Están ahí Persky y Eileen?

—Sí.

—Que se pongan por los otros teléfonos y que escuchen también. —Oí los clics en el teléfono—. Eileen, voy a tener que pedirte un favor muy especial. Tendrás que encargarte de los originales del próximo número.

—Gareth, no sé qué escribir.

—Me da igual lo que hagas. Cualquier cosa. Cartas de los lectores, notas publicitarias, cualquier cosa que llene las páginas hasta que yo vuelva. Es muy importante que no perdamos un número. ¿Comprendes?

—Comprendo.

—Gracias. ¿Cómo va el artículo?

—Da mucho más de sí de lo que yo creía.

—Bueno. Extiéndelo. Quizá podamos convertirlo en una sección semanal. ¿Persky?

—Sí, Gareth.

—Estate al tanto de la imprenta. Asegúrate de que Ronzi reciba los setenta y cinco mil ejemplares.

—Acabo de tener noticias de él. Quiere que le llames inmediatamente, creo que está preocupado por su pedido.

—Le llamaré en cuanto terminemos. Lo importante es seguir funcionando porque si perdemos un número, estamos perdidos.

—¿Puedo buscar redactores en la escuela? —preguntó Eileen.

—Haz lo que tengas que hacer. Mientras yo esté fuera tú eres el director, por lo tanto es tu responsabilidad.

—¿Y las facturas? —preguntó Verita.

—Págalas. El banco tiene tu firma.

Alcé la vista; Denise me hacía señas, había que secar ya el tinte.

—Será mejor que te compres otro coche. Este te lo he jodido.

—¿Te has hecho algo tú? —preguntó rápidamente.

—No, no te preocupes. Si sacamos el próximo número, podremos permitirnos comprarte un coche nuevo. —Denise me hacía gestos insistentes, señalando su cabeza—. Ahora tengo que dejaros. Llamaré dentro de unos días.

Corté la comunicación.

—Una llamada más —dije a Denise; marqué el número de Ronzi.

—Gareth —dije cuando contestó—. ¿Qué pasa?

—Recibí noticias del este. Tienes a gente muy importante detrás de ti.

—¿De veras?

—Hay un contrato firmado para liquidarte.

—Lo sé, pero Lonergan está arreglándolo. Todo es un error.

—Eso da igual si te matan.

—¿Qué supiste exactamente?

—Mis amigos me dijeron que si éramos socios no podía pasarte nada. Nadie puede andar bromeando con la familia.

—¿Cuánto tiempo tengo para darte una respuesta?

—Veinticuatro horas.

—Volveré a contactar contigo. Entretanto, tenemos un acuerdo de setenta y cinco mil ejemplares, ¿no?

—Así es. Nosotros no nos volvemos atrás en nuestros tratos.

—Eso quería oír —dije, y colgué. Miré a Denise—. ¿Qué hacemos ahora?

—Aclararemos con champú —dijo, poniéndose unos guantes de plástico.

Fui al baño y coloqué la cabeza sobre el lavabo. Me dio champú dos veces y cuando al fin me levanté y me miré en el espejo, tuve que admitir que ella tenía razón.

No solo no me reconocería mi madre; ni siquiera yo me reconocía.

diecinueve

Pasaba de la medianoche cuando nos detuvimos por fin en la sucia carretera frente a la finca. No había luz en las ventanas; la noche era tranquila y silenciosa. Apagué el motor y las luces, y me volví a Denise:

—Al parecer, están todos dormidos.

—No hay problema —dijo, saliendo del coche—. Las habitaciones de los visitantes nunca están cerradas con llave.

La seguí por la escalera hasta la galería y la puerta. El único rumor era el rechinar de las tablas del suelo bajo nuestros pies. Tropecé con una silla.

—Dame la mano —dijo ella.

Era como jugar a los ciegos. No podía ver adónde me conducía, pero ella parecía saber muy bien adónde iba. No choqué con las paredes ni volví a tropezar con ningún mueble.

Paramos ante una puerta y ella llamó suavemente.

—Es solo por si hay alguien dentro —murmuró. No hubo respuesta. Abrió la puerta y me introdujo en la habitación; luego cerró suavemente.

—¿Tienes una cerilla? —preguntó.

Encontré una caja en el bolsillo. Encendió. Contemplé rápidamente la pequeña habitación. Contra la pared del fondo había una cama estrecha y un aparador con cajones, y encima de este una palangana y una jarra. En la pared, sobre el aparador, había un espejo. Contra la otra pared había un armario de madera y sobre él una pequeña ventana batiente. La cerilla se consumió.

En la oscuridad, la oí cruzar la habitación y abrir uno de los cajones. Al cabo de un momento encendió otra cerilla. Cogió una vela del cajón y acercó la llama a la mecha. La luz amarillenta temblequeó en la habitación mientras ella la colocaba en la palmatoria que había junto a la palangana.

Alcé la vista y vi la instalación de luz eléctrica en el techo.

—Pero ¿por qué no enciendes la luz? —pregunté.

—Hay un interruptor automático. Se desconecta a las nueve para ahorrar electricidad. Además, aquí se madruga mucho. A las cinco de la mañana, todos están levantados y listos para trabajar. Son muy pocos los que se levantan después de las nueve.

—¿Hay mucha gente?

—Treinta, cuarenta a veces. Depende.

—¿De qué?

—De que quieran estar aquí o no. La mayoría son chicos que están intentando librarse de un hábito u otro.

—Drogas.

—Y alcohol.

—¿Y qué hacen?

—Trabajan en el campo, rezan, se reúnen y hablan.

—¿Y qué se cultiva aquí?

—Según el reverendo Sam, gente.

Guardé silencio un momento. Luego asentí. Quizá tuviese razón. Al menos, estaba intentándolo. Saqué un cigarrillo y lo encendí. Cuando me volví, se había quitado los zapatos y se había tumbado en la cama.

—¿Cansada? —pregunté.

Asintió, mirándome.

—Yo también —dije, quitándome la chaqueta—. ¿Crees que podremos acostarnos ahí los dos sin que uno caiga?

Me miró fijamente sin contestar. De pronto empezó a temblar, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero ¿qué pasa? —pregunté. Luego comprendí que había visto el revólver que me había colocado en el cinturón. Lo saqué y lo puse encima del aparador.

—Tengo miedo —murmuró, castañeteando los dientes.

Me senté en el borde de la cama y coloqué su cabeza en mi pecho.

—Ya terminó todo. Ya no hay nada que temer.

—Querían matarte.

—No lo hicieron.

—Volverán a intentarlo.

—Lonergan lo arreglará en unos días. Luego todo volverá a la normalidad.

Me miró a la cara.

—¿Habrías matado a aquel hombre si yo no te hubiese detenido?

—No lo sé. Cuando volví de Vietnam, odiaba la idea de la violencia, estaba harto de ella. Pero luego, cuando le vi la cara, no lo pensé más. Solo estaba enfurecido. — Le alcé la cara y acaricié su mejilla—. Sabes, mañana vas a tener un ojo impresionante.

Me miró desconcertada.

—Tendrás el ojo morado —expliqué.

Se bajó de la cama y se plantó ante el espejo casi antes de que las palabras salieran de mi boca.

—¡Oh! ¡Tiene un aspecto horrible!

Sonreí.

—Los he visto peores.

—¿No podemos hacer nada?

—Dicen que es bueno poner un trozo de carne cruda.

—No tenemos.

—Una compresa fría, hielo.

—Tampoco tenemos.

—Entonces, tendrás los ojos morados.
—Eso creo. ¿Tengo una pinta muy rara?
—No —dije, sin dejar de sonreír.

Se volvió bruscamente y apagó la vela.

—Ahora ya no lo verás.

—No me importa.

—A mí sí. No me gusta tener un aspecto raro.

Seguí fumando mi cigarrillo. La punta brillaba en la oscuridad y a su luz, pude ver a Denise empezar a desabotonarse la falda. Hubo un rumor de ropa; luego, se metió en la cama. Me volví para acariciarla.

Estaba ya debajo de la sábanas.

Me levanté, apagué el cigarrillo en la palmatoria y empecé a quitarme la camisa.

—Gareth.

—¿Sí?

—¿Me dejas desvestirte?

Sin esperar mi respuesta, se puso de rodillas y empezó a desabotonarme la camisa. Me sacó las mangas y la camisa cayó al suelo. Sus dedos acariciaron levemente mis tetillas.

—¿Tienes frío?

—No. —Avancé hacia ella.

Rechazó mis brazos suavemente.

—Aún no —dijo.

Su boca, su lengua y sus dientes besaron, lamieron, chuparon y mordisquearon mi pecho mientras sus manos soltaban mi cinturón y bajaban la cremallera. Los vaqueros cayeron al suelo alrededor de mis piernas y me tomó los testículos con ambas manos.

—Los tienes tan grandes y tan hinchados —murmuró, mientras deslizaba su mejilla por mi vientre abajo, buscando con la boca. Sentí sus dientes mordisquear mi glánde excitado.

—Bueno, bueno. Ya basta —dije, apartándola. Había un tono herido en su voz:

—¿Qué pasa, Gareth? ¿No te gusta?

—Me encanta —dije, riendo—. Pero si no me quito de una vez estos pantalones voy a caerme de morros.

Era una cama magnífica para amar, estrecha y firme, pero dormir solo podíamos hacerlo de costado. Apoyé la espalda contra la pared y metí el brazo bajo su cabeza mientras ella se acurrucaba de espaldas contra mí.

—¿Cómoda? —pregunté.

—Mmmmmm.

Cerré los ojos.

—¿Te ha gustado? —murmuró.

El vacío generacional no existía en este aspecto. Era la misma pregunta que hacían todas las mujeres.

—Fue maravilloso.

Guardó silencio un momento. Luego dijo:

—Estás calentándote otra vez. Lo siento.

—Procura dormir. Ya pasará.

Se frotó contra mí.

—Dios mío, así no se puede hacer.

—Quiero dormir contigo dentro de mí —murmuró, excitada.

Maniobró ligeramente y penetré en ella como un cuchillo caliente en mantequilla.

Bajó la mano y pasándola entre sus piernas me cogió los testículos.

—Oh, qué bueno. Me gustaría que entraras entero.

Estuvimos así quietos un momento. Empecé a adormilarme.

—Gareth, ¿qué te gustan más, los chicos o las chicas?

—Las chicas. Ahora duerme.

—Quiero que me des por detrás.

—Duerme.

—De veras, Gareth. Quiero que me lo hagas por detrás.

Abrí los ojos.

—¿Por qué? ¿Por qué te parece tan importante?

—¿No es así como lo haces con los muchachos?

—Sí. Y también con las chicas.

—Entonces, ¿por qué no me lo haces a mí?

—No dije que no te lo haría —contesté pesadamente—. Es solo que estoy cansado y quiero dormir. Ya lo haremos la próxima vez.

—¿Prometido?

—Prometido.

—Nunca me lo han hecho así. Me excita mucho solo pensarlo.

—Pues no lo pienses.

—Quiero que hagas conmigo todo lo que hayas hecho antes.

—Vamos, hay que dormir.

—Quiero ser todo lo que tú has querido. Te amo, Gareth. Eres un hombre maravilloso. Eres la persona que más se preocupa por los demás que he conocido.

Esto fue el final. Al cabo de unos instantes, se quedó profundamente dormida, pero yo estaba desvelado.

Salí de la cama silenciosamente, me vestí, volví a colocarme el revólver en el cinturón y tanteando en la oscuridad di con la puerta y salí a la galería.

La desvaída luz del amanecer comenzaba a brillar por el este.

Me apoyé en la baranda y encendí un cigarrillo. Era una mañana fría; me abroché la chaqueta. Detrás de mí rechinó una tabla del suelo. Me volví, con el revólver ya en la mano.

Era un hombre alto, con barba. Llevaba una camisa a cuadros metida en unos descoloridos vaqueros. Sus ojos negros contemplaron el revólver. Su voz era

tranquila:

—Puedes guardarte el arma. Aquí no la necesitarás. Soy el hermano Jonathan.

Sonrió. Y el calor de su sonrisa suavizó sus palabras:

—Por cierto, la próxima vez que te tiñas el pelo, tíñete también las cejas del mismo color.

Coloqué de nuevo el arma en el cinturón, él se acercó y se puso a mi lado.

—¿Es ese tu coche?

—Sí.

—Parece como si le hubiera embestido un camión.

No contesté.

—Será mejor que lo guardes en el granero. La patrulla de tráfico pasa todas las mañanas hacia las ocho. —Me miró—. ¿Huyes de la policía?

—No. —Al menos eso era cierto.

—Pero estás huyendo de alguien, ¿no?

—Sí.

Tiré el cigarrillo en el suelo frente a la casa y vi cómo se esparcían y morían las cenizas. Tomé una decisión. Aquel no era sitio para quedarme. Ahora que la luz del día lo iluminaba, parecía demasiado abierto y desprotegido.

—¿Querías darle un recado a Denise de mi parte? —dije.

—¿Un recado? —había desconcierto en su voz.

—Dile que he pensado que es mejor que me vaya. Pídele que esté en contacto con la oficina. Yo volveré cuando todo se arregle. —Bajé la escalera.

—No tienes por qué irte, Gareth. Aquí estarás seguro.

Sus palabras me detuvieron.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Rio entre dientes.

—No te preocupes. Puedo leer tu pensamiento.

Denise llamó desde un motel diciendo que veníais. Dijo que te traía aquí y que nadie debía saber quién eras.

—No debió hacer eso.

—No te enfades con ella. De todas formas, tendría que haberme dicho la verdad, no somos partidarios de mentirnos.

—Cuanta más gente sepa quién soy, mayor será para todos el peligro. Será mejor que me vaya.

—El único nombre que tienes que dar aquí a los demás es el de hermano. Te guardaremos el secreto.

No contesté.

—¿Adónde vas a ir? Pareces agotado. ¿Dormiste anoche?

Le miré:

—¿En esa cama tan estrecha?

—¿Cama estrecha? —Me miró un momento desconcertado; luego asomó a sus labios una amplia sonrisa.

—¿Estabais en una habitación muy pequeña, una que solo tiene un mueble de cajones y un armario?

Asentí. Se echó a reír.

—¿A qué viene esa risa?

—La muy pícara —dijo—. Le dije que ocupase la habitación grande. La que tiene dos camas.

Le miré un momento; luego me eché a reír. Al parecer, en cualquier generación, «una mujer es una mujer».

—Vamos —dijo—. Déjame que te prepare una taza de café y luego te acuestas. Creo que empiezo a entender por qué pareces tan agotado.

Metí el coche en el granero. Luego le seguí a la cocina. Era una estancia amplia, situada en la parte posterior de la casa, con una anticuada cocina de restaurante. Había un puchero de agua hirviendo. Preparó dos tazas de café instantáneo y nos sentamos en la mesa de madera.

—Tendrás que adaptarte a nuestro programa —dijo—, si no destacarás demasiado.

—De acuerdo, necesito pasar desapercibido.

—Nos levantamos a las cinco. Los servicios son a las cinco y media. Empezamos a trabajar en el campo a las seis. Comemos a las once y volvemos a trabajar hasta las tres y media. Después hay un período de tiempo libre hasta la hora de la cena, que es a las seis, y luego tiempo libre otra vez hasta que se apagan las luces, a las nueve.

—Una vida muy sana, ¿eh?

—Lo es. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—No lo sé. Un par de semanas como máximo. Quizá solo un día o dos.

—He de pedirte que me dejes a mí el revólver. Te lo devolveré cuando te vayas.

Se lo di y comprobó si estaba puesto el seguro, luego lo dejó en la mesa.

—Un juguetito feo, ¿eh?

—¿Entiendes de armas?

—Era policía retirado y andaba por ahí sin ningún objetivo en la vida. Hasta que conocí al reverendo Sam y me interesé por la religión. Ahora todo vuelve a merecer la pena. —Me miró—. ¿Crees en Dios?

Sostuve su mirada.

—En realidad, no.

Un vago pesar impregnaba su voz:

—Qué lástima. Te pierdes algo bueno.

No contesté.

Miró su reloj.

—Son casi las cinco. Será mejor que te acuestes antes de que se levanten, si no, no podrás dormir.

Cuando te despiertes, búscame. Estaré por ahí.



Pasaba de las tres y media de la tarde cuando me desperté. Mi ropa había desaparecido. En una silla, había una camisa a cuadros y unos vaqueros similares a los que llevaba el Hermano Jonathan. Descalzo, fui al baño y me metí en la ducha. No había agua caliente y el agua fría me despertó de inmediato. Salí tiritando y me froté bien con la áspera toalla. Acababa de ponerme los pantalones cuando se abrió la puerta.

Entró Denise, sonriente.

—¿Ya estás despierto?

Asentí.

—Estuve aquí hace aproximadamente una hora y todavía estabas dormido. El hermano Jonathan te manda esta navaja de afeitar y este lápiz de cejas.

No contesté.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No.

—No hablas.

—No hay nada que decir.

Tomé la navaja y el lápiz y volví al baño. Ella se acercó a la puerta y vio cómo me afeitaba. Yo veía su cara en el espejo.

—Tu ojo negro no está tan mal como imaginé.

—Maquillaje —dijo ella—. Es horrible. —Se acercó a mí—. ¿Quieres que te pinte yo las cejas?

Asentí. La seguí al dormitorio y me senté al borde de la cama. Se puso de pie frente a mí y empezó a pasar suavemente el lápiz por mis cejas. Sentí la calidez de su cuerpo y le eché las manos a la cintura.

—¿Por qué no vinimos ayer a esta habitación?

Se detuvo y me miró a la cara.

—Empezaba a temer que nunca me harías el amor, que pensases que seguía siendo demasiado niña.

—¿Te comportas así con todos los que te gustan?

—Nunca sentí eso por ningún otro.

—¿Por qué yo?

Humedeció el lápiz con la lengua y siguió pintándome.

—No lo sé, no obstante, con solo acercarme a ti, me excito enormemente.

—¿Incluso ahora?

Asintió.

—¿Te parece horrible?

—No, solo que no lo entiendo en absoluto.

—Entonces quizá no hayas estado nunca realmente enamorado de nadie —dejó el lápiz—. Creo que ya está. Mírate al espejo.

—Sí, ya está —dije, contemplando mi extraña imagen en el espejo.

—Al hermano Jonathan le gustaría que te reunieses con él esta tarde en la

asamblea del quinto plano.

—¿A qué hora es?

—A las cuatro en punto.

—¿Cuánto dura? Tengo que llamar a Lonergan a las seis.

—Una hora más o menos.

—De acuerdo.

De pronto, sonrió.

—Estoy contenta. Ahora déjame que te prepare algo de comer, luego iremos juntos a la reunión.

La habitación sin ventanas no tenía más que cinco metros cuadrados con un techo alto de vigas de madera que iba descendiendo a partir de la zona central. Cuando nosotros llegamos ya había otras seis personas, tres hombres y tres mujeres. Estaban sentados en parejas, todos frente a una pared en la que había un bajorrelieve en madera de Cristo en la cruz. La única luz procedía de las velas del altar que se alzaba frente a cada talla.

Siguiendo el ejemplo de Denise, me quité los zapatos en la entrada, luego me coloqué en un punto opuesto a la pared del fondo y me senté con ella sobre el suelo desnudo. Nadie nos miraba. Al cabo de un momento, oí un ruido en la puerta. Atisé por encima del hombro. Era el hermano Jonathan. Estaba descalzo y llevaba una sotana marrón que le llegaba a los tobillos. Silenciosamente, cerró y atrancó la puerta, luego se dirigió hasta el centro de la habitación y se sentó en el suelo bajo el vértice del techo. Hubo un momento de silencio; luego, empezó a hablar.

—Hace dos mil años, Él caminaba entre nosotros. Un hombre entre hombres. Sin embargo, era también el Hijo de Dios y vino a este mundo a expiar nuestros pecados y liberarnos de nuestros temores. Y fue por nuestros pecados y por nuestros temores que nos dio su vida en la cruz. Su tumba estaba en una pequeña pirámide que habían construido los judíos en su huida de Egipto varios miles de años antes. Y fue a través del vértice de esta pirámide por donde Dios devolvió la vida a su único hijo y así Jesús se levantó de su tumba, trayéndonos este mensaje: «He muerto por vosotros para que vosotros podáis tener el don de la vida eterna conmigo. Depositad en mí vuestros pecados y vuestra fe y estaréis conmigo eternamente en el reino del Cielo».

Hubo un suave coro de «amenas». Luego, el hermano Jonathan volvió a hablar:

—Desde entonces, el hombre ha intentado subir los peldaños de la pirámide para llegar al Cielo, pero ha caído por el camino a causa de su propia debilidad. Hasta que el reverendo Sam descubrió el Principio de los Siete Planos no se hizo patente la verdad. El hombre no podía alcanzar a Dios mientras no se librara de los siete pecados capitales: orgullo, codicia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza. Cuantos más pecados comete un hombre, más bajo es su nivel de existencia y mayor la distancia que le separa de Dios. Cuantos menos comete, más alto es su nivel de existencia y más cerca está de Dios. Y solo desde el nivel más alto puede el hombre alcanzar la cúspide de la pirámide y llegar a la luz pura de Dios. El reverendo Sam nos ha

revelado que este objetivo está al alcance de todos nosotros. Él desciende para elevarnos a la luz pura de Dios. Ojalá siga brillando con la bendición de Dios. Alabado sea el Señor, Jesucristo, amén.

Hubo un suave rumor de movimientos, otro coro de «amenes», luego silencio.

La voz del hermano Jonathan se hizo más suave:

—Todos los que estamos aquí nos encontramos en el quinto plano de la escala que conduce al cielo. Aún hemos de escalar cinco planos más para llegar a la luz pura del ápice. Empezaremos por confesarnos a nosotros mismos y mutuamente el pecado que más nos acongoja. ¿Quién será el primero en confesar?

La voz de Denise quebró el momentáneo silencio.

—Seré yo, hermano.

—¿Y qué pecado confiesas, hermana?

Miré a mi alrededor. Nadie se había vuelto a mirarla. Todos seguían sentados tranquilamente, las manos en el regazo, los ojos en la cruz que tenían enfrente. También Denise miraba fijamente el crucifijo.

—Confieso el pecado de lujuria, Hermano. Cerró los ojos y habló con voz serena:

—Hace unas semanas conocí a un hombre. Desde que conocí a ese hombre, mi cuerpo ha sido como una hoguera, mi mente se ha llenado de imágenes lujuriosas y de deseo. Cuando pienso en él, me tiemblan las piernas y mi sexo se desborda. Me tiendo en la cama y me masturbo con su imagen constantemente en el pensamiento. Arrastrada por el deseo que siento hacia él, me he acostado con otros hombres y he utilizado otros cuerpos para ahogar en mí ese deseo. Y ahora que me he acostado con él, aún no me siento satisfecha. Sigo deseándole. Solo pienso en el sexo: fornicación, sodomía, masturbación. Soy esclava de mi lujuria, incapaz de pensar en otra cosa.

Su voz se apagó e inclinó la cabeza. Pude ver que lloraba. Un momento después añadió, en voz más baja:

—Confieso mi pecado y rezo a Dios para que me guíe.

—Nos uniremos en un momento de oración con nuestra hermana —dijo el hermano Jonathan.

Durante unos instantes reinó el murmullo sosegado de voces rezando; luego el hermano Jonathan volvió a hablar:

—A los ojos de Dios, hermana, solo hay amor, y el amor, toma diversas formas, es amor del cuerpo y amor del espíritu. Hay veces en que no existe otro medio de expresar este amor más que a través del cuerpo. Examina cuidadosamente tu corazón, hermana, ¿es posible que ames verdaderamente a ese hombre?

Denise habló con voz apagada:

—No lo sé, hermano. Hasta ahora solo he sentido el amor físico. Sé que él no me desea tanto como yo a él, pero eso no calma mi deseo. Incluso ahora, al hablar de ello, mi sexo se desborda y ardo de deseo.

—¿Estás dispuesta a comunicar esos deseos al conductor cinético?

—Sí, hermano.

—Entonces, ven a mí, hermana.

Denise se levantó lentamente, con los ojos semicerrados, como si estuviese casi dormida. Se volvió y se dirigió hacia el hermano Jonathan, desabrochándose la camisa mientras caminaba. Cuando llegó a él, se quitó la camisa y un momento después los vaqueros. Luego se tendió desnuda frente a él.

—Hermana Mary y hermana Jean, tomad las manos y los pies de la hermana Denise. Los demás se volverán hacia nosotros y se unirán a nuestras oraciones.

Dos de las chicas se levantaron y se acercaron a Denise. Ambas la besaron en la boca. Luego, una de ellas se sentó con las piernas cruzadas junto a su cabeza, cogiéndole las manos, y la otra se sentó a sus pies, agarrándola por los tobillos. Miré a los demás: tenían un aire pensativo, pero no curioso. Al parecer, era algo por lo que habían pasado todos antes.

El hermano Jonathan se movió y junto a él vi lo que parecía un pequeño transformador. En la mano tenía algo que parecía una varilla de cristal de unos treinta centímetros. Un cable negro unía la varilla al transformador, que el hermano Jonathan ajustaba. Hubo una crepitación y luego un chispazo de luz azul en la varilla. Inmediatamente, se percibió un vago aroma a ozono en el aire. La luz de la varilla se hizo más firme, desprendiendo un extraño tono pálido que iluminaba sus rostros. La crepitación se hizo más sonora.

El hermano Jonathan alzó la varilla sobre su cabeza:

—¡Oh Señor! En nombre de tu Hijo, Jesucristo, te imploro. Escucha el mensaje de nuestra hermana en pecado cuando te hable a través de la fuerza de la energía con la que tú nos das vida.

—Amén —el coro de voces fue entonces más fuerte.

El Hermano Jonathan fue bajando lentamente la varilla. Denise tenía los ojos cerrados. No se movía.

—¿Estás dispuesta, hermana?

—Estoy dispuesta, hermano —murmuró ella.

Le tocó el brazo derecho con la varilla. El chisporroteo aumentó, el brazo de Denise temblequeó un momento, pero luego quedó inmóvil. Lentamente, la varilla recorrió el brazo hasta el hombro; luego, el otro brazo. Hasta que la varilla no empezó a aproximarse a sus pechos, Denise no empezó a moverse. Al principio, fue un culebreo, luego lanzó su cuerpo hacia arriba, hacia la varilla, casi como en un orgasmo. Por último, empezó a gemir y comprendí lo que estaba sintiendo. Había oído los mismos gemidos la noche anterior en la cama con ella.

Los pezones se hincharon cuando la varilla tocó sus pechos, mientras ella se agitaba frenéticamente. Ahora sabía por qué las dos chicas estaban allí. De no ser por ellas, no habría modo de sujetarla en el suelo.

—¡Oh, Dios mío! —chillaba—. ¡Voy a acabar! ¡No puedo evitarlo! ¡Me voy, me voy!

La varilla recorría ahora su vientre y ella alzaba las caderas hacia arriba como si

aquella varilla fuese una fuerza viva.

—¡Me voy, no puedo evitarlo! —gritaba; ahora era su pubis—. ¡Métela! —gritó—. ¡Quiero que me queme!

El rostro del hermano Jonathan permanecía impasible mientras sostenía la varilla sobre su pubis. Ella seguía debatiéndose y agitándose y chillando.

—¡Oh Dios mío, no puedo evitarlo! ¡No puedo!

Con el rostro crispado en una mueca agónica movía descontroladamente la cabeza de un lado a otro.

—¡Me voy! ¡Dios mío! ¡Es demasiado! ¡Demasiado! —De pronto se arqueó espasmódicamente contra la varilla.

—¡Oh, no! ¡Todo me explota por dentro!

Su voz se convirtió en un agudo chillido; luego, súbitamente, se desplomó, pálida, con los ojos cerrados.

Silenciosamente, el hermano Jonathan recorrió con la varilla sus piernas hasta llegar a los pies. Luego, tocó el transformador. La luz se desvaneció lentamente de la varilla y él la dejó. Denise estaba tendida, inmóvil. Lo único que se oía en la habitación era el rumor de su respiración.

El hermano Jonathan miró a las dos chicas y estas volvieron a su lugar en el círculo.

Denise abrió los ojos.

—¿Ha terminado?

El hermano Jonathan asintió:

—Sí. ¿Necesitas ayuda para volver a tu habitación?

Denise se incorporó y cogió su camisa.

—Creo que estoy perfectamente. —Él la ayudó a guardar el equilibrio mientras se ponía los pantalones—. Gracias, hermano Jonathan. Y gracias a todos vosotros, hermanos y hermanas. Os amo a todos.

—Nosotros también te amamos, hermana —dijeron a coro.

El hermano Jonathan se puso de pie y, colocándole las manos en los hombros, la besó en la boca.

—Recuerda, hermana, que el cuerpo es solo carne. Es el alma la que le da vida y es el amor el que funde a los dos.

Ella asintió, luego se volvió y, sin mirarme, salió tranquilamente de la estancia.

El hermano Jonathan me miró con simpatía.

—Gracias a vosotros, hermanos y hermanas. La asamblea ha terminado. Paz y amor.

—Paz y amor —contestaron ellos, y empezaron a salir.

Me levanté y esperé a que todos salieran. El hermano Jonathan estaba arrodillado junto al transformador, tapándolo.

—¿Funciona realmente ese chisme?

—Moisés habló con Dios a través de una zarza ardiente.

—Pero esto no es lo mismo.

—Cualquier cosa —dijo con voz paciente— que ayude a un hombre a comunicarse con Dios, funciona.

—Gracias, hermano Jonathan.

—Paz y amor —dijo él.

Miré mi reloj al salir, eran casi las seis. En aquel momento, no era tan importante para mí hablar con Dios como hablar con Lonergan.

veintiuno

La voz de Lonergan era un pesado susurro en mi oído:

—¿No has pensado nunca en vivir en México?

—No soporto el agua. Me da diarrea.

—No estás facilitándome las cosas. No les gusta que machaquen a sus muchachos.

—En eso coincidimos. A mí no me agrada la idea de que me maten. Habla de una vez, tío John. ¿Puedes quitármelos de encima o no?

Oí un suspiro desmayado y comprendí que él no era ya el tío John de mi niñez. Se acercaba a los setenta y para él el reloj recorría veinticuatro horas diarias.

—No lo sé —contestó—. Antes era solo un contrato, ahora es un asunto personal. Uno de esos hombres no volverá jamás a andar.

—Eso es muy duro.

—Necesito un intermediario, alguien que trate con ellos —rio secamente—. Tú no me sirves, claro.

—Ronzi dijo que ellos lo resolverían si les aceptaba como socios.

—Eso fue anoche, antes de que se enterasen de lo que pasó en el aparcamiento. Ronzi me llamó esta mañana para decirme que te comunicara que ya no hay trato.

—Yo tenía que llamarle esta noche según quedamos.

—Nada de eso. Probablemente tenga el teléfono controlado. Podrían localizarte antes de que colgases.

—¿Qué puedo hacer, entonces?

—Nada. Solo seguir escondido. Quizá se apacigüen en una semana o dos y entonces pueda hablar con ellos.

—¿Y el periódico? Después de este número, todo se va a desmoronar.

—Que se desmorone. Siempre puedes pedir que te envuelvan en él antes de enterrarte.

No contesté.

—¿Gareth?

—Sí.

—No hagas ninguna tontería. Dame tiempo.

—Has tenido todo el tiempo que querías, tío John. Yo no lo tengo. Si ese periódico no sale, volveré a estar en la calle.

—Pero al menos estarás vivo. Ya encontrarás otro juego que jugar.

—Claro. —Colgué el teléfono y oí caer las monedas en la caja. Me volví. Denise estaba a mi lado.

—Vine a buscarte para ir a cenar.

Asentí y eché a andar con ella.

—Lo siento —dijo.

—¿El qué?

—He sido yo quien ha empeorado las cosas. No debería haberles dicho dónde estabas.

—No fue culpa tuya.

Puso una mano en mi brazo y me paró.

—Estoy haciendo el ridículo, ¿verdad?

La miré sin hablar.

—El conductor cinético no me ayudó esta vez. Fue la primera vez que no funcionó conmigo. El hermano Jonathan me dijo que quizá necesitase unas cuantas sesiones más para poder librarme de este pecado.

—¿Estás segura de que es un pecado?

—No comprendo.

—¿No enseña el reverendo Sam que el amor no es pecado? ¿No dice que es bueno que nos amemos los unos a los otros? El amor puede ser también una cosa muy física.

—Eso fue lo que dijo el hermano Jonathan pero, no sé, nunca había sentido esto. Te deseo siempre, no puedo pensar en otra cosa. —Se detuvo a la entrada del comedor—. Hasta ahora, me he dedicado a hablar de lo que siento yo. ¿Qué sientes tú por mí?

—Creo que eres hermosa.

—Eso no es lo que quiero decir —replicó rápidamente—. ¿Qué debo hacer respecto a lo que siento?

Le sonreí.

—Disfruta de lo que sientes, niña. Solo sucede cuando se es joven. Enseguida dejarás de serlo y desaparecerá.

—¿Es eso lo que realmente piensas? —dijo con voz dolida.

No contesté.

—Quiero que me digas la verdad —insistió.

Se la dije:

—En este momento, tengo en el pensamiento más cosas de las que puedo manejar. Y hacer el amor es la última de ellas.

Se volvió bruscamente y corrió pasillo adelante, dejándome allí plantado. Miré hacia el comedor y vi que el hermano Jonathan me observaba. Me señaló un asiento vacío a su lado.

Había otros seis jóvenes sentados a la mesa. Saludaron con un gesto pero sin hablar. Estaban demasiado ocupados comiendo.

—Aquí se sirve cada cual —dijo el hermano Jonathan, indicando una gran cacerola que había en el centro de la mesa.

El guisado de carne, con zanahorias y patatas, era sencillo pero sabroso. Hundí el pan en la salsa porque no había mantequilla. Tomé la jarra de leche y llené mi vaso;

la leche resultaba sorprendentemente refrescante; estaba muy fría. Nadie habló hasta que terminó la comida. Entonces, uno a uno se levantaron, dijeron «paz y amor» y fueron saliendo.

Miré a mi alrededor. Cuando entré había allí de treinta y cinco a cuarenta personas. Ahora solo quedaban los pocos que limpiaban las mesas.

—Tengo café en mi despacho —dijo el hermano Jonathan—. ¿Quieres tomar una taza?

—Sería magnífico.

Su despacho era una pequeña habitación situada junto a la entrada del pasillo. Cerró la puerta y al cabo de unos minutos colocó ante mí una taza de café instantáneo.

—También tengo un poco de whisky —dijo.

—Creí que iba contra las normas.

—Estrictamente para fines medicinales —dijo sonriendo.

Hice un gesto de asentimiento.

—No me siento demasiado bien.

Sirvió dos vasos.

—Paz y amor —dijo.

—Paz y amor —contesté.

Bebió el whisky de un trago, como un profesional, y volvió a llenar su vaso cuando yo aún iba por la mitad del mío. Me miró a los ojos.

—No puedes quedarte aquí —dijo—. Tú ya lo sabes.

—¿Por qué? ¿Por Denise?

—No, eso podemos resolverlo. Eres tú. Han puesto precio a tu cabeza y será solo cuestión de días que te localicen aquí.

—¿Eso te lo contó Denise?

—No.

—¿Cómo lo descubriste entonces?

—Ya te dije que fui policía. Aún tengo contactos. Corre el rumor de que escapaste con Denise. Es solo cuestión de tiempo el que se imaginen dónde puede haberse escondido ella.

Guardé silencio.

—Lo siento, pero no puedo correr el riesgo. Podría salir perjudicada demasiada gente.

—Pero aunque yo no esté aquí, encontrarán a Denise.

—No la encontrarán porque la enviaré a otro sitio. Mañana por la noche estará a mil kilómetros de aquí.

Terminé el whisky.

—¿Cuándo quieres que me vaya?

—Esta noche, cuando todos duerman, iré a buscarte. Utiliza la habitación pequeña a la que te llevó Denise anoche. Allí tienes tu ropa.

Me levanté.

—Gracias, hermano Jonathan.

—¿Cómo andas de dinero? —preguntó.

—No hay problema.

—Paz y amor.

—Paz y amor —dije y salí del despacho.



Mi ropa, cuidadosamente planchada, colgaba en la percha de detrás de la puerta. Me desvestí rápidamente y entré en el baño. Las luces se apagaron cuando estaba duchándome. Solté un taco y luego recordé que tenían un interruptor automático. Me envolví en una áspera toalla y fui a buscar la vela. No supe que ella estaba allí hasta que la encendí.

Estaba sentada, pequeña y afligida, al borde de la estrecha cama. Se le había corrido parte del maquillaje del ojo y aún lo tenía hinchado y morado.

—Te vas —dijo ella.

Me froté la cabeza con la toalla sin contestarle.

—Lo supe en cuanto el hermano Jonathan dijo que se te devolviera la ropa.

Terminé de secarme y tomé la camisa.

—Quiero irme contigo.

—No puedes —dije secamente.

—¿Por qué? —preguntó, como un niño.

—Porque podrías morir, por eso. El hermano Jonathan no quiere que nos suceda tal cosa ni a ti ni a mí.

—Me da igual, quiero estar contigo.

Me puse los pantalones y me senté en una silla para ponerme los calcetines y los zapatos.

Ella se apartó de la cama y se arrodilló ante mí.

—Llévame contigo, por favor. Te amo.

—No puedo. Lo siento.

Ocultó la cara entre las manos y empezó a llorar. Su voz fue un desmayado gemido:

—Nunca hago nada bien. Creí que aquí estaríamos seguros.

Le acaricié el cabello. Me tomó la mano y la apretó contra sus labios.

—Si yo me quedase aquí, nadie estaría seguro. Ni tú ni el hermano Jonathan, ni ninguno de los otros. Y no tienen nada que ver conmigo.

—No te pido que me tengas a tu lado para siempre —murmuró sobre mis dedos—. Sé que no soy suficiente para ti. Lo único que quiero es estar contigo un poquito. Luego, cuando tú quieras que me vaya, me iré.

Le sujeté la barbilla y le alcé la cara.

—No se trata de eso, en absoluto. Ya ha sufrido bastante gente y no quiero traer el

sufriendo aquí.

Guardó silencio un momento, contemplando la palma de mi mano.

—¿Sabes que tienes dos líneas de la vida? —preguntó.

Mi mente dio un salto para seguir su pensamiento.

—No.

Trazó con el dedo una línea casi desde la muñeca hasta la base de mi dedo índice.

—Nada puede pasarte. Vas a vivir mucho tiempo.

—Eso me hace sentir mejor.

—Sin embargo, en este momento tus líneas de la vida corren paralelas. —Tocó el centro de mi palma—. La primera se detiene por aquí.

—¿Eso es bueno o malo?

Su expresión era seria.

—No lo sé. Pero significa que una de tus vidas acabará pronto.

—Espero que no sea la que se relaciona con mi respiración.

—No estoy bromeando —replicó ella.

No contesté.

—Sé mucho de quiromancia. Soy buena en eso.

—Te creo.

—No, no me crees —dijo engoladamente.

Le sonreí:

—¿Si reñimos un poco te sentirás mejor?

Sus labios temblaron.

—No quiero reñir contigo. Y menos la última noche que vamos a estar juntos.

—Entonces, cálmate.

—¿Cuándo te vas?

—El hermano Jonathan dijo que vendría a buscarme.

—Entonces será hacia la medianoche, cuando hace la última ronda. Tenemos tiempo para una buena despedida.

Me eché a reír sonoramente.

—Has conseguido animarte.

—Ja, ja. —Se levantó y empezó a desabrocharse la camisa—. Solo con tomarte de la mano ya me excito y además prometiste que me harías perder la virginidad posterior.

Posé una mano sobre las suyas.

—Nunca lo conseguiré, niña. No hay forma de que me concentre en eso con todo lo que me baila en la cabeza.

—Ya se me ocurrirán maneras.

Yo tenía razón y ella estaba equivocada, pero no importaba. Tantas cosas hizo que no importó quién ganó o quién perdió. Cuando el hermano Jonathan llamó a la puerta, los dos estábamos vestidos de nuevo.

Sus ojos observaron la escena. La cama deshecha y demás.

Me volví a Denise.

—Llegó el momento.

—Iré contigo hasta el coche —dijo ella.

Rodeamos la casa en silencio hasta el granero. El hermano Jonathan abrió las puertas. Rechinaron sonoramente en la noche. Entramos y me metí en el coche. El viejo Valiant hizo honor a su nombre. El motor se puso en marcha sin una protesta.

El hermano Jonathan me dio la mano por la ventanilla abierta.

—Buena suerte, Gareth. Paz y amor.

Se volvió y salió del granero, dejando a Denise. Ella se inclinó por la ventanilla y me besó.

—¿Me llamarás cuando vuelvas?

—Sabes que lo haré.

—Te esperaré aquí.

Hasta entonces, no percibí que ella no sabía que el hermano Jonathan iba a mandarla a otro sitio. No iba a ser yo quien se lo dijera, así que asentí.

—Te amo —dijo, besándome otra vez; retrocedió—. Paz y amor.

—Paz y amor —dije, dando marcha atrás y saliendo del granero.

Cuando enfilaba el polvoriento camino, vi por el espejo retrovisor que el hermano Jonathan le había echado un brazo por encima del hombro y caminaba con ella hacia la casa. Luego, doblé la curva y ya no hubo detrás de mí nada más que la noche.

veintidós

Hasta que no entré en la gasolinera de la carretera que llevaba a San Francisco no vi el sobre marrón que había en el asiento de al lado. El empleado de la gasolinera metió la cabeza por la ventanilla.

—Llénelo —dije.

Fue a la parte trasera del coche y yo abrí el sobre. Dentro había mil dólares en billetes de cien y una nota doblada:

Te vendí el revólver. Vete a la Misión Paz y Amor del reverendo Sam de North Beach en San Francisco y pregunta por el hermano Harry. Él te dará un billete para un avión que sale mañana hacia Honolulu e información sobre tu contacto allí. Paz y amor.

No había firma. No era necesaria. Me guardé el dinero en el bolsillo, leí otra vez la nota y luego la rompí. Salí del coche y tiré los trozos en la papelería.

—¿Compruebo el motor? —preguntó el empleado.

—Todo —dije, y me dirigí al váter.

El empleado estaba esperándome con un papel en la mano.

—Necesitaba un cuarto de aceite y tuve que llenar el radiador y la batería. Son seis con quince.

Le di siete dólares y subí al coche. Eran las cinco y media de la madrugada, y cuando llegué a la misión, al final de North Beach, amanecía. Era un viejo edificio gris, que más parecía un almacén que un hostel. Había un cartel sobre el aparcamiento vacío: RESERVADO PARA VISITANTES DE LA MISIÓN. Paré justo frente al edificio. Luego, salí del coche y me encaminé hacia la puerta. Antes de que pudiera llamar, abrió un hombre de estatura media que vestía un traje marrón.

—¿Hermano Gareth? —preguntó con voz fina.

Asentí.

—Soy el hermano Harry —dijo, tendiéndome la mano—. Paz y amor.

—Paz y amor —contesté. Su mano era suave.

—Entra. Llevo esperándote desde las cuatro. Empezaba a preocuparme.

Le sonreí.

—Ese Valiant no es precisamente el coche más rápido del mundo.

—Ya estás aquí, eso es lo que importa —dijo, guiándome por un pasillo—. Tengo una habitación preparada para ti. Puedes descansar hasta que salga tu avión.

—¿A qué hora sale?

—Tres cuarenta y cinco. Pero no te preocupes por eso. Yo me encargaré de que

llegues a tiempo. —Abrió la puerta y le seguí al interior de la habitación—. ¿Puedes darme las llaves del coche?

Le miré fijamente.

—Me dijeron que el coche era peligroso. Además, llamará la atención en nuestro aparcamiento.

Le di las llaves.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Me dijeron que lo metiera en una trituradora.

Nada podía decir. Si hay que librarse de un coche, ese es el mejor medio porque no queda ni rastro. De todos modos, sentí un escalofrío. El viejo cochecito y yo habíamos hecho muchas cosas juntos.

Contemplé aquella habitación sobriamente amueblada. Una estrecha cama, una estrecha silla, un estrecho armario y una estrecha ventana en la pared. La habitación perfecta para un hombre delgado. De pronto me sentí completamente exhausto. Ni siquiera podía pensar, lo único que quería era dormir.

—Volveré dentro de unas horas con tu desayuno. Creo que lo mejor que puedes hacer es quedarte en la habitación. No queremos que nadie te vea.

Asentí con un gesto; hablar suponía un esfuerzo excesivo. Cerró la puerta al salir y yo me tendí en la cama sin desvestirme. Ni siquiera tenía fuerzas para quitarme los zapatos y me apagué como una luz.



No me desperté para el desayuno, pero el hermano Harry me despertó para comer.

—Tienes que estar en el aeropuerto una hora antes de la salida —dijo, casi disculpándose, mientras colocaba la bandeja en una silla, junto a mí.

—De acuerdo. —Miré la bandeja: guisado de carne; podría haberlo imaginado—. En este momento no tengo hambre, ya comeré algo en el aeropuerto.

—El baño está allí. Será mejor que te afeites, la barba rubia no va con el cabello negro —señaló la otra puerta—. Encontrarás una navaja de afeitar en el botiquín.

El afeitado y la ducha me ayudaron. Empecé a sentirme vivo otra vez. Salí del baño. Él estaba esperándome y también me esperaba el guiso de carne. Aún no estaba preparado para él.

—¿Hay algún problema que nos impida ir al aeropuerto antes? —pregunté.

—No lo creo. ¿Quieres que nos vayamos ya?

—Sí. —De pronto, me sentí harto de habitaciones pequeñas y camas estrechas.

Detuvo su viejo Ford Fairlane frente a la terminal de United Airlines, se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y me entregó un sobre.

—Ahí va tu billete —dijo—. El hermano Robert estará esperándote en Honolulu. Él te llevará a la misión.

—¿Cómo le reconoceré?

—Él te encontrará.

—Gracias.

—De nada —dijo él—. Paz y amor.

—Paz y... —me detuve—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué os tomáis tantas molestias por mí? Ni siquiera pertenezco a vuestra Iglesia. Y sin embargo, bastó una orden del hermano Jonathan...

—Oh, no —dijo él rápidamente—. No fue el hermano Jonathan, él no tiene esa clase de autoridad.

—¿Quién la tiene entonces? —Pero supe la respuesta antes casi de acabar de formular la pregunta.

—El reverendo Sam —dijo, bajando la voz—. No sucede nada en la Iglesia sin que él lo sepa. Él cuida de todos nosotros. Dios le bendiga. Paz y amor.

—Paz y amor.

Salí del coche y le vi entrar en el tráfico, camino de la ciudad. Dentro de la terminal, comprobé el cartel de salidas. Aún eran las dos y media, lo cual significaba hora y cuarto de espera. Me dirigí al bar más próximo. La barra estaba llena, así que me senté a una mesita. La camarera me trajo lo que le pedí: un whisky doble con hielo.

Pensé que el hermano Jonathan debía de haber llamado al reverendo Sam nada más llegar yo a su misión. Jonathan debía haber hecho todos aquellos arreglos por su cuenta. Estaban muy bien organizados.

Pero ¿por qué había decidido el reverendo Sam que yo necesitaba protección?

—¿Otro doble, señor?

Alcé la vista sorprendido. No me había dado cuenta de que ya había terminado mi vaso. Debían echarle mucha agua al whisky porque ni siquiera lo había sentido. Asentí.

Me sirvió la bebida. Miré el reloj que había detrás de la barra. Dos cuarenta y cinco.

—¿Hay algún teléfono por aquí? —pregunté.

—Sí señor, a la entrada.

Pagué la consumición.

—Volveré —dije, dejando la bebida en la mesa. Conseguí cambio en la caja y llamé al reverendo Sam. Estaba en casa.

—¿Cómo está Bobby? —pregunté.

—Mucho mejor. Los médicos esperan que a finales de semana pueda comer normalmente —bajó la voz—. ¿Dónde estás tú?

—En el aeropuerto internacional de San Francisco.

Percibí un tono de alivio en su voz:

—Entonces, ¿vas a Honolulu?

—El avión sale dentro de una hora.

—Bueno, cuando Lonergan me dijo lo mal que estaban las cosas, comprendí que

tenía que hacer algo.

—¿Fue idea de Lonergan que saliera del país?

—No. No obstante, cuando le dije lo que podíamos hacer, le pareció una buena solución. Te debo demasiado para no ayudarte.

No contesté.

—Lo he previsto todo. Allí cuidarán de ti.

—Gracias —dije.

—No tienes que agradecermelo. Después de todo, no te habrías visto en todo este lío de no ser por Bobby —vaciló un momento—. Si necesitas algo, llámame.

—Estoy perfectamente.

—Entonces no te preocupes, Lonergan lo tendrá todo arreglado en muy poco tiempo; entonces podrás volver.

—Claro.

—Que tengas buen viaje. Y que Dios te proteja.

—Paz y amor —dije, colgando el teléfono.

Hice una serie de llamadas intentando localizar a Lonergan, pero no lo conseguí. Nadie en su casa; ni en su oficina ni en el Silver Stud nadie sabía dónde estaba. Ni siquiera pude obtener respuesta del teléfono móvil de su coche.

Esto me preocupó. Era muy extraño. Lonergan sabía que yo no quería irme. Sin embargo, estaba apartándose cada vez más de donde quería estar. No sabía siquiera si el periódico había llegado a tiempo a la imprenta. Puse otra moneda en el teléfono y llamé a la oficina.

—*Hollywood Express* —reconocí la voz de Verita. Sabía que me reconocería, así que no me identifiqué:

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Perfectamente. ¿Puedes hablar? ¿Hay alguien por ahí?

—Estoy sola. Se han ido todos.

—¿Llegasteis a tiempo a la imprenta?

—Está todo hecho. Tu amiga es magnífica, trabajó toda la noche para terminarlo.

—Estupendo.

—¿Vuelves?

—Una extraña pregunta, claro que vuelvo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque Lonergan dice que no. Estuvo aquí con Ronzi. Se llevaron a Persky arriba y celebraron una reunión. Cuando bajaron, Lonergan dijo que tú vendías el periódico a Ronzi y que Persky ocupaba tu puesto. Lonergan y Ronzi se fueron y Persky me dijo que después de esta semana ya no me necesitaban aquí.

Sentí que me invadía un furor frío. Mi tío estaba haciendo su número habitual: jugando a Dios.

—No te preocupes —dije—. Eso no va a suceder.

—¿Y qué puedes hacer tú? Si vuelves, te encontrarán y te matarán. Son mala

gente.

—Vete a casa y espera noticias mías.

Colgué el teléfono y volví al tablero de vuelos. Había uno para Los Ángeles a las tres y media.

Lo tomé.

veintitrés

Honest John, el tipo de los coches de segunda mano, achicó los ojos frente al sol crepuscular.

—Este es nuestro especial de la semana. Hoy saldrá hasta en la televisión.

Miré el Corvair descapotable. La capota negra y los asientos de vinilo estaban recién lavados y la carrocería amarilla brillaba recién encerada.

—¿Qué pides por él?

—Ochocientos, incluidos la documentación y los impuestos. Es una auténtica ganga. Dos mil trescientos nuevo en el 65. Y prácticamente, si lo piensas, apenas si tiene kilómetros.

—¿Cuántos?

—Mira tú mismo el cuentakilómetros.

Abrí la puerta y miré. Veinticinco mil kilómetros. Me volví hacia él.

—Veinticinco. Está bien. No es nada. Este coche aguanta bien los ciento sesenta mil.

—No es eso lo que opina Ralph Nader.

—¿Qué sabe él? Lo que quiere es hacerse famoso asustando a la gente. Yo mismo probé el coche. Se conduce como un coche de niño y se va tan seguro en él como en brazos de una madre.

Abrí la capota. El motor parecía en buenas condiciones. Al menos lo habían limpiado. Los neumáticos no estaban mal. No daba la sensación de tener veinticinco mil kilómetros. Pasé a la parte delantera y abrí el maletero. En el Corvair todo va al revés. El motor atrás, el maletero delante. La rueda de repuesto estaba muy gastada. Tenía incluso zonas en las que se veía la cámara. Miré a Honest John.

Tenía preparada una respuesta:

—Ya sabes cómo son algunos. En fin, no compren de ninguna manera un neumático nuevo de repuesto.

—Claro, claro. ¿Puedo dar una vuelta a la manzana para probarlo?

—No tienes necesidad. Con nuestra garantía de devolver el dinero si no te gusta, puedes traerlo dentro de un plazo de noventa días y te daremos cualquier otro coche que elijas por tu dinero.

—Me gustaría probarlo, aunque solo sea para ver si estoy cómodo en él.

—Si bajas la capota de esta maravilla, no habrás estado tan cómodo en toda tu vida; como si flotaras.

—Eso está muy bien. Pero de momento quiero ver si funciona.

Me miró un momento, luego asintió.

—De acuerdo —se volvió y llamó a uno de sus hombres—. Eh, chico, sal con este tipo.

El mexicano dejó el trapo sobre el capó del coche que estaba limpiando y se acercó. Entré en el coche y encendí el motor. Se encendió con bastante facilidad. Puse la radio y atronó una música rock. Estiré el brazo y accioné el mecanismo de la capota que se abrió suavemente. Accioné los limpiaparabrisas y solté el agua jabonosa. Bañó el parabrisas y los limpiaparabrisas la borraron. Luego encendí los faros, salí del coche y di una vuelta a su alrededor. Todas las luces estaban encendidas. Me situé en la parte delantera.

—Enciende los intermitentes —dije.

El mexicano accionó el botón. Funcionaban.

—Ahora las luces de dirección. Derecha, luego izquierda. También funcionaban. Volví a entrar en el coche. Honest John me observaba con expresión extraña.

—Es solo que me gusta comprobarlo —dije.

—Está bien.

Saqué el coche de allí y recorrí unas manzanas. Los frenos estaban bien, todas las marchas, incluida la marcha atrás, funcionaban perfectamente, y la dirección estaba muy bien, considerando que el coche no pesaba nada. Honest John estaba esperando por mí cuando volví a entrar en el aparcamiento.

El mexicano salió y volvió a sus tareas de limpieza. Yo seguí sentado. Honest John se acercó y se apoyó en la puerta.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Está muy bien —dije—. Seiscientos.

Se echó a reír. Saqué el fajo de billetes y le dejé oler el dinero.

—Al contado.

Miró el dinero, luego me miró a mí.

—Setecientos cincuenta.

Repasé los billetes.

—Seiscientos veinticinco.

—Setecientos.

—Seiscientos setenta y cinco y cerramos trato.

—Te llevas un magnífico coche. Vamos a la oficina y firmaremos los papeles.

—De acuerdo. —Apagué el motor. Cuando me volví a él, tenía de nuevo aquella extraña expresión.

—¿Eres músico rock?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Todos tienen esas pintas extrañas. Nunca vi a nadie hasta ahora con el cabello naranja.

Me miré en el espejo retrovisor. Mi cabello había adquirido un extraño color naranja. Me pregunté qué demonios tendría aquel tinte que me había puesto Denise.

—¿Tu madre tiene el cabello naranja?

—No.

—¿Tu padre?

Le sonreí.

—No lo sé. Nunca le vi sin sombrero.

—Muy extraño, sí...

—Lo es, desde luego —acepté.

Rellené los documentos a nombre de Lonergan, utilizando la dirección de su oficina. Después de colocar la tarjeta de identificación en el parabrisas, fui en el coche hasta la tienda de suministros más próxima y compré cuatro latas de pasta de caucho. Luego busqué un teléfono y llamé a Verita a casa.

—¿Sí? —Parecía nerviosa; cuando oyó mi voz, suspiró con alivio—. Oh, Gary, estaba tan preocupada por ti. ¿Dónde estás?

—Estoy en la ciudad.

—Cuando salí de la oficina me siguieron hasta casa dos hombres en un Buick negro. Ahora están frente a mi apartamento.

Era de suponer. Tarde o temprano acabarían vigilando a todos los que suponían que podrían ayudarme. La gran cuestión era quiénes serían.

—¿Parecen policías?

—No sé. El coche tiene matrícula de Nevada.

Eso ayudaba. No eran policías. Fueran quienes fuesen, era mejor que tener a toda la policía de Los Ángeles buscándome.

—No te preocupes —dije—. No te molestarán. Me buscan a mí.

—Eso ya lo sé. Pero quiero verte.

—Me verás. ¿Puedes ponerte en contacto con tu primo Julio Vázquez? Él podría ayudarme. Estuvimos juntos en Vietnam.

—Es un hombre peligroso, Gary.

—Ya lo sé. —Julio Vázquez era el rey del «barrio»; allí no pasaba nada que él no supiera—. Pero los hombres con los que estamos jugando también son peligrosos.

—Le llamaré.

—Intenta conseguir una entrevista para mí. —Miré el reloj; eran casi las seis y media—. A las nueve en punto, si puede.

—Lo intentaré.

—Bueno. Te llamaré dentro de una hora —estuve a punto de decir «Paz y amor». Era pegadizo. Luego me acerqué a un bar próximo y cené un filete con patatas fritas.



—Dijo que no podría verse contigo hasta las diez.

Pude percibir por el tono de su voz que Verita estaba nerviosa.

—Está bien. ¿Dónde?

—Dijo que debería llevarte yo al garaje.

—Dime dónde es. Puedo ir allí yo solo.

—Imposible. Me hizo prometerle que no se lo diría a nadie, ni siquiera a ti.

—¿Le hablaste de los dos hombres que hay frente a tu casa?

—No.

—Vuelve a llamarle y díselo. Te llamaré dentro de quince minutos. Colgué el teléfono y tomé otra taza de café. Luego volví a llamarla.

—¿Qué dijo?

—Dijo que no nos preocupáramos. Él se cuidará.

—De acuerdo.

—Dice que lleves tu coche a mi casa y te pares en la esquina. A las nueve y media yo saldré para reunirme contigo. Quiere saber qué tipo de coche llevas.

—Un convertible Corvair amarillo con la capota negra.

—¿Alquilado?

—Comprado.

—Un gran error —dijo ella—. Ralph Nader dice que ese coche no es seguro. Me eché a reír.

—Estoy acostumbrándome a vivir peligrosamente.



Cuando detuve el coche junto a la acera en la esquina de la casa de Verita, había allí, apoyado en una farola, un chicano alto con chaqueta de cuero. Eran exactamente las nueve y veinticinco. El tachonado que brillaba sobre el bolso del pecho decía: J. W. KINGS.

—¿Señor Brendan? —preguntó.

—Sí.

—Suba al asiento de atrás. Yo conduciré.

Subí al asiento de atrás y él se colocó al volante.

—Tumbese en el suelo —dijo, sin volverse.

Con el motor atrás, no había ningún saliente en el suelo, pero aun así había poco espacio. Coloqué las latas de pasta de caucho en el asiento.

Al cabo de un minuto, oí la voz de Verita.

—¿Qué pasa?

El otro dijo algo rápidamente en español. Se abrió la puerta delantera. Sentí la presión en la espalda cuando se sentó. Le habló en español. La única palabra que cacé fue Buick.

—Vale —dijo él, poniendo en marcha el motor. Se apartó de la acera. No podíamos haber recorrido más de un cuarto de manzana, cuando oí detrás un sonoro estruendo. Sin pensarlo, levanté la cabeza para mirar por la ventanilla trasera. Había un Buick empotrado contra la farola de la esquina por un camión de dos toneladas.

—¡Al suelo! —gritó el chicano.

Me volví y vi a Verita que me miraba fijamente.

—Hola, niña —sonreí y volví al suelo.

—¡Gary! —exclamó sorprendida—. ¿Qué te has hecho en el cabello? Lo tienes de color naranja.

veinticuatro

No había modo de saber dónde estábamos. Desde el suelo solo podía ver parpadear las luces de la calle según pasábamos. Unos diez minutos después el chicano lanzó el coche por una rampa y pude darme cuenta por los fluorescentes de arriba que estábamos en un aparcamiento. El coche siguió subiendo y subiendo y por fin se detuvo.

El chicano se apeó.

—Ya puede salir.

Me incorporé y me senté un momento para estirar los entumecidos músculos; luego salí. Verita se echó en mis brazos.

—Me tenías muy preocupada —dijo.

La besé en la mejilla.

—Estoy perfectamente, ¿y tú?

—Yo también. Me siento mejor ahora que te veo.

—Síganme —dijo el chicano.

Nos condujo al ascensor. El letrero que había junto a la puerta decía: QUINTO NIVEL DE APARCAMIENTO. Entramos en el ascensor y apretó el botón del subsótano. Nos bajó hasta allí. Seguimos al chicano a través de un pasillo difusamente iluminado hasta una puerta que se abrió a una habitación muy iluminada.

Varios chicanos, todos con chaquetas de cuero como nuestro guía, contemplaban atentos y emocionados un televisor en color. Nos miraron sin interés y volvieron al televisor.

Nuestro guía llegó hasta la otra puerta y la abrió. Dijo rápidamente algo en español. Una voz contestó y él se hizo a un lado:

—Julio dice que entréis.

Cruzamos la puerta y nuestro guía la cerró quedándose fuera. Julio estaba sentado ante un escritorio. En el escritorio, frente a él, había algunos papeles y una automática azul de nueve centímetros, de lúgubre aspecto. Se levantó y me tendió la mano. No era alto, pero su apretón era recio.

—Hola teniente.

—Hola sargento —dije, devolviéndole el apretón. Bajo el bigote brillaban unos dientes blancos.

—Tienes un aspecto distinto —había un tono de asombro en su voz—. ¡Tienes el cabello naranja!

—¡Mierda! —dije.

Se volvió a Verita y la abrazó. Intercambiaron unas cuantas palabras rápidas en español. Luego se sentó a la mesa y nos indicó las sillas que habían frente a él.

—Somos primos, pero no veo a la familia a menudo. Es una familia muy grande.

A veces pienso que aquí todos somos primos.

Asentí, sin hablar.

—Estamos muy orgullosos de ella. Se ha graduado en varios colegios y universidades.

—¡Julio! —exclamó Verita, luego habló en español. Julio sonrió.

—Mi prima es modesta. No le gusta que presuma de ella. —La sonrisa desapareció—. Estás metido en un tremendo lío, amigo.

—La historia de mi vida. Si no es una cosa es otra.

—Pues esta es buena.

Le miré fijamente. En aquella ciudad no había secretos; todo el mundo lo sabía todo de todos.

—Sí.

Sonó el teléfono y contestó él. Escuchó un rato y luego colgó.

—Esos dos tipos del Buick —dijo—. Están los dos en el hospital de la prisión. La policía encontró explosivos Blaster y un rifle automático en su coche. Son del sindicato de Las Vegas —encendió un pequeño cigarro—. Deben tener muchas ganas de echarle el guante, si no, no utilizarían esa artillería pesada.

Sonreí.

—No va a gustarles nada cuando descubran que fue tu camión el que los aplastó.

—No tienen ningún derecho a intervenir en mi ciudad si no me lo piden primero.

—¿Les habrías dado permiso si te lo hubiesen pedido?

Me miró a los ojos:

—Para cazarte a ti, sí. A Verita, no.

Hubo un silencio. Sabía perfectamente lo que yo estaba pensando. Los dos sabíamos lo que podía hacer uno de esos explosivos. Lo habíamos visto en Vietnam. Si ella hubiese estado a medio metro de mí la habría partido en dos junto conmigo.

—¿Por qué querías verme? —preguntó.

—Creo que lo sabes.

Guardó silencio un momento.

—No es mi guerra.

—Tampoco era nuestra guerra en Vietnam, no obstante, los dos estábamos allí.

Sabía muy bien a lo que yo me refería. El Vietcong le había atrapado en un fuego cruzado mortal y su única protección eran los cadáveres de los demás hombres de su grupo. Era solo cuestión de tiempo que las balas los destrozaran y se abrieran paso hasta él. Yo le saqué de allí.

«Te debo la vida teniente», había dicho mientras le arrastraba hasta el puesto de primeros auxilios con una bala en el muslo. Le enviaron a Saigón, donde consiguió un puesto en la sección de suministros del hospital. Cuando le vi al cabo de unos meses, se había convertido ya en el traficante de drogas más importante del Ejército.

Se enteró de que yo estaba de permiso y vino a verme. Durante los cuatro días siguientes creí vivir en un mundo fantástico. Me sacó de la pocilga en que estaba y

me instaló en una *suite* del mejor hotel de Saigón. Y a partir de entonces, todo fue una fiesta: whisky, champán, toda clase de drogas, de yerba a polvo de ángel, de cocaína a ácido, más suministros ilimitados de comida y chicas. Había amañado incluso documentos para que me quedase en Saigón, pero entonces yo aún era un tonto y volví al frente.

Recordé cuando estaba en el aeropuerto antes de subir al avión y le dije: «Amigo, esto es demasiado. ¿Cómo vas a arreglártelas cuando vuelvas a casa para acostumbrarte?». Detrás de la sonrisa, su cara estaba seria: «Soy rico, teniente, he aprendido mucho aquí. Cuando vuelva, seré el dueño de aquella ciudad. Ya es hora de que los mexicanos la recuperen».

Me enteré más tarde de que no solo había vuelto con dinero en un banco suizo sino que además cuando bajó del avión de Los Ángeles pesaba como diez kilos más de lo que pesaba normalmente. Traía heroína pura, sin rebajar, en bolsas de celofán, fijadas alrededor del cuerpo desde los sobacos a las caderas. Rebajada tenía un valor en la calle de diez millones de dólares en las ciudades del este.

Y alguien me dijo que la había enviado allí. «Que los negros y los puertorriqueños se harten de ella —había dicho—. Los mexicanos no se meten en eso. Esnifan, fuman, beben y comen, pero cuando se plantea lo de clavarse agujas, son todos cobardes. No pueden soportar la visión de su propia sangre.»

Esta era, al menos, una versión. Otra era que la había utilizado para hacer un trato con la Mafia y se la había vendido a precio bajo a cambio de que le dejaran el control de la ciudad.

Yo no sabía cuál de las versiones era cierta, si es que lo era alguna, pero estaba seguro de una cosa: la ciudad era suya. Todo había estado más tranquilo en el barrio desde que él se hizo cargo. Había oído incluso que la asistencia a la escuela había aumentado.

Me volví a Verita:

—Tengo que hablar con tu primo de ciertos asuntos y no quiero que tú te veas mezclada.

—Estoy mezclada. Yo te traje aquí.

—Eres abogado, por tanto sabes lo que quiero decir: no podrás ser parte en algo de lo que no sepas.

Siguió allí sentada con expresión terca.

Julio habló rápidamente en español. Su voz era áspera e imperativa. Sin responder palabra, Verita se levantó y salió de la habitación.

—Ahora dime —dijo.

—Quiero que la protejas.

—Ya lo he hecho. En cuanto me llamó y me habló de los dos hombres.

—Bien, necesito seis de tus muchachos durante las próximas doce horas.

—¿Pistoleros?

—No. No habrá tiros. Solo quiero estar seguro de que son listos y duros y saben

desenvolverse.

Lo pensó un momento:

—¿Por qué yo? ¿Por qué no acudes a Lonergan? Es tu socio.

—No es mi socio, es mi tío, y no confío en él. Quería enviarme a Hawai y venderme. Cuando volviese aquí, me encontraría otra vez sin nada.

—Pero estarías vivo.

—Yo estoy harto de esta mierda. He decidido que ya es hora de saborear un poco la buena vida. Debería haberlo aprendido de ti aquel fin de semana en Vietnam, pero fui un estúpido.

No sonrió:

—¿Qué esperas sacar de esto? No puedes ganar. Están dispuestos a quedarse con tu periódico y tú lo sabes.

—Esto es otra vez Vietnam, solo que ahora es mi guerra, no la suya. Cuando salga de esto, pensarán que seis hombres es un ejército. Quiero negociar una paz mejor. No me importa nada el periódico, pueden quedárselo. Lo único que quiero es salir de esto con bastante dinero para empezar otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Una revista. En este momento, *Playboy* domina todo el mercado. Yo puedo hacerlo mejor. Ganaré tanto dinero que parecerá increíble.

—El dinero no debería ser problema, Lonergan lo aportaría, y yo también. Podrías conseguirlo en muchos sitios.

—No quiero socios; quiero que sea solo mío.

—Todo el mundo tiene socios.

—¿Los tienes tú?

Hubo un instante de silencio.

—No quiero que les pase nada a mis muchachos.

—Nada les pasará.

—¿Y si alguien dispara contra ellos?

No contesté.

Recogió de la mesa la pistola y se levantó.

—Ven conmigo —dijo.

Le seguí por otra puerta que daba a un pasillo. Accionó un interruptor y las luces se encendieron. Al fondo del pasillo había una sala de tiro con aislamiento acústico.

—Tú eras muy bueno con esto —dijo, pasándome el arma.

Alcé la pistola, luego accioné el seguro y la vacié en el blanco. Bajé el arma mientras me acercaba y volví con la hoja. El centro del blanco estaba completamente comido, era solo un agujero.

—Todas en el centro —dijo—. Aún eres bueno.

No contesté.

—Eres el pistolero. Te hago responsable de mis muchachos.

—De acuerdo.

Volvimos a su oficina donde me dio un cargador nuevo. Después de cargar otra vez la pistola, comprobé que el seguro estaba puesto y me la guardé en el cinturón.

—Ahora hablemos de negocios —dijo—. ¿Qué gano yo en esto?

Le sonreí:

—Te llevaré otra vez a Saigón a pasar un fin de semana de cuatro días y estaremos en paz.

Me miró un momento y luego se echó a reír:

—Vaya disparate aquel fin de semana —dijo.

Observé como colocaban el último saco de arena en el maletero del Corvair. Tres de los sacos estaban colocados de lado contra la rejilla y cada uno de ellos tenía dos sacos más como apoyo. Me arrodillé y miré debajo del coche para ver si las ruedas lo acusaban mucho.

Al parecer, no había problema. Los amortiguadores especiales que habíamos colocado en la parte delantera soportaban bien la carga. Me puse al volante y encendí el motor. Di una vuelta por el garaje. Giraba fácilmente y no había ningún problema con la dirección. Apagué el motor y salí.

Se me acercó el chicano que me había llevado al garaje:

—Tenemos el casco protector y las almohadillas de los hombros.

—Voy a probar —dije.

Me coloqué el casco, ajusté la protección de la barbilla y bajé el visor. Ajustaba perfectamente. Me lo quité y lo coloqué en el asiento de al lado. Luego me saqué la camisa, me puse las almohadillas protectoras y me coloqué la camisa encima de ellas. La camisa se rasgó en cuanto me moví.

—Hay una camisa más grande en el vestuario de los mecánicos —dijo el chicano.

—Gracias. Estaré abajo, en la oficina.

—Los pintores del cartel han terminado. ¿Quieres verlo antes de bajar?

—De acuerdo —le seguí por el garaje hasta donde trabajaban los del cartel. Las hojas de fina lona blanca estaban extendidas y tensadas en los tableros.

El chicano hizo un gesto a los pintores.

—Apoyadlo en el camión para que pueda verlos.

Los pintores alzaron el tablero y rápidamente lo colocaron en los paneles del camión de reparto. Las letras eran de un negro brillante. Dispuestas en arco, decían: GRANJA DE FLORES, y debajo, en letras más pequeñas, BEVERLY HILLS. Parecía lo bastante falso para corresponder realmente a Beverly Hills.

—Bien —dije—. Ponedlo en el camión. Ya os diré cuándo tenéis que colocarlo.

Bajé a la oficina. Julio estaba hablando con Verita. Me miró.

—¿Todo bien, teniente?

—No podía ir mejor.

—Tienes la camisa rota —dijo Verita.

—Van a darme otra.

—¿Cuándo vas a hacer algo con ese pelo?

—Tengo que estar aquí de nuevo a las diez y media, entonces lo arreglaremos.

—Yo compraré material. Nos veremos en mi apartamento.

—No, tú te quedarás aquí. No es un juego de niños. No quiero que vuelvan por ti cuando se enteren de lo que les ha sucedido a sus hombres.

—La llevaré a mi casa —dijo Julio—. Mi madre se alegrará de verla.

Entró el chicano con una camisa de mecánico de un azul desvaído que cambié por la mía. Valía para dos como yo. La dejé colgar sobre los vaqueros.

Miré el reloj. Las dos cuarenta y cinco.

—Es hora de irse —dije.

Verita se levantó:

—Ten cuidado.

La besé en la mejilla.

—Siempre —dije, me volví a Julio—. Gracias.

Su expresión era seria.

—Siempre pago mis deudas.

—Gracias, de todos modos.

—Pero cuidado con mis muchachos.

—No te preocupes.

Subí al garaje y me dirigí al coche.

—¿Conseguiste el colchón? —pregunté al chicano.

—Está en el asiento trasero del coche, como tú dijiste.

—Bueno. —Miré dentro; aunque doblado, el colchón ocupaba todo el asiento trasero—. Uno de vosotros puede venir conmigo. Los otros me seguirán en el camión de reparto.

—Yo iré contigo —dijo.



No había tráfico ni en la ciudad ni en la autopista. Paré frente al almacén de Ronzi en Encino a las tres y veinte. El camión se detuvo detrás de mi coche.

El edificio más próximo era otro almacén situado al final de la manzana. La calle parecía desierta. Salí del coche, el chicano me siguió y uno de los muchachos del camión se unió a nosotros.

Esperad aquí —dije—. Voy a comprobar si está el vigilante nocturno. Si oís ruido, no os quedéis por aquí, largaos.

El chicano asintió.

Crucé la calle, subí por la plataforma de carga de camiones y miré por la ventana. Había una luz encendida en la oficina del fondo del almacén, pero no pude ver si había alguien. Salté de la plataforma, fui hasta la parte trasera del edificio y subí la escalera de aquella entrada. Por la ventana pude ver que la oficina estaba vacía.

Contaba con aquello. Ronzi debía sentirse muy seguro. Con sus relaciones, suponía que nadie se atrevería a robarle.

Bajé la escalera, rodeé el edificio hasta el aparcamiento y conté los camiones de reparto. Había catorce. Crucé otra vez la calle.

—No hay nadie —dije.

Cogí las latas de pasta de caucho del coche. Los muchachos se agruparon a mi

alrededor.

—Quiero que echéis un cuarto de lata de esto en el depósito de gasolina de cada uno de los camiones de reparto.

—¿Qué pasará? —preguntó uno de ellos—. ¿Explotarán?

—No, solo joderá los motores.

—¿Quieres decir que no arrancarán?

—Sí, arrancarán perfectamente, pero reventarán en cuanto lleven recorridos diez o doce kilómetros.

Se echaron a reír.

—¡Dios mío! Se volverán locos.

—En marcha —dije, abriendo una lata—. Quiero estar lejos de aquí dentro de diez minutos. —Me volví al chicano—. Quiero que haya un muchacho al volante del camión y otro al volante del coche, de modo que cuando volvamos podamos salir de aquí lo más deprisa posible.

Asintió y dijo rápidamente algo en español. Uno de los muchachos caminó desconsolado de vuelta hacia el camión. El chicano se volvió a mí:

—Tú espera aquí con el coche.

—No, yo voy con los muchachos, que espere aquí otro.

Asintió e hizo un gesto a otro que se colocó al volante del coche. Cruzamos rápidamente la calle y entramos en el aparcamiento.

—Trabajaremos en equipo —murmuré—. Uno abre el depósito y otro echa la pasta.

Los muchachos actuaban como si no hubiesen hecho otra cosa en su vida. En menos de cinco minutos habíamos terminado y salido de allí.



A las cuatro estábamos de vuelta en Los Ángeles, frente al Silver Stud. Metí el coche en la calle lateral y el camión me siguió. A mitad de la manzana paré.

—Vale —dije al chicano.

Él asintió, sabiendo lo que tenía que hacer. Salí del coche, cogí el casco y me lo puse. Él subió al camión, recorrieron el resto de la manzana y aparcaron al otro lado de la calle, junto al Silver Stud. La parte delantera del camión quedaba frente a mí.

Saqué el colchón del asiento trasero y lo coloqué delante, en el asiento de pasajeros. Luego me deslicé detrás de él. Me puse la armadura de seguridad en el pecho y la ajusté. Me incliné por encima del volante e hice una señal con mis luces.

El camión respondió a la señal. Estaban preparados. Puse el pie izquierdo en el freno y bajé la palanca de cambio; luego me incliné de costado para poder sujetar el volante y esperé.

Fue como si pasase una hora, pero no pudieron transcurrir más de quince minutos. Al fin llegó la señal: los intermitentes se encendieron y se apagaron en rápida sucesión. La calle estaba lo suficientemente despejada para poder cruzarla. Retiré el

pie del freno y apreté el acelerador.

Crucé la calle y subí a la acera a casi cincuenta kilómetros por hora. Tuve el tiempo justo para echar el colchón sobre mí cuando el coche golpeó las puertas de entrada y las atravesó con un ruido estruendoso. El capó se arrugó y el ruido de los cristales rotos se mezcló con el aullido de una alarma de robo. El coche penetró en el salón, atravesó la barra y se empotró en el espejo de la pared, donde se detuvo.

Me quedé un momento allí sentado, aturdido, y luego, automáticamente, apagué el motor. El salón estaba destrozado. Había muebles rotos por todas partes. Rápidamente, me quité la armadura protectora. Abrí de una patada la puerta y salí. Eché un último vistazo al coche antes de dejarlo.

Nader no tenía razón. El parabrisas ni siquiera estaba astillado. Salí corriendo. El camión ya estaba en marcha cuando subí a él.

—¡Eh, amigo!

—¡Vaya conductor!

—¡Es un auténtico «bracero»!

—¡Silencio! —gritó el chicano que estaba al volante; se volvió a mí—. ¿Qué hacemos ahora?

Miré el reloj. Eran las cuatro y media. Teníamos que esperar cuatro horas hasta la siguiente etapa.

—Podemos buscar un restaurante y comer algo —dije.



Faltaban diez minutos para las nueve cuando detuve el camión frente a la casa de Mulholland. Apreté la señal.

Oí el ronroneo de la cámara de circuito cerrado, luego una voz:

—¿Quién es?

—El repartidor de flores.

Vi que la cámara se movía y examinaba el camión. Me di cuenta de que estaban leyendo el letrero de los paneles.

—Vale.

Las puertas se abrieron y subí el camión hasta la entrada de la casa. Me bajé, pasé a la parte posterior y abrí las puertas traseras. Los muchachos me miraron mientras cogía el gigantesco cesto de flores y subía hasta la puerta de entrada de la casa.

Antes de que tuviese ocasión de tocar el timbre, un individuo fornido abrió la puerta. Le entregué las flores. Las cogió automáticamente con ambas manos. Abrió la boca sorprendido cuando vio mi pistola.

—¡Ni una palabra! —dije en voz baja, apuntándole a la cara. Le empujé al interior de la casa. Unos instantes después estaban a mi lado los muchachos con palos de béisbol en las manos. El chicano me dio mi casco protector y me lo puse.

El otro estaba pálido de miedo. Supongo que la visión de todos nosotros con cascos protectores con los visores bajados no era muy tranquilizadora.

—Si dejas las flores y no haces ruido, no te pasará nada —dije.

Dejó las flores en el suelo.

—¿Dónde está el dormitorio del jefe? —pregunté.

—En el piso de arriba.

—De acuerdo. Ahora ponte con la cara pegada al suelo.

Se echó en el suelo y en unos segundos tenía las manos y los pies atados, y la boca tapada.

Me volví al chicano.

—Que uno espere aquí y que los otros me sigan.

Asintió y me lancé escaleras arriba, subiendo los escalones de dos en dos. En el piso de arriba solo había dos puertas. Abrí la primera. Era una combinación de oficina y estudio. Estaba vacía.

Le encontré en la habitación contigua. Estaba sentado en la cama, sorbiendo zumo de naranja por una paja que tenía introducida por una abertura de la cara, aún vendada.

—¿Qué demonios es esto? —masculló, extendiendo la mano hacia el timbre que había junto a él.

Le apunté con la pistola.

—Lo único que conseguirás, si pulsas ese timbre, será abrir las puertas del infierno.

Retiró la mano como si el timbre fuese una serpiente.

—¿Qué quieres? —me preguntó con voz temblorosa.

Sin contestarle, hice una seña al chicano. Los muchachos ya sabían lo que tenían que hacer. Uno entró en el baño. Los otros, salvo el chicano, se esparcieron por la casa. Un momento después oímos los ruidos de la destrucción.

Me acerqué a la cama, cogí el timbre de alarma y lo coloqué fuera de su alcance.

—Aquí no hay dinero ni alhajas —dijo.

—No es eso lo que buscamos.

—¿Qué buscáis entonces?

Vi las tijeras en la mesa junto a la cama. Le di la pistola al chicano.

—No dejes de apuntarle —dije, cogiendo las tijeras. Me incliné sobre él y empecé a cortarle las vendas de la cara.

—¿Qué haces? —su voz era casi un gemido.

—Solo quiero ver cómo te han dejado la cara, Kitty.

Por primera vez pareció darse cuenta de lo que pasaba.

—¿Tú?

Alcé el visor.

—Hola otra vez. ¿Sorprendido?

Me miró fijamente, incapaz de hablar.

Le había quitado ya todo el vendaje. Le miré la mandíbula.

—¿Qué pasaría si alguien decidiese ahora sacar esas grapas?

Se encogió aterrado. El chicano se volvió hacia mí cuando los muchachos empezaron a regresar a la habitación.

—Ya han terminado.

Tomé la pistola:

—Está bien. Dejadme a solas con él. Nos reuniremos abajo.

—¿Vas a liquidarle? —preguntó uno de los muchachos.

No contesté.

—¡Vamos! —dijo el chicano.

Esperé a que se fueran; entonces hablé:

—Esto fue solo para convencerte de que tengo amigos. Tienes hasta las seis de la tarde para comunicarme que has cancelado el contrato; después eres hombre muerto. Y si algo me sucediera antes, morirás también. Así que es mejor que empieces a rezar para que no me pase nada. —Alcé el arma y metí una bala en la cabecera de la cama por encima de su cabeza.

—¿Comprendido?

No tenía objeto esperar a que me contestara. Al apretar yo el gatillo se había desmayado. Salí de la habitación y me abrí paso entre el destrozo. No había quedado ni un solo mueble entero. Me siguieron al camión. En el camino hacia la ciudad, los muchachos no hablaban. Por fin, uno de ellos no pudo aguantar más y preguntó:

—¿Le mataste?

—No, pero le di un buen susto.

Guardó silencio un momento.

—Sabes —dijo luego—, nunca había visto una casa así. Era tan bonita que me fastidiaba tener que destruirla.

veintiséis

Me tumbé en el sofá de la oficina de Julio y no abrí los ojos hasta las dos y media de la tarde. Julio estaba sentado en su escritorio, mirándome. Me incorporé.

Se levantó en silencio y abrió un armario. De una cafetera eléctrica que había sobre una pequeña nevera, sirvió café en una taza y me lo trajo.

Bebí un sorbo de aquel líquido negro y ardiente y empecé a revivir.

—Gracias.

—De nada —dijo él, volviendo a su mesa—. Lonergan está volviendo la ciudad patas arriba buscándote.

—¿Qué quiere?

Se encogió de hombros.

—Quién sabe. Lonergan no habla.

Tomé otro trago de café.

—Creo que es hora de llamarle. ¿Te importa que use tu teléfono?

—Estás en tu casa.

La chica que contestó me dijo que no podía ponerse hasta que oyó mi nombre. Al cabo de unos segundos, estaba al teléfono.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—No en Hawai, desde luego. Me dijeron que andabas buscándome.

Su voz no cambió de tono.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué intentas hacer?

—Algo que aprendí en Vietnam: si das la vuelta y huyes del combate, lo único que consigues es una bala en la espalda.

—¿Por eso me pusiste en la lista anoche?

—Te dedicaste a vender el periódico en cuanto creíste que salía del país.

—Lo hice para salvarte la vida.

—No me interesaba el trato. Los explosivos y el rifle que me esperaban junto al apartamento de mi chica no me convencieron precisamente de que habían dejado de perseguirme.

Guardó silencio un momento.

—Eso no lo sabía.

—Estás fallando, tío John, yo creí que lo tuyo era saberlo todo.

—El marica canceló su contrato, pero aún siguen enfadados contigo en el Este y Ronzi dice que te destrozará personalmente cuando te vea.

—Puedes decirle a Ronzi que salió bien librado anoche. Si hubiese querido, habría podido volar todo el local. Tienen que proteger un negocio de un millón de dólares y si él y sus amigos quieren seguir jugando, les costará caro. Si echan cuentas, verán que no les merece la pena seguir por este camino.

—Pareces muy seguro —dijo Lonergan.

—Ellos están al descubierto, son fáciles de localizar. Yo soy el Vietcong. Puedo atacar y escapar antes de que sepan siquiera que estoy allí.

—¿Por qué estás tan seguro de poder librarte de esto?

—Aprendí algo en el tiempo que estuve en la misión del reverendo Sam. Las espadas de la justicia son poderosas. Yo estoy del lado de Dios.

—¿Te respalda la misión?

Me eché a reír.

—Sabes de sobra que no, tío John. Su lema es «Paz y amor».

—¿Qué acuerdo propones?

—Dile a Ronzi que aceptaré el último trato que me ofreció. Cien mil dólares y puede quedarse con el periódico y con todo lo demás. Yo me iré sin problemas.

—Lláname dentro de una hora.

Colgué el teléfono y miré a Julio.

—Tienes muchos cojones, teniente —dijo—. En cuanto salgas de aquí, serás hombre muerto.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—¿Cuándo vas a llamarle otra vez?

—Dentro de una hora.

—Hasta entonces.

Se abrió la puerta y entró un muchacho, con una gran bandeja cubierta. La colocó en la mesa y se fue.

Julio destapó la bandeja, que estaba llena de tortillas, enchiladas y cuencos de chile caliente de delicioso aroma.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Asentí; se me hacía la boca agua. Giró la bandeja hacia mí mientras yo acercaba una silla. A los condenados se les da siempre una magnífica comida.



—Ronzi dice que no hay trato a menos que os reunáis primero —dijo Lonergan.

Lo pensé un momento. Podía ser una trampa, sin embargo, no tenía otra elección. Julio había liquidado su deuda.

—De acuerdo —dije—. En la oficina del periódico a las diez en punto esta noche.

—Allí nos veremos, entonces —dijo y colgó.

Miré a Julio.

—Ahora me voy, gracias por todo.

Asintió sin un gesto.

—De acuerdo.

—Un favor más. Sigue protegiendo a Verita hasta que sepas algo de mí o sobre mí.

—Pensaba hacerlo.

Me dirigí a la puerta.

—Teniente —dijo.

Me volví y le miré.

—Debes hacer algo con ese pelo naranja. Me fastidia verte así. Todo el mundo cree que eres marica.

Me eché a reír.

—Ya me encargaré de eso.

Sonrió y se acercó a mí con la mano extendida:

—Buena suerte, teniente.

Su apretón fue firme.

—Gracias. La necesitaré.

—Si cambiases de idea cuando esto termine, yo tengo todo el dinero que necesitas.

—Lo recordaré, Julio. —Abrí la puerta.

—Vaya con Dios, teniente.



La calle estaba llena de gente de compras, mujeres con carritos cargados, arrastrando niños. Muy pronto me di cuenta de que todos se fijaban en mi cabello. Como si fuese la última novedad que se veía en la ciudad. Me fijé de pasada en un escaparate. Julio tenía razón. Mi cabello ya no era naranja; era color mandarina y parecía ridículo. Otro día con el pelo así podría convertirme en la reina de Los Ángeles.

Vi un salón de belleza unisex al otro lado de la calle y decidí entrar. El salón estaba dividido por la mitad con un panel, mujeres a un lado, hombres al otro. Un chico homosexual de chaqueta malva se acercó a mí.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—¿Puede devolver a mi pelo su color natural?

—¿Qué color es ese?

Abrí la camisa y le dejé ver el pelo de mi pecho. Su voz se elevó casi en un chillido:

—¡Es usted rubio natural! ¿Cómo pudo hacerse una cosa así?

—No fue fácil.

—Llevará un rato. Tendremos que lavarlo, prepararlo...

Le corté:

—Tengo tiempo.

Me condujo a un sillón. Metió los dedos en mi cabello para comprobar la textura.

—Vino usted en el momento justo —ceceó—. Tiene el cabello quemado. Se desmorona en mis manos. Unos días más y se le habría caído todo. Tendría que cortarlo mucho para poder trabajar realmente sobre el cuero cabelludo y darle a su cabello una oportunidad de respirar y crecer.

—Haga lo que tenga que hacer.

—Será caro.

—¿Cuánto?

—Treinta dólares.

—Vale.

—En metálico. No se admiten cheques.

Me eché a reír y saqué el dinero:

—¿Lo quiere por adelantado?

—No será necesario, supe que era usted de fiar en cuanto entró. No es usted como esos tipos de aquí abajo. —Sacó una sábana y empezó a envolverme en ella—. ¿Quiere también servicio de manicura?

—Todo.

El servicio completo duró tres horas. Eran las siete cuando me levanté del sillón y para entonces me había contado ya toda la historia de su vida. Su último novio acababa de dejarle por una loca rica de Santa Bárbara y él había quedado totalmente destrozado.

—Estuve al borde de la crisis nerviosa. —Y las tijeras *tip, tip*—. Puede creerme. Después de todo lo que hice por aquella perra. Cuando la conocí, no sabía siquiera qué tenedor había que utilizar para la ensalada —*tip, tip*—. Ahora está viviendo a lo grande. Reloj Cartier, anillos de diamantes y un descapotable Cadillac. Pero soy fuerte, no puede imaginarse lo fuerte que soy. Me tranquilicé y me dije: «Charles, esto es ridículo. Ella no es el único pez del mar. Encontrarás otro. Siempre lo has encontrado. Y siempre lo encontrarás». La muy perra nunca había querido trabajar, nunca. Yo soy un trabajador. Salgo y me rompo la espalda para ganar dinero, dinero, dinero. Y ella se dedica a tumbarse en casa, a ver la televisión y a tocarse el pito. Y sabía muy bien cuánto amaba yo aquel instrumento suyo kilométrico saliendo de entre sus piernas. Lo primero que hacía cuando yo llegaba a casa del trabajo, agotado, absolutamente agotado, era sacarlo y moverlo delante de mis narices y acto seguido yo estaba de rodillas adorando aquel chisme.

Pasó el peine por mi cabello y me dio una palmada suave:

—Así está bien. ¿Qué le parece?

Me miré en el espejo. No había llevado el cabello tan corto desde que salí del colegio. Pero el color se parecía mucho más al mío.

—Magnífico.

—Le hace más joven, ¿verdad?

Asentí.

—Debería utilizar acondicionador para el pelo, por lo menos dos veces a la semana, hasta que le crezca. Lo mejor sería que viniese por lo menos una vez a la semana para un tratamiento. Así el cabello crecerá de nuevo fuerte y sano.

—Está bien, de acuerdo.

Empezó a quitarme la toalla.

—Me alegro de poder librarme de ella. Estoy mucho mejor ahora, incluso ahorro

dinero. No supe lo que me costaba hasta que no se fue. Comía por seis.

Me levanté.

—¿Cuánto?

—Treinta por el pelo. Dos por el afeitado y dos por la manicura. Treinta y cuatro dólares.

Le di dos billetes de veinte.

—Quédate cinco tú y dale un dólar al chico de la manicura.

—Gracias. —Me siguió hasta la puerta—. La próxima vez llámeme antes de venir. Pregunte por Charles. Le reservaré hora.

—Así lo haré. Gracias, Charles.

—Si no tiene usted compromiso, quizá pudiésemos cenar juntos. Conozco un restaurante mexicano maravilloso aquí cerca.

Había tenido ya bastante con la comida.

—No me gusta mucho la comida mexicana —dije—. Además, tengo una cita a las diez.

—Tienen unos filetes magníficos, y el servicio es rápido. Además me gusta mucho hablar con usted.

Esto no me sorprendió, no paraba. No obstante, tenía que matar dos horas y media y sería mejor que andar dando vueltas solo.

—De acuerdo, pero solo si invito yo. Insisto.

No discutió este extremo.

La calle estaba desierta. Metí la llave en la cerradura y empecé a abrir. La luz de la noche arrojaba las sombras en diagonal de un alambre sobre la puerta de cristal. Instintivamente, se me pusieron de punta los pelos de la nuca.

Sin pensarlo, me aparté de un salto de la puerta y me eché al suelo en la acera; en el preciso momento en que toda la fachada se estremecía con un estruendo atronador.

Aún estaba tendido en la acera, con las manos en la nuca, cuando por el rabillo del ojo vi que el coche de Lonergan se acercaba a la esquina. Se abrió la puerta y me levanté.

Asomándose sin salir, dijo:

—¿Estás bien, Gareth?

Me volví y contemplé la fachada. Había desaparecido.

—Perfectamente.

—Supongo que no querrás estar aquí cuando venga la policía —dijo—. Entra.

Subí al coche y cerré la puerta. Se alejó de la acera y dobló la esquina.

Me recosté en el asiento y miré a Lonergan. Había una vaga sonrisa en sus labios.

—¿Qué te hace tanta gracia? —mascullé.

—Los niños no deberían intentar jugar a los juegos de los mayores.

—¡Podrían haberme matado! —dije enfurecido.

—No habrías sido tan listo como creías ser —dijo tranquilamente—. Aún tienes mucho que aprender. Le miré hoscamente.

Su voz adquirió un tono frío y áspero.

—¿Cuánto crees que habrías durado si yo no te hubiese protegido? Primero con el reverendo Sam, luego con Julio Vázquez. Dos minutos después de que tu chica le llamase, me llamó a mí. Si yo no hubiese dado el visto bueno, habrías servido de alimento a los lobos.

Le miré fijamente un instante. Luego asentí.

—De acuerdo, tío John. Discúlpame. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Eso está mejor, Gareth. —Sonrió y se retrepó en el asiento—. Primero vamos a ver a Ronzi y a deshacernos del periódico. En realidad, nunca me interesó gran cosa ese papelucho, pero sirvió para sacarte de las calles.

—¿Y qué voy a hacer luego, tío John?

Me miró fijamente a los ojos.

—Eso es cuestión exclusivamente tuya. De ahora en adelante, tendrás que arreglártelas por tu cuenta.

No contesté.

—Por supuesto, me gustaría mucho que vinieses a trabajar conmigo.

—No es mi juego, tío John —dije suavemente—. Tú mismo acabas de decírmelo.

Me miró pensativo:

—¿Sabes lo que te gustaría ser?

—Sí, tío John. Creo que lo sé.

Libro Segundo
HACIA ARRIBA

El piloto hizo descender el Lear a tres mil pies e hizo un largo giro para que pudiésemos ver toda la costa de Mazatlán. El agua verdeazulada del Pacífico se derramaba sobre las resplandecientes playas de arena blanca.

Murtagh se inclinó por encima de la mesa, tocando con el dedo la ventanilla.

—Estamos en este momento encima del lugar, señor Brendan.

Seguí la dirección de su dedo. Al principio, solo vi selva verde. Luego, de pronto, distinguí una pista de aterrizaje, un corte estrecho y limpio entre los árboles, y más allá el hotel.

A primera vista, la estructura de hormigón y metal de once plantas parecía fuera de lugar en aquel paisaje indómito. Pero cuando vi los techos de bardas de los chalés con sus piscinas individuales, las pistas de tenis y los campos de golf, la piscina olímpica y las cabañas de la playa y el puerto con los botes de pesca anclados uno junto al otro como gaviotas cabalgando las olas, comprendí que el hotel formaba parte de un mundo independiente.

—¿Dónde está el casino? —pregunté.

—Junto a la entrada del hotel —contestó Murtagh—. Exactamente igual que en Las Vegas.

El hotel quedó atrás. Pudimos ver a lo lejos las casas de Puerto Vallarta y, detrás de nosotros, la masa arenosa y lisa de La Paz. Se completó el giro y el piloto empezó a descender hacia la pista de aterrizaje. Sentí el temblequeo de las ruedas de aterrizaje antes de tomar tierra. Aterrizamos enseguida. El piloto accionó los frenos; sentimos la presión de los cinturones un momento, y luego el aparato rodó suavemente hacia el pequeño edificio.

Lonergan iba sentado junto a mí, imperturbable. Al otro lado de la cabina, Verita y Bobby se desabrochaban los cinturones. Tras ellos charlaban las cuatro modelos de Bobby y sus dos ayudantes empezaban a recoger su equipo.

Bobby se levantó de su asiento:

—Si nos damos prisa, podremos hacer por lo menos una toma antes de que anochezca. Con la puesta de sol en la playa, podemos conseguir unas fotos magníficas.

—Estaremos preparados —contestó uno de los ayudantes.

Bobby se volvió a mí:

—¿Qué planes tienes tú?

—Tengo varias entrevistas. Tú haz lo tuyo. Nos reuniremos para cenar.

Estaban fuera del avión y camino de la playa antes de que Murtagh acabase de presentarnos a los funcionarios que venían para recibirnos. Eran seis, entre ellos el alcalde de la ciudad. Todos eran bajos salvo uno. Este, medía aproximadamente uno

ochenta, era rubio, de ojos azules, cara bronceada y dientes blancos resplandecientes. Se llamaba Dieter von Halsbach. Había nacido en México como los otros, pero sus padres, de origen alemán, habían emigrado después de la guerra.

Él era el jefe. Y en cuanto nos dimos la mano, supe otra cosa de él que no había leído en los informes. Era marica.

Lonergan y yo seguimos a Dieter al interior de la limusina Cadillac blanca. Verita, Murtagh y los demás nos siguieron en otro coche.

—He reservado tres chalés para usted, señor Brendan —dijo Dieter.

—Gracias —dije yo.

No tenía por qué haberse tomado la molestia. Por lo que me habían dicho, debíamos ser los únicos huéspedes. Contemplé por la ventanilla los cuidados jardines por los que pasábamos, ya cerca del hotel.

—Un trabajo magnífico —dije.

—No hemos escatimado gastos. Mi padre y yo somos partidarios de hacer las cosas bien.

Miré a Lonergan. No había modo de saber si estaba impresionado. El coche pasó ante la entrada del hotel y descendió por una carretera lateral hacia la playa, deteniéndose frente a un chalé.

Seguimos a Dieter y cruzamos las verjas de hierro forjado hasta el patio y la piscina quedaría frente al chalé. Árboles frutales cargados de naranjas y limas esparcían su perfume por el cálido aire marino. Un mayordomo de librea y una doncella uniformada nos abrieron la puerta.

En el salón ya habían instalado un bar.

—Pónganse cómodos, caballeros —dijo Dieter—. Pensamos que estarían fatigados del viaje, y que quizá desearan descansar. Podemos vernos para cenar a las diez.

Le vimos alejarse en la limusina. Los criados se ocuparon de nuestro equipaje. Me volví a Lonergan.

—¿Qué piensas?

—Dieciocho millones es demasiado —dijo con voz suave.

—Han invertido treinta millones en todo esto.

—Mala suerte. Me pareció curioso que no nos llevaran al hotel. Probablemente no querían que les viésemos engañar a los incautos en el vestíbulo.

Me eché a reír.

—Tío John, estoy empezando a pensar que eres un hombre muy suspicaz.

—Gastaron seis millones en su primer año de actividad. Cuatro millones el año pasado. Eso hacen diez millones y solo llevan dos años funcionando.

—Enfocaron mal el asunto. Intentaron convertir esto en un paraíso de la alta sociedad. Pero la alta sociedad no bajó hasta aquí.

Se permitió una desmayada sonrisa.

—¿Crees que tú puedes hacerlo mejor?

—Si no lo creyese no estaría aquí.

—Aun así, dieciocho millones es demasiado.

—No será dinero perdido.

—Creo que estamos precipitándonos. Aún no hemos empezado a examinar todo esto.

Me acerqué al bar:

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias. Creo que seguiré el ejemplo del joven. Voy a echarme y a descansar un poco.

Lonergan se fue a su habitación y yo me preparé un whisky con hielo. Contemplé la playa por el ventanal. La arena era blanca, el agua azul y tentadora. Salí hasta el borde de la playa y me quedé allí bebiendo. El agua tenía un aspecto magnífico. Examiné la playa. No se veía a nadie. Dejé el vaso, me quité la ropa y me metí en el agua desnudo.

El agua era tan suave y cálida como parecía. Nadé un buen rato y luego me volví a mirar la costa. Pude ver toda la playa hasta más allá del hotel, donde la costa hacía un giro.

Unos quinientos metros playa abajo vi a Bobby y a su grupo preparándose para las fotos. Ya estaban colocados los grandes reflectores plateados y mientras observaba empezaron a abrir los filtros parasoles. No perdían el tiempo. Cuando Bobby había dicho que conseguiría hacer su primera toma antes de la noche, hablaba en serio.

Me volví, metí la cabeza en el agua y empecé a nadar otra vez hacia la costa, lenta y suavemente. Sentía el calor del sol en la espalda y estaba satisfecho. No había duda, aquello valía. Era la buena vida. Lo único que ellos no comprendían era que tenían que ponerlo al alcance de todo el mundo, no solo de unos cuantos elegidos.

Cuando salí del agua, había una chica junto a mi ropa, con una gran toalla de baño extendida en las manos. Me coloqué silenciosamente junto a la toalla y dejé que me cubriera con ella.

—Soy Marissa —dijo—. El conde Dieter me encargó que fuese tu traductora.

Su largo cabello negro, sus ojos oscuros y sus altos pómulos contradecían su nombre. Y lo mismo la blusa suelta y su suave falda mexicana.

—Ese no es un nombre mexicano —dije.

Sonrió, mostrando unos dientes blancos y regulares:

—Mi madre es mexicana y mi padre austríaco.

Era el nombre de su madre.

—¿Eres pariente de Dieter?

—Somos primos. —Recogió mi ropa de la arena—. ¿Volvemos al chalé? Los criados no hablan inglés. Si quieres algo yo se lo diré con mucho gusto.

—Está bien —dije, cruzando la playa.

Al llegar a la entrada, me volví y tomé la ropa que llevaba ella:

—No necesito traductor, mi ayudante ejecutivo habla español.

Vaciló un momento, luego asintió. Había desilusión en su voz:

—Como quieras. Pero si deseas alguna otra cosa, estoy a tu disposición. Puedes localizarme en la oficina de relaciones con los huéspedes del hotel.

—Gracias.

—Hay algo que el conde Dieter quiere que te enseñe. ¿Puedo?

Asentí y la seguí al interior. Flotaba un vago aroma a verbena. Se inclinó sobre la mesa de café, apretó un botoncito a un lado y se abrió un cajón. Miré por encima de su hombro.

Había de todo allí. Una caja de cigarrillos de madera con porros liados a máquina, con su filtro correspondiente, un tarro de plástico de cocaína, con cuatro cucharillas mexicanas de plata y otra caja de hierbas prensadas.

—¿Mescalina? —pregunté.

Asintió.

—Gracias.

Cerró el cajón.

—¿Puedo irme ya?

Sonreí.

—¿Estarás en la cena?

—Si quieres que esté.

—Creo que sería agradable.

—Allí nos veremos entonces.

Cuando se fue, abrí el cajón y saqué un porro.

Luego, entré en el baño y llené la bañera de agua caliente. Fumé el porro sumergido en el agua. Fue una delicia. Después eché una siesta.

veintiocho

Me despertó el teléfono. Era Bobby.

—¿Puedo verte un momento? Se me ha ocurrido una gran idea.

—Baja hasta aquí —dije.

Me levanté de la cama y me puse un albornoz. El salón estaba vacío y la puerta de la habitación de Lonergan abierta. Miré. No estaba. Aún era de día, aunque pasaba de las ocho.

Entró un criado, la blanca dentadura resplandeciente:

—¿Sí, señor?

—Whisky con hielo —probé.

Asintió y pasó detrás de la barra. Vi cómo preparaba la bebida.

Al menos aquellas palabras inglesas las conocía. Ya con el vaso, salí al patio. Aunque el sol había desaparecido, el aire aún era cálido.

Me sentía bien. Muy relajado, tranquilo. Aquel sitio tenía algo especial. No era como Los Ángeles, donde todo atruena en los oídos, era realmente algo apartado del mundo.

Bobby cruzó las verjas de hierro forjado.

—Aquí saben hacer las cosas, no hay duda —dijo—. Tenemos chalés independientes. Mis muchachos y yo en uno. Las chicas en el de al lado.

—¿Cómo fue la sesión?

—Muy bien. Conseguí unas cuantas tomas magníficas, pero las chicas no estaban preparadas.

—¿Qué fue lo que falló?

—Fue culpa mía. Me olvidé de prepararlas.

Me eché a reír.

—Era lógico pensar que fuese lo primero que harían —dijo con voz dolida—. Saben que vienen aquí a enseñar carne. Lo natural sería que se hubiesen hecho un pequeño arreglo. Salvo la rubia, es como intentar fotografiar a través de un bosque.

—¿Y qué estás haciendo para resolverlo?

—Las envié al peluquero de pubis. Estarán listas mañana.

—Eso espero —dije. El peluquero de pubis era uno de los ayudantes de Bobby. Su trabajo era arreglar el vello y hacer el maquillaje para las sesiones fotográficas.

—Mejor que lo haga bien —dijo con voz lúgubre Bobby—. Le dije que si lo estropeaba le mataría.

—¿Cuál es tu gran idea? —pregunté.

—Me gustaría traer aquí a King Dong para unas escenas de selva con algunas de las chicas. Pienso en una escena en la que las chicas vestidas de cazadores blancos caen sobre él, que solo llevará un taparrabo con el chisme colgando por debajo. Ellas

se calientan e intentan civilizarle. Pero él las utiliza y se convierte en el chulo número uno de la ciudad.

—Es una idea divertida —dije—, pero no será fácil de realizar. Se organizó un escándalo la última vez que le utilizamos para sacar fotos.

—Eran tipos celosos de sus atributos. Pero se vendieron cien mil ejemplares más y sigue siendo el número más vendido hasta ahora.

—Al parecer, lo están comprando todos los maricas.

—Seguro que sí, pero también muchas mujeres. Las he visto poner los ojos en blanco y acabar en cuanto sacaba el instrumento. Hasta las modelos más duras de roer se ponen calientes por muchas fotografías porno que hayan hecho.

—No sé. Hay que tener en cuenta además la mierda racista. Los negros dicen que estamos desprestigiándoles jugando con el viejo miedo. Los carcas blancos que estamos ofendiendo a las mujeres blancas.

—Déjame a mí prepararlo todo. Siempre puedes tomar una decisión cuando tengamos las fotos.

—De acuerdo —dije, riéndome—. Sería muy divertido. Cuando vayas a hacerlo, avísame. Me gustaría ver lo que pasa.

—Tenemos que enfrentarnos con un complejo de inferioridad. Es lo más parecido a un toro que conozco. Treinta centímetros de longitud y en nuestra última sesión tuvo seis orgasmos en cuatro horas.

—Llevaré el impermeable —dije.

—¿A qué hora es la cena? —preguntó.

—A las diez.

—Me daré una ducha y me cambiaré.

—No hay prisa —dije; volví a entrar en el chalé, cogí un porro del cajón y se lo di—. Esta mierda es dinamita. Deja la ducha y fúmate esto en la bañera. Es una maravilla.

Aceptó el porro y lo olió.

—Gracias. Llamaré primero a la oficina para asegurarme de que le mandan en el primer vuelo de la mañana.

Lonergan y Verita llegaron a los pocos minutos de irse él.

—¿Queréis beber algo? —pregunté cuando apareció el mayordomo.

—Martini seco —dijo Lonergan.

—Tequila —pidió Verita.

La miré.

—Creí que bebías whisky.

—Estamos en México —sonrió—. Estoy en casa.

El mayordomo trajo las bebidas y desapareció.

Lonergan se sentó frente a mí; Verita en el sofá de al lado.

—Acabamos de dar una vuelta por ahí —dijo Lonergan.

—¿Qué te parece?

—Han invertido bien el dinero, no hay duda —contestó—. Pero Verita me contó algo interesante que creo debes saber.

Me volví hacia ella:

—¿Sí?

—Estuve toda la tarde hablando con el personal. Se enteró una de muchas cosas así. Ellos saben cosas que los propietarios desconocen.

Asentí.

—Es curioso lo que piensan sobre el poco éxito del lugar.

—Habla, me interesa.

—Los maricas espantaron a la gente.

—No comprendo.

—Dieter trajo aquí su grupo internacional. Realmente se apoderaron de esto. Hasta tal punto que cuando les dije que se fueran, se enfadaron y tuvieron una gran discusión en el hotel. Y ya conoces a esa gente. Son prácticamente los que controlan la alta sociedad. Si ellos aprueban, toda la alta sociedad lo acepta, como pasa en Capri, en Acapulco, en el sur de Francia. Si ellos dicen que está de moda, no hay nada que hacer. Como la propiedad de Patiño en la costa y en Porto Cervo, la residencia del Aga Kan en Cerdeña.

—No tiene sentido —dijo—. ¿Por qué habría de enfrentarse Dieter a ellos? Después de todo, eran sus amigos.

—Una de las explicaciones es que un homosexual rico le robó a su amante y que esto le enfureció. —Lamió un poco de sal del dorso de la mano y bebió un sorbo de tequila—. Otra historia es que su padre le obligó a expulsarle. Quiere que Dieter se case y se transmita así el nombre de la familia. Ya tiene escogida a la chica, una prima segunda, me parece.

—¿No se llamará Marissa?

Verita asintió:

—Ese fue el nombre que mencionaron. Trabaja en la oficina. ¿La conoces?

—Sí. Dieter le asignó la tarea de ser mi traductora. Le dije que estabas tú conmigo y que no la necesitaría. Pero le pedí que nos acompañase en la cena.

—Creí que estabas durmiendo —dijo Lonergan.

Solté una carcajada.

—Eso fue antes de que echara una siesta. Fui a darme un chapuzón y cuando salí del agua me la encontré allí.

—Nunca conseguirán que vuelva la gente de dinero —dijo Lonergan.

—Eso está bien —contesté—. Porque significa que Von Halsbach no tendrá ningún otro sitio al que acudir. Seremos la única posibilidad, y si nos vamos, estarán perdidos. —Fui hasta el bar y volví a llenar mi vaso—. Lo que iba a ofrecerles se reducirá en un cincuenta por ciento.

—¿Vas a ofrecerles nueve millones?

—No, eso es la mitad de lo que ellos pedían. Yo iba a ofrecerles doce. Ahora

serán seis.

—Hay otra cosa que creo que debes saber —dijo Lonergan.

—¿De qué se trata?

—Acaban de decírmelo de mi oficina. Al parecer, Julio tiene gran parte de las acciones de esto.

—¿Hay pruebas?

Se encogió de hombros:

—Esta pista de aterrizaje está muy cerca de Culiacán.

Sabía lo que quería decir. Culiacán era el centro mexicano de la droga. Casi todos los envíos de droga que llegaban a Estados Unidos procedentes de México partían de allí o se transbordaban allí.

—¿Hay posibilidad de que nuestros anfitriones estén metidos en el asunto?

—No tengo ningún medio de saberlo.

Eché un trago y miré a Verita:

—¿Vas a mirar mañana los libros?

—Murtagh dijo que todo estaría dispuesto mañana para mí.

—De acuerdo. Mantén bien abiertos los ojos y los oídos. Si hay algo que resulte raro, por muy insignificante que pueda parecer, dímelo.



Cuando subimos al edificio principal, Dieter y su padre estaban esperando en el bar. Delgado y un poco más bajo que su hijo, el conde debía de tener sesenta y pocos años; de cabello gris acero cortado a cepillo y ojos de un azul duro y agudo, lucía la cicatriz de un duelo en la mejilla izquierda. Si hubiese llevado monóculo, habría parecido directamente arrancado de una de las películas de la década de 1940 de la Warner Brothers.

—Estaba deseando conocerle, señor Brendan —dijo, en un suave inglés Mayfair—. He oído hablar mucho de usted.

—Espero que bien.

Sonrió:

—Por supuesto. Aquí no escuchamos más que cosas buenas de la gente.

—Es el único modo de vivir —dije; no pareció captar mi observación—. Gracias por los alojamientos. Son magníficos.

—Gracias a ustedes. Lo único que espero es que puedan pasar el suficiente tiempo con nosotros para disfrutarlos.

—Lo intentaré.

Le brillaron los ojos cuando se acercó a nosotros Marissa. La chica de aspecto indio que yo había conocido aquella tarde había desaparecido. En su lugar, apareció una dama alta y aristocrática con un vestido blanco largo y suelto que contrastaba con la tostada piel y el cabello negro que le llegaba por debajo de los hombros. Le besó en la mejilla:

—Mi sobrina, la baronesa Marissa —dijo, orgulloso.

—Ya nos hemos conocido —le informó ella, extendiendo la mano hacia mí—. Señor Brendan.

—Baronesa —dije sonriendo.

Apartó la mano y se volvió a los otros. Unos minutos después, seguimos al conde hasta el patio, donde estaba dispuesta la mesa bajo un gran árbol. Marissa se sentó entre el conde y yo, y no pude determinar si el perfume que olía procedía de ella o del aromático ambiente del jardín.

La cena fue europea, muy protocolaria y muy aburrida. Se dijeron todas las cosas convencionales, es decir, nada. En contraste con nuestra mesa, Bobby, las modelos y sus ayudantes celebraban una fiesta. Pude darme cuenta, por las risas y el bullicio, de que habían conseguido dar con nuestra fuente de suministros. Estaban todos cargados.

Lonergan y el viejo conde parecieron hallar un terreno común. Quizá fuese la edad, pero mi tío parecía disfrutar sinceramente de la cena y de las historias que explicaba el conde. Yo me aburrí tanto que llegó un momento en que no pude soportarlo más y, pretextando jaqueca, me retiré al chalé.

Lo primero que hice fue encender un porro. Luego, me senté en el patio y contemplé el cielo nocturno. En mi vida había visto tantas estrellas. Me pregunté si alguien allá arriba en aquella noche sin límites estaría fumándose un porro como yo y pensando lo mismo.

Oí rechinar la puerta de hierro forjado. El vestido blanco de Marissa flotó en la oscuridad como una blanda nube.

—Vine a ver cómo estabas.

—No sabía que fueses baronesa.

—En realidad, no lo soy. Pero a mi tío le gusta mucho presentarme como baronesa.

—Toma, da una calada —dije, ofreciéndole el porro.

—No, gracias. Eso me vuelve loca.

Me eché a reír:

—Si tuviese que quedarme aquí, me volvería loco sin esto.

—Mi tío es muy anticuado.

—¿Cómo demonios se metió en esto? No parece corresponder en absoluto a su mentalidad.

—Pensó que tenía que hacer algo. Es el propietario de todo el terreno. Y el Gobierno no hacía más que quejarse y decir que si no hacía algo dividiría sus propiedades y las distribuiría entre los campesinos.

—Ese no es motivo para gastar treinta millones de dólares.

—Él puso el terreno y unos seis millones. El Gobierno puso diez, y el resto lo aportaron inversores particulares.

—¿Quiénes son?

—No sé.

—¿Son mexicanos o extranjeros?

—No sé.

—Hubiese sido mejor traer gente de Las Vegas.

No contestó.

Di otra calada e indiqué la silla que había a mi lado.

—Ven, siéntate.

No se movió.

—¿Viniste aquí por voluntad propia o te envió Dieter?

Vaciló un momento.

—Me envió Dieter.

—¿Te dijo también, por casualidad, que hacer el amor conmigo era parte de tu trabajo?

No contestó.

—¿Qué pasará si no llegan a un acuerdo conmigo?

—El Gobierno ha amenazado con expropiar. Lo perderán todo.

—Treinta millones de dólares es una cantidad muy respetable. No me parece justo.

Se llevó las manos a la nuca, bajo su largo cabello negro. Cuando volvió a bajarlas, el vestido cayó de su cuerpo. Salió de él y quedó desnuda frente a mí. Supe entonces de dónde procedía el perfume que había oído en el jardín.

La contemplé sin moverme.

—Eres muy hermosa —dije. Y lo era.

—¿Qué quieres que haga?

Me incliné, recogí el vestido del suelo y se lo di:

—Podrías buscarme dos aspirinas. De verdad que me duele la cabeza.

Cogió el vestido que le ofrecía y lo sujetó sobre los pechos. Luego dijo, desconcertada:

—Entonces no quieres...

Me eché a reír.

—Claro que quiero. Pero sería como aceptar dinero por una promesa falsa. Aún no he tomado una decisión sobre la compra. Por lo tanto, si nos acostásemos y yo no comprase, habrías desperdiciado un polvo.

Por primera vez, se echó a reír. Volvió a dejar caer el vestido.

—¿Qué significa un polvo entre amigos? —preguntó.

A las ocho de la mañana, sonó el teléfono. Descolgué.

A través de la puerta que llevaba al baño, pude ver la sombra de Marissa en el panel de cristal de la ducha y oír el chapoteo del agua.

—¿Sí? —gruñí.

—Da la sensación de que has pasado una gran noche —dijo Eileen.

—Sí, ¿qué pasa?

—Quiero que sepas que mientras tú estás ahí abajo pasándolo en grande, hay gente de la organización que se dedica a trabajar.

—Tenemos que acabar con eso. Está arruinando nuestra imagen. Todo el mundo piensa que nos dedicamos solo a divertirnos.

—Iré en el próximo avión —dijo ella con aire zumbón—. Pero antes quiero comunicarte algunas buenas noticias.

—Dime.

—Tenemos las cifras de circulación de enero y febrero. Hemos batido la marca de los tres millones y medio.

—¿De veras?

—Eso no es todo. *Lifestyle Digest* alcanzó el millón. ¿Qué te parece?

—¿Qué es lo que estáis haciendo mal?

—No sé, pero será mejor que nos aseguremos para seguir haciéndolo.

Me eché a reír.

—¿Cómo van ahí las cosas? —preguntó Eileen.

—Aún no lo sé. Verita revisará hoy los libros y yo haré una gira de observación.

—No entiendo por qué os proponéis adquirir un complejo residencial. Las dos revistas están dando mucho dinero.

—Recuerdo que cuando me metí en lo de los clubes la gente decía también eso. Y ahora, solo el club de Londres está dando seis millones al año.

—Eso es por el juego. Nueva York, Chicago y Los Ángeles apenas cubren gastos.

—Los necesitamos para nuestra imagen. Habrá juego en Atlantic City y este sitio tendrá licencia de juego.

—Si eso es lo que quieres, ¿por qué no te metes en Las Vegas?

—Estoy esperando una oportunidad. La agencia de viajes y giras organizadas está trabajando mucho. Puedo llenar este lugar solo con nuestra agencia.

—¿Y cómo vas a llevar a la gente ahí con solo dos vuelos comerciales al día?

—Organizaré un servicio chárter desde Los Ángeles. Además, Princess Lines hará una parada aquí en su recorrido.

—Súmalo todo y verás que es una insignificancia comparado con lo que dan las revistas. Están dando un neto de casi tres millones al mes.

—Eileen. Qué lenguaje es ese.

—Hablo en serio. ¿Por qué?

Lo pensé un momento:

—Es la acción.

—No creo que sea eso —dijo ella—. Quizá algún día, cuando tengas tiempo, podamos hablarlo —su voz se suavizó—: Te echo de menos.

Se cortó la comunicación antes de que pudiese contestar. Eileen sabía hacer las cosas, sabía exactamente cómo dar en el clavo. No había ahogo ni presión. Dejaba que todo sucediese a su tiempo, y el tiempo estaba de su parte. Los dos lo sabíamos. Tarde o temprano yo estaría allí.

Marissa salió del baño, envuelta en un gran pareo de felpa gruesa.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Dormiste bien?

—Creo que sí.

—Eso está bien.

Se acercó al armario y abrió el pequeño bolso que había traído. Un momento después llevaba puesto un pequeño bikini. Vio que la observaba en el espejo.

—Sería absurdo que apareciese en el hotel con el traje de noche.

Asentí.

—¿Quieres que te traiga algo? —dijo Marissa.

Un poco de café.

—Ahora mismo. —Apretó un timbre que había junto a la puerta—. ¿Algo más?

Me levanté de la cama y me dirigí al baño. Ya en la puerta me volví y la miré:

—No seas tan protocolaria, baronesa. Creí que nuestra relación era de amistad. Me fastidiaría muchísimo que solo estuvieses haciendo un trabajo.

Cuando salí del baño, vi que estaba dispuesta en la terraza, tras las puertas correderas de cristal, una mesita con mantel y servilletas de lino amarillo y una rosa amarilla en un jarrón de plata. El desayuno era a la europea: zumo de naranja, café, pastas y cruasanes.

Marissa oyó mis pisadas y se apartó de la baranda, donde estaba apoyada contemplando el mar.

—Te debo una disculpa —dijo.

—No te preocupes.

—De veras. No pretendía ser tan fría. Es solo que... No había hecho nunca una cosa así. Me sentía desconcertada, no sabía qué decir.

—Has dicho lo correcto. Siempre que sigamos siendo amigos.

Sonrió.

—Somos amigos. ¿Café?

—Solo, por favor.

Cogí la taza que me ofrecía. El café era espeso y fuerte.

—¿Qué programa tenemos para hoy?

—Dieter estará esperando a las diez en el edificio principal para enseñarte todo esto.

—¿Vendrás con nosotros?

—No creo, tengo que trabajar. Pero habrá un cóctel en vuestro honor esta tarde a las siete. Vendrán a conoceros todas las autoridades locales. Yo estaré allí.

—¿Y la cena?

—Iré si quieres.

—Quiero —dije—. Y esta vez trae otra cosa para volver al hotel por la mañana. Creo que es tan absurdo aparecer en la oficina en bikini como en traje de noche.



La gira se prolongó hasta el mediodía. Hacía tanto calor a esa hora que ni siquiera la brisa del océano que penetraba en el Jeep abierto de techo de lona significaba un alivio. Conducía Dieter y yo iba a su lado, Lonergan iba detrás. Le miré varias veces. No manifestaba signo alguno de incomodidad, pese a ser el único que llevaba traje y corbata. Aun así, percibí que se alegró de llegar al aire acondicionado del hotel.

Nos dirigimos al bar. Lonergan pidió su martini seco de siempre. Yo preferí tónica con ginebra y Dieter tomó tequila. Habíamos recorrido dos campos de golf —uno de dieciocho agujeros y otro de nueve—, dos pistas de tenis, un establo para cuarenta caballos y diecisiete chalés. Solo nos quedaba por ver el edificio principal.

—Este edificio tiene ciento ochenta *suites* —dijo Dieter—. Todas con dormitorio, salón, bar-cocina y dos baños. Se proyectaron con todas las comodidades imaginables. A una media de doscientos dólares al día por *suite*, calculamos que cubriríamos con una ocupación del cuarenta por ciento.

Lonergan asintió, con un gesto:

—Según sus cifras, la media nunca ha sido superior al quince.

—En realidad —dijo Dieter—, la media ha sido inferior.

—¿Cuál es la capacidad? —pregunté.

—A dos personas por *suite* y cuatro por chalé, cuatrocientas veintiocho personas.

—Entonces, a una media de cien dólares diarios por persona, calculan cubrir con dieciséis mil diarios... Dieter asintió.

—Eso incluiría todas las comidas.

—¿Y sin incluir las comidas?

—Diez mil, pero hay que darles un desayuno a la europea. Forma parte de nuestro acuerdo con el Gobierno. Eso está incluido en los diez mil.

—¿Pueden transformarse las *suites* en habitaciones dobles individuales?

—Sí. Pensamos en la posibilidad de hacerlo, pero no estábamos en situación de invertir otro millón de dólares en la reforma.

—Comprendo. —Hice una seña al camarero para que me sirviese otro trago—. ¿Por qué cree usted que el hotel no tuvo éxito?

—Hay dos razones —dijo rápidamente Dieter—. La primera, que las compañías aéreas no mantuvieron su promesa de aumentar el número de vuelos hasta aquí. La segunda, que el Gobierno no nos deja abrir el casino hasta después de las elecciones, pese a habernos dado la licencia de juego hace un año.

—¿Y por qué están tan seguros de que darán el permiso ahora?

—No quieren que cerremos. Han invertido demasiado dinero.

—¿Tienen ustedes un compromiso por escrito?

Sonrió:

—Estamos en México, aquí nunca se escribe nada. Y aunque se escribiera, no significaría nada.

—¿Seguirían reteniendo el permiso?

—Todo es posible, aunque lo dudo. Pero podrá usted juzgar por sí mismo. El gobernador del estado asistirá al cóctel de esta tarde. Y también el jefe del Departamento del Tesoro de Ciudad de México. Ellos son los que deciden.

Sonó el teléfono del fondo del bar. El camarero hizo una seña a Dieter:

—Para usted, excelencia.

Dieter cogió el teléfono, dijo unas palabras y colgó:

—El avión oficial de Ciudad de México está aterrizando y debo ir a recibirles. ¿Me disculpan ustedes, caballeros?

—Por supuesto —dije.

—He reservado una mesa en el jardín para la comida.

—Gracias.

Me miró:

—La baronesa estará aquí dentro de un momento para acompañarle y atenderle.

—Gracias otra vez.

—No me gusta esto. Hay algo que no funciona bien —dijo Lonergan cuando se hubo marchado.

—Explícate.

—No creo que permitan el juego. Si fuese algo seguro, los muchachos aparecerían aquí inmediatamente ofreciendo más dinero del que podríamos ofrecer nosotros.

—Quizá tengas razón. Pero dejemos rodar las cosas. Mañana sabremos más que hoy. —Vi a Marissa entrar en el bar—. Ahora vamos a comer.

La comida fue tan magnífica como la cena de la noche anterior. Hubo pescado, recién sacado del agua frente al hotel, un delicioso Montrachet, que no significó nada para mí pero que mi tío saboreó encantado, seguido de helado de lima y café. La suave brisa que soplabá entre las palmeras que nos daban sombra, impedía que el calor molestase demasiado.

Cuando acabamos, Marissa se levantó:

—Tengo que hacer unas cosas en la oficina. ¿Me necesitan para algo esta tarde?

Miré a mi tío. Negó con un gesto:

—No, gracias. Creo que volveremos a nuestro chalé a descansar hasta la hora del cóctel.

—De acuerdo. Pero si desean algo, ya saben dónde pueden localizarme.

Nos levantamos para despedirla. Mi tío la observó aprobatoriamente mientras se alejaba:

—Una mujer magnífica —dijo—. De gran clase.

Le miré incrédulo. Quizá fuese el sol, pero me pareció que se sonrojaba. Cambió rápidamente de tema:

—¿Volvemos paseando por la playa?

—De acuerdo.

Cuando llegamos al borde de las olas, mi tío se inclinó de pronto, se quitó zapatos y calcetines y se arremangó las perneras de los pantalones. Con los zapatos en la mano, entró cautelosamente en el agua. Luego, se volvió y me miró.

—¿Te importa?

—En absoluto.

Era como un niño, pateando el agua y eludiendo las olas cuando amenazaban con cubrirle las piernas. Sonreía vagamente y había en su mirada un brillo extraño y distante.

—Siempre, desde niño, quise hacer esto.

—Pero nunca...

—No —dijo rápidamente—. Empecé a trabajar a los once años. Tu madre era una niña, tu abuelo había muerto y tu abuela lavaba ropa para mantener a la familia.

—¿Y qué hacías?

—Conseguí un trabajo consistente en barrer y limpiar las escupideras en el Saloon Clancy frente a la estación ferroviaria de Los Ángeles.

No hice ningún comentario. Nunca me habían contado aquello. Nadie de mi familia me había explicado nunca cuáles habían sido sus comienzos.

—Tu abuelo y Clancy habían trabajado juntos en el ferrocarril. Por eso conseguí aquel trabajo. —Se detuvo y contempló el mar—. Aún recuerdo cuando veía el tren

carguero de la Union Pacific bajar por el centro del Bulevar Santa Mónica y corría siguiendo la vía, y haciendo señas a mi padre y a Clancy que iban en la gran locomotora de vapor.

—Estamos muy lejos del Bulevar Santa Mónica ahora.

—Sí, los dos lo estamos. Recuerdo también que tú empezaste allí.

Asentí. Me resultaba difícil creer que solo habían transcurrido cinco años desde aquel día en que en la oficina del Bulevar Santa Mónica veía a Persky dirigir a los hombres del traslado que sacaban los últimos muebles de la oficina del *Hollywood Express*.



Persky desvió la vista, procurando no mirarme. La oficina estaba vacía, solo quedaban papeles y desperdicios en el suelo.

—Creo que esto ha terminado.

Salió seguido por los hombres del traslado. Fuera, en la calle, el carpintero terminaba de colocar las tablas de cierre. Comprobó la puerta para ver si funcionaba y luego se volvió a mí:

—Son cien billetes —dijo.

Hice un gesto a Verita, que estaba a mi lado:

—Dale un cheque.

—Nada de cheques. En metálico.

Por un instante, me sentí irritado; luego comprendí que era una tontería. Si estuviese en su lugar y viese desaparecer todos los muebles, pensaría lo mismo. Metí la mano en el bolsillo y saqué un fajo. Le pagué con un billete de cien dólares.

—Gracias —dijo, evidentemente impresionado—. Si necesita algo más, llámeme.

Cerré la puerta cuando se fue y me volví a Verita.

—Debí suponer que era demasiado bueno para que durase.

—Podría haber sido peor. Podrías estar muerto. Pero no lo estás. Podrías estar arruinado. Y no lo estás. Con los veinticinco mil dólares que le sacaste a Ronzi, tienes ochenta y un mil en el banco.

—Veremos lo que queda después de pagar las facturas.

Subimos al piso de arriba y nos sentamos a la mesa de la cocina, donde ella había colocado los libros de contabilidad.

—Veamos primero las grandes —dije—. ¿Cuánto queda del adelanto del reverendo Sam?

Pasó las páginas.

—Te dio cuarenta mil. Publicaste seis páginas. Eso significa que quedan treinta y cuatro mil a su favor.

—Extiende el cheque. —Esperé a que me pasara el talonario—. Ahora Lonergan.

—No le debes nada. Me llamó esta mañana y me dijo que lo había liquidado todo como una inversión.

—Ni hablar. No necesito limosnas tuyas.

Guardó silencio.

—¿Le pagamos ya su porcentaje de los anuncios del último número?

—No.

—¿A cuánto sube eso?

—Tres mil cien —dijo, mirando el libro.

—Añade el adelanto de veinticinco mil y extiende el cheque.

Silenciosamente extendió el cheque y me lo pasó. Facturas de imprenta pendientes y otros gastos varios totalizaban doce mil. Los salarios diecisiete mil.

—¿Qué nos queda ahora?

—Cinco mil trescientos —dijo, sin mirar el libro de contabilidad.

—Tienes razón. No estoy arruinado.

Empezaron a rodar lágrimas por sus mejillas.

—Vamos, ¿no me decías que podía haber sido peor? Hace solo unos meses no tenía absolutamente nada. Ahora tengo cinco de los grandes.

—Yo... lo siento, Gary.

Le cogí una mano por encima de la mesa.

—Pues no lo sientas. Fue divertido mientras duró, mucho más divertido que hacer cola en la oficina de desempleo.

Apartó la mano, bajó la vista:

—Hablé ayer con la oficina. El supervisor me dijo que podía empezar de nuevo el lunes por la mañana.

—¿Puedo yo solicitar el seguro de desempleo?

—No.

—Entonces no vuelves. Si yo no puedo estar a la cola de tu ventanilla, ¿qué sentido tiene?

—Pero tengo que trabajar, Gary.

—Estás haciéndolo. No te dije que no tuvieras trabajo ya, ¿verdad?

—No... pero —vaciló—. Creí que todo había terminado.

—¿Terminado? —Me levanté y tomé una lata de cerveza de la nevera; la abrí y bebí de la lata—. Pero si acabo de empezar. Antes de que todo esto empezase yo andaba por ahí tronado, como un vagabundo, hundido del todo. Pero eso se acabó. Ahora sé cómo hay que hacerlo y voy a joder a todo el mundo.

Habló sin darse cuenta en español:

—*Eres todo un macho.*

—Eso es.

Aplasté en la mano la lata vacía y la tiré en el cubo de la basura. Levanté a Verita y la abracé:

—Eso es lo que yo andaba buscando.

—*No comprendo.*

Me eché a reír.

—*Macho*. El nombre de nuestra nueva revista.

treinta y uno

Tardamos seis meses en sacar al mercado el primer número y fue un desastre. *Penthouse* había aparecido en Estados Unidos poco antes de que nosotros empezásemos a publicar nuestra revista, y estaba comiéndose el mercado. Comparar *Macho* con *Playboy* y *Penthouse* era como comparar el *Hollywood Express* con el *New York Times*. Las fotografías desenfocadas que utilizaba *Penthouse* emocionaron al público. *Playboy* contraatacó con vistas frontales completas, pero siguieron afeitando a sus chicas. Cuando lo vimos nos echamos a reír, eran los pubis más pulcros del país. Sin embargo, no resultaba divertido para nosotros, nos perjudicaba terriblemente. No teníamos medio alguno de superar a ninguna de las dos revistas, ni con palabras ni con imágenes; poseían demasiados talentos. Y el talento iba, evidentemente, donde había dinero. Nosotros solo teníamos promesas.

Sacamos el segundo número un mes después para dar a los vendedores la posibilidad de disponer de algo más que el primero. El tercer número salió también al mes siguiente. Por entonces sabíamos que todo había terminado salvo los problemas. El distribuidor nacional nos envió una nota terminante dando por concluida nuestra relación, lo que significaba que si queríamos que nuestra revista estuviese en los quioscos tendríamos que llevarla nosotros mismos. Pero esto era pura teoría. Yo había invertido casi cincuenta de los grandes, y no había esperanza de que pudiese conseguir dinero para publicar otro número.

Estábamos sentados a la mesa de la cocina, contemplando lúgubrementemente los montones de facturas que teníamos delante.

Verita asintió.

—Cuarenta y nueve mil trescientos cincuenta y siete dólares y dieciséis centavos, sin contar la nómina.

—¿A cuánto sube la nómina?

Miró a Bobby y a Eileen:

—Hemos tomado una decisión: prescindimos de nuestro salario.

Llevaban con aquella diez semanas sin cobrar.

—Gracias —dije—. ¿Cuánto tenemos en el banco?

Verita miró en su libro.

—Unos setecientos dólares.

—Mierda. Tardaré el resto de mi vida en pagar las deudas.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Verita—. Puedes declararte en quiebra. Tú personalmente y la empresa. Entonces quedarás a salvo. Podrás empezar otra vez si quieres.

—¿Y qué pasa con el nombre?

—¿*Macho*?

Asentí.

—Pertenece a la empresa. Lo perderás con todos los demás bienes que queden.

—¿Qué otros bienes? ¿Unas cuantas fotografías usadas y unos cuantos artículos que nadie quiere?

—Mi padre dice que te prestará dinero para seguir —dijo Bobby.

—Dale las gracias de mi parte, pero sería como tirar el dinero por una alcantarilla. Hemos fracasado.

—Quizá el próximo número sea un éxito —insistió Bobby.

—No hay nada que hacer. Es imposible mientras sigamos intentando hacer lo que ya hacen mejor otros.

Tomé un cigarrillo.

—Si no le damos un enfoque nuevo, no seremos más que imitadores de tercera fila.

—¿Qué nuevo enfoque? —preguntó Bobby—. Solo existen unas cuantas formas de fotografiar chicas y ya hemos sacado pelo.

Le miré. No era lo que decía sino cómo lo decía. De pronto, empezó a girar una ruedecita en mi cabeza.

—Y entre *Playboy* y *Penthouse* han acaparado casi todas las ideas sexuales que se pueden abordar escribiendo —dijo Eileen—. Poco podemos hacer ya en ese campo.

Empezó a girar otra ruedecilla en mi cabeza:

—Quizá lo que hicimos fue jugar según sus reglas. Puede que acertáramos con la vía exacta en el caso del *Express* porque no conocíamos las reglas y establecimos reglas propias sobre la marcha.

—No es igual una revista nacional que un periódico local —dijo ella.

—¿No? ¿Crees que el resto de los habitantes de Estados Unidos son distintos de los ciudadanos de Los Ángeles? Les interesan las mismas cosas.

—Los Ángeles tiene un estilo de vida más liberal que Squeedunk. La gente es más abierta a todas las ideas.

—¿Acaso no hacen el amor en Squeedunk?

—Quizá lo hagan, pero no hablan tanto de ello.

—Me da igual que hablen de ello o no. Lo que me interesa es si piensan en ello y leen sobre ello.

—Están haciéndolo. Compran *Playboy* y *Penthouse* aunque no entiendan la mayor parte de los artículos.

—Lo que les gusta son las fotografías —dijo Bobby—. *Penthouse* consiguió casi tres millones de ejemplares al final de su primer año. A base de fotografías con pelo y posturas provocativas. Hefner ha acusado el golpe en las ventas y va a sacar una nueva revista para competir en ese campo. Ha llegado a un acuerdo con la revista francesa *Lui* para compartir fotos y otro material. La va a llamar *Oui*. Un amigo mío vio un ejemplar de prueba y dice que es sexo con clase.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Que no se elimina el pelo —contestó Bobby—. Las chicas se lo peinan.

Nos echamos todos a reír.

—Pero ambas revistas aún siguen en la misma línea; es una especie de manual para gente elegante. Los vinos franceses adecuados, las modas «in». Ropa, fiestas, deportes, películas, libros, comidas. En fin una guía completa.

Las chicas se echaron a reír, pero yo no; a mí no me parecía divertido. Me había costado cincuenta mil dólares. Me levanté.

—No vamos a decidir nada esta noche. Voy a descansar el fin de semana y pensar. Tengo la extraña sensación de que lo he jodido todo por olvidar lo evidente.

—¿De qué se trata si es tan evidente? —preguntó Bobby.

—¿Parece estúpido, verdad? Sin embargo, es la pura verdad. No lo sé exactamente.



Sonó el teléfono en cuanto se fueron. Lonergan habló con frialdad:

—¿Gareth?

—Sí, tío John.

—Me gustaría verte.

Llevábamos más de cuatro meses sin vernos ni hablarnos, pero nada de «¿cómo estás?» o «¿qué hay de nuevo?» sino «Me gustaría verte». Ya había tragado bastante mierda aquel día. No necesitaba más.

—Ya sabes dónde estoy —dije secamente.

—¿Puedes venir a verme a medianoche al Silver Stud?

—¿Para qué quieres verme? —repliqué.

No se inmutó.

—Tengo una proposición muy interesante para ti.

—La última vez que fui a oír una de tus interesantes proposiciones casi me liquidan.

—Eso fue culpa tuya. Te empeñaste en hacer las cosas a tu modo en vez de dejarme manejarlas a mí. A medianoche. Ven.

Vacilé un momento:

—De acuerdo.

—¡Gareth!

—¿Sí, tío John?

Había un tono zumbón en su voz:

—Esta vez haz el favor de aparcar el coche en la calle, ¿eh?

Colgó antes de que pudiera contestar. No tenía por qué preocuparse, no había comprado ningún coche. Y menos mal, porque si lo hubiese hecho, la financiera me lo habría quitado hacía mucho.

Casi no reconocí el local cuando llegué allí. Todas las ventanas estaban cubiertas de un material plateado salvo dos pequeños óvalos en blanco a través de los cuales se

veía el letrero de neón. No había modo de ver lo que pasaba en el interior desde la calle. Aún había más cambios en el interior.

La vieja barra de caoba y madera vieja y las mesas habían sido sustituidas por materiales de cromo y de plástico negro. Colgaban del techo en el centro del local cuatro proyectores de películas mudas que arrojaban sus imágenes sobre las pantallas instaladas en distintos rincones. Había también jaulas de homosexuales: muchachos desnudos con grandes penes en acción, unos cuadros vivos, de máxima excitación. Hacia el fondo del bar, una muchacha negra de extraño aspecto tocaba el piano y cantaba con voz ronca en un pequeño estrado. No pude entender lo que estaba cantando por el ruido hasta que me aproximé más. Cantaba canciones con letras gay.

Conseguí abrirme paso entre la multitud hasta el fondo del local, no sin que me agarrasen una vez por delante y dos por detrás y rechazase una oferta de cien dólares de un marica viejo que quería que pasase la noche en su casa de Hollywood Hills. El Cobrador estaba sentado en su mesa, como siempre, junto a la escalera.

—Pero ¿qué regalan aquí? —pregunté.

—Llevamos así desde que se hizo la reforma. Todas las noches parece Año Nuevo.

Me indicó la silla de enfrente. Había en la mesa una botella de whisky. Llenó un vaso con cubitos de hielo de un recipiente de plástico y lo empujó hacia mí.

—Aquí tengo tu bebida, sírvete.

Eché el whisky sobre el hielo.

—¿Cuándo hicieron la reforma?

—Después de que aparcaste el coche en el bar —dijo sonriendo—. Creo que le hiciste un favor a Lonergan. La compañía de seguros lo pagó todo.

—Mierda. Debería pedirle una comisión a Lonergan.

El Cobrador se echó a reír.

—Puedes pedírsela. —Se sirvió otro trago—. ¿Cómo te va?

—Tirando.

—Lonergan llegará un poco tarde. —Miró por encima de mi hombro—. ¿Viste la chica que toca el piano?

—Sí.

—¿Extraña, verdad?

—Sí.

Bajó la voz casi como si hablase solo:

—Me gustaría conseguirla, amigo. Me está volviendo loco.

—¿Y por qué no se lo dices?

—Ya lo hice. Pero simplemente no le intereso. No hay manera.

—Quizá sea lesbiana.

—No, no lo es —dijo rápidamente—. Quiere ser estrella. Shirley Bassey. Aretha. Ese rollo. Está decidida a triunfar.

—Pues aquí no va a conseguirlo.

—No creas. El público de la noche está encantado con ella. Y algunos de esos maricas tienen mucho peso. —Se levantó—. Acabará de un momento a otro. Te la presentaré.

—¿Para qué?

—¡Qué demonios sé yo! Mierda —añadió—. Si no tuviese alguna excusa ni siquiera vendría a sentarse conmigo.

—Vale. —Estaba realmente afectado—. Le explicaré lo cojonudo que eres.

Tenía razón en una cosa: estaba decidida a triunfar. Casi antes de sentarse, salieron de su boca estas palabras:

—Bill me dice que eres editor. He escrito algunas canciones que me gustaría que vieras.

—No soy ese tipo de editor.

—Entonces, ¿qué clase de editor eres?

—Publico una revista. *Macho*.

No se inmutó:

—No he oído hablar de ella. ¿Cómo es?

—*Playboy*. *Penthouse*. De ese estilo.

—Yo no poso desnuda —dijo lisamente.

Me irritó:

—No te preocupes que tampoco voy a pedírtelo, eres demasiado flaca.

Se volvió al Cobrador:

—¿Por qué me haces perder el tiempo con mierdas como este? —dijo furiosa—. Me dijiste que podría hacer algo por mí.

—Quizá pueda —dije, con voz suave.

Su tono cambió instantáneamente. Se hizo casi amable:

—¿Sí?

—Si tienes el coño tan grande como la boca, te pagaré mil dólares por una foto completa.

Me miró un segundo, luego se levantó furiosa:

—¡Hijo de puta! —masculló, y se marchó.

Miré al Cobrador. Era la imagen misma de la decepción:

—Creo que no te he hecho ningún favor —dije.

Asintió pesadamente:

—No me has ayudado nada, desde luego. —Cogió la botella de whisky y volvió a llenar los dos vasos; los bebimos y sirvió otra ronda—. ¿Crees que realmente lo tenga tan grande como la boca? —preguntó con asombro.

—¿Por qué lo preguntas?

Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro:

—Si lo tuviera, estoy seguro de que me gustaría meter la cara en él.

Me eché a reír y alcé el vaso hacia él para brindar. Aquello era verdadero amor, no había duda. Cuando llegó Lonergan, a la una y media de la madrugada, yo estaba

tan borracho que apenas podía subir la escalera de su oficina.

treinta y dos

—Estás borracho —dijo reprobatoriamente.

—Bueno, ¿cuál es la noticia? —balbucí.

—No puedes hablar de negocios en ese estado.

—Tienes razón. —Fijé los ojos en él—. ¿Quieres realmente que me serene, tío John?

—Esto es importante.

—De acuerdo. Pide un poco de café solo para mí. Volveré dentro de un minuto.

Entré en su baño y hundí dos dedos en la garganta. El licor me quemó dos veces más al salir de lo que había quemado al entrar. Puse después la cabeza debajo del grifo de agua fría hasta que cesó el dolor en las sienes. Luego me sequé con una toalla y volví a la oficina.

Lonergan empujó hacia mí un tazón de humeante café negro.

—Pareces una rata ahogada.

Bebí media taza y la posé de nuevo sobre la mesa.

—Pero una rata ahogada serena. Ahora dime, ¿qué es lo que quieres proponerme?

—¿Cómo te va con la revista?

—Ya lo sabes. ¿Por qué me lo preguntas?

—Quiero que me lo digas tú.

—Estoy liquidado. No hay nada que hacer. ¿Quieres saber algo más?

—Sí. ¿Por qué?

Terminé el café antes de contestar. Había pensado mucho aquello.

—¿Quieres una excusa o la verdad?

—La verdad.

—Porque fui un imbécil. Al fin he conseguido entenderlo. Intenté editar *Playboy* y *Penthouse*. Sin embargo, ese no es mi juego.

—¿Cuál es tu juego?

—Yo soy un editor de la calle. Por eso fue un éxito el *Hollywood Express*. Puedo llegar al tipo de la calle con lo que hago. Pero no puedo llegar al tipo de clase media con pretensiones sociales como lo hacen Hefner y Guccione. He de pegar en el vientre, no en la cabeza.

Guardó silencio un momento.

—¿Crees que puedes hacer aún una revista rentable?

—Sí.

—¿Y qué necesitas?

—Para empezar, dinero. Después, distribución. No es fácil con mi historial. Tendría que encontrar a alguien dispuesto a correr el riesgo conmigo.

—¿Volverías con Ronzi si tuvieses el dinero y la revista?

—No me gusta ese tío. Además distribuye a nivel local. Para la revista necesito un distribuidor a escala nacional.

—¿Y si te ofrece distribución a escala nacional?

Estaba ya sereno. Lonergan nunca hacía nada sin un motivo claro.

—Hablemos claro, tío John. ¿Qué pasa con Ronzi?

—Persky ha hundido el *Express* y Ronzi está metido en un lío. Por eso quiere sacar algo bueno para poder aplacar a sus socios del Este.

—¿Te dijo él que te pusieras en contacto conmigo?

—No me lo dijo claramente. Pero vino a indicarme que no se opondría a un acuerdo.

—No estoy dispuesto a volver a editar el *Express*.

—No es eso lo que te pido. Te estoy hablando de la revista. De tu revista. *Macho*. Eso es algo que los italianos entenderían.

—No quiero saber nada con los italianos. No quiero porcentajes ni socios.

—La revista es tuya. Ellos solo se quedarían con la distribución.

Cavilé un momento:

—De todos modos, no tendría dinero suficiente para sacar adelante la revista. En este momento debo cincuenta mil y ya no tengo crédito.

—Podrías sacarles cien de los grandes como adelanto por la distribución en exclusiva durante dos años.

—Un año. Y ninguna responsabilidad personal si la revista se hunde. Perderían su dinero y nada más.

—Es una actitud demasiado dura para la situación en que estás.

—¿Y qué? —dije, sonriendo—. ¿Qué más puedo perder?

—Debería haber tratado contigo borracho. Habría sido más fácil.

—Dime —se me ocurrió de pronto una idea— ¿tendrás participación en el asunto de Ronzi?

—No. Pero él aún cree que tengo parte en tu negocio. No cree que sean solo los italianos los que trabajan en familia.

Tuve un súbito ramalazo de comprensión. Lonergan solo me había sacado lo que había sido suyo. Jamás me había quitado nada mío. Me había utilizado, no obstante, también yo le había utilizado a él. Y al final, si él no me hubiese echado una mano, yo estaría muerto. Le miré a los ojos.

—Tío John, acabo de cambiar de opinión.

—¿Respecto a qué?

—Quiero un socio. Tú.

Su nariz se movió como si tragase una gran bocanada de aire. Parpadeó, se limpió sus gafas de montura dorada y volvió a colocárselas en la nariz.

—Me complace —dijo ásperamente—. ¿Cuánto me costará?

—Soy propietario de la mitad. Después de pagarlo todo, aún seguiré necesitando cien para sacar la revista que quiero sacar. El adelanto de Ronzi no me llega.

Cincuenta mil te proporcionarán un diez por ciento.

—El diez por ciento no es nada —dijo—. Los honorarios de un agente financiador alcanzan esa cifra sin ninguna inversión.

—Esa es mi oferta.

Me miró un momento.

—Te haré una oferta mejor. Te daré cien mil por el veinte por ciento y tú te encargas de todo el asunto. Eso será una buena ayuda.

—¿Y si se va todo a la mierda?

—Entonces lloraré mucho, pero no me deberás nada.

Le miré fijamente. Nunca hubiese creído que pudiese llegar a hacer aquello, después de lo sucedido a mi padre. Habían sido socios y mi padre se había suicidado porque el tío John no le había ayudado.

Fue como si me hubiese leído el pensamiento.

—Tu padre —dijo— era un hombre débil. Hizo algo que no debería haber hecho. Cuando le atraparon, intentó arreglarlo complicando a otras personas, individuos inocentes que no habían hecho nada. Cuando acudió a mí, yo ya nada podía hacer, nadie podía hacer nada ya. Le aconsejé que dijese la verdad y aceptase las consecuencias. Le dije que cuando saliera le ayudaría a empezar otra vez. Pero no fue capaz de enfrentarse a la verdad. Estimaba más su imagen que a tu madre o a ti. Así que escribió aquella nota echándome a mí toda la culpa. Era una gran noticia para los periódicos y había mucha gente que me odiaba y que estaba dispuesta a creerlo. Pero ¿nunca te preguntaste por qué, si las acusaciones que hizo eran ciertas, nadie me llevó nunca ante los tribunales?

Le dejé que siguiera.

—Lo investigaron todo. Todas las autoridades, las locales y las federales. Pero nada era cierto. Si hubiesen encontrado alguna prueba, me hubiesen colgado muy contentos del árbol más próximo. —Se quitó las gafas y volvió a limpiarlas—. No sé por qué te digo todo esto. Nunca quise hablarte de tu padre de esta manera. Pero es algo que ha estado siempre entre nosotros. Tú eras un niño cuando pasó y creciste con eso dentro. Afectó incluso tu actitud hacia tu madre porque no entendiste nunca por qué continuó nuestra relación como si no hubiese pasado nada.

Le miré en silencio. No tenía nada que decirle. Todo había quedado en el pasado y no había modo de cambiarlo. De nuevo pareció leer mis pensamientos.

—Todo eso pasó. Y no tiene nada que ver con lo que ahora estamos hablando tú y yo.

Asentí.

—¿Cerramos el trato? —preguntó con cierta vacilación, como si temiese un rechazo.

Extendí la mano hacia él.

—Sí, socio.

Tomó mi mano entre las suyas y apretó con firmeza. Sus ojos pestañearon detrás

de las gafas.

—Nos irá bien. Ya verás.

Hasta yo tuve que pestañear.

—Sé que nos irá bien. Y haré todo lo posible por no decepcionarte.

—Ahora que somos socios, hijo, lo primero que haré será decirle a ese cabrón que tiene que poner por lo menos doscientos si quiere la exclusiva nacional.

—¿Recuerdas nuestro trato, tío John? Dijiste que yo llevaría el negocio.

—Eso no es ninguna intromisión —dijo rápidamente—. Además tú tendrás trabajo de sobra con la revista. Y por otra parte, yo puedo manejar a ese cabrón mejor que nadie. Sabe muy bien que si me empeño no le quedará ni un solo camión en las calles de Los Ángeles.

Nada podía decir a esto. Él era capaz de hablar el único idioma que entendían los mafiosos.

—Vale, tío John. Tú empezaste lo de Ronzi, así que termínalo. —De pronto me sentía hambriento; me levanté.

—¿Adónde vas?

—Estoy hambriento. Son más de las dos de la mañana y llevo sin comer desde el mediodía.

Metió la mano en el bolsillo:

—¿No tienes dinero, verdad?

Me eché a reír.

—Tengo dinero, pero no he tenido tiempo. He estado demasiado ocupado.

—¿Adónde vas?

—A Bagel, en Fairfax. Está abierto hasta muy tarde.

—Que te lleve Bill y que espere contigo; luego puede llevarte a casa. No quiero que andes por la calle de noche.

—Ya soy mayorcito, tío John. Y además, nunca te habías preocupado por mí.

—Ahora somos socios —dijo—. No solo tenemos relaciones de parentesco.

MACHO

Grandes letras negras sobre un fondo de terciopelo azul.

A la izquierda, con letras blancas más pequeñas: «Para la mística masculina». A la derecha, con las mismas letras: «Volumen dos, número uno».

Una chica completamente desnuda, sombrero vaquero blanco a la cabeza, de pie, en la postura agresiva clásica del pistolero, con un revólver en cada mano, apuntando al lector. Cubierta de celofán sobre la que se ha impreso un bikini blanco de encaje que cubre los pechos y los órganos genitales de la chica. A través del encaje puede verse el color desvaído de los pechos y el vello púbico. Escrito hacia abajo, a la izquierda de la fotografía: «¿Eres lo bastante hombre?». A la derecha, en sentido paralelo: «¿Para arrancarme el bikini?».

Nada más. Salvo el precio, en la esquina superior derecha: un dólar veinticinco.

Al dorso de la portada, en letras negras: «Nuestro nuevo símbolo...». Grandes letras rojas: ¡EL GALLO DE PELEA! Ilustración: un dibujo pop de un falo, erecto y furioso, sobre el que hay un gallo de pelea, con la cresta roja, el pico curvo y agudo, las patas armadas con cuchillas bajo unos gruesos testículos que constituyen el cuerpo. El gallo de pelea parece colgar en el aire a punto de lanzarse sobre el cuerpo desnudo de una chica que yace bajo él en posición supina. Texto: «Para la mística masculina. El hombre que quiere luchar por lo que desea es el hombre que consigue lo que quiere».

Primera página: Editorial:

NO COMPRE ESTA REVISTA SI

Le gustan los conejitos: comprese un conejito.

Si le gustan los perritos: comprese un perro de aguas.

COMPRE ESTA REVISTA SI:

LE GUSTAN LAS CHICAS: Tenemos seis en este número. Treinta páginas de bellezas desnudas, de todas las formas, tamaños y colores. Solo para complacerle y conectarle con las posibilidades de la vida.

SI LE GUSTA EL SEXO: Tenemos relatos, artículos, chistes, dibujos, fantasías, fetiches, todo lo relacionado con aquello de que más hablan los hombres, en que más piensan y que más desean, más que ninguna otra cosa incluido el dinero. Sesenta páginas solo de sexo. No le diremos qué coche tiene que comprar, ni qué estéreo, ni qué máquina

fotográfica, ni tampoco le diremos qué ropa tiene que vestir. ¿Quién puede permitirse esas cosas, además? Pero hay algo que puede permitirse: PLACER. Y sexo es placer. Y por un dólar veinticinco al mes, le proporcionaremos más placer del que nunca soñó.

YO SE LO PROMETO.

(firmado) GARETH BRENDAN
Director

POSDATA: NOTA ESPECIAL DEL EDITOR

En este número y en todos los números mensuales que le sigan, encontrará usted una fotografía central desplegable de cuerpo entero, de 55 x 85, en la que aparecerá la chica que seleccionemos como:

¡SUPERCOÑO DEL MES!

Le garantizamos que esta fotografía gigante en la que no aparecerá más que un hermoso y atractivo coño rosado de tamaño natural hará alzarse en pie de guerra a su GALLO DE PELEA y le hará desear inconteniblemente ver el resto de la chica a la que pertenece. Y pasará las páginas y encontrará otras diez fotografías estremecedoras de este SUPERCOÑO DEL MES.

Y si esto no resulta, tiene la posibilidad de hacer una de estas dos cosas, o las dos:

1. VER A SU MÉDICO.
2. Colocar la página central plegable junto con su nombre y dirección en un sobre y enviárnoslo para la devolución del coste íntegro de la revista. Y puede usted quedarse con el resto de las páginas con nuestras felicitaciones.

(firmado) G. B.
Director

Tres meses después de que Lonergan y yo hiciéramos nuestro acuerdo, estábamos mirando las pruebas de la revista. Estaban extendidas, página a página, en la pared y las contemplábamos mientras tomaba notas el calculista de producción de la imprenta. Al final, cuando terminó, se volvió a nosotros.

—¿Pueden hacerlo? —pregunté.

—Podemos hacer cualquier cosa. Es cuestión de dinero.

—¿Cuánto?

—¿Cuántos ejemplares tienen pensado?

—Aún no lo hemos decidido. ¿Cuál es el precio base?

—Hay dos trabajos especiales: la envoltura de celofán y la página plegable del centro. Para eso necesitaremos maquinaria especial. —Se volvió y miró a la pared—. Serían treinta mil en principio, imprimiesen cien ejemplares o un millón. Calculo que la impresión en color y el papel para doscientos mil les subirían unos ochenta mil.

—Los costes de producción vienen a subir unos cuarenta centavos por ejemplar —dijo Verita—. Ronzi se lleva doce centavos y medio por ejemplar como distribuidor y retiene quince centavos por ejemplar sobre devoluciones. Con un precio de sesenta y dos centavos y medio para el vendedor, nos quedan treinta y cinco centavos y un déficit en principio de cinco centavos ejemplar.

Miré a Lonergan. No decía nada.

—Eso no tiene en cuenta nuestros costes y gastos generales, que ascienden hasta el momento a unos veinte mil. Eso significa que nuestras pérdidas se elevan a quince centavos ejemplar.

Me volví al individuo de producción.

—¿Y si tiramos un millón de ejemplares?

Hizo unos cálculos a lápiz en su bloc:

—Podríamos hacerlo por ciento cuarenta mil, en números redondos.

Verita no necesitaba bloc:

—Incluso con un cuarenta por ciento de devoluciones, tendríamos un beneficio de noventa mil dólares.

—¿Y si vendiésemos el cien por cien?

—Entonces nos haríamos ricos. Obtendríamos un cuarto de millón de dólares adicional, con lo que nuestro neto sería de trescientos cuarenta mil dólares.

Me volví a Ronzi, que no había dicho todavía una palabra:

—¿Qué piensas tú? ¿Podemos vender un millón de ejemplares?

—No sé.

—Te haré otra pregunta, entonces. ¿Puedes colocarme un millón de ejemplares a la venta?

—Puedo hacerlo, pero no te garantizo que se vendan.

—¿Podrías aportar cincuenta mil, además de los ciento cincuenta mil míos, en una campaña publicitaria conjunta para introducir la revista en el mercado?

—¿Y qué ganaría si lo hiciera?

—En primer lugar, cien mil más por vender los ochocientos mil ejemplares, y luego te daría un cinco por ciento más, y eso significaría otros treinta netos para ti.

—No lo haría por menos de un diez por ciento.

—De acuerdo.

—Espera un momento, no tan deprisa. No dije que fuese a hacerlo. Nadie ha anunciado nunca una revista así.

Sonreí.

- Eso no significa que no pueda hacerse.
- ¿Dónde piensas anunciarla?
- En los sitios habituales, periódicos, radio, televisión.
- No aceptarán tus anuncios.
- ¿Y si te dijese que ya tengo colocada la campaña?
- Lo creeré cuando lo vea.
- Entonces ven arriba.

Me siguieron hasta el apartamento. Allí, en un tablero, tenía la publicidad de prensa. La ilustración era un dibujo de líneas sencillas. Una mujer en una postura provocativa discreta, con expresión aburrida, junto a un sillón en el que estaba sentado el marido, con los ojos fijos en el televisor. El texto era simple: «MACHO. Una revista nueva. Para la Mística Masculina. Atención: ¡Señoras! Consigan hoy mismo un ejemplar para su marido. Hará más por él que las vitaminas. Pídala en su quiosco».

—Los anuncios de televisión duran diez segundos y utilizan la misma ilustración y el mismo texto. Los de la radio son exactamente el mismo texto. Está programado que salgan la primera semana que aparezcan a la venta las revistas. Todo está listo. Solo falta firmar el contrato.

—Creo que estás loco.

—Has invertido ya doscientos mil. ¿Qué son otros cincuenta? Podrías quedar espléndidamente con tus amigos del Este.

—Y si me equivoco, podría ganarme un lindo impermeable de cemento.

—El gris es un color que te va muy bien.

Examinó de nuevo el anuncio.

—Un millón de ejemplares —murmuró, como si hablase solo—. ¿Y si no vendemos el millón? ¿Me darás el suplemento sobre el primer millón vendido siempre que lo vendamos?

—Me parece bastante justo.

—De acuerdo, trato hecho. ¿Cuándo crees que podemos sacar el primer número al mercado?

—¿Cuánto tardaréis vosotros? —pregunté al director de producción.

—Si no hay problemas con las pruebas de color, podremos estar listos en seis semanas.

—Ya lo oíste. Dos meses.

Pero ambos nos equivocábamos. Pasarían más de cuatro meses antes de que la revista estuviese lista para la imprenta y no llegó al público hasta abril del año siguiente. Tuvimos toda clase de problemas de reproducción: el rosa no era bastante rosa y nuestra mercancía principal tendía a parecer ciruela arrugada cuando la fotografiábamos. Como todo lo demás de la mujer, parecía mucho mejor con maquillaje y peinado. Y por eso creamos un nuevo estilo de tratamiento de belleza vaginal.

treinta y cuatro

Oíamos desde allí a Bobby que estaba chillando a las modelos. Lonergan salió del agua a la arena y luego volvió rápidamente al agua.

—¡Dios mío! ¡Está quemando!

—Espera un momento. Pediré una toalla para que puedas secarte los pies y volver a ponerte los zapatos. —Hice pantalla con las manos y llamé al grupo de fotografía para que nos mandasen una toalla.

Un momento después, vino corriendo hacia nosotros, completamente desnuda, una de las modelos, con la toalla en la mano:

—¿Es esto lo que quería usted, señor Brendan?

—Sí, eso es. —Vi que mi tío apartaba la vista de la chica y miraba hacia el océano. Sonreí—. ¿Cómo te llamas?

—Samantha Jones.

—Samantha, ¿serías tan amable de secarle los pies al señor Lonergan y ayudarle a ponerse los zapatos?

—No hace falta —dijo mi tío rápidamente—. Puedo hacerlo yo.

—No seas tonto, a Samantha no le importa.

Se arrodilló a los pies de mi tío que fijó los ojos en el horizonte mientras ella le cogía un pie y empezaba a secarlo. Lonergan perdió el equilibrio.

—Quizá fuese más fácil si se apoyara usted en mi hombro —dijo Samantha.

—No, no se preocupe, no hay problema —pero estuvo a punto de caerse otra vez. Ella le cogió un brazo para sujetarle y lo guio luego hasta su hombro.

—¿No es mejor así?

Lonergan no contestó, pero siguió apoyándose en una pierna, con la cara vuelta hacia el mar.

—Estás en buenas manos —le dije—. Yo voy hasta allí arriba a ver lo que pasa.

Bobby seguía chillando a la modelo cuando llegué allí.

—¡Idiota! Tienes que dar la sensación de que estás deseando que te atraviesen.

La chica estaba a punto de echarse a llorar.

—Pero Bobby, es que resulta tan extraño. Nunca lo había visto antes, nunca había visto una cosa así. Todo arreglado y afeitado para que sobresalga y destaque.

—Así tiene que ser, idiota —gritó Bobby—. ¿De qué crees que vamos a sacarte fotos? ¿De los ojos? —Se volvió con repugnancia—. Oh, mierda. —Me vio—. Nunca conseguiremos terminar.

—Tómame cinco minutos —le dije—. Y ven conmigo.

—Descanso —dijo él por encima del hombro y me siguió playa arriba—. ¿Qué pasa?

Le miré. Estaba rojo por el calor y le chorreaba el sudor por la frente.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí al sol?

—Unas dos horas.

—¿Cómo te sientes?

—Con mucho calor, nunca he pasado tanto en mi vida.

—¿Cómo crees que se encuentran las chicas?

Me miró un momento en silencio.

—No obstante, necesitamos el sol.

—Si las obligas a seguir mucho tiempo más ahí, acabaréis todos en el hospital.

—Pero tengo que acabar la serie.

—Siempre puedes hacerlo en el estudio. ¿Cuándo llega King Dong?

—En el vuelo de la tarde.

—Puedes hacer esas tomas mañana. Eso puedes hacerlo en el estudio. ¿Tienes preparados los disfraces?

—Vienen con él.

—Entonces, ¿está todo listo?

—Sí. Salimos mañana a las siete de la mañana para el Retiro.

—¿El Retiro? —No sabía de lo que me hablaba.

—La misión de mi padre. Está a unos veinticinco kilómetros de aquí, al borde de la selva.

—Es un lugar extraño para una misión. ¿A quién convierten, a los indios?

Se echó a reír.

—No es una misión de esa clase, es más bien una escuela. Es donde se instruyen los candidatos al segundo plano para hacerse profesores. Le llaman el Retiro porque no tiene ninguna comunicación con el mundo exterior, ni radio, ni teléfono, solo los camiones de suministro que van y vienen.

Cambió de expresión y frunció el ceño, preocupado:

—¿Estuve muy desagradable, Gareth?

—Fue el exceso de sol.

—Lo siento. Es que estoy tan metido en el asunto.

—No te preocupes, pero recuerda que las personas no son cámaras y que las modelos no son solo piezas de un equipo.

Asintió y volvió a donde estaban los demás. Su voz llegó hasta mí.

—Recoged. Hemos terminado por hoy. Empezaremos mañana por la mañana a las siete en punto.

Lonergan me alcanzó cuando me encaminaba al chalé.

—No tenías por qué hacer eso —dijo.

Me hice el inocente.

—¿El qué?

—Lo sabes muy bien. Decirle a esa chica desnuda que me secase los pies. Fue muy embarazoso. ¿Y si alguien hubiese sacado una fotografía?

—¡Maldita sea! Sabía que se me había olvidado algo —dije, con irónico pesar.

—No sé por qué me molesto por ti.

—Yo sí. —Le abrí la puerta del chalé—. ¿Conoces a alguien más que pudiese permitirte realizar el sueño infantil de caminar descalzo por la orilla del mar?

Verita estaba esperándome con un margarita en la mano:

—Elegisteis el camino más largo para venir.

—Lonergan quería meter los pies en el agua —dije—. Terminaste muy temprano.

—Fue fácil. Murtagh tenía razón, me lo enseñaron todo. No había ninguna trampa, todo está claro. Los libros confirman lo que dijeron ellos, tanto los costes como las pérdidas.

—Pero no pareces segura aún.

—Es que no tiene sentido que esté todo tan en orden; no es mexicano. —Bebió un sorbo de su cóctel—. Cuando acabé con los libros bajé hasta la pista de aterrizaje y estuve hablando con los mecánicos.

Entró el camarero. Pedí un whisky con hielo, Lonergan pidió su martini seco de siempre. Cuando el camarero se fue, ella continuó:

—¿Sabes que utilizan esa pista de aterrizaje unos treinta aviones particulares todas las semanas?

—No, no lo sabía.

—La mitad aproximadamente pertenecen a terratenientes de la zona.

—¿Y la otra mitad?

—Transeúntes. Aterrizan, repostan y se van. Pocas veces permanecen en tierra más de una hora.

—¿Tienes idea de dónde vienen?

—Según los mecánicos, de la Baja Península. Sin embargo, eso no tiene mucho sentido porque les queda mucho más cerca La Paz; esto está trescientos kilómetros más lejos. Además van siempre en dirección norte y ninguno regresa.

—¿Llevan el control en la pista? —pregunté.

—No. Lo hacen al modo mexicano. Tienen una caja y meten en ella el dinero que recogen. Los pagos por aterrizaje, combustible y cosas así.

—¿Hay algún funcionario de aduanas del Gobierno de México?

—No, solo un policía local, que estuvo durmiendo todo el tiempo que anduve por allí.

Me volví a Lonergan.

—¿Tú qué piensas?

—Droga, probablemente. No obstante eso no significa que los Von Halsbach participen en el asunto. Si lo hicieran, no tendrían tantas ganas de quitarse el negocio de encima. En eso hay más dinero que en explotar un hotel, más que suficiente para cubrir cualquier pérdida.

—¿Cómo lo descubriremos?

Lonergan miró a Verita.

—Tienen inversores privados. ¿Dan alguna información los libros sobre ellos?

—No. Aportan parte del dinero ellos mismos, el resto procede de un grupo inversor.

—¿Podemos saber quién es ese grupo? —pregunté. Lonergan se encogió de hombros.

—Un banco suizo.

Miré a Verita.

—¿Crees que Julio podría saberlo?

Terminó su bebida.

—Puedes preguntárselo cuando volvamos a Los Ángeles.

Pero no tuve que esperar tanto porque Julio estaba allí en la recepción aquella misma tarde. Y también Eileen.

Casi había terminado el cóctel cuando ellos llegaron. Yo acababa de dar las gracias al gobernador por su interés y por haber dedicado parte de su tiempo a venir a verme pese a sus muchas ocupaciones.

—No, señor Brendan —protestó él en un inglés casi perfecto—. Somos nosotros quienes estamos en deuda con usted por su interés. Creemos que tenemos aquí uno de los terrenos de vacaciones mejores del mundo y con la ayuda de usted y de gente como usted, podrá convertirse en un verdadero paraíso. Le aseguro que contarán con toda nuestra cooperación.

—Gracias, excelencia. De momento, lo único que me interesa saber es cuándo permitirá el Gobierno que se abra el casino. Sin él, sería prácticamente imposible la operación que proyecto.

—Ya se han obtenido todos los permisos locales, ahora hemos de esperar el permiso del Gobierno federal.

—¿Cuánto cree usted que tardará el Gobierno en concederlo?

—Estamos presionando todo lo posible.

Yo también quise presionar.

—Sin una fecha definitiva, excelencia, no podré realizar una inversión de esta magnitud.

—Haré cuanto esté en mi mano para conseguir una solución rápida —dijo suavemente—. Y ahora, por desgracia, debo irme. Tengo una reunión muy importante en La Paz.

—Gracias de nuevo, excelencia.

Se inclinó y me dio la mano:

—Hasta la vista, señor Brendan.

Fue el apretón de manos de un político, con una especie de falsa cordialidad. Volvió a inclinarse y luego cruzó el salón, despidiéndose de los demás. Le seguían dos silenciosos guardaespaldas, cuyos ceñidos trajes no ocultaban los bultos de las pistolas bajo los brazos.

Me acerqué a Lonergan:

—Ningún compromiso en firme —dije, respondiendo a su muda pregunta—. Pero

muchas promesas.

No contestó. Miraba a la puerta. Seguí su mirada y vi a Eileen y a Julio, que entraban en aquel momento.

El gobernador se detuvo, visiblemente sorprendido. Los dos hombres se abrazaron y se dieron la mano. Intercambiaron unas palabras; luego, Julio siguió hacia el centro del salón mientras el gobernador se perdía en el pasillo.

Julio parecía conocer allí a todos. Vi cómo se paraba a charlar con los diversos grupos, según avanzaba por el salón. Y había algo más: cómo reaccionaban ante él. Como si fuese un rey. Se mostraban respetuosos y procuraban asegurarse de que les viera. Le daban más importancia que al gobernador.

Eileen llegó hasta donde estábamos y se inclinó para que yo pudiese besarla en la mejilla.

—Sorpresa —murmuró.

Me eché a reír.

—Hola, tío John —dijo, volviéndose a Lonergan.

Lonergan sonrió y la besó en la mejilla.

—Hola, querida.

Los ojos de Eileen se centraron en Marissa, que hablaba con Dieter y otros dos mexicanos.

—¿Quién es esa? —me preguntó en voz baja.

—¡Cuidado! —dije—. Ya conoces las normas. Tú no me preguntas, yo no te pregunto.

—Es muy bonita.

Conocía aquella expresión suya que se evidenciaba cuando aparecía una chica, como en aquel caso concreto. Estaba intrigada.

—¿Otra vez? —gruñí—. Ni hablar. ¿Por qué tiene que ser siempre una de mis chicas?

Sonrió.

—Ya te lo he dicho, tenemos los mismos gustos.

Señalé hacia Julio, que estaba en el centro del salón.

—¿Cuándo supiste que venía?

—No lo supe hasta que subí al avión. Creí que podría jugar a los pilotos con el aparato de King Dong durante todo el camino, pero no pudo ser. Julio estaba en el asiento de al lado.

—¿Y qué te explicó?

—No mucho. ¿Sabías que es oriundo de aquí, que toda su familia vive aún aquí?

—No.

—¡Qué raro! Creí que Verita te lo habría dicho.

—Nunca salió el tema.

Me tomó del brazo.

—Tu novia está mirándonos, ¿no crees que es hora de que nos presentes?

treinta y cinco

Estaba sentado en una cálida bañera con burbujas hasta la nariz, fumándome un porro y entregado a agradables pensamientos, cuando entró Eileen en el baño.

Alcé los ojos.

—No puede ser ya hora de cenar. Acabamos de terminar el cóctel.

—Traigo compañía. Julio y los Von Halsbach, padre e hijo.

—Mierda. Estoy demasiado fumado para hablar con ellos. —Me hundí más en la bañera—. Diles que les veré en la cena.

Asintió y se fue. A los pocos minutos volvió.

—Julio dice que es muy importante.

—Maldita sea. —Me levanté—. Entérate de si puede venir también tío John. Saldré enseguida.

Me di una ducha fría. Tardé cinco minutos en despejarme. Me sequé. Luego, envuelto en uno de aquellos albornoces estilo europeo salí al salón.

Cuando entré, tío John estaba completamente vestido tomando su martini. Los otros bebían tequila. Fui a la barra y me serví un vaso de agua fría como el hielo. Eileen había desaparecido.

—Bueno, Julio, ¿qué es eso tan importante? —dije, apoyándome en la barra.

—Verita me dijo que había terminado ya de examinar los libros y que estaba convencida de que no había problemas.

—Así es.

—¿Tú qué piensas?

—¿De qué?

—De la proposición.

—Aún estoy pensándomelo.

—Tienes toda la información. ¿Qué más quieres saber?

Miré a Lonergan. Permanecía impasible.

—En realidad, nada más. Pero he de confesar que siento cierta curiosidad. ¿Qué pintas tú en todo esto?

—Yo soy el banco suizo —dijo Julio, suavemente.

Asentí.

—No pareces muy sorprendido.

—Es lógico. Aunque no suponía que tuvieses tanto dinero.

—He trabajado mucho.

Le miré a los ojos.

—¿Y por qué metiste aquí el dinero?

Se ruborizó.

—Mi familia es de aquí. Todos son campesinos pobres. Era una oportunidad de

hacer que esto prosperase un poco y favorecerles.

—Te habría salido más barato enviarles cien dólares al mes a cada uno.

—Nosotros somos gente muy orgullosa —dijo con aspereza—. No aceptamos caridad.

—Las relaciones familiares no son caridad —dije; bebí un trago de aquella agua gélida—. Estoy empezando a pensar que esto es demasiado rico para mi propia familia.

—Será una mina de oro cuando se autorice el juego.

—Julio, nos conocemos desde hace mucho tiempo. ¿Te he engañado alguna vez?

—No, teniente, nunca.

—Entonces no me engañes tú a mí. Los dos sabemos que no se va a autorizar el juego aquí. Al menos mientras no se autorice en todo México. ¿Crees que en Acapulco van a permitir que lo consigas tú antes que ellos?

—Sin embargo, tenemos promesas de los más altos funcionarios.

—Son promesas. Las creeré cuando lo vea. El propio gobernador me ha dicho que está esperando el permiso del Gobierno federal. —La yerba me había dejado la boca seca. Bebí otro sorbo de agua—: Sin juego, esto no vale nada.

Julio no contestó.

El viejo conde habló por primera vez desde nuestra entrevista:

—Podría ser muy rentable con todos los planes turísticos de los que usted me ha hablado.

—Si todos resultasen. Pero no con los costos que hay ahora. Y, como mucho, tendría suerte si cubriese gastos.

—¿Quiere decir que no le interesa el negocio?

—Digo que aún sigo pensándomelo. Entretanto, si tienen ustedes otra proposición, les doy libertad para que decidan lo que quieran.

El conde se levantó:

—Gracias por hablar con tanta sinceridad, señor Brendan. Volveremos a vernos cuando haya tomado usted una decisión.

—Sí.

Dieter se levantó y siguió a su padre hacia la puerta. Julio no se movió de su sillón.

—Me quedaré unos minutos más —dijo; esperó a que se cerrase la puerta y luego se volvió hacia mí:

—Bueno, teniente, ahora podemos hablar.

—No me creo ese cuento de la familia, Julio. Has de tener mejores razones para soltar cuatro millones.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo quince aviones particulares por semana. Todos en dirección norte.

No contestó. Alzó el vaso y tomó otro trago de tequila. Esbozó una sonrisa, pero había una extraña frialdad en sus ojos:

—¿Cómo te enteraste de eso?

—No puedes impedir que la gente hable, lo sabes de sobra.

—La gente que dice esas cosas puede terminar en la fosa.

—Esas cosas podrían apartarme del negocio si yo comprase este lugar.

—El hotel no tiene nada que ver con el tráfico de la pista, ni siquiera son propietarios de ella.

—Entonces, ¿de quién es? —Me eché a reír—. Entonces, ¿los Von Halsbach no están siquiera en el ajo? Les has dejado realmente en la estacada...

—Ellos hicieron el hotel, no yo.

—¿Y quién les hizo creer que iban a conseguir permiso para el juego? Tú tienes aquí muchos amigos. Ya me di cuenta de ello en el cóctel.

—No hubiese pasado nada de esto si Dieter no hubiese permitido que sus amigos maricas invadieran el lugar. Todo habría funcionado perfectamente.

—Nada puedes hacer ya respecto a eso.

Julio se volvió a mi tío. Su tono era muy respetuoso:

—¿Y qué interés tiene usted en esto, señor Lonergan?

—Solo soy un observador. No me interesa tu negocio. Ya sabes que no participo en el trato.

Julio se volvió a mí:

—Si compras esto, ¿cuál es mi posición?

—Tú no entras. El banco suizo puede seguir, pero esos aviones particulares no pueden acercarse aquí.

—Significa mucho dinero para mí.

—Es una decisión que tendrás que tomar para que yo tome la mía.

Julio se levantó:

—Los dos tenemos mucho que pensar.

—Así es. —Cuando se fue, me volví a mi tío:

—¿Qué me dices?

—No sé. Debe significar para él un millón por semana en total. No va a dejarlo así tan fácil.



—Julio está muy nervioso —dijo Verita durante la cena—. Cree que no le miras con buenos ojos.

—Pero si me cae muy bien. Lo que pasa es que no quiero meterme en ningún negocio suyo.

—No le invitaste a cenar.

De pronto comprendí. El honor, todo era cuestión de honor. Después de todo, éramos viejos amigos. Habíamos estado juntos en el Ejército.

—¿Dónde está?

—En su habitación.

—Llámale y dile que baje. Dile que yo suponía que vendría también, que por eso no le dije nada.

Asintió y se levantó de la mesa.

Eileen me miró.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Nada.

Miró a Lonergan:

—¿Por qué no le dijiste que se quedase en el negocio de las revistas, tío John? ¿Qué necesidad tiene de todo esto?

—Nunca ha hecho caso a nadie. ¿Por qué iba a empezar a hacerlo ahora?

Volvió Verita.

—Bajará ahora mismo. Se puso muy contento.

Apareció cinco minutos después, resplandeciente con su traje tropical. Todo sonrisas.

—Perdona mi retraso —dijo.

Unos minutos después llegaron Dieter y Marissa y tuvimos otra soberbia cena, de la que todos nos levantamos saciados.

—Hay un espectáculo de mariachis y danzas nativas en la playa esta noche. Si quieren ustedes asistir... —dijo Dieter.

—Yo no soy tan joven como todos vosotros —dijo Lonergan—. Me iré a la cama.

Le miré. En Los Ángeles nunca se acostaba antes de las cinco de la mañana, y era solo medianoche.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Perfectamente. Pero es que no estoy acostumbrado a tanto sol y tanto aire fresco.

Dio las buenas noches y se fue.

Dieter nos condujo a todos a la playa. Brillaba una hoguera y había mantas extendidas en la arena. Junto al fuego, un grupo de cinco músicos tocaba *La cucaracha*. Tomamos unas cuantas mantas, las agrupamos y nos sentamos. También otros huéspedes del hotel se esparcieron por la playa.

Dieter sacó una pitillera de oro y nos ofreció a todos.

—¿Un cigarrillo?

La droga era dinamita y enseguida me puse a volar. Observé a las chicas que acusaban también los efectos. Al igual que Dieter. Sin embargo, Julio fumó tranquilamente su porro como si no le produjera ningún efecto.

Empezó el baile. Eran todos aficionados, pertenecían casi todos al servicio del hotel, pero se notaba que les gustaba mucho lo que hacían. El ritmo era muy pegadizo. De pronto, Marissa se levantó y se puso a bailar con ellos. Luego lo hizo Verita y, tras ciertas vacilaciones, también Eileen. Julio las miraba sonriendo. Verita se inclinó y tiró de él, arrastrándole al baile.

Julio y Verita lo hacían tan bien que al cabo de un rato todos dejaron de bailar

para mirarlos. Me tumbé en la manta.

Dieter se sentó frente a mí:

—Debe pensar que somos tontos, señor Brendan, que no sabemos lo que pasa aquí.

Le miré en silencio.

—Sin embargo, piense que no podemos hacer nada. Debe recordar que somos forasteros y que una orden de ellos podría significar que nos quedásemos sin nada de lo que poseemos.

—Si puede pasarles eso a ustedes que son ciudadanos mexicanos, imagínense lo que podría pasarme a mí.

—No es lo mismo. Usted es un gringo. Y aunque no les gusten los gringos, respetan el dinero y los negocios que pueden ustedes traer. No se atreverían a indisponerse con usted. Además, está su tío.

—¿Qué tiene que ver mi tío?

—Es un hombre muy importante en Los Ángeles, ¿no? Creo que es el único hombre al que Julio respeta. —Encendió otro petardo—. Julio es aquí un hombre muy importante, pero su tío es más importante aún. Nos han dicho que sin permiso de su tío, Julio no podría hacer nada en Los Ángeles.

Julio seguía bailando con Verita, sonriente y feliz. Los otros hombres que había alrededor mirándoles, se parecían todos a Julio. Estaba realmente en su casa.

No obstante, Lonergan se había ido a la cama. De pronto comprendí que había cambiado desde la aparición de Julio. Se había encerrado en sí mismo, como el jefe que no quiere relacionarse con un subordinado. Recordé que una vez había dicho: «¿Cuánto tiempo crees que te habría protegido Julio si yo no hubiese dado el visto bueno?».

Me volví a Dieter:

—¿Qué sabe usted en realidad? —le pregunté.

—Lo suficiente para decirle que Julio no dejaría jamás de utilizar la pista de aterrizaje por usted. Solo su tío podría obligarle a hacerlo.

treinta y seis

Me quedé tendido en la manta, dejando que la música girara a mi alrededor mientras yo flotaba por las estrellas. El cielo de la noche era de un negro púrpura y las estrellas, como lucecitas de un árbol navideño, se encendían y se apagaban intermitentemente. Yo me abría paso entre ellas, preguntándome si existiría en realidad Santa Claus.

En mi oído sonó suave la voz de Marissa:

—Tu novia es muy bonita.

Me volví.

—Ella dice lo mismo de ti. —Le pasé el petardo; dio varias caladas y me lo devolvió.

—Estoy triste —dijo.

—¿Por qué? Esta vida es maravillosa.

—Nada es lo que parece, ¿no crees?

—La realidad es lo que uno ve. Aunque nadie más en el mundo viese lo que ves tú, no por eso sería menos real.

—Tienes respuesta para todo —dijo sonriendo.

—Ojalá fuese así —me senté—. La vida sería más simple.

Una carcajada llamó nuestra atención. Los modelos, Bobby, los del equipo fotográfico y King Dong se habían unido a la fiesta. Saltaban alrededor de la hoguera. Bobby se echó en la manta junto a mí.

—No pude detenerles cuando oyeron la música.

—No te preocupes, deja que se diviertan.

—Pero no conseguiré que se levanten mañana para empezar a trabajar a las siete.

—Tranquilízate —dije, y le pasé el porro.

Aspiró profundamente.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó.

—Bien.

—¿Has tomado una decisión?

—No, todavía no.

—Si es por dinero, mi padre me mandó decirte que le interesaba.

—No es cuestión de dinero.

Se volvió a Marissa.

—Me gustaría tomar unos planos tuyos.

Pareció no entender.

—Fotografías —expliqué.

—Oh —dijo ella, sonriendo—. No le entendía.

—Tienes un cuerpo magnífico —dijo Bobby—. Eres muy guapa.

—No me van esas cosas —dijo—. Me pondría muy nerviosa.

—Explícale que somos unos profesionales muy serios —me dijo Bobby.

—Estoy seguro de que ya lo sabe.

—Como director, no ayudas gran cosa. Haría una página central que sería pura dinamita.

—Si yo hiciese tu trabajo además del mío —dije—, sería Bob Guccione.

Dio otra calada al peta y luego me lo pasó y se levantó.

—Si no puedes convencerles, únete a ellos. La música es fantástica.

Iniciaron una nueva pieza y ofrecí la mano a Marissa.

—Vamos —dije.

—Espera un momento. —Dieter tenía en la mano una cucharilla de coca y un frasco—. Esto ayudará a poner el motor en marcha.

Antes de que terminásemos, estábamos rodeados por todos los demás, y la cucharilla y el frasco pasaron rápidamente de mano en mano. Cuando volvieron a Dieter, el frasco estaba vacío y todo el mundo estaba colocado. Dieter envió a por más coca y la fiesta empezó a animarse.

Los músicos tocaban a un ritmo más rápido y además de la coca y la yerba, Bobby sacó una caja con anfetanas. Al cabo de una hora estábamos todos empapados de sudor y pasados. Volví a la manta y me senté. Notaba los años.

Samantha, la modelo, fue la que empezó. Se quitó el sujetador y la falda.

—No puedo soportarlo —gritó, corriendo hacia el agua—. ¡Tonto el que llegue el último!

Al cabo de un momento, las otras modelos se quitaron la ropa y luego todos se mezclaron en un disparatado barullo desnudándose y corriendo hacia el agua. En medio de esto, la banda dejó bruscamente de tocar. Se hizo un silencio impresionante.

Alcé los ojos. Todos ellos, hombres y mujeres, miraban a King Dong. Lentamente, se quitó los pantalones. Se oyó una exclamación de asombro colectiva ante su desnudez.

A Dieter le brillaban los ojos. Julio estaba boquiabierto. Las chicas se quedaron mudas, fascinadas, incapaces de apartar los ojos de aquello. Miré a mi alrededor. El que dijese que las mujeres no reaccionaban ante un gran falo, estaba loco.

Fue la voz de Julio la que rompió el silencio:

—El toro.

Todos se echaron a reír.

—No puedo creerlo —dijo Dieter con un respeto casi religioso. Avanzó hacia él, pero King Dong había empezado ya a correr hacia el agua. Se lanzó sobre las olas olímpicamente, de cabeza. Pudimos ver cómo las chicas se congregaban a su alrededor y oír sus carcajadas cuando salía a la superficie.

Eileen se echó en la manta a mi lado.

—Me tiemblan las rodillas.

Me eché a reír.

—¿Tanto te impresionó?

—Estoy empapada. Estuve a punto de acabar mirándole. Y yo que creía que no me quedaba nada por ver.

—Es que aquellas eran solo fotografías. Esto es en directo, es la cosa real.

—Me pregunto cómo será cuando se excita —dijo.

—Nunca lo verás.

—¿Por qué no?

—Antes de alcanzar una erección media, el aparato le chupa toda la sangre del cuerpo y se desmaya —dije, muy serio.

—Qué gracioso —dijo ella, alzando la mano como si fuese a pegarme. Luego se echó a reír.

Vi que Marissa nos observaba con una expresión extraña.

Le tendí la mano. La tomó y la arrastré haciendo que se sentase a mi otro lado. Parecía muy seria. Me incliné y la besé. Tenía la boca suave y húmeda.

Al cabo de un momento, se apartó de mí.

—Creo que será mejor que me vaya a mi habitación —dijo.

—Creí que estabas conmigo.

Miró a Eileen:

—Ya no, ahora tienes aquí a tu novia.

—Nada ha cambiado. ¿Es que no somos todos amigos?

—Así es —dijo suavemente Eileen—. Amigos. —Acarició tiernamente la cara de Marissa—. Los amigos comparten. Los amigos se aman.

Marissa la miró sorprendida.

—No sé. Yo nunca... —vaciló, luego, de pronto, se estremeció—. Estoy muy cargada.

Se levantó bruscamente. Se quedó allí de pie, tambaleándose.

—Me voy a mi habitación —dijo. Consiguió dar dos pasos, pero luego se tambaleó otra vez y empezó a desplomarse.

La cogí antes de que tocara el suelo y la coloqué cuidadosamente sobre la manta. Estaba pálida y tenía el labio superior perlado de sudor. Comprobé el pulso. Era normal.

Eileen pareció asustarse.

—Solo se desmayó —dije tranquilizándola.

—¿Puedo hacer algo?

—No le iría mal una compresa húmeda en la frente.

Eileen corrió hacia el agua, soltándose el pañuelo que llevaba al cuello. No serviría de mucho, pero al menos Eileen se sentiría mejor. Lo único que podría ayudar realmente a Marissa sería el sueño.

Conseguimos llevarla al chalet entre los dos. La eché en el sofá. Vi entonces una nota en la mesita. La leí:

Gareth:

Pensé que estaríamos todos más cómodos si me trasladaba al edificio principal.

Te veré por la mañana.

L.

—Podemos echarla en el otro dormitorio —dije—. El tío John se ha trasladado al hotel.

Dejé a Eileen en el dormitorio desvistiéndola y salí al salón a prepararme algo para beber. Los efectos de las drogas se habían desvanecido. La bajada me había dejado extrañamente sobrio y despejado. La coca me producía ese efecto.

Salí con mi vaso al jardín y me eché en una tumbona. Oí desde allí el rumor de las risas de las modelos que volvían a su chalé y la voz de Bobby dando instrucciones a los del equipo fotográfico sobre la sesión del día siguiente. Luego se hizo de nuevo el silencio. Bebí un trago. La fiesta había terminado.

Eileen salió y se quedó de pie junto a la tumbona.

—Está dormida.

No contesté.

—Regresaré en el vuelo de la mañana.

La miré.

—No debí venir. No tengo nada que hacer aquí. Trabajo en la revista.

—Bueno, no hay ninguna razón para que te pongas así.

—Estaba celosa. Puedo aguantar con las chicas de Los Ángeles, pero cuando te vas me entra la paranoia y empiezo a pensar que puedes encontrar una que te guste de veras.

—No tienes por qué preocuparte —dije bromeando—. Si la encontrase, serías la primera en saberlo.

No parecía de humor para bromas.

—¡Vete a la mierda! —dijo furiosa—. No quiero ser la primera en saberlo. ¡Díselo a tu madre! Ella es la que anda siempre detrás de mí diciéndome que por qué no nos casamos. Tienes treinta y siete años y según ella ya es hora de que sientes la cabeza.

Aquello me sorprendió:

—¿De veras te dice eso?

—Sí —replicó ásperamente.

—¿Y por qué no me dice nada a mí?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —contestó—. Tu madre te tiene miedo. Dice que nunca pudo hablar contigo. ¡La próxima vez que me venga con eso, le diré que lo que tú hagas no es asunto mío!

La tomé de la mano.

—Calma —dije.

Se tranquilizó de pronto y la arrastré conmigo a la tumbona.

Le acaricié suavemente la cara y me di cuenta de que estaba llorando.

—No es para tanto —dije.

—Sí lo es —dijo ella, incorporándose—. Esta vez lo hice, ¿verdad? Violé todas las normas. Perdí el control.

Acaricié sus labios.

—Vamos, niña. No sabía que hubiese normas que reglamentasen cómo debe amarse la gente.

Me miró a los ojos un momento; luego apoyó la cabeza en mi pecho.

—Gareth —murmuró en voz baja—. ¿Por qué se han complicado tanto las cosas? ¿Por qué no puede ser todo tan simple como antes?

No contesté.

—¿Recuerdas cuando empezamos la revista? —continuó, en voz baja—. ¿Recuerdas que el día no tenía horas suficientes para nosotros, y recuerdas cuando me fui a vivir contigo a aquel pequeño apartamento encima de la oficina? Éramos solo tú y yo.

—Sí —dije, sin dejar de acariciarla. Pero pensé que los recuerdos eran cosas extrañas. Cosas íntimas. Cada cual recuerda solo lo que quiere recordar. Rechazamos como ajenas las cosas que no son importantes para nosotros.

Desde su punto de vista, tenía razón. Éramos solo nosotros dos. Pero se había olvidado de algo. Estaba también Denise.

treinta y siete

Eileen habló con voz cansada, colocando una carpeta en la mesa de la cocina delante de mí.

—Ahí tienes los «Viajes Mentales» del número de mayo. Mil palabras del viaje de él y mil doscientas del de ella.

—¿Cómo salen más palabras para ella que para él? —pregunté—. Ya sé que las mujeres hablan más, pero...

Estaba demasiado cansada para darse por aludida.

—Me resultan más fáciles las fantasías sexuales de las mujeres que las de los hombres. Pero de todos modos creo que no podré seguir haciéndolo. He agotado todas mis fantasías.

Abrí la carpeta. Con ilustraciones, el artículo podría cubrir seis páginas. Miré a Eileen.

—Aguanta, muchacha. Saldremos a la calle la próxima semana. Si las cosas van como espero, podrás contratar a media ciudad para que te ayude. —Miré el reloj; eran más de las dos de la madrugada—. Vete a casa y duerme un poco. Seguiremos mañana por la mañana.

—Mañana es domingo.

Miré de nuevo el reloj. Eileen tenía razón. Seiko lo confirmaba, y los japoneses no se equivocaban nunca. Al menos desde la Segunda Guerra Mundial.

—Quédate mañana en la cama y recupera sueño —dije.

—Aún tengo que escribir cuatro artículos y el episodio de la Fanny Hill moderna —dijo.

—Puede esperar hasta el lunes.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Bobby me dejó seis pruebas. Tengo que elegir las fotos, decidir cuál será el Supercoño y luego hacer el comentario y los titulares. Tengo el mismo problema que tú. Estoy quedándome sin ideas para las ninfomaníacas.

—¿Tienen que serlo todas? —preguntó ella.

Sonreí:

—Si aparece en todas las fotografías toqueteándose, ¿qué puede estar pensando?, ¿en ir a la iglesia el domingo?

—Es todo tan falso. A veces pienso... —se contuvo, luego se levantó.

—¿Qué piensas?

—No tiene importancia. Supongo que solo es el cansancio.

—Dilo. Si lo piensas, dilo.

—Hacemos que todo parezca vulgar, como si no hubiese en el mundo más que sexo. No estudié periodismo para esto.

—Tienes otras opciones. No tienes por qué hacerlo si no quieres.

—¿Tú tienes opciones, Gareth?

—Ya no. Antes creía que sí, pero ahora he aprendido más. Tenía grandes sueños cuando regresé de Vietnam. Venía dispuesto a decirles en qué mierda estábamos metidos. Pero nadie escuchaba; en realidad nadie se preocupó, salvo unos cuantos políticos con ganas de escalar. A la gente no le importaba un carajo. Ahora los sueños han muerto. Voy a darles lo que realmente quieren. Algo tan lleno de sus propias ilusiones como sus coches, su cerveza y su televisión.

—¿Crees eso de veras?

—No. Estoy justificándome. —Me levanté—. Pero creo que de algún modo he madurado. Nunca seré capaz de ajustar la sociedad a mi imagen, así que lo mejor es aceptar y sacar el máximo partido. Y el juego se llama «dinero». Si esto resulta, ganaré un montón.

—¿Te hará feliz eso?

—No lo sé, pero me sentía menos feliz cuando no tenía un céntimo. Y desde luego será mucho más cómodo ser desgraciado cuando sea rico.

Asintió, pensativa.

—Quizá tengas razón —dijo con un suspiro—. Seguiré tu consejo y me quedaré mañana en la cama.

—Bueno. Te acompañaré hasta el coche.

Las calles estaban casi desiertas, solo pasaba un coche de vez en cuando. Caminamos hasta la esquina, donde había aparcado el suyo.

Abrió la puerta, entró y bajó el cristal.

—Estoy empezando a pensar que es una estupidez ir a casa todas las noches y volver de nuevo a primera hora a la mañana siguiente.

No dije nada.

—Gareth, ¿por qué no me has pedido nunca que me quede?

—¿En ese apartamento? Ya sabes lo que es: una auténtica mierda, con papeles por todas partes.

—Has tenido chicas ahí. Y chicos también. ¿Por qué no yo?

—Tú eres distinta.

—¿Por qué? —preguntó—. También a mí me gusta hacer el amor.

Moví la cabeza.

—No es eso.

—Aún sigues considerándome una niña, pero no lo soy. Sé muy bien lo que piensas, y lo entiendo. Yo también lo he hecho con chicas. ¿Y qué? En realidad no es importante, pero las relaciones sí. Y tú eres importante para mí.

—Ya lo sé. Sin embargo, tú eres distinta. Eres un compromiso.

—¿Y tú no quieres compromisos?

—No mientras no sepa dónde estoy y quién soy. Giró la llave y encendió el motor. Sacó la cabeza por la ventanilla; la besé.

—Yo sé quién eres, Gareth —dijo suavemente—. ¿Por qué tú no?



—Hola, Gareth —la voz procedía del otro lado de la calle. Me volví y vi caminar hacia mí al muchacho delgado de chaqueta de cuero. La luz de la farola le iluminó la cara. Le reconocí, llevaba años trabajando en el Silver Stud.

Nos dimos la mano.

—¿Qué hay, Danny? —dije—. ¿Qué haces por aquí?

—Voy al Bulevar Hollywood a ver si encuentro algo. —Me miró a los ojos—. ¿Qué andas haciendo tú?

—Tengo que volver a trabajar.

No pudo evitar el tono ligeramente mordaz.

—La chica te dejó plantado, ¿eh?

Me eché a reír.

—Lo has adivinado.

—Amigo —dijo—, el mundo es un asco.

—¿No hay ambiente esta noche en el Silver Stud?

—Sí hay ambiente, sí, pero los chicos están echándome de allí. ¿Querrás creer que vienen de catorce, quince y dieciséis años, con el carné de identidad falsificado? A esos viejos les encantan los chicos. Supongo que ya soy viejo para ellos.

—Es jodido, pero aún te falta mucho para ser viejo.

—Veinticinco años es ser viejo en mi negocio.

—Es solo una racha de mala suerte; ya verás cómo cambian las cosas.

Movió la cabeza desalentado.

—Tengo que conseguir algo esta noche. Mi amigo está que muerde. Me chilla porque llevo varias semanas sin comprarle un regalo.

—Zúrrale.

—No me tomes el pelo; pesa dieciocho kilos más que yo. Si las cosas siguen así tendré que buscarme otro trabajo. Quizá me dedique exclusivamente al tráfico. —Me miró significativamente y bajó un poco la voz—. ¿Quieres un gramo de cristal de roca puro?

—¿Cuánto?

—Sesenta y cinco. —Vio mi gesto y añadió—: Cincuenta por ser tú.

Guardó los cincuenta y me pasó el sobre de celofán, que yo metí en el bolsillo.

—Gracias —dijo—. Será una ayuda.

Echamos a andar hacia la oficina.

—Nadie aprecia ya el estilo —dijo—. Lo único que quieren es carne joven.

No contesté.

—Dios mío, puedo superar a cualquiera de esos chicos. Si esos viejos supieran... Puedo hacer más con la lengua de lo que uno de esos jovencitos podría hacer con una cosa de sesenta centímetros.

Llegamos a la puerta.

—No te desanimes —dije—. La clase acaba imponiéndose.

—Sí —asintió—. Eso es cierto. —Me miró—. Se dicen cosas muy buenas de ti. Que vas a triunfar. Sobre todo ahora que te respalda Lonergan. Él solo ayuda a los ganadores. —Nos dimos otra vez la mano—. Buena suerte —dijo—. Ya nos veremos. —Buena suerte también a ti.

Vi cómo se alejaba rápidamente y doblaba por una calle lateral. Busqué entonces las llaves. No las necesité. La puerta se abrió en cuanto toqué el tirador. Luego recordé que no había echado el cierre. Entré, cerré y subí al apartamento.

Contemplé los papeles que había desparramados por la mesa de la cocina. El *Hollywood Express* era un juego de niños comparado con la nueva revista. Con el periódico todo había sido más fácil. Producción, tipografía, fotos, impresión. Con la revista todo era importante, hasta las grapas que la sujetaban.

Pensé en la coca que acababa de comprar. No me vendría mal una esnifada. Si era buena, me proporcionaría suficiente energía para trabajar unas cuantas horas más. Busqué una hoja de afeitar de un solo filo en el tablero y un cuadrado de cristal en el armario y puse el cristal encima. Parecía una roca blanca mellada algo más pequeña que mi pulgar y la luz se reflejaba en ella como en un montón de nieve. Moje el dedo índice, luego lo pasé por la coca y lo lamí. El sabor ligeramente salino y el hormigueo de la lengua me indicaron que era buena. Cuidadosamente, empecé a raspar la coca para que los fragmentos cayesen en la placa de cristal. Hice un montoncito y aún me quedaba una cantidad aceptable. Estaba muy prensada.

Eché el resto en la bolsita y piqué los fragmentos en un polvo fino. Luego lo separé en estrechas líneas. Había suficiente para cuatro buenas esnifadas. Enrollé un billete de diez dólares, esnifé una línea por cada ventanilla de la nariz y dejé lo demás a un lado para después.

Era buena coca. Me pegó casi inmediatamente. Sentí que se me aclaraba la cabeza y se me despejaban los ojos a la vez que la parte interna de la nariz empezaba a hormiguearme y a adormecerse como si estuviese taponada.

—Sí —dije, en voz alta.

Preparé una taza de café instantáneo, me senté y abrí la primera carpeta. Me eché a reír sonoramente ante el título: A DIVINE EL CARÁCTER DE UNA PERSONA A TRAVÉS DE SU CULO. La idea del artículo era que el culo decía tanto sobre el carácter como la cara. El artículo incluía toda clase de detalles sobre el significado de características como altura, anchura, dureza, etc., e indicaba lo que cada una de esas características podía significar. Le habíamos pagado al autor, un universitario amigo de Eileen, veinticinco dólares por él. Indudablemente se los merecía. Había hecho un estudio completo del tema. Cuanto más leía, más me reía, hasta que comprendí que lo estaba pasando demasiado bien. Nada podía ser tan divertido. Estaba tan alto como una cometa. Terminé el café. No tenía sentido intentar leer. Decidí revisar las fotos. Apagué la luz del techo y me acerqué al proyector. Lo encendí y llenó la pantalla la luz blanca.

Apreté el botón, la diapositiva encajó y me puse a contemplar el coño más grande y más cómico que había visto en mi vida. En mi mente relampagueó la imagen de un tren penetrando en el Holland Tunnel. Pulsé el botón otra vez. Esta vez era una vista posterior: marrón y rosa. Dos trenes, pensé, soltando una carcajada.

Apagué el proyector y me retrepé en el asiento. Era demasiado. No podía controlarlo. Estaba demasiado alto y no podía bajar lo suficiente para que aquello tuviese sentido ni siquiera para mí.

Creí oír un roce en la puerta del dormitorio, detrás de mí. Moví la cabeza. Vamos, ahora empezaba a oír cosas. Estaba solo en el apartamento. Pero oí rechinar la puerta otra vez y me levanté.

Y me di cuenta de que estaba pasado. Alguien había adulterado aquella coca con ácido y empezaba a alucinar. En la puerta del dormitorio vi a Denise, ataviada con aquel disfraz de doncella francesa que llevaba casi un año sin ponerse.

—Oh, mierda —dije.

Denise entró lentamente en la habitación con los ojos muy abiertos.

—Gareth —preguntó, en voz baja y vacilante—, ¿puedo volver a mi antiguo trabajo?

Guardé silencio un momento. Luego comprendí que no era una alucinación. Tendí los brazos hacia ella, me abrazó y apoyó la cara en mi pecho.

—Oh, niña —dije—, ¿dónde estabas?

La sentía temblar entre mis brazos. Su voz parecía perderse en mi camisa.

—Gareth, Gareth —dijo, quejumbrosa—, no me llamaste como me habías prometido.

treinta y ocho

Me montó como un jinete, las rodillas dobladas, los muslos contra mis caderas, utilizando las piernas como palanca para subir y bajar suavemente sobre mí. Era como si flotase en cálido aceite. Se inclinó de modo que sus pechos tocasen el mío y me besó. Luego, se deslizó sobre mí, aumentando la presión de su pubis. Se apoyó en la pared estremecida por otro orgasmo.

—¡Oh, querido! —exclamó.

Le sujeté la cara. Tras un momento, se incorporó y me miró. Aún estaba dentro de ella, pero no hizo ningún movimiento para que saliera. Me miró.

—Tus partículas energéticas están difusas —dijo.

Sonreí.

—Es natural. —Por la ventana, por encima de sus hombros, entraba la luz del día—. Llevamos horas así.

—Ese no es el motivo. Tengo la sensación de haber acabado mil veces. Pero tú ni siquiera acabaste una.

—Eso es la coca, que produce una erección interminable. Pero si sigo, lo conseguiré.

—No es la coca. Yo estoy ya en el tercer plano. Sé de esas cosas.

—Lo había olvidado —dije—. Paz y amor.

—Paz y amor —contestó automáticamente—. Sé mucho más ahora que cuando estuvimos juntos la última vez.

Se apoyó en las rodillas y se alzó hasta ponerse sobre mi cara.

—Bébeme —dijo.

Le puse una mano en cada nalga y la bajé hasta mí. Era miel y mirra, granadas y mandarinas, vino tibio y rocío de la montaña, y todos los dulces sabores del amor. Sentí tensarse los músculos de sus nalgas cuando volvió a estremecerse y me bañé en su dulzura.

Esta vez se tendió de espaldas, respirando pesadamente.

—No puedo dejar de acabar —dijo—. Me siento como si hubiese tenido el conductor cinético dentro una semana entera.

No dije nada.

Al cabo de un momento, se incorporó y se inclinó sobre mí. Cerró la mano sobre mi pene y lo contempló.

—Es hermoso —dijo, besándolo. Luego, tomó el glande con la boca y lamió la punta suavemente. Después, lo aproximó al carrillo con los ojos cerrados.

—Me gustaría que pudieses acabar —dijo.

—Ya te lo dije. Es la coca.

Abrió los ojos y me miró.

—No, no es la coca.

—Entonces, ¿qué es?

—Estás enamorado de ella —dijo.

—¿Enamorado? —dijo, con sorpresa—. ¿De quién?

—De Eileen.

—Estás chiflada.

—No, no lo estoy —dijo muy seria—. Ya te dije que estoy en el tercer plano. Ahora veo las cosas con más claridad. Estaba en la acera de enfrente cuando saliste con ella. Vi vuestras auras cuando os acercabais al coche. Se fundían con amor, y cuando la besaste había luz suficiente para transformar la noche en día.

—¿Qué más viste? —pregunté.

—Había un hombre en un portal, enfrente del coche. Estaba esperándote. No le vi, pero sentí su aura y supe que no quería hacerte daño, así que subí a la oficina.

No dije nada.

—Hay algo que no comprendo —continuó; había desconcierto en su voz—. ¿Por qué no está ella aquí, contigo?

La miré.

—No me importaría —dijo—. Yo te amo y vosotros os amáis y, por lo tanto, también la amo a ella.



Desperté a última hora de la tarde; el sol empezaba a caer por el oeste. Me incorporé y busqué un cigarrillo. La puerta del dormitorio estaba cerrada, pero oí la música de la radio. Encendí el cigarrillo y entré en el baño. Cuando salí, ella estaba esperándome con una bandeja en la mano.

—Vuelve a la cama —dijo.

—Tengo que trabajar.

—Vuelve a la cama y tómate el desayuno —dijo, con firmeza—. Hoy no trabajas. Tienes que dejar que se reagrupen tus partículas energéticas.

Se me hacía la boca agua con el olor del café recién hecho y el filete y los huevos. No me había dado cuenta del hambre que tenía. Volví a acostarme y colocó la bandeja sobre mis piernas.

Tomé el zumo de naranja mientras ella servía el café.

—No sabía que hubiese comida en la nevera.

—Fui a la tienda mientras tú dormías —dijo—. En la nevera no había absolutamente nada.

Terminé el zumo y empecé a comer. Me observó un momento y luego volvió a la puerta:

—Lláname cuando hayas acabado y vendré a por la bandeja. Luego volverás a dormir.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Arreglar un poco esto; hay un desorden increíble. Esto lleva meses sin limpiarse.

Cerró la puerta y empecé a cortar el filete. Estaba perfecto, rosado y casi crudo, y los huevos justo como a mí me gustaban, las yemas calientes pero suaves aún. Limpié el plato como si llevase meses sin comer.

Denise parecía tener un sensor incorporado, porque entró justo cuando terminaba y me servía la segunda taza de café. Recogió la bandeja.

—Deja la cafetera —dije.

—No más de dos tazas, quiero que vuelvas a dormir.

—Pero si no tengo sueño.

Me equivocaba. Me recosté solo un momento para descansar los ojos y cuando desperté eran las nueve. De nuevo pareció funcionar un sensor interno, porque entró en el dormitorio justo cuando yo despertaba.

—¿Qué echaste en la comida? —pregunté—. Me apagué como una bombilla.

—Nada. Simplemente necesitabas dormir. Ahora date un buen baño caliente y relájate, mientras yo cambio la ropa de la cama. Después puedes ponerte ropa cómoda y salir a cenar. Tengo un magnífico pollo haciéndose en el horno.

Nada podía decir. Llevaba mucho tiempo sin sentirme tan bien. Me levanté de la cama y la besé en la nariz.

—Dime, ¿por qué eres tan buena conmigo?

—Ya te lo dije. Te amo —contestó con toda naturalidad—. Ahora métete ahí y date un baño.

Encontré un porro ya liado en la mesita de noche y entré en el baño con él. Me encantaba fumar en la bañera, sumergido en agua caliente. No conocía un medio mejor de relajarme y sentirme bien. En vuelo, pero no demasiado, en vuelo y tranquilo. Cuando salí de la bañera, una media hora después, el mundo entero resplandecía. Terminé de cepillarme el cabello, pero cuando busqué la bata no estaba. Entré en el dormitorio y la encontré, recién lavada y cuidadosamente planchada, sobre la cama. Me la puse y entré en la sala. Quedé paralizado de sorpresa.

Había cambiado los muebles y la habitación no parecía la misma. Era como si de pronto fuese el doble de grande.

Ahora, la zona de trabajo quedaba junto a la puerta de entrada, en una distribución justa y medida, en vez de desparramarse por toda la habitación, como antes. El sofá estaba pegado a la pared, al fondo. Había una mesa de cóctel enfrente y un sillón haciendo ángulo recto, de forma que se creaba allí un agradable rincón para la charla. La mesita redonda de comedor ya no estaba en la cocina sino frente a la ventana. Y maravillosamente puesta, con un mantel rosa, platos, vasos y cubertería. En el centro de la mesa había una combinación de palmatoria de cristal y jarrón de flores, que contenía una sola rosa y una vela roja encendida. Al lado había colocado una botella de Château Mouton Rothschild, ya abierta y esperando.

Pero fue la visión de Eileen avanzando hacia mí, con una trémula sonrisa en los

labios, ofreciéndome un whisky con hielo lo que realmente me desconcertó.

—¿Te gusta? —preguntó—. Hemos estado trabajando toda la tarde.

La miré como un idiota.

Denise entró con una maleta.

—Sentaos y bebed tranquilamente mientras yo ordeno la ropa de Eileen.

Por fin recuperé la voz.

—¿Cómo te dio por venir? —pregunté a Eileen.

—Yo la llamé y le expliqué lo de vuestras auras —dijo Denise.

—Esto es una locura —dije.

—¿De veras? Si vieses el aspecto que tenéis los dos ahora. Tu incandescencia ilumina toda la habitación.

Entró en el dormitorio y miré a Eileen:

—¿Tú crees en todo eso?

—Tengo que creerla. Estoy aquí, ¿no?

Dejé el vaso y me abrazó. Sus labios eran suaves, su boca cálida y dulce y la presión de su cuerpo contra el mío era como un reflejo de mi propio cuerpo que este hubiese deseado desde siempre.

La mesa estaba puesta solo para dos, y cuando le pedí a Denise que nos acompañara, se negó.

—Vuestras auras aún no están preparadas para mí —dijo.

No sé de lo que hablamos Eileen y yo. La cena fue deliciosa, pero no me acuerdo de lo que comimos. Luego, bruscamente, fue medianoche y Denise había desaparecido. Ninguno de los dos la había visto marchar.

—¿Dónde se fue?

—No lo sé. Bebí un sorbo de vino.

—¿Crees que podría ser Cenicienta?

Eileen se echó a reír.

—No, Cenicienta soy yo, y tú eres el Príncipe.

Tomé la botella de vino.

—Vamos al dormitorio.

Abrí la puerta y me quedé allí parado un momento. Denise había aplicado allí también su magia. La cama estaba abierta, brillaba una vela en la mesita de noche, y en la almohada había una nota.

Eileen se acercó a la cama y leyó la nota.

—¿Qué dice? —pregunté.

—Paz y amor.

Puse la botella en la mesita.

—No me contaste lo que te dijo para hacerte venir.

—Dijo que tú no podrías acabar más que conmigo. Que yo era la única que podía conseguir que se reagrupasen tus partículas energéticas y que tu personalidad se integrase de nuevo.

—¿Y lo crees?

—Por supuesto que sí —dijo—. Me contó que habías estado haciendo el amor toda la noche y no tuviste un solo orgasmo.

Se acercó a mí y empezó a abrirme la bata. Se inclinó y posó los labios en mi pecho.

—No va a ser así esta noche —dijo, trazando con sus dedos una suave línea por debajo del centro de mi cuerpo.

No sabía yo entonces hasta qué punto tenía razón ella, pero lo descubriría. Estar dentro de ella no era sexo... era irse a casa. Beberla a ella no era beber... era trasegar los jugos de la vida. Chupar sus pechos era ser su hijo y alimentarse de la leche que ella había hecho para mí y cada vez que me la daba, la tomaba de mí porque ella era la eterna fuente de mi vida.

Me eché sobre la almohada, con su cabeza descansando en mi hombro. Volvió la cara hacia mí:

—Te amo —dijo.

Cuando iba a contestar, puso un dedo en mis labios silenciándome.

—No digas nada. Aún no, aún no es el momento. Guardé silencio. Sabía que tenía que aprender aún muchas cosas sobre mí mismo.

—Dame el beso de buenas noches, amor mío. Durmamos.



Desperté con la primera claridad del día. Contemplé a Eileen. Estaba profundamente dormida; había en su rostro un aire suave y vulnerable. Deseé acariciarla, pero, en vez de hacerlo, dejé la cama silenciosamente, eché las cortinas y salí de la habitación en penumbra a la sala. Entré en la cocina, encendí la luz y empecé a llenar la cafetera.

—Yo me ocuparé de eso —dijo detrás de mí la voz de Denise.

Me volví. Estaba allí en el quicio desnuda.

—¿De dónde sales?

—De allí —dijo, señalando.

Seguí su dedo y vi la sábana, la manta y la almohada en el sofá.

—Creí que te habías ido —dije.

—¿Cómo iba a irme? —dijo, quitándome la cafetera de la mano—. Trabajo aquí, ¿no? —Empezó a echar el café—. Pensé que sería mejor dejaros a los dos solos un rato.

—Fuiste muy amable —dije—. ¿Cuándo volviste?

—En cuanto apagasteis la luz de la sala.

—Entonces, ¿has estado aquí toda la noche?

—Sí —sonrió—. Fue hermoso. Yo tenía razón, sabes. Ella reagrupó tus partículas energéticas. Acabaste cuatro veces.

—No llevé la cuenta —dije, sarcástico—. ¿Qué hiciste tú? ¿Mirar por el ojo de la cerradura?

—No tengo necesidad —dijo, muy seria—. Estoy conectada con tu aura. Acabé contigo cinéticamente las cuatro veces.

—Oh —dije irritado—. Ahora resulta que no voy a poder tener nunca vida privada. Esto no va a resultar, sabes.

—No seas tan negativo. Nos complementamos muy bien. Todo funcionará perfectamente.

Se acercó más a mí y me acarició.

—¿Ves? —dijo—. Sé de lo que hablo. Te has excitado. Lo sentí en tu aura cuando entraste en la habitación.

La contemplé mudo de asombro.

—¿Hacemos el amor mientras se prepara el café? —preguntó, muy seria.

Esto me desmoronó. Pareció sorprenderse. La besé en la cabeza.

—Sabes perfectamente que eres muy guapa —dije—. Pero en este momento necesito ir al baño.

treinta y nueve

Macho salió a la venta la tercera semana de abril. El lunes siguiente alcanzó su punto culminante la campaña publicitaria. Nuestros anuncios aparecieron en cincuenta y cinco emisoras de televisión independientes, en cuatrocientas emisoras de radio y en ciento sesenta periódicos de ciudades clave de todo el país. Era una verdadera campaña de saturación y estaba previsto que durase toda una semana, pero no fue así.

El miércoles fuimos eliminados completamente de la televisión. Solo veintiún periódicos siguieron aceptando nuestra publicidad y solo unas ciento cuarenta emisoras de radio seguían transmitiéndola. El viernes la policía de varias ciudades retiró la revista de noventa y tres puestos de venta y detuvo a cuarenta y dos vendedores. La cadena periodística Hearst publicó un editorial en todo el país lamentando el que pudiese anunciarse una revista así, sin mencionar el hecho de que también ellos habían publicado los anuncios el lunes y el martes. El domingo, dos detectives del Departamento de Policía de Los Ángeles me entregaron una citación para que compareciera ante el juez el viernes siguiente para responder a las acusaciones de quebrantar la ley y ofender la moral pública. La noticia fue recogida por las agencias y saltó a los medios de información nacionales, televisión, radio y prensa. El miércoles, dos días antes de que tuviese que comparecer ante el juez, Ronzi me pedía a gritos que siguiese imprimiendo. Lo habíamos vendido todo. Un millón de ejemplares. No quedaba ni uno.

El jueves por la noche, Phyllis Diller, que sustituía a Johnny Carson en *El espectáculo de esta noche*, apareció en su monólogo inicial con un gigantesco sombrero blanco vaquero y una bolsa de plástico de limpieza en seco encima del vestido en el que había pintado un bikini amarillo de encaje. Llevaba un revólver de seis tiros en cada mano. En un belicoso primer plano, desafió a la cámara diciendo con voz aguda y estridente: «¿Eres lo bastante hombre... para arrancarme el bikini?». Mientras, Doc Severinsen tocaba *Pistol packin Mama* al fondo. El público se entusiasmó.

Nos habíamos reunido todos para ver el programa; nos lo había dicho uno de los distribuidores del Este, que lo había visto tres horas antes que nosotros.

—Después de esto, hay que seguir imprimiendo —dijo Ronzi—. Podemos vender otros quinientos mil ejemplares.

—Ni hablar. Acabo de decirles que empiecen con el próximo número.

—Eso significa que no tendremos nada en circulación en más de dos semanas.

—Así es.

Se volvió a Lonergan.

—¿No puedes hacer que me escuche?

Lonergan sonrió.

—El director es él.

—Dios mío —gimió Ronzi—, tenemos otros trescientos mil en las manos y los dejas escapar.

—No lo creo. Pienso que esto hará aumentar sus deseos y que comprarán el próximo número solo para ver lo que se han perdido.

—Pero yo pierdo dinero —dijo furioso Ronzi.

—No, ganas. Conseguiste ya una bonificación de un cinco por ciento en el primer número.

—Dame las mismas condiciones con el próximo número y te colocaré otro millón de ejemplares. Me eché a reír.

—Eso fue solo un medio de indicarte lo que podía hacerse. No hay bonificación. Pero te daré otra cosa. He ordenado a la imprenta que tire un millón doscientos cincuenta mil.

—Tú estás chiflado. ¿Por qué crees que vas a vender tantos?

—Tú también lo crees. Si no, no me pedirías otra vez las mismas condiciones que en el primer número.

—¿Qué vais a poner en la portada?

—Me ajustaré básicamente a la misma idea. Solo que esta vez la chica nos dará la espalda. Estará encogida, con las manos en las rodillas. Llevará un gorro en la cabeza y nos mirará por encima del hombro. Vestirá una minifalda roja que apenas la cubrirá. La falda estará adherida con un pegamento especial y podrá quitarse fácilmente. El texto es prácticamente el mismo: «¿Es usted lo bastante hombre... para arrancarme la falda?».

Ronzi cabeceó aprobatoriamente.

—Me gusta.

—Gracias. ¿Cuáles son las últimas noticias sobre los vendedores detenidos?

—Todos salvo dos están fuera, en unos casos porque se ha rechazado la acusación, en otros porque solo les han puesto una pequeña multa. Hemos gastado hasta ahora unos once mil dólares, incluyendo gastos legales.

—¿Y los dos que quedan?

—No comparecerán ante el juez hasta la próxima semana. No creemos que haya ningún problema.

—Bien, manda cien dólares a cada uno de los detenidos como muestra de mi estimación por su apoyo.

—Eso es una locura. Si corre la noticia, todos los vendedores del país acudirán a la policía a suplicar que les detengan.

Me eché a reír.

—Hazlo de todos modos.

—Vale, vale. El dinero es tuyo.

Después de irse Ronzi, le dije a Lonergan:

—Espero salir mañana tan fácilmente como los vendedores.

—No tienes por qué preocuparte —dijo, tranquilamente—. Retirarán las acusaciones.

Y eso fue exactamente lo que sucedió.

Acudí con un abogado, pero podría haber ido solo. Ni siquiera tuvo oportunidad de decir una palabra. Una vez leídas las acusaciones, y antes incluso de que se me pidiese exponer mi alegación, el juez llamó al abogado y al fiscal.

Intenté oír lo que decían. El fiscal murmuraba algo sobre edición y distribución de pornografía. Le contestó el juez. No alcancé a oír más que unas cuantas palabras. «No tiene aplicación según las normas... violar la ley de... y ofender la decencia pública.» Hizo un gesto a los abogados dando por concluido el intercambio y pidió silencio antes de que llegasen a sus mesas.

—Se rechazan los cargos presentados aquí contra el acusado por considerarse improcedentes.

Los periodistas y los cámaras de televisión esperaban en el pasillo. Cuando salí, me rodearon.

—¿Está usted satisfecho de la decisión del juez?

—Por supuesto —contesté.

—¿En qué cree usted que se basó el juez para tomar esa decisión?

Miré a mi abogado. Al fin tenía oportunidad de hablar:

—Creo que el juez rechazó las acusaciones que se hicieron contra el señor Brendan porque comprendió que no eran más que un intento de presión, al no poder emprenderse una acción legal positiva contra el señor Brendan de ningún otro modo.

—¿Significa eso que su revista volverá a ponerse a la venta?

—Nunca ha llegado a prohibirse —dije.

—Intenté comprar un ejemplar y no lo encontré en ningún sitio —dijo el periodista.

—Eso es porque se ha agotado la tirada.

—¿Dónde podríamos comprar un ejemplar, entonces?

—Pruebe con su vecino. Si él no se lo vende, quizá se lo preste.

—¿Seguirá publicándose la revista?

—Sí. El próximo número ya está en imprenta, y se distribuirá dentro de unas dos semanas.

—¿Será la portada del próximo número tan provocativa como la de este?

—Dejaré que juzguen por sí mismos —dije. Abrí la carpeta de cuero y saqué la maqueta de la portada. La alcé para que todos pudieran verla. Empezaron a dispararse los *flashes* y pude ver las cámaras de televisión enfocándola.

Así fue como salió por televisión la portada del número siguiente. Se agotó en la primera semana y luego tuvimos que aumentar la tirada entre cincuenta y cien mil ejemplares cada mes. Seis meses más tarde, *Macho* vendía una media mensual de un millón quinientos mil ejemplares y obteníamos un neto de más de medio millón de dólares de beneficios en cada número.



En agosto comprendí que habíamos entrado en la órbita de los grandes negocios. No teníamos suficiente con la oficina y alquilamos otros locales vacíos de la misma manzana y luego nos vimos obligados a alquilar otro local más, a unas manzanas de distancia. La oficina original pasó a serlo de contabilidad y redacción. Verita tenía siete empleados y dos secretarias en su departamento; Eileen doce lectores y redactores y cuatro secretarias. En otro de los locales instalamos el estudio fotográfico de Bobby, que tenía ya un equipo de cuatro fotógrafos y dos ayudantes, más un encargado de accesorios, un escenógrafo, un sastre, un director fotográfico y dos secretarias. En otro de los locales se instaló el departamento de producción y servicios mecánicos con doce empleados, y en el de más reciente adquisición, los de correspondencia, dibujo e ilustraciones. Incluyendo las dos telefonistas, ocultas en su centralita bajo la caja de la escalera de la oficina central, teníamos un total de sesenta y cuatro empleados.

Ya no había forma de que Denise pudiera mantener el apartamento en orden. Había reuniones allí día y noche. Estaba constantemente desordenado, pese a los servicios del grupo de limpieza que venía por la noche.

El calor de aquel día de agosto se había prolongado por la noche y el aire del apartamento era sofocante, pese a los acondicionadores de las ventanas. La reunión del equipo editorial se aproximaba a su fin. Pasaba de la medianoche y habíamos empezado a las nueve.

—¿Alguna cosa más antes de que terminemos? —pregunté.

El joven negro que llevaba el departamento de correspondencia alzó la mano.

—Yo tengo algo, señor Brendan —dijo, vacilante. Era la primera vez que abría la boca en los tres meses que llevaba asistiendo a las reuniones.

—¿Sí, Jack?

Miró a los presentes tímidamente.

—No sé si es interesante o no, pero ¿recuerdan las series de artículos que publicamos sobre consejos matrimoniales y afrodisíacos hace unos meses?

—Sí.

—Desde que empezaron, hemos estado recibiendo entre quinientas y seiscientas cartas por semana preguntando dónde se pueden comprar esos productos.

—Hay que redactar un modelo de carta comunicándoles que acudan a su *sex shop* más próxima —dije.

—Casi todas las cartas proceden de pueblos pequeños y lugares donde no tienen

nada parecido a una *sex shop*. No sabrían lo que es si se tropezasen con una, y aunque lo supiesen, tengo la sensación de que les daría demasiada vergüenza entrar.

Vi que se proponía algo concreto.

—Eso es bastante probable —dijo, alentándole.

—Empecé a pensar en el asunto —continuó, más confiado—. Así que me acerqué a esa *sex shop* que hay junto al cine Pussycat y charlé un rato con el propietario. Se emocionó mucho y dijo que compraría dos páginas completas de publicidad en cada número. Cuando le expliqué que seguíamos la política de no aceptar publicidad, se ofreció a organizar un departamento de venta por correo y a pagarnos una comisión de un veinte por ciento del total de las ventas.

—Eso es interesante —dijo. Tenía, sin embargo, la sensación de que aún no había acabado.

—Eso pensé yo —dijo—. Así que hice unas comprobaciones más. Descubrí dónde podía comprarse la mayoría de ese material. Descubrí también que los beneficios son fabulosos... entre el doscientos y el mil por cien. Así que el veinte por ciento que nos ofrece no significa nada.

—Tienes una idea concreta, ¿no?

—Sí, señor —dijo—. Tenemos un gran sótano en el local de la manzana contigua. Puedo llenarlo con los artículos más populares y si cumplimentamos los pedidos de las cartas podremos obtener un total bruto de entre treinta y cuarenta mil dólares al mes, del que por lo menos un cincuenta por ciento sería beneficio neto.

Asentí. Hiciésemos o no el negocio de las ventas por correspondencia, Jack no iba a seguir mucho tiempo en el puesto que tenía. Era demasiado útil.

—Bien pensado —dijo—. Háblalo con Verita y calculad lo que podría costar la operación. En cuanto tengamos los datos sobre el papel, tomaré una decisión.

—Gracias —dijo él.

Miré a mi alrededor.

—¿Algo más?

No había más y la reunión se disolvió. Quedamos solo Bobby, Verita, Eileen, Denise y yo. Eileen y Denise se pusieron a retirar los vasos y a vaciar los ceniceros.

—¿Qué piensas de la idea de Jack? —pregunté a Verita.

—Es interesante. Me lo comentó hace dos semanas. Le dije que siguiera estudiando el asunto.

—No me lo dijiste.

—Era idea suya —dijo, sonriendo.

Eileen y Denise volvieron y se sentaron.

—Tenéis todos un aspecto horrible —dijo Bobby.

—Es que no se acaba nunca —dijo Eileen.

Bobby metió la mano en el bolsillo y sacó un frasco de coca y una cucharilla de oro.

—Creo que nos vendría bien a todos una esnifada. Nuestro problema es que

estamos demasiado ocupados ya para divertirnos.

Esnifé un poco por cada ventanilla de la nariz y le pasé el frasco a Eileen. Ella esnifó también y lo mismo hicieron Denise y Bobby, pero Verita pasó.

Sentí una pequeña subida, pero no mucho. La coca estaba muy adulterada.

—¿Qué fotografiáis mañana? —pregunté a Bobby. Sonrió.

—Creo que esta vez tenemos algo bueno.

—¿Sí?

—¿Has visto las gemelas de la oficina de Paul Gitlin? Las nuevas secretarias de la sección jurídica. Son algo impresionante, deben de tener diecinueve o veinte años aproximadamente. Las convencí para que hicieran una sesión.

—¿Lo sabe Paul?

—¡Qué va a saber! —dijo Bobby, soltando una carcajada—. Ya sabes lo puritano que es. Me mataría si lo descubriese. Y tiene tan asustadas a las gemelas que tuve que prometerles que las fotografiaría disfrazadas.

—¿Y cómo vas a arreglártelas?

—Tengo una magnífica idea —dijo—. Grandes gafas de sol e inmensas pelucas. Y para la página central las fotografiaré juntas, una de rodillas y la otra de espaldas, con las piernas abiertas. Los primeros supercoños gemelos.

Me eché a reír.

—Sería divertido que Paul las reconociese de todos modos.

Sonrió.

—Si lo hace, quizá no sea tan puritano como pensamos que es. Pero no creo. Tuve que prometerles a las chicas que les daríamos trabajo si las echaba.

—¿Son buenas secretarias? —pregunté.

—Paul dice que son las mejores que ha tenido.

—Entonces no hay problema. Siempre viene bien gente válida. Quizá debieses procurar que lo descubriera.

Bobby se levantó.

—Ahora tengo que irme. Quiero pasar por el Silver Stud y ver cómo está el ambiente. ¿Vienes?

—No, gracias. He tenido bastante por hoy.

—También yo —dijo Verita—. Me voy a casa a dormir. Mañana vendrán los interventores temprano a terminar la revisión de nuestras operaciones de los seis primeros meses.

—¿Y cómo anda la cosa? —pregunté.

—Me da miedo decírtelo. Los resultados son demasiado buenos. Ni yo misma lo creo.

—Bueno, dame una idea.

—¿Podrías creer que tu responsabilidad fiscal supera el millón y medio en este momento? Y no hay modo de ocultarlo. Quizá tengamos que pagar esa cantidad al Gobierno.

—Puede que no tengamos que hacerlo —dije, sonriendo.

—Eso es que sabes algo que yo no sé. Explícate.

—Tengo una idea para otra revista.

—¡Maldita sea! ¡Es el colmo! —explotó Eileen—. Haré la maleta y me iré de aquí esta misma noche.

—¿Por qué?

—¡Por tu culpa, imbécil! —replicó—. Estamos viviendo en este cuchitril de mierda como cerdos, sin disponer de un momento, y aún no te has convencido de que eres rico y puedes vivir como quieras. Ni siquiera has comprado un coche. ¡Aún andas pidiendo que te lleven y mangando cigarrillos a todos los que te rodean!

Entró en el dormitorio dando un portazo. Un momento después, se levantó Denise y la siguió.

Me volví hacia Verita. No se me había ocurrido realmente que la situación fuese aquella.

—¿Es cierto lo que dijo? ¿Soy rico?

Verita asintió.

—Eres rico.

—¿Cuánto?

Lanzó un suspiro y dijo:

—Has acumulado unos dos millones de dólares netos, descontados impuestos, y para fin de año, si las cosas siguen así, tendrás por lo menos el doble.

—Dios mío —dije.

Encendí un cigarrillo y me quedé allí sentado largo rato después de que se fueron. Luego me serví un whisky con hielo y entré en el dormitorio. La puerta del armario estaba abierta y la ropa de Eileen esparcida por el suelo. Las dos estaban sentadas al borde de la cama, Eileen gimiendo sobre el pecho de Denise.

—Vamos, querida, perdóname —dije.

—Lárgate —gritó Eileen—. Te odio.

Al día siguiente nos trasladamos a una casita del hotel Beverly Hills.

Lifestyle Digest salió el mismo día que Denise nos dejó.

Tiramos doscientos cincuenta mil ejemplares del primer número. La revista se parecía más a *Coronet* que al *Reader's Digest*, pero únicamente en el formato.

Tenía diez páginas de fotografías en color en el centro, divididas a partes iguales entre chicas, hombres y cuadros heterosexuales y homosexuales. Los artículos procedían de revistas de todo el mundo. Hasta que no me metí en el asunto no comprendí lo que se había ampliado el negocio de las revistas de hombres. Todo país y todo idioma tenían por lo menos una propia. Y descubrimos que los artículos destinados a atraer al mercado concreto de la revista poseían una peculiar fascinación después de traducidos. Incluimos también artículos sobre temas que no tratábamos en *Macho*. *Lifestyle Digest* se propuso exaltar los valores del sueño imposible: Coches caros, estéreos espléndidos, cámaras fotográficas maravillosas y vacaciones insólitas. Puro esnobismo y artículos de coleccionista. Las revistas del ramo nos proporcionaban los elementos necesarios a un coste mínimo.

Además teníamos una sección de correspondencia donde hombres y mujeres podían exponer sus problemas, sexuales y de otros tipos, con secciones de asesoramiento y orientación que cubrían todos los temas, desde el control de la natalidad a la eyaculación precoz. Ciento cincuenta páginas por solo sesenta y cinco centavos.

El logotipo era simple. LIFESTYLE DIGEST. UNA REVISTA PARA LA GENTE QUE SABE DISFRUTAR DE LA VIDA.. La primera portada era una silueta de perfil, en negro sobre un círculo blanco, de las cabezas de un hombre y una mujer, cuyos labios se tocaban levemente.

El día que salió el primer número, Eileen se fue temprano a casa, pero yo tuve que quedarme hasta muy tarde. Aún tenía que firmar unos cheques y revisar algunos documentos. Mi oficina estaba en el apartamento donde vivíamos antes. La decoración había cambiado por completo. El dormitorio había pasado a ser mi oficina privada, todo panel de madera y elegante cuero blanco. Dividía la sala una partición de cristal que iba del techo al suelo. La oficina de las secretarías se instaló junto a la puerta de entrada. Detrás del panel de cristal estaba la sala de conferencias, donde había una mesa redonda, sillones y cortinas que podían cerrarse durante las reuniones. La cocina quedaba oculta por puertas correderas y todo el apartamento estaba provisto de un sistema de calefacción central y aire acondicionado.

Empezaba a sentir calambres ya de tanto escribir, cuando entró una de las gemelas de Bobby con el último montón de cheques.

—Estos son los últimos, señor Brendan —dijo.

—Gracias, Dana.

—Soy Shana —dijo, sonriendo.

Las gemelas llevaban seis meses trabajando para mí. Paul Gitlin llamó en cuanto se enteró de que las chicas habían posado, en contra de sus deseos, para la página central.

—Si sale algo sobre este asunto en letra impresa, si se descubre que esas chicas trabajaban en mi oficina, te demandaré —dijo, muy serio.

—¿Dijiste «trabajaban»? —pregunté.

—Eso dije.

Colgué y llamé a Bobby. Al día siguiente se presentaron en mi oficina las dos gemelas. Sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido, aún no era capaz de distinguirlas.

—Tendréis que hacer algo para resolver esto. De ahora en adelante llevarás un alfiler con tu inicial.

—Sí, señor Brendan —contestó, mientras salía.

Estaba convencido de que no lo harían. No era la primera vez que se lo pedía. Experimentaban un placer perverso tomándome el pelo. Tendría que despedirlas. Pero eran tan eficaces, y tan guapas. Rubias, de ojos azules y exactamente iguales, daban mucho aliciente a la oficina.

Terminé de firmar el último cheque y apreté el botón. Volvió a entrar. Empujé los cheques hacia ella.

—Puedes llevarlos otra vez a contabilidad, Shana. Recogió los cheques y sonrió:

—Yo soy Dana.

Era inútil. Me lo habían vuelto a hacer.

—¿Cómo sabéis cuál es una y cuál es otra cuando os despertáis por la mañana? —pregunté sarcásticamente.

—Muy fácil, señor Brendan —dijo muy seria—. Yo duermo siempre del lado izquierdo.

—¿Y si un día te equivocas y duermes del lado derecho?

—Entonces, ese día soy Shana —contestó impasible.

Era lo primero que oía con sentido. Eran intercambiables. Dejé el tema.

—¿Hemos terminado ya?

—Sí, señor Brendan.

—Entonces tráeme un whisky con hielo y entérate si Bobby puede llevarme hasta el hotel.

Sacó el whisky del bar empotrado y salió de la oficina. Bebí un trago y en ese momento sonó el teléfono.

—El señor Ronzi por la línea uno.

Apreté el botón.

—¿Sí?

—Llamo solo para comunicarte que los primeros informes parecen buenos. Los vendedores sitúan *Lifestyle* inmediatamente después del *Reader's Digest*.

—No está mal —dije.

—Tendremos información más completa a fines de semana. Ya te tendré al corriente.

—Vale. —Apreté otro botón y marqué el número de Verita—. ¿Cuánto hemos invertido en este número del *Digest*? —pregunté.

—Cincuenta y cinco mil. Tenemos que vender ciento setenta mil para cubrir.

—Lo haremos —dije—. ¿Tienes tiempo de echar un trago?

—Lo siento. Gracias, de todos modos, pero he de irme, tengo una cita.

—¿Otra vez el juez?

—Sí.

—Me cae simpático. Dale recuerdos.

Colgué y volví al whisky. Ya no era igual que cuando vivía allí en una oficina privada. Me veía distanciado. La gente ya no entraba allí tranquilamente a charlar. Pedían una entrevista.

Volvió a sonar el teléfono. Bobby me recogería en diez minutos. Me sentía inquieto en la oficina, así que dejé el vaso y bajé.

Se habían ido casi todos, pero vi que Jack seguía aún allí, hablando con uno de los contables. Se volvió cuando me acerqué a ellos.

—Buenas tardes, señor Brendan.

—¿Cómo van las cosas, Jack? —pregunté.

—Muy bien, señor Brendan. Ingresamos un total de setenta mil el mes pasado, cincuenta mil netos.

—Fantástico. Buen trabajo, Jack.

—Gracias señor Brendan. —Me miró, vacilante—. ¿Cree que podrá tener tiempo pronto para venir a revisar nuestra operación?

—Por supuesto. Deme unos días para librarme de la nueva revista. —Sonó fuera la bocina de un automóvil—. Mi transporte. Tengo que irme.

—Comprendo. Buena suerte con el *Digest*.

Me dirigí hacia la puerta, luego me detuve y me volví. De pronto supe lo que había estado echando de menos. Él había sido la primera persona que me había deseado buena suerte con la revista aquel día. Nadie más había pensado en ello.

—Gracias, Jack —dije—. Procuraré ver eso mañana mismo.

Entré en el Rolls y Bobby se metió en el tráfico.

—¿Tienes un cigarrillo? —pregunté.

—En la guantera —dijo él—. Tengo una yerba tailandesa de primera, si quieres.

—Fumaré un Lucky —dije, sirviéndome. Lo encendí y miré por la ventanilla.

—Hay un tío que quiero que conozcas —dijo—. Sé que te gustará. Es un tipo realmente magnífico.

—Sí.

Me miró.

—¿Algún problema?

—No, nada. ¿Por qué?

—Pareces deprimido.

—Solo estoy cansado, supongo.

—Tienes que estarlo, trabajas demasiado.

—¿Te parezco cambiado?

—No —dijo rápidamente; luego me miró—. Sí.

—¿En qué sentido?

—Pareces un poco más distante. —Pareció querer buscar las palabras justas—. Remoto, inasequible. Aparte.

—Yo no me siento distinto. No he cambiado.

—Sí has cambiado, sí. Pero no fuiste tú. Tenía que suceder. Fue algo gradual, pero creo que me di cuenta aquella noche que Eileen se enfadó contigo. De pronto me recordaste a mi padre. Tenías todo el poder. No era ya como cuando empezamos. Entonces trabajábamos todos juntos, ahora trabajamos todos para ti. Esa es la diferencia.

—Pero Bobby; yo aún te quiero.

—Y yo aún te quiero a ti. Pero mi padre me lo explicó. La gente tiene que seguir su propio camino, y cada cual madura de una forma distinta, eso es todo.

Paró.

—Ya hemos llegado.

Miré sorprendido. Estábamos a la entrada del hotel. Smitty me abrió la puerta y salí. Metí la cabeza por la ventanilla de nuevo.

—¿Quieres entrar a echar un trago?

—No, gracias —dijo—. También yo he cambiado. Tengo una gran fiesta esta noche. Van a nombrarme Reina del Año.

Me eché a reír.

—Que te diviertas y gracias por traerme.

Me dijo adiós con la mano y arrancó. Vi alejarse el coche y entré en el hotel. Paré en el bar, pensando tomar un trago antes de ir a casa, pero tomé tres hasta conseguir ordenar las ideas.

No era yo el que había cambiado, yo seguía siendo el mismo; ellos habían cambiado y yo no podía hacer nada, ahora pensaban de otra manera respecto a mí.

No me animó esta deducción, pero al menos me di cuenta de cuál era mi posición. Firmé el cheque y me fui a casa. Abrí con mi llave después de llamar a la puerta. Eileen estaba tumbada en el sofá con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Denise se ha ido.

—¿Que se ha ido?

—Sí. —Me pasó un papel—. Dejó esta nota para ti. Dijo que lo comprenderías.

Leí la nota.

Querido Gareth:

Llega un momento en la vida en que uno tiene que desconectar. Me han llamado para instruirme con el fin de pasar al segundo plano. Cuando termine seré profesora y más tarde, cuando alcance el primer plano, podré ingresar en la congregación femenina. Pero para hacerlo, no he de tener lazos de unión más que con Dios y con mi trabajo. Por tanto, debo desconectar mi yo interno de ti para liberar mi cuerpo de su necesidad física de ti. Siempre os recordaré y os amaré a los dos.

Paz y amor

Denise

—¡Mierda! —dije—. ¿No pudiste impedírselo?

—Sabes de sobra que no es posible —dijo Eileen—. Lo intenté, pero no hubo nada que hacer. Yo también la quiero y la echaré de menos.

Me senté a su lado y ella apoyó la cabeza en mi hombro.

—Dijo que solo lamentaba una cosa.

—¿Qué cosa?

Se apartó con una extraña sonrisa.

—No puedo decírtelo —dijo. Luego, de pronto, soltó una carcajada.

—Si es tan divertido, puedes contármelo —dijo. Tomó aliento y se secó los ojos.

—Lamentaba marcharse sin haber logrado que tú le dices por detrás.

cuarenta y uno

El sol mexicano me despertó pronto. Me puse los vaqueros y subí hasta el edificio principal a desayunar con Lonergan. Eileen aún seguía dormida y Marissa no se había levantado todavía. Llamé a Lonergan desde el vestíbulo.

No contestó nadie. Miré el reloj: las ocho. Pensé que estaría desayunando en la cafetería. Tampoco estaba allí. Pero vi a Verita sola, sentada en una mesa.

—Buenos días. ¿Qué haces levantada tan temprano?

—He terminado mi trabajo aquí. Quería tomar el vuelo de la mañana para volver. Los interventores han terminado su informe sobre los clubes y quiero revisarlo.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunté.

Me senté frente a ella. Llegó un camarero y me sirvió una taza de café.

—Se está maravillosamente aquí —dije a Verita—. ¿Por qué no te quedas y tomas un poco el sol? Los interventores pueden esperar.

—Para ti es muy fácil decir eso porque no tienes que repasar todas esas cifras.

Bebí un sorbo de café. Era negro y amargo y estaba muy caliente. Hice una mueca.

—Este café es suficiente para acabar con la clientela.

—A los mexicanos les gusta así.

—Los mexicanos no vienen a este hotel.

La miré.

—¿Qué te parece este sitio?

—Es maravilloso pero no lo necesitamos. Aunque ganásemos dinero, sería un dolor de cabeza constante.

—¿Crees que podemos ganar dinero?

—¿Quién sabe? —Se encogió de hombros—. Quizá si todas tus ideas resultan ¿por qué no esta?

—¿Crees que perderíamos dinero?

—Si tu inversión no superase los cuatro millones de dólares, no. Pero cualquier cifra superior a esa, resultaría muy problemática. —Bebió un sorbo de su café—. Los cambios que quieres hacer podrían significar más de un millón de dólares. Lo cual quiere decir que no deberías ofrecerles más de tres.

—No lo aceptarán.

—Entonces yo lo dejaría.

—La edad te hace prudente.

—Me pagas para no correr riesgos. El jugar con tu dinero es privilegio tuyo, no mío. Todo lo que yo puedo hacer es responder honradamente a tus preguntas.

—Bueno, bueno, no te enfades —dije—. Eso ya lo sé.

No contestó.

—¿Has visto por ahí a Lonergan?

—Se fue cinco minutos antes de llegar tú.

—¿Sabes adónde?

—No. Creo que le vi entrar en un coche con Julio. Miré mi café. Verita vio mi expresión y llamó al camarero.

—Café americano para el señor.

—Sabes, creo que Lonergan empieza a gustarme —dijo luego, dirigiéndose a mí.

—¿Por qué dices eso?

—Se sentó y tomó un café conmigo. Me preguntó qué pensaba del hotel y se lo dije.

—¿Hizo algún comentario?

Negó con un gesto.

—Ya le conoces. Nunca dice nada. Siguió ahí sentado y movió la cabeza... me dio la sensación de que estaba de acuerdo conmigo. Y cuando se fue, me sonrió y me deseó buen viaje.

Volvió el camarero con una jarra de agua caliente y un tarro de café norteamericano instantáneo. Me preparé una taza y lo probé. Aquello estaba mejor.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Verita.

—Aún no lo sé. —Busqué tabaco en el bolsillo; ella me ofreció su cajetilla.

—¿Te dijo Lonergan adónde iba?

Encendió una cerilla y me dio fuego.

—No.

Recordé lo que había dicho Dieter el día anterior de que Lonergan era el único hombre que podía obligar a Julio a dejar de utilizar la pista de aterrizaje. Me pregunté de qué estarían hablando.

—¿Tuviste oportunidad de hablar con Julio? —pregunté.

—En realidad no. Pero sé que está muy interesado en que tú compres el hotel. Cree que podrías convertirlo en un gran éxito.

Me eché a reír.

—Sin duda. ¿Es cierto que tiene mucha familia aquí?

—Es verdad —dijo—. Creo que de una forma u otra está emparentado con todo el mundo. Y todos se benefician del hotel, trabajando en él o suministrando artículos. Todos son campesinos y el hotel compra todo lo que cultivan.

—¿Estás emparentada también tú con ellos?

—No. Son todos campesinos. Yo estoy emparentada con Julio por otra rama de la familia. Mi padre era profesor en la Universidad de México. Yo no conocí a Julio hasta que nos trasladamos a Los Ángeles.

Murtagh entró en el local y nos vio. Hizo un saludo y se dirigió hacia nuestra mesa.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó a su modo efusivo de agente inmobiliario.

—Muy bien —contesté.

—¿Consigues toda la información que quieres?

—Sí.

—Bueno, si necesitas algo más, dímelo y te lo proporcionaré.

—Creo que lo tengo todo —dije.

—¿Cuándo crees que estarás en condiciones de tener una entrevista con los Von Halsbach?

—Te lo diré esta noche. —Quería saber algo de la reunión de Lonergan con Julio antes de tomar una decisión.

—Estupendo —dijo él—. Dieter estará hoy fuera, pero me dijo que te comunicara que estaría de vuelta a última hora de la tarde, y a tu disposición.

Sentí curiosidad.

—¿Y adónde fue?

—Habló algo sobre el Retiro. Es fotógrafo aficionado, sabes. Supongo que quiere ver cómo lo hacen los profesionales.

Se fue y cuando me volví hacia Verita, vi que se reía. Sabía lo que yo pensaba. Bobby había estado trabajando dos días allí mismo, junto al hotel, y Dieter ni siquiera se había asomado a la ventana.

—King Dong lo ha conseguido otra vez —dije—. ¿Crees que Dieter se ha enamorado?

Soltó una carcajada y se levantó.

—Tengo que subir a terminar de hacer el equipaje si quiero tomar ese avión.

—Esperaré y bajaré hasta la pista contigo.

—¿Y Eileen y Marissa? —preguntó suavemente. Sabía identificar una insinuación cuando me la hacían, pero decidí ignorarla.

—¿Te espera el juez en el aeropuerto? —pregunté. Se ruborizó.

—¿Va en serio eso? —dije sonriendo.

—Gareth —dijo ella—, solo somos excelentes amigos, nada más. Le respeto por lo que ha conseguido. Pocos chicanos han llegado tan lejos como él.

—Claro, claro —bromeé—. Y él te respeta por tu inteligencia.

—Así es.

—Bueno, déjale que pruebe ese estilo sabroso que tienes y se enamorará perdidamente de ti —dije.

—¿Es que no puedes pensar en otra cosa, Gareth?

Me eché a reír.

—Claro que no. Después de todo es mi negocio, ¿no?

—•••—

Entramos por una carretera polvorienta a unos veinticinco kilómetros del hotel.

—El Retiro queda a unos tres kilómetros y medio de aquí —dijo Marissa—. Justo al otro lado del bosquecillo.

—Está muy aislado. —No habíamos visto ningún signo de vida en los últimos

quince kilómetros.

Me miró desde detrás del volante mientras maniobraba en una curva difícil.

—Lo prefieren así. En la estación de las lluvias no se puede ir en coche siquiera por este camino.

No era difícil de creer. El coche iba saltando de bache en bache. Me sujeté a la puerta y miré hacia atrás, a Eileen. No parecía muy contenta.

Vio que la miraba e hizo una mueca.

—Este no es el mejor modo de tratar una resaca.

Me eché a reír.

—No puedes ganar siempre.

La carretera atravesaba el bosque y salimos al otro lado bajo la luz deslumbradora del sol. El Retiro se extendía frente a nosotros. Aquellos edificios bajos estilo rancho norteamericano me resultaban familiares. Entonces recordé. Era casi un duplicado de la granja que tenía el reverendo Sam en Fullerton. El mismo edificio central y, rodeándolo, los barracones de madera que servían de dormitorios. Había una valla gastada por el tiempo con una verja. Esta daba a un camino que conducía hasta el edificio principal del recinto.

No vimos signo alguno de vida cuando paramos. Miré mi reloj y salí del coche. Eran las once.

—¿Dónde estarán todos?

—Van a trabajar al campo —explicó Marissa, rodeando el coche—. Creo que también comen allí.

Eileen salió del coche limpiándose la cara con un pañuelo de papel desechable.

—¡Vaya calor!

Subí la escalera del porche y tanteé la puerta. Estaba abierta y entramos. Se estaba más fresco en el interior. Y además me resultaba muy familiar; era casi exactamente igual que la granja de Fullerton. Me dirigí hacia la oficina. Tampoco aquella puerta estaba cerrada. La abrí. El hombre sentado a la mesa alzó la cabeza.

—Paz y amor, hermano Jonathan —dije.

—Paz y amor —contestó maquinalmente; luego, una expresión de reconocimiento apareció en su cara. Se levantó—. ¡Gareth! —sonrió.

Le di la mano. La apretó, firme y cordial.

—Siempre te las arreglas para aparecer en los sitios más extraños —dijo.

—Lo mismo digo.

Le presenté a las chicas. A Marissa ya la conocía.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó.

Le expliqué que estaba en el hotel y me había acercado a ver cómo iba el trabajo de Bobby.

—Ah, claro. Les vi esta mañana. Estaban trabajando junto al viejo pueblo indio.

—Yo sé dónde es —dijo Marissa.

—¿Puedo ofreceros un refresco o una taza de café? —preguntó el hermano

Jonathan.

—No queremos molestarte. Vamos directamente a la aldea india.

—No es molestia; venid al comedor.

Le seguimos pasillo adelante hasta el comedor. Desde allí se oía trabajar a la gente en la cocina. En cuanto nos sentamos apareció un joven con barba. Todos pedimos café.

—Tengo entendido que te va muy bien —dijo el Hermano Jonathan—. Me alegro mucho.

—Gracias. —El joven volvió con el café—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Ya llevo dos años. Colaboré en la construcción de esto. La mayoría se hizo con material sobrante del hotel.

—¿No echas de menos la patria?

—No, mi tierra es el sitio adonde me lleva mi trabajo. Si el reverendo Sam cree que puedo servirle mejor aquí, con eso me basta.

Probé el café. Con un sorbo me bastó. Lo dejé sin decir nada.

—¿Esto es una escuela?

—No exactamente. Es más un seminario. Traemos a los miembros que quieren acceder al segundo plano, para que puedan progresar y enseñar.

—¿Y cuánto dura el aprendizaje?

—Según. A algunos les resulta más difícil desconectarse que a otros. Dos años, tres, depende. Cuando terminan, se van. No hay un límite de tiempo establecido.

—¿Y Denise?

Vaciló un momento antes de contestar.

—Sí, está aquí.

—¿Podemos verla?

—Podéis. Pero preferiría que no lo hicierais. Por su seguridad —luego añadió rápidamente—: Como sabes, estaba profundamente ligada a ti. Le ha resultado muy difícil desconectarse y temo que si te ve experimente un grave retroceso.

—Hablas como si yo fuese una enfermedad contagiosa.

—Perdona, no quería decir eso. Pero es que ha recorrido un camino muy largo y no me gustaría que perdiese todo lo que ha ganado. Precisamente ahora que está alcanzando la tranquilidad.

—Comprendo. Sin embargo, cuando sea el momento adecuado, ¿podrías decirle que preguntamos por ella?

Me pareció que esto le aliviaba.

—Por supuesto, así lo haré.

—Creo que iremos hasta esa aldea india. Gracias por el café.

Se levantó.

—Gracias a vosotros.

—Si puedo hacer algo por ti en Estados Unidos, dímelo y lo haré.

—Gracias. Pero el reverendo Sam nos proporciona todo lo que necesitamos.

Nos acompañó hasta el coche. Le dije adiós por la ventanilla.

—Paz y amor.

Alzó la mano en una especie de bendición.

—Paz y amor.

Aún seguía allí cuando el coche cruzó las verjas y enfiló la carretera hacia la aldea india.

cuarenta y dos

La carretera recorría los campos que pertenecían al Retiro. Se veían en ellos grupos de cuatro o cinco personas, hombres y mujeres, trabajando en los cultivos. No parecían sometidos a gran presión y se movían con languidez bajo aquel calor. Vestían camisas y pantalones caquis de algodón, y sombreros mexicanos de paja de ala ancha que les ocultaban la cara. No alzaron la vista a nuestro paso, aunque tenían que oír el ruido del coche. Cruzamos el último campo, a unos dos kilómetros y medio del Retiro y entramos en un pequeño claro del bosque.

—Ahora estamos en la propiedad del señor Carrillo —dijo Marissa—. Le conociste en la recepción. Es el mayor terrateniente de la zona y primo hermano del gobernador. Y hermano del alcalde.

—¿Y qué hace?

—Nada —dijo Marissa—. Es rico.

—Quiero decir si cultiva la tierra o si tiene ganado...

—Un poco ambas cosas. Pero son, en realidad, sus colonos los que se dedican a eso. Él vive de las rentas. La aldea india está también dentro de su propiedad. Su familia es la más antigua del estado —luego añadió, con cierta amargura:

—No le amenazaron con expropiarle las tierras como a mi primo y posee cuatro veces más tierra que él.

La aldea, situada al otro lado del claro, consistía en una colección de cabañas de adobe y madera. Parecía completamente desierta.

—¿Dónde está la gente? —pregunté.

—Hace veinte años que aquí no vive nadie —contestó Marissa—. Se dice que el último indio se trasladó a las montañas. Pero nadie lo sabe con seguridad.

—Eso no tiene sentido. La gente no se esfuma así por las buenas. Tienen que tener relaciones, algún contacto...

—Ninguno —vaciló un momento—. Se dijo que Carrillo había acabado con ellos. Pero no eran más que indios. Nadie se preocupó de una cosa así.

Recorrimos la polvorienta calle de la aldea, entramos en otro bosquecillo que había al fondo y enseguida salimos a un campo abierto donde trabajaba el equipo fotográfico.

Lo primero que vi fueron los guardias armados de uniforme con los rifles bajo el brazo. Vi que miraban nuestro coche y que rápidamente apartaban la vista. Había por lo menos treinta o cuarenta.

—¿Policías? —pregunté a Marissa.

—No, son guardias de Carrillo.

—¿Y qué hacen aquí?

—Están protegiendo a los visitantes. Por esta zona hay muchos bandidos. No es

aconsejable viajar solo.

Paró el coche y nos acercamos al grupo. Bobby alzó la vista y nos vio. Miró el reloj y alzó la mano.

—Vale. Descanso para comer.

—¿Cómo ha ido? —pregunté.

—Muy bien. He hecho ya cuatro tomas. Si puedo conseguir cinco esta tarde, habremos terminado. Traje comida del hotel, ¿queréis acompañarnos?

—Aceptamos —dije.

Me volví a tiempo de sorprender a Eileen y a Marissa mirando a King Dong que estaba poniéndose los pantalones. No le resultaba fácil. Hacían falta arreglos especiales para que los pantalones se ajustaran al tamaño de su aparato. Me eché a reír.

—¿Vosotras comeréis también?

Nos sentamos bajo los árboles, a la sombra, y tomamos cerveza fría y vino, pollo, carne asada, pescado con gelatina, tortillas y pan francés.

—Hicimos tres tomas en la aldea —dijo Bobby—. Un escenario magnífico. Tenemos que hacer una más aquí. Luego iremos a la casa de Carrillo. Nos ha dado un permiso especial para trabajar en sus jardines. Me dijeron que tenía acres y acres de flores.

—Parece un buen escenario —dije, abriendo otra botella de Carta Blanca—. ¿Ha estado Dieter por aquí?

Bobby negó con la cabeza.

—No se le ha visto.

—Me dijeron que había venido.

—Pues no apareció.

—¿Y Lonergan y Julio?

—Tampoco.

Se acercó el ayudante de Bobby.

—Estamos listos para seguir.

Bobby se levantó y me miró.

—Hay que volver a trabajar.

Tanteé a Marissa y a Eileen:

—¿Vosotras queréis quedaros a verlo?

Era una pregunta estúpida. Las dos siguieron a Bobby. Estuve mirando unos minutos mientras las modelos se preparaban para la siguiente toma. King Dong estaba desnudo otra vez y tumbado en el suelo con las piernas abiertas y las manos y los pies atados a estacas. Representaba, al parecer, aquel montaje su captura y las chicas tendrían que torturarlo y burlarse de él mientras decidían cuál iba a ser su destino. Por la forma en que actuaban, parecía que en cualquier momento la representación podía convertirse en realidad. No apartaban las manos de él y aquello empezaba a ser más de lo que él podía soportar. Tenía una erección casi completa

cuando Bobby empezó a gritarle:

—¡Por amor de Dios, sé un profesional! Sabes perfectamente que no podemos publicar fotos con erecciones completas. ¡Contrólate!

—No puedo evitarlo, señor Bobby —dijo King Dong en tono quejumbroso—. Dígales a las chicas que dejen de sobarme. Soy humano.

—Está bien, chicas, dejadle en paz —dijo Bobby—. Basta de juegos, este es un asunto serio.

—¿Quieres que le eche agua fría por encima? —preguntó el ayudante de Bobby.

—Ya lo intentamos la última vez —dijo Bobby irritado—. No resultó.

—No sé por qué te alteras tanto por eso, Bobby —dijo suavemente Samantha Jones—. Yo puedo resolverlo.

—Vamos, vamos. No tenemos tiempo para eso.

—De veras. No hace falta follar ni nada de eso. He sido enfermera y conozco un truco que usábamos en el hospital. No falla nunca.

—De acuerdo —dijo Bobby.

Samantha se arrodilló en el suelo junto a King Dong. Delicadamente alzó el falo, sujetándolo recto en el aire con tres dedos.

—¿Qué tal? —preguntó con una dulce sonrisa.

—Magnífico —dijo King Dong muy complacido. Samantha movió rápidamente la otra mano y sonó un chasquido sordo. El falo se derrumbó sobre la cadera de King Dong.

—¡Ay! —gritó este.

Samantha se levantó y le miró. La erección había desaparecido.

—No falla nunca —dijo, sonriendo.

—¡Mala puta! —gritó King Dong, mirándola hoscamente.

—Vale —dijo Bobby—. Sigamos trabajando.

Estuve mirando unos cuantos minutos, y luego volví andando hacia la aldea. No me importaba ver las fotos, pero no sentía ningún interés por las tomas. Me di cuenta de que dos de los guardias armados empezaron a seguirme a unos veinte metros de distancia. Las pequeñas chozas no tenían ventanas y las puertas colgaban de bisagras rotas. Me detuve y miré el interior de una de ellas. Dentro, solo había unos cuantos muebles rotos y capas de polvo y arena. Cuando me volví, los guardias estaban al lado de la calle.

La voz llegaba de un edificio de la esquina:

—¡Gareth!

Miré a mi alrededor, pero no vi nada.

—¡Aquí arriba!

Denise estaba sentada en el alféizar de una ventana, con las piernas colgando hacia fuera, en la segunda planta del edificio.

—¡Agárrame! —gritó.

Automáticamente, me lancé a sujetarla, al verla saltar.

—¿Estás loca? —dije, furioso.

Tomó mi mano.

—Rápido. ¡Sígueme!

Corrimos calle arriba, doblamos otra esquina y luego cruzamos el campo y entramos en el bosque. Tardamos casi cinco minutos en llegar a los árboles que había al extremo de una valla de alambre espinoso. Nos sentamos al pie de un árbol gigantesco que nos ocultaba.

—¿Qué es todo esto? —pregunté, jadeante.

—No podemos entrar en la propiedad de Carrillo —dijo.

—¡Por amor de Dios!

—No —dijo muy seria—. Por eso tienen los guardias.

—Lo único que pueden hacer es echarte. No pueden disparar contra ti.

—Pueden hacer lo que quieran. Es su propiedad.

—Eso es una locura.

—Estamos en México. —Me miró—. No quería dejarte, lo sabes perfectamente. Guardé silencio un momento.

—Nadie te presionó.

—Tuve que hacerlo. Pero no sabía que iba a resultar así.

—¿Es muy duro?

—Te echo mucho de menos. Eso es lo que resulta duro.

—Entonces vuelve.

—No puedo. Si lo hiciese, nunca alcanzaría el segundo plano.

—¿Por qué es tan importante eso? ¿No es más importante ser feliz?

—El hermano Jonathan dice que seré feliz cuando pueda desconectar. Dice que para unos es más difícil que para otros.

—No quiso que te viera.

—Quería protegerme.

—¿De quién? Sabe que yo no te haría daño.

—De mí misma. Pero no tenía que decirme nada, nadie tenía que decírmelo. Yo sabía que estabas aquí.

—¿Y cómo lo sabías?

—Sentí tu aura —dijo.

—Sigue diciendo eso y acabaré creyéndolo.

—Es cierto —dijo—. Solo que no estaba segura. Hace tres días me asignó un viaje de conciencia.

—¿Y qué es eso?

—Mescalina para ampliar la conciencia.

Se inclinó y me acarició la cara suavemente. Tenía las pupilas muy dilatadas.

—Incluso ahora —dijo—, no estoy segura de que seas realmente tú, de que no esté viajando.

—Soy yo realmente.

—No estoy segura. —Empezó a llorar—. Ya no estoy segura de nada.

Hice que apoyara la cabeza en mi pecho.

—Es real.

Guardó silencio unos instantes.

—¿Están también aquí contigo Bobby y Eileen?

—Sí.

—Me lo suponía. Les sentía también. —Se apartó de mí—. Pero fuiste tú el que me arrastraste. Seguí tu aura desde el Retiro.

No dije nada.

Buscó en el bolso de la camisa, sacó un porro de papel amarillo liado a máquina y lo encendió. Dio dos buenas caladas y luego me lo pasó. Aspiré el humo vigorosamente. Fue como una explosión. Nunca había probado yerba como aquella.

—¿De dónde viene esto? —pregunté—. Es dinamita.

—Crece por todas partes. Esto es el paraíso de la droga. Mescalina, peyote, marihuana y un centenar de cosas más de las que ni siquiera sé el nombre. No tienes más que salir al campo y recogerlas.

Me quitó el porro de la mano y lo apagó. Cuidadosamente, volvió a metérselo en el bolsillo. Luego se levantó y me miró.

—Ahora tengo que volver. Antes de que quienes están en el campo informen de que te vieron venir aquí.

Me sentía muy relajado.

—¿Y qué importancia tiene eso? Probablemente no me vieran. Además, ni siquiera alzaron la vista cuando pasamos en el coche.

—Te vieron. Pero no importa. Todos están pasados.

—¿Pasados? ¿Cómo pueden trabajar entonces?

Se echó a reír.

—No trabajan.

—Pero los cultivos...

—Eso es una gran farsa. En realidad, aquí no cultivamos nada. Solo salimos a meditar. Carrillo nos envía todos los alimentos que necesitamos. Lo único que tenemos que hacer es prepararnos para el segundo plano.

—¿Todo el mundo fuma yerba?

—Casi todos. Hay algunos que no. Pero ya están en el segundo plano y pueden subir sin ayuda. El hermano Jonathan está en el primer plano. Él no necesita nada.

Recordé el whisky que tenía escondido en la oficina en Fullerton. Quizá no estuviese tan limpio como creía Denise.

—Vuélvete conmigo —dije.

—No puedo. Estoy empezando a conseguir dominar los deseos de la carne. Sé que puedo llegar hasta el final.

—¿Qué final?

—Hacia la libertad, Gareth. A poder remontarme sobre la tierra sin mi cuerpo y

poner en comunicación mi espíritu con todo el que desee. Habitaré en varios planetas y en varios niveles de conciencia. Estaré unida al universo.

No dije nada.

Se inclinó hacia mí.

—¿No le dirás a nadie que nos hemos visto?

—No se lo diré a nadie.

Sonrió vagamente:

—Adiós, Gareth. Paz y amor.

—Paz y amor —contesté.

Pero ella ya se había ido. Me levanté despacio. Me sentía mareado y me apoyé en el árbol para serenarme. Todo me parecía irreal. Empezaba a preguntarme si había sucedido o si estaba alucinando a causa de la yerba o del calor excesivo y el sol. Luego, el mareo se desvaneció y volví al pueblo. Los guardias armados estaban esperándome. Me dejaron pasar sin decir nada y luego, manteniendo una distancia discreta, me siguieron hasta el coche.

cuarenta y tres

El autobús se había acercado al lugar de la toma y ya estaban cargando el equipo para pasar al escenario siguiente. King Dong y las modelos estaban ya en el autobús cuando llegué yo. Bobby se volvió hacia mí:

—¿Vienes con nosotros?

Negué con un gesto.

—Creo que volveré al hotel. —Miré a Eileen y a Marissa—. Si queréis ir con ellos, puedo volver solo. Eileen contestó por ambas:

—Volveremos contigo.

Bobby subió al autobús.

—Vale. Entonces nos veremos esta noche.

Volvimos al coche. Marissa dio la vuelta y enfilamos el camino por el que habíamos venido. Aún seguían trabajando los campos cuando pasamos. Esta vez les miré más detenidamente. Tenían que estar pasados. Había en ellos una languidez que no indicaba trabajo pesado.

Cuando llegamos a las verjas del Retiro, le dije impulsivamente a Marissa que entrara. Les pedí que esperasen un momento en el coche y me dirigí a la casa.

El hermano Jonathan no estaba en su oficina. Fui hasta el comedor. Estaba vacío, así que entré en la cocina, donde había varios hombres y mujeres trabajando.

—Paz y amor —dije—. ¿Anda por aquí el hermano Jonathan?

—Paz y amor —contestaron a coro.

Me contestó el hombre que estaba más próximo a mí.

—¿No está en la oficina?

—No.

Se miraron; luego, el joven se adelantó.

—Le buscaré.

—No quiero interrumpir vuestro trabajo. Basta que me digáis dónde puedo encontrarle.

—No hay problema. Probablemente esté en el laboratorio.

—¿Laboratorio?

Sonrió.

—Es lo que aquí llamamos la capilla —le seguí al comedor—. Tú espera aquí. Vuelvo enseguida —dijo.

Saqué un cigarrillo. Volvió al cabo de unos minutos.

—El hermano Jonathan te pide disculpas, pero no puede verte —dijo—. Está guiando a un aspirante en proceso de transición y no puede dejarlo.

—¿Cuánto tardará?

—Eso nunca se sabe —contestó el joven—. Los aspirantes en etapa de transición

pueden tardar de diez minutos a tres días en desconectar.

Cavilé un momento.

—¿Podrías contestarme a una pregunta?

—Por supuesto —dijo el joven con una sonrisa—. Todos estamos aquí para ayudar y servir.

—¿Qué pasa si un candidato del segundo plano interrumpe el proceso?

—Nada. Pero no ha sucedido nunca. Todos estamos muy decididos a alcanzar nuestro objetivo.

—Pero si un candidato cambia de opinión, ¿puede volver a casa?

Sonrió de nuevo.

—No estamos presos aquí. Venimos por nuestra libre voluntad, podemos irnos cuando queramos.

Buscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un billete de avión. Me lo entregó.

—Cuando llegamos, nos dan a todos un billete de vuelta. Una de las normas es que siempre debemos llevarlo encima como recordatorio de que, si queremos, podemos irnos.

Examiné el billete. Era un billete de vuelta para Chicago, sin fecha. Pagado. Se lo devolví sin comentarios.

Volvió a meterlo en el bolsillo.

—Ninguno de nosotros ha usado jamás el billete —dijo, muy orgulloso.

—Gracias —dije—. Paz y amor.

—Paz y amor —contestó él.

Cuando estaba ya casi en la puerta, me volví.

—Perdón —dije—. Casi se me olvidaba. Quería pedirle al hermano Jonathan unos cuantos porros de esos que hacéis aquí. Los del papel amarillo.

—Por supuesto. —Buscó en el bolsillo de la camisa, sacó tres porros, y me los entregó—. ¿Bastará con esto?

—No quiero dejarte sin nada —dije.

—Puedo conseguir más. Tenemos cuatro al día.

Los metí en el bolsillo.

—Gracias otra vez.

—De nada. Paz y amor.

—Paz y amor.

Salí y entré en el coche. No era extraño que ninguno hubiese renunciado. Con cuatro de aquellos porros al día, debían de andar por las nubes. ¿Y quién en su sano juicio querría abandonar el cielo?

La voz de Marissa interrumpió mis pensamientos.

—¿Adónde vamos ahora?

—Volvemos al hotel.

Lo primero que pensaba hacer en cuanto regresara a Los Ángeles era enviar aquellos porros a un laboratorio para que los analizaran. Estaba absolutamente seguro de que tenían algo más que marihuana. Y si no me equivocaba, iría a ver al reverendo Sam para hablar del asunto. Él tenía que saber lo que estaba pasando en su propio Retiro.



Pasaba de las cuatro cuando llegamos al hotel y Lonergan aún no había vuelto. Paramos en el vestíbulo.

—¿Quieres tomar un trago con nosotros? —pregunté a Marissa.

—Creo que será mejor que suba a la oficina —dijo—. He estado fuera todo el día y han debido de amontonarse las cosas.

—¿Nos vemos esta noche en la cena?

—Por supuesto —dijo, con una sonrisa.

Se me ocurrió una idea.

—¿Podrían servirme la cena en el chalet? Estoy cansándome ya un poco de tener que comer con toda esa gente alrededor.

—Puedes hacer lo que quieras. Dime a qué hora y para cuánta gente.

—Solo nosotros tres —dije.

—Dalo por hecho.

—Otra cosa. ¿Podría conseguir un avión que me llevase a Los Ángeles mañana a las dos de la tarde?

—No hay problema. ¿Queréis que os lleve al chalé antes de subir a la oficina?

—No te preocupes, iremos andando. Nos vendrá bien hacer ejercicio.

Aún calentaba el sol, y cuando Eileen y yo llegamos al chalet yo estaba empapado de sudor. La pequeña piscina del patio resultaba muy tentadora.

—¿Un chapuzón? —pregunté.

Nos desvestimos allí mismo y nos echamos al agua. Estaba caliente, pero refrescante. Me senté a un lado de la piscina y llamé al criado.

—¿Sí, señor? —no cambió de expresión al vernos desnudos.

—¿Ponche de ron? —pregunté a Eileen. Asintió. Alcé dos dedos—. Dos.

Sonrió.

—Sí, señor. Dos ponches de ron.

Nadé hasta donde estaba Eileen.

—No es mala vida esta.

—Tienes algo rondándote en la cabeza.

—¿Por qué lo dices?

—Lo sé —dijo tranquilamente—. ¿De qué se trata?

—No sé —dije, con sinceridad—. No lo sé realmente.

Me miró en silencio.

Nadé lentamente por la piscina y luego paré frente a ella.

—Me gustaría saberlo. Pero el pensar y cavilar no parece ayudarme. Es el instinto de la selva. Algo que aprendí en Vietnam. No se trata de una cosa concreta que pueda señalar con el dedo. No obstante, todo me parece un poco raro, descentrado.

Se acercó y me besó.

—Yo tengo fe. Lo descubrirás.

Llegó el criado con las bebidas en una bandeja de plata. La dejó al borde de la piscina y se fue. Cogimos nuestros vasos.

—Por la buena vida —dije.

—Por la buena vida.

Bebimos. Estaba fuerte. Debía de haber utilizado cuatro tipos distintos de ron para crear aquella combinación explosiva.

—Uffff —dijo ella ásperamente—. Parece fuego líquido.

Me eché a reír. Tenía razón. Era una subida instantánea. Dejé el vaso.

—¿Nunca te han amado bajo el agua?

Se echó a reír, ya un poco borracha.

—He de confesar que no.

Le quité el vaso de la mano y lo puse junto al mío.

—Entonces prepárate —dije, y me sumergí.



Bobby volvió hacia las ocho. Se espatarró en el sillón de la sala.

—Estoy grogui —dijo—. La próxima vez que tenga una idea brillante, no me dejes llevarla a la práctica.

—Lo que necesitas es una esnifada —dije yo, abriendo el cajón de la mesita de cócteles. Saqué el tarrito y la cucharilla de plata y se los pasé.

Esnifó dos cucharaditas por cada ventanilla de la nariz antes de devolvérmela. Yo esnifé una y luego cerré el tarro y volví a guardarlo en el cajón.

—¿Qué tal? —pregunté.

Le brillaban los ojos.

—¡Magnífico!

—¿Acabasteis?

Asintió.

—Justo antes de que se fuese la luz. —Se inclinó hacia mí—. ¿Sabes el tamaño exacto que tiene el pene de este tío?

—No me preocupa mucho ese asunto —dije.

—A nosotros nos dijo que medía treinta centímetros, pero en realidad mide treinta y cinco y medio.

—¿Y por qué diría él que es más pequeño de lo que es?

—Eso mismo le pregunté yo —contestó Bobby—. Me miró con esos ojos tristes que tiene y dijo quejumbrosamente: «Es que no quiero que la gente piense que soy un tipo raro».

Me eché a reír.

—¿Y cómo lo descubristeis?

—Samantha. Hizo que se excitara y luego le midió con una cinta métrica. —
Extendió la mano—. Pásamelo otra vez.

Le pasé otra vez la coca y tomó dos esnifadas más.

—Lo necesitaba. —Se levantó—. ¿Qué vas a hacer a la hora de la cena?

—Una cena tranquila. Solo Eileen, Marissa y yo.

—¿Por qué no venís luego a nuestro chalet? —dijo—. Podríamos divertirnos un poco, Danny y las chicas han puesto doscientos dólares cada uno como fondo de una apuesta. Todo empezó cuando Danny dijo que podía conseguir más de King Dong que ninguna de ellas.

—Creo que el calor nos ha afectado a todos.

—Tenía que pasar —dijo él—. King Dong les ha afectado a todas. Pasó lo mismo la última vez que hice una sesión con él.

—Acabará convirtiéndose en la octava maravilla del mundo —dije.

—Él no piensa lo mismo. Dice que su hermano pequeño la tiene mayor.

—Hombre, eso sería una composición magnífica. ¿Por qué no los fotografiáis a los dos juntos?

—No puede ser —contestó—. El chico solo tiene quince años. —Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo—. Por cierto, ¿sabes quién anda loco por él?

Le miré.

—Dieter —dijo—. Vino al final de nuestra sesión y se ofreció voluntario para actuar de juez esta noche.

—¿Y qué hacía él allí?

—No lo sé. Estábamos trabajando en un campo de flores detrás de la casa y apareció. Cuando acabamos, volvió otra vez a entrar en la casa.

Encendí un cigarrillo y me levanté.

—He pedido un avión para mañana por la tarde para llevarme. ¿Querrás quedarte aquí a terminar el trabajo o vuelves conmigo?

Bobby no vaciló.

—Ya he terminado. Volveré contigo.

cuarenta y cuatro

Me estiré en la bañera. La suave fragancia de las burbujas perfumadas y de la yerba, era mejor que el mejor incienso del mundo. Vi a Eileen pasar del tocador a la puerta del armario.

—Vaya, tienes un aspecto magnífico —dije.

Era cierto. Allí de pie, desnuda, era como una fantasía sexual.

—No sé qué ponerme —dijo.

—¿Qué más da? Vamos a estar los tres solos.

Me miró como diciéndome que era idiota. Eligió un vestido largo negro y se lo puso por delante.

—¿Qué te parece?

—Está muy bien.

Lo dejó y sacó otro. Era un vestido de *chiffon* beige y rosa muy suelto.

—¿Y qué te parece este otro?

—Magnífico también.

—No me ayudas gran cosa —dijo irritada y se volvió al armario—. Debería haber traído el blanco de Loris Azzaro.

Di otra calada y sonó el teléfono.

—¿Lo atiendes tú? —pregunté.

Descolgué.

—¿Sí? —Escuchó un momento, y luego acercó el teléfono a la bañera—. Es el tío John —dijo, pasándomelo.

—¿Qué andas haciendo? —preguntó.

—En este momento estoy fumando sentado en la bañera contemplando un desfile de modas.

Había desaprobación en su tono:

—Hablo en serio.

—Me preguntaste qué estaba haciendo.

—Creo que debemos vernos.

—De acuerdo. ¿Qué te parece si desayunamos juntos?

—Esta noche. —Su tono era muy serio—. Creo que tengo una solución a nuestro problema. ¿Cuánto tardarás en estar listo?

—¿Te parece bien dentro de media hora?

—Ven a mi habitación.

Colgué el teléfono, salí de la bañera y me dirigí a la ducha.

—La cena quizá se retrase un poco —dije a Eileen—. Tengo que ir al hotel a ver a Lonergan.

Luego entré en la ducha y abrí del todo el agua fría.



—Pasa, te prepararé algo de beber —dijo, al abrirme—. Yo acabo de prepararme un martini.

La seguí hasta el bar y me senté en un taburete mientras él me preparaba un whisky con hielo. Probé el whisky.

—Salud.

—Salud —fue directamente al grano:

—Julio está dispuesto a dejar de operar en esta zona.

—¿Y por qué acepta eso?

—Porque tiene ochenta y tres parientes en nómina aquí, o trabajando para el hotel en otra forma.

—Una excelente razón —dije, pensativo; bebí otro sorbo—. ¿Y por qué estás tan seguro de que va a cumplir su promesa?

—Me dio su palabra —contestó fríamente.

Esto era definitivo. Terminante. No había más que hablar. Lonergan me miró impasible. Si yo fuese Julio, me lo pensaría mucho antes de engañarle.

—Aún no estoy seguro. No creo que vayamos a conseguir permiso para el juego. Por lo menos en un futuro previsible. Y, sin juego, los costos son demasiado altos.

—También me he encargado de eso —dijo Lonergan.

—Vaya, has trabajado mucho.

No sonrió.

—Aceptarán un arrendamiento con opción de compra.

—Eso es interesante. ¿Cuánto?

—Doscientos cincuenta mil al año más el veinte por ciento de los beneficios del hotel y el cincuenta de los del casino, si conseguimos el permiso. El arrendamiento es por cinco años. Podrás comprar el hotel en cualquier momento del período de arrendamiento por diez millones al contado. Solo tienes que garantizar que gastarás un millón de dólares en cambios y mejoras, cosa que tendrías que hacer de todos modos.

Hice unos cálculos mentales rápidos. Renta, personal, gastos generales y amortización de las mejoras, totalizaban un coste básico de unos ochocientos mil dólares al año.

Coincidíamos.

—Puedes cubrir con una ocupación del treinta y cinco al cuarenta por ciento.

—Sigue siendo un gran riesgo.

—Sin duda.

—Tendré que pensarlo. Me pregunto qué les haría aceptar un trato como este.

—Les dio un ataque de realismo. Y no tenían otro recurso.

—¿Y el señor Carrillo? —comenté.

Me lanzó una mirada curiosa:

—¿Qué sabes de él?

—Solo lo que leí en los periódicos.

—Le vimos esta tarde. Garantizó que el Gobierno aprobaría el acuerdo.

—¿Tanto poder tiene?

—Es prácticamente el propietario de todo en este estado.

—¿Y los indios? —pregunté.

Lonergan me miró desconcertado.

—No sé de qué me hablas.

—De nada, de nada. —Me eché a reír—. ¿Cuándo quieren una respuesta?

—Lo antes posible.

—Déjame consultarlo con la almohada. Tomaré una decisión antes de volver mañana a Los Ángeles.

—Vale. —Bebió otro sorbo del martini.

—Hay algo que no me has dicho, tío John.

—¿El qué?

—No me has dicho lo que piensas tú. ¿Crees que es una buena operación?

—Creo que es lo mejor que puedes conseguir. Pero eres tú quien tiene que decidir si quieres arriesgarte o no. Es tu dinero.

—Y tuyo también. Somos socios.

—Hasta ahora no me ha ido mal contigo. Lo que tú decidas, vale para mí. —Me acompañó hasta la puerta—. De todos modos, yo no he perdido nada.

—¿Qué quieres decir?

Asomó una sonrisa a sus labios.

—Conseguí dar un paseo descalzo por la playa chapoteando en el agua.



Eileen había elegido el vestido negro y cuando me abrió, le brillaban los ojos. Vi en la mesita de cóctel el tarro y las cucharillas, en una bandejita de plata.

—Esto no es justo —dije—. Has tomado ventaja.

—Estaba muy baja. Necesitaba animarme. ¿Qué tal con el tío John?

Esnifé una dosis por cada ventanilla de la nariz antes de contestar. Sentí que la energía se expandía en mi interior.

—Me proponen un acuerdo bastante ventajoso.

—¿Vas a aceptarlo?

—Aún no lo he decidido.

Se acercó a mí, muy seria.

—No lo hagas. Todo este asunto me produce muy malas vibraciones.

—Quizá tengas razón. Pero si resulta, podría significar un montón de dinero:

—¿Necesitas el dinero, Gareth?

—No es el dinero. Pero el juego es divertido.

—No lo será si pierdes.

—Puedo permitírmelo.

—Quizá —dijo lúgubremente—, si solo pierdes lo que te cueste en dinero. Pero yo no me refiero a eso.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

—No lo sé. —Movió la cabeza como para despejarla—. Quizá esté en un viaje depresivo en este momento.

Cogió el tarro y la cucharilla y tomó otras dos dosis. Después inspiró profundamente y se le pusieron los ojos aun más brillantes.

—Así es mejor —dijo.

Sonreí.

—Todo va mejor con la coca.

Entró el criado con entremeses, pequeñas enchiladas, tortillas muy finas rellenas de chile y carne, galletas y salsa de aguacate. Me preparó a mí un whisky con hielo y a Eileen un martini. Luego señaló la mesa del comedor buscando nuestra aprobación.

La mesa estaba maravillosamente puesta para tres, con velas, mantelería de lino, vasos de cristal y Dom Perignon en una cubeta de vino. Recurrí a mi limitado español.

—*Muy hermosa.*

Sonrió y se inclinó, muy complacido.

—*Muchas gracias, señor.*

Alguien llamó a la puerta y fue a abrir. Marissa llevaba el vestido blanco de la primera noche.

—Estás guapísima —dijo Eileen.

Marissa sonrió, complacida.

—También tú —dijo.

Sin que se lo pidieran, el camarero le trajo una margarita, cóctel mexicano a base de tequila.

—Espera un momento —dije, ofreciéndole la coca—. Te llevamos dos cucharas de ventaja.

Marissa nos miró dudosa.

—No sé. Después de anoche...

Me eché a reír.

—Fue la mezcla lo que te fastidió. No permitiré que suceda esta noche.

—De acuerdo. —Tomó dos buenas esnifadas.

Alcé el vaso.

—Por nuestra felicidad.

Bebimos.

—Falta una cosa —dijo Eileen—. Si compras este lugar, insistiré en que haya música en todas las habitaciones.

—Hay música —dijo Marissa—. Supongo que me olvidé de indicároslo.

Se acercó al bar y pulsó un botón en la pared contigua. La música mexicana inundó la habitación.

—Tenemos también música norteamericana —añadió, pulsando de nuevo el botón. Era Frank Sinatra cantando *Night and Day*.

—Eso me gusta —dije—. ¿Bailas?

—¿A quién se lo dices? —preguntó Marissa.

—A preguntas estúpidas, respuestas estúpidas —dije, abriendo los brazos—. A las dos, por supuesto.

Se acercaron a mí y eché un brazo sobre cada una. Eileen apoyó la cabeza en mi hombro derecho. Marissa apoyó la cara en mi mejilla izquierda. Sus perfumes se mezclaron. Bailamos lentamente; nuestros cuerpos fueron apretándose cada vez más. Era maravilloso.

Y también lo fue la cena. Los tres nos enamoramos.



La luz dorada de la chimenea jugaba sobre sus cuerpos desnudos mientras dormían tendidas y abrazadas sobre la alfombra de cebra. Yo estaba sentado en el suelo, la espalda contra el sofá, moviendo el coñac en la copa de cristal. Lo bebí lentamente, saboreando su calidez acre.

Eran Goyas dobles, dos majas desnudas. El fuego doraba la pálida piel de Eileen y daba un tono cobrizo al cuerpo ya tostado de Marissa. Los pezones de Marissa eran como uvas púrpura, comparados con los de Eileen, de un rosa cereza. Dormían una frente a otra, cada una con un brazo bajo el hombro de la otra y una mano tapando y protegiendo el sexo de la otra.

Al principio, Marissa se había mostrado tímida, pero cuando sintió la calidez y el amor y el estímulo de la sexualidad producido por la combinación de música, alcohol, baile y droga, se abrió como una flor. Y al final, fue ella la más sensual de todos, pidiendo, tomando, saboreando y amando hasta que todos quedamos agotados y exhaustos.

Ahora, ellas dormían y yo estaba desvelado. Siempre me pasaba igual con la coca. Las contemplé un rato más y luego me levanté. Me puse los pantalones y salí al aire nocturno impregnado de jazmín.

Aún se oían gritos, voces y carcajadas en el chalé de Bobby. Habían estado de fiesta toda la noche, aunque hacía un rato que no les oía.

Con la copa en la mano, bajé hasta el otro chalé. Abrí la puerta y me encontré en medio de una discusión.

Samantha hacía frente a Bobby y a Dieter, sus pechos desnudos hinchados de cólera.

—¡No es justo! —gritaba—. Vosotros los maricas siempre estáis de acuerdo.

Se volvió y me vio.

—Lo habían preparado todo para que ganara Danny —gritó.

—Yo podría habértelo dicho —dije, sonriendo—. Es el presidente de la delegación en Los Ángeles de la Asociación de Maricas Norteamericanos.

—¡Por mí puede ser presidente de la Asociación de Hijas de la Revolución Norteamericana! —replicó.

—De acuerdo —dije—. ¿Cuál fue la injusticia?

—Todas las chicas utilizamos vaselina KY. Él utilizó Crisco.

—No veo nada malo en eso.

—Es una trampa —gritó—. Todo el mundo sabe que Crisco hace disminuir la erección.

Estallé en carcajadas. No sabía que Samantha tuviese aquel tipo de humor. Cuando recuperé el aliento, dije:

—De acuerdo, para que no os enfadéis las chicas, os daré los doscientos que pusisteis cada una. Pero la próxima vez aseguraos bien de cuáles son las reglas del juego.

Pareció satisfecha.

—De acuerdo, pero me gustaría follar ahora mismo y aquí no hay hombres.

Señalé a King Dong, que estaba tumbado en el suelo con la cabeza apoyada en el regazo de una de las chicas.

—¿Y él?

—Él está hecho una porquería —dijo irritada—. La última vez tardamos una hora en conseguir que se calentase.

—No me mires a mí —dije rápidamente, escabulléndome.

Volví a mi chalé. Mis dos majas desnudas seguían durmiendo exactamente como las había dejado. Entré en el dormitorio, recogí una manta de la cama y las tapé. No se movieron. Cuando me dirigía otra vez al dormitorio, alguien llamó con firmeza a la puerta. La abrí, irritado.

Denise tenía la cara llena de arañazos e hinchada y la camisa y los pantalones caquis rotos. Avanzó tambaleándose hacia mí, los ojos desorbitados de terror. La cogí antes de que cayese.

—Llévame a casa, Gareth, llévame a casa por favor —dijo, con voz débil y asustada—. Vienen siguiéndome. No les dejes que vuelvan a llevarme allí. ¡Quiero volver a casa!

cuarenta y cinco

La metí en el dormitorio y la acosté. Cerró los ojos. Temblaba de miedo. La tapé con una manta y me arrodillé junto a la cama. Movía los labios en un desmayado susurro:

—No, por favor... No quiero volver al tránsito... No, por favor... Le vi. Lo juro. No estaba alucinando... Por favor. No.

Sonó la voz de Eileen tras de mí, en la puerta.

—¿Qué pasa?

—Denise está herida. Ve a buscar a un médico.

Apareció Marissa detrás de Eileen.

—Yo le llamaré —dijo.

Eileen se puso una camisa y unos vaqueros y vino a ver a Denise.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. Trae una toalla y un poco de agua caliente. Mira a ver si puedes limpiarle estos arañazos.

—Gareth. —Denise se incorporó, buscándome. Me senté a un lado de la cama y le cogí una mano.

Me apretó con fuerza.

—Dijeron que no eras real, que estaba alucinando.

—Soy real —dije—. ¿Quiénes dijeron eso?

—El hermano Jonathan y los otros. Estaba furioso porque violé la norma que prohíbe las conexiones y me hizo entrar en tránsito. Yo no quería ir pero él me obligó, y los otros le ayudaron. Me metieron a rastras en el laboratorio.

Otra vez la dominaba la histeria.

—Ya no tienes que preocuparte —dije suavemente—. Ahora estás a salvo. Estás aquí conmigo.

Me apretó más fuerte.

—No estoy alucinando, ¿verdad, Gareth?

—No. Me dijiste que no le dijera que te había visto. ¿Cómo lo descubrió?

—Yo se lo dije. Tenemos que decir siempre la verdad; es la primera norma. Entonces se enfadó mucho y me dijo que estaba mintiendo, que tú no estabas aquí y que yo alucinaba —empezó a temblar de nuevo—. No dejarás que me lleven otra vez, ¿verdad?

—No, no les dejaré. Te quedarás conmigo y volverás conmigo a casa.

—¿Prometido?

—Prometido.

Eileen vino con una toalla y una palangana de agua caliente. La apoyó y empezó a limpiarle la cara a Denise.

—¿Eileen? —dijo Denise dudosa.

—Sí, querida.

—¿Eres tú realmente?

—Sí, querida.

Se incorporó y tocó una mejilla de Eileen.

—Siempre te quise. ¿Lo sabías?

La voz de Eileen fue tan suave como su tacto:

—Lo sabía. Y nosotros te queremos a ti.

—Estaba asustada —murmuró—. Estuve toda la noche corriendo por el bosque.

Y había animales.

—Ahora estás a salvo. No pienses más en ello.

De pronto se puso tensa.

—¡No les dejes llevarme otra vez! Por favor.

Eileen la abrazó.

—No les dejaremos, cariño. Te prometo que no les dejaremos.

Marissa apareció en la puerta:

—El doctor vendrá enseguida.

—Bien —dije.

—Tengo camisas y vaqueros en el armario —dijo Eileen.

Marissa se vistió y luego se acercó también a la cama.

—¿Puedo hacer algo?

—¿Quién es? —preguntó Denise, asustada.

—Marissa —dije—. Es amiga nuestra.

—Déjame tocarla —dijo Denise, extendiendo una mano.

Marissa se la estrechó y Denise la retuvo unos instantes y luego la soltó con un suave suspiro.

—Es una buena persona —murmuró—. Su aura está llena de amor.

—Ayúdame a desvestirla —dijo Eileen a Marissa.

Se inclinaron sobre Denise, le quitaron con mucho cuidado la camisa y los pantalones rotos y empezaron a lavar su cuerpo cubierto de arañazos.

—¡Los guardias! —exclamó de pronto Denise—. Ellos le contaron lo nuestro al hermano Jonathan. Nos vieron salir corriendo de la aldea.

—¿Por qué iban a hacerlo? Ellos no tienen nada que ver con el Retiro.

—¡Sí que tienen que ver! —dijo Denise con vehemencia—. Todos los días van allí en un camión y se llevan a unas veinte personas a trabajar en las propiedades de Carrillo.

—Eso no tiene sentido —dije.

Pero ya había emprendido otra vía.

—Por eso, cuando yo llegué, lo primero que me dijo fue que no te había visto. Que era una alucinación. Antes de que le dijese la verdad. —Se incorporó súbitamente—. ¡No les dejes que me lleven allí otra vez! No les hagas caso, digan lo que digan.

—No te preocupes.

—Me tendrán en tránsito durante días. —Su voz se fue transformando en un grito—. Si lo hacen, me volveré loca. ¡No puedo soportarlo más!

Sonó el timbre y ella saltó de la cama. La sujeté cuando iba a tirarse por la ventana. Se debatió histérica en mis brazos.

—¡No volveré! —chillaba.

Por encima del hombro, vi al médico, un hombre bajo con un bigotillo recortado, y el maletín negro de siempre.

—Nadie viene a por ti —dije suavemente—. Es el médico.

Dejó de debatirse. Volví a llevarla a la cama y se acostó y se envolvió en la sábana. El médico se acercó a la cama. Le alzó la cara y la miró a los ojos. Dijo algo a Marissa en español.

—El médico quiere que te acuestes —dijo Marissa. Denise me miró. Asentí. Se tendió en la cama.

El médico alzó lentamente la sábana y la examinó. Habló de nuevo y Marissa tradujo:

—Dice que necesitará una inyección contra posibles infecciones y que nos dará una pomada para las heridas. Dice también que necesita descanso. Está al borde del agotamiento histérico.

—No quiero que me pongan ninguna inyección —dijo Denise—. Me llevarán allí cuando me duerma.

—Nadie te llevará —dije—. No me moveré de tu lado.

Miró a Eileen.

—¿Tú también te quedarás conmigo?

Eileen asintió.

—Sí, niña. Yo también.

—No quiero volver al tránsito.

—Al único sitio al que irás será a Estados Unidos conmigo —dije.

Denise miró al médico.

—De acuerdo.

—Date la vuelta —dijo Marissa, traduciendo las instrucciones del médico.

Le puso una inyección en cada nalga. Luego sacó un tubo de ungüento del maletín negro. Cuando terminó de aplicarle el ungüento, Denise estaba profundamente dormida.

—El médico dice que dormirá de seis a ocho horas. Dice que necesita descanso y que no debemos despertarla —explicó Marissa—. Cree que ha tenido una mala reacción a la mescalina y que quizá esté sufriendo una psicosis tóxica. Es posible que necesite un tratamiento especializado porque algunos tipos de mescalina se incorporan al organismo y sus efectos persisten durante mucho tiempo.

—Dile al médico que procuraré que reciba el tratamiento adecuado —dije.

—Dice que vendrá mañana hacia el mediodía a verla —tradujo Marissa.

—Gracias, muchas gracias —dije al médico.

El médico hizo una rápida inclinación y salió. Marissa le acompañó hasta la puerta y luego volvió al dormitorio.

Eileen estiró la ropa de la cama. Luego apagó las luces del dormitorio y salimos.

—El médico dice que se han dado varios casos como este en el Retiro —explicó Marissa—. Tuvo que ingresar a dos en un hospital.

—¿Y cuál cree que es la causa?

—Dicen que allí todos toman drogas y que algunos no las soportan. Toman demasiadas.

Quizá, pensé, no lo sepan, quizá les den drogas sin su conocimiento. El muchacho me había dicho que les daban cuatro porros al día.

—¿Se podría conseguir una taza de café a esta hora? —pregunté.

Marissa sonrió.

—Es muy fácil. Hay café instantáneo norteamericano en la cocina. Calentaré agua.

Eileen esperó a que saliera de la habitación.

—¿Qué crees tú que sucede allí?

—No lo sé —dije—. No obstante, puedes estar segura de que iré a ver al reverendo Sam y hablaré del asunto en cuanto regresemos.

Casi habíamos terminado el café cuando oímos ruido de coches fuera. Unos instantes después sonó el timbre de la puerta.

Abrí y allí estaba el hermano Jonathan con dos jóvenes que vestían la ropa caqui del Retiro. Tras ellos, vi a varios de los guardias de Carrillo, dos de los cuales llevaban perros sujetos con correas.

—Hola, hermano Jonathan —dije—. Paz y amor.

Hizo ademán de entrar, pero me interpose, bloqueando la entrada. Se detuvo.

—Paz y amor, Gareth —dijo—. Buscamos a Denise. ¿La has visto?

—Sí.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Estábamos tan preocupados por ella. Lleva perdida desde las ocho de la noche. ¿Está contigo?

—Sí.

—Bueno —dijo—. Ahora nos la llevaremos.

—No —dije.

—Está muy enferma —dijo, había sorpresa en su voz—. Necesita cuidados. Tiene un mal viaje. Hay un médico esperando en el Retiro para atenderla.

—Ya la ha visto un médico aquí. Me aconsejó que no la moviera bajo ninguna circunstancia.

Guardó silencio un momento y luego preguntó:

—¿Puedo verla?

—Está dormida.

—Dejaré aquí a dos de mis hombres para que ayuden a cuidarla.

—No será necesario ya tengo ayuda.

Hizo un gesto con la mano.

—De acuerdo, entonces. Pareces tenerlo todo controlado. Vendremos por ella mañana por la mañana.

—Puedes ahorrarte el viaje porque no volverá contigo. Se viene conmigo a Estados Unidos.

—¡No puede irse!

—¿Por qué no, hermano Jonathan? —pregunté suavemente—. Tengo entendido que tienen libertad para irse cuando quieran.

Reconocí a uno de los jóvenes que estaban detrás de él.

—¿No fuiste tú el que me dijiste que llevabais todos siempre encima un billete de vuelta?

El muchacho no contestó. La voz del hermano Jonathan se hizo más áspera:

—Estás poniéndome las cosas muy difíciles. Soy personalmente responsable ante el reverendo Sam de todos los que están aquí. Y no puedo permitir que se vaya hasta que nuestros médicos den el visto bueno.

Vi que venían Bobby y Dieter. Llegaron a la puerta a tiempo de oírme decir:

—Me pondré en contacto con el reverendo Sam ahora mismo y conseguiré que me dé permiso.

—¿Qué pasa? —preguntó Bobby.

—El hermano Jonathan dice que necesito permiso de tu padre para llevarme a Denise a Estados Unidos.

—¿Está Denise aquí? —preguntó sorprendido.

—Sí y dice que quiere volver a casa con nosotros.

Bobby miró al hermano Jonathan:

—Tiene derecho a volver y no necesita permiso de nadie, ni siquiera de mi padre. Lo sabes de sobra.

—Pero está enferma, no sabe lo que hace —protestó el hermano Jonathan.

—Ya conoces las normas —dijo Bobby—. Una elección libre de una voluntad libre. A mi padre no le gustaría que se violase esa norma.

El hermano Jonathan retrocedió.

—Volveremos por la mañana. Quiero hablar con ella.

—¿Y si ella no quiere hablar contigo? —pregunté.

—Hablará conmigo —dijo hoscamente.

—Hermano Jonathan, estás empezando a parecer cada vez más el policía que fuiste.

Me miró furioso y se volvió. Dijo algo en español a los guardias armados. Estos asintieron y volvieron a los coches.

—Hermano Jonathan —dije—, ¿no te olvidas algo? Se volvió y me miró.

—Paz y amor —dije.

cuarenta y seis

No podía dormir. Me senté fuera en el patio a ver el amanecer. A las siete en punto llegó el criado. Sonrió:

—¿Desayuno?

De pronto, me sentí hambriento.

—Sí.

Cuando iba por la mitad del jamón y los huevos, cayó una sombra sobre la mesa.

—Tuviste una noche muy ajetreada —dijo Lonergan, sonriendo.

Tragué un bocado.

—¿Te enteraste?

Asintió.

—He visto a Dieter.

—¿Qué piensas?

—Desde luego no has cambiado. Aún te dedicas a hacerte el caballero defendiendo causas perdidas.

—¿Por qué dices eso?

—La chica es drogadicta —dijo tranquilamente—. Dieter me dijo que no era la primera vez que le pasaba.

—Pues no lo era cuando vino aquí. Lo que pueda haberle pasado le pasó después de salir de Estados Unidos.

Se sentó frente a mí. El criado le trajo una taza de café.

—Supongo que no habrás tenido mucho tiempo para pensar en nuestra proposición...

—No, realmente.

—¿Quieres mi opinión?

—La agradecería —dije, cortando otro trozo de jamón.

—No veo que puedas perder en el trato. Aunque solo cubrieses, ganarías dinero.

—¿Cómo es eso?

—Tu inversión sale de Estados Unidos y se descuenta del impuesto federal sobre la renta, de modo que el coste neto es solo de unos cincuenta centavos por dólar. Si la operación no produce beneficios y dejas el dinero aquí, has conseguido, en realidad, un beneficio del cincuenta por ciento. Si la operación produce beneficios, aún más.

—Parece muy razonable. ¿Y si no cubrimos gastos siquiera?

—No puedes perder tanto —contestó—. ¿Qué es el cincuenta por ciento del cincuenta por ciento?

Terminé los huevos y pasé al café.

—Tengo otro problema. Personal. No hay nadie en mi organización que sepa algo sobre administración de hoteles.

—Dieter dice que él se quedaría. Y me he enterado de que el director general del Princesa de las Bahamas quiere cambiar de empresa.

—¿Es bueno?

—Muy bueno. En caso de que consiguiésemos permiso para el juego, tiene experiencia en el campo. Trabajó en el Mayfair de Londres. Aceptaría con sesenta mil al año y un cero veinticinco por ciento de los beneficios del hotel.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé esta mañana por teléfono con él.

—No pierdes el tiempo.

—No puedo permitírmelo —dijo—. Ya no soy joven.

Me levanté y caminé hasta el borde del patio, con la taza de café en la mano. Contemplé el océano y luego el hotel y las montañas que había detrás. Era muy hermoso aquello, realmente.

Volví a la mesa.

—¿De veras te gusta?

—Sí —contestó—. No me equivoqué cuando te animé a lo de los clubes, ¿verdad?

—No.

—Estás acumulando experiencia. Los clubes, este hotel, lo de Atlantic City cuando se abra. ¿Quién sabe? Puede que hasta Las Vegas. Nunca puedes saber cuándo aparecerá una oportunidad allí. Significa mucho dinero.

—Tío John, eres un hombre codicioso. Creo que lo único que quieres es que te haga rico.

—¿Qué tiene eso de malo?

De pronto tomé una decisión:

—Vale. Hagamos la prueba.

—¿Quieres decir que aceptas?

Asentí:

—Me has convencido. Puedes decirles que aceptamos el trato.

Me tendió la mano.

—Buena suerte.

La estreché.

—Para ambos.

Eileen salió del chalé. Al ver al tío John se detuvo y se ajustó la bata.

—Gareth.

—Felicítanos —dije—. Hemos ingresado en el negocio hotelero.

No se inmutó.

Parecía muy preocupada:

—Acabo de ir a ver a Denise. Está ardiendo de fiebre.

Entramos en el dormitorio. Denise estaba pálida y tenía la frente cubierta de sudor, las mejillas rojas y no dejaba de temblar bajo la manta. Me senté en la cama

junto a ella.

—Tráeme una toalla y un poco de alcohol.

—No tenemos alcohol —dijo Eileen.

—Entonces colonia. Y luego llama al médico por teléfono.

Actué con toda rapidez. En Vietnam había visto a algunos soldados con fiebres como aquella. A veces era malaria, a veces fiebres tifoideas. Oía a Eileen hablar con Marissa en la otra habitación. Luego oí la voz de Marissa al teléfono.

Eileen volvió al dormitorio.

—¿Puedo hacer algo?

—Sí —dije, bajando las sábanas—. Dile a la doncella que traiga sábanas secas.

La levanté de la cama y la tapé con una manta mientras cambiaban las sábanas. No pesaba nada. No me había dado cuenta de lo delgada que estaba. Volví a acostarla cuando acabaron.

Me volví y vi que Lonergan me observaba con expresión inescrutable.

—Subiré al hotel y les comunicaré tu decisión.

—De acuerdo —le seguí a la sala.

Marissa se acercó a nosotros.

—Ahora viene el médico.

Me eché en un sofá. La falta de sueño me afectaba por fin.

—¿A qué hora quieres que nos reunamos con ellos? —preguntó Lonergan.

Moví la cabeza para despejarme. Todo me parecía un esfuerzo.

—Resuélvelo tú. Intentaré verles antes de irme.

Asintió y se fue. Cerré los ojos y me quedé dormido. No podía haber pasado mucho tiempo cuando sentí una mano suave en el hombro.

—Gareth —dijo quedamente Eileen—. Despierta. El médico quiere hablar contigo.

Me abrí paso a través de la niebla.

—Necesito una taza de café.

El criado lo trajo inmediatamente. Me ayudó, pero no era suficiente. Abrí el armario y esnifé dos cucharillas. Me despejé inmediatamente. Entré en el dormitorio.

Denise aún seguía durmiendo.

El médico estaba muy serio. Habló deprisa y Marissa le tradujo.

—Está muy enferma. Sufre una grave desnutrición y además padece un tipo de disentería vírica que le ha hecho perder un volumen considerable de líquido. Es posible que la fiebre proceda de una infección, traumática o viral o de ambos géneros. Recomienda que se la hospitalice inmediatamente.

—¿Dónde está el hospital más próximo? —pregunté.

—En La Paz —contestó Marissa—. Se puede llamar al avión ambulancia.

La Paz quedaba a más de trescientos kilómetros.

—¿Cuánto tardaría?

—El avión podría estar aquí por la tarde —dijo ella.

—Llama al aeródromo y entérate de si mi avión puede despegar inmediatamente.

Me senté al borde de la cama mientras Marissa telefoneaba.

—¿Puede hacer usted algo ahora? —pregunté al médico.

Me miró sin comprender. No entendía una palabra de lo que le decía. Marissa volvió.

—Estarán listos para salir en una hora.

—Diles que de acuerdo —dije.

Marissa asintió y volvió al teléfono.

—Resuelto —dijo.

—Bien. Ahora pregúntale al médico si puede hacer algo por ella mientras tanto.

—Lo único que sugiere es aplicarle una solución salina. No quiere utilizar ningún medicamento mientras no se hagan análisis.

—El médico pregunta si hay sitio en el avión para él. Le gustaría asegurarse de que su estado permanece estable.

—Dile que se lo agradecería.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó.

—Por supuesto.

El médico habló con Marissa y luego dio la vuelta y se fue.

—Va a la farmacia a por unos frascos de solución salina. Volverá a tiempo para acompañarnos al avión.

—Que venga a buscarnos la limusina grande. Quiero que Denise pueda ir echada en la parte de atrás.

—De acuerdo. ¿Me da tiempo a ir al hotel y cambiarme de ropa? Aún llevo los vaqueros de Eileen.

—Sí, pero no tardes —dije; esperé a que se fuera y entonces me volví a Eileen:

—Tú vienes con nosotros.

Me miró un momento en silencio y luego miró a Denise:

—¿Qué crees que le pasa?

—No lo sé. Pero lo averiguaremos.

—El médico dice que tiene más de 40° de fiebre. No me gusta, es demasiado alta.

—He visto personas con la misma fiebre e incluso más en Vietnam, con tifoideas —dije—. Y sanaron.

—No confío en los hospitales mexicanos.

Tampoco confiaba yo. Esperé a que el piloto apagase el letrero de NO FUMAR y a que el médico hubiese administrado la solución salina. Luego, me levanté de mi asiento, me acerqué a la cabina y le dije al piloto que pusiese rumbo a Los Ángeles y que enviase un mensaje al aeropuerto para que tuviesen preparada una ambulancia.

Cuando volví a mi asiento, el médico estaba visiblemente alterado. Miraba por la ventanilla y hablaba muy deprisa con Marissa.

—El médico dice que La Paz queda al este y que hemos cambiado de rumbo y volamos en dirección norte —dijo Marissa.

—Así es. Cambié de idea. Vamos a Los Ángeles.

—¿Por qué? —dijo Marissa sorprendida.

—Le prometí que la llevaría a casa —contesté.



Llevábamos en la sala de espera del pabellón privado del centro médico de la Universidad de California casi una hora cuando bajó el doctor Aldor. El reloj de la pared marcaba la una en punto. Marissa y el médico probablemente hubieran llegado ya a Mazatlán. Le había pedido al piloto que les llevase de vuelta en cuanto repostara.

Ed hizo un gesto desde la puerta.

—Vamos a un sitio tranquilo donde podamos hablar —dijo. Eileen y yo le seguimos por los atestados pasillos hasta que llegamos a una puerta en la que había un letrero:

PRIVADO - SOLO MÉDICOS

Nos sentamos a la mesa y nos miró con una expresión triste en sus ojos castaños.

—Está muy enferma.

—Pero ¿qué tiene?

—Aún no estamos seguros —contestó—. Sospecho que hepatitis infecciosa complicada con desnutrición y grave abuso de drogas. Hay indicios de trastornos renales y hepáticos. La he ingresado en cuidados intensivos y estamos observándola cuidadosamente.

»Al parecer le ha sido administrada una fuerte dosis de sedantes —continuó—. Intenté hablar con ella pero no reaccionó. Logró, sin embargo, salir de su estado lo suficiente para preguntarme dónde estaba. En cuanto se lo dije, volvió a dormirse.

—Quería volver a Estados Unidos —dije.

—Necesito una pequeña información. ¿Sabéis qué sedante le administró el médico en el avión?

—Que yo sepa ninguno —contesté—. Le aplicó un tipo de solución salina. Pero el único sedante que le aplicó, que yo sepa, se lo dio anoche. Dijo que los efectos durarían entre seis y ocho horas, así que ya tendrían que haber pasado.

Ed caviló un momento:

—Es extraño. ¿Seguro que no había en aquel frasco nada más que una solución salina?

—Cambió una vez el frasco —dijo Eileen.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Cuando tú fuiste a la cabina del piloto a telefonear al doctor Aldor. Dijo que el frasco no funcionaba bien, o algo así.

—¿A qué hora sería eso? —preguntó Ed.

—Hacia la mitad del vuelo. A una hora y quince minutos de Los Ángeles.

Ed cabeceó.

—Una hora y cuarto de Thorazina podría explicar su reacción. ¿Tenéis idea de qué drogas tomaba? —preguntó, mirándome.

—Varias. Yerba, mescalina... —recordé algo y busqué en el bolsillo; puse sobre la mesa el porro de papel amarillo—. ¿Qué efecto crees que pueden producir cuatro de estos al día en un principiante?

Lo cogió y lo olió.

—¿Qué es?

—Yerba y algo más, no sé qué. Quizá en el laboratorio puedan averiguarlo. Lo único que sé es que di dos caladas a uno que ella me dio y casi me desmayo. Y cuando me puse de pie me mareaba.

—Haré que lo analicen. ¿Podéis decirme algo más?

—Sabes ya tanto como nosotros.

—Otra cosa. ¿Tenéis idea de cuánto tiempo lleva tomando esto?

—Han pasado más de dos años desde la última vez que la vimos. Quizá todo ese tiempo.

Se levantó.

—Parecéis muy cansados. Id a casa y descansad un poco. No os preocupéis, yo cuidaré yo de ella.

—Gracias, Ed. —Le tendí la mano. Me dio un apretón tranquilizador. Sonreí—. Cúrala. Es una buena chica.

—Llevará tiempo, pero creo que podremos conseguirlo. Es bastante joven y bastante fuerte.

Fuimos hacia la puerta. En el pasillo, me detuve:

—No repares en gastos. Quiero que recupere de todo. Enfermeras particulares a todas horas. Diles que envíen las facturas a mi oficina.

—De acuerdo. Te llamaré esta noche y te diré cómo está.

—¿Podemos visitarla?

—Es mejor que esperéis hasta mañana. Para entonces, estará en condiciones de hablar.

Volvió a estrecharme la mano y se fue.

El coche de Lonergan nos esperaba a la entrada. El chófer estaba al volante y el Cobrador apoyado en la puerta. En cuanto nos vio nos abrió la puerta de atrás.

—Bienvenidos a casa —dijo.

—¿Cómo supiste que estábamos aquí? —pregunté.

—En tu oficina. Lonergan llamó y nos dijo que te recogiéramos. Se figuró que no se te ocurriría tomar un coche. —Cerró la puerta y se sentó delante, junto al chófer—. Nos dijo que te llevásemos a tu oficina para una reunión.

—Ahora no, Bill —dije—. Vamos a casa a dormir. Los negocios pueden esperar hasta mañana.

cuarenta y siete

Los ascensores de los edificios de oficinas New Century City pretendían ser los más rápidos de California. Aun así, no eran nada comparado con Nueva York y Chicago. Los californianos no están, sencillamente, orientados en sentido vertical.

Las luces de las plantas parpadeaban mientras subíamos.

17. GARETH BRENDAN PUBLICATIONS LTD
Producción

18. GARETH BRENDAN PUBLICATIONS LTD
Contabilidad y Ventas

19. GARETH BRENDAN PUBLICATIONS LTD
Oficinas ejecutivas

Se abrió la puerta y entré en la zona de recepción del piso 19. Un gran panel enumeraba las secciones de la empresa en bruñidas letras doradas.

GARETH BRENDAN PUBLICATIONS LIMITED

- REVISTAS:
 - MACHO
 - MACHO BOOK CLUB
 - LIFESTYLE DIGEST
 - LIFESTYLE PRESS INC.
 - GIRLS OF THE WORLD QUARTERLY
 - LIFESTYLE RECORD CLUB
 - NIGHT PEOPLE
 - LIFESTYLE PRODUCT SALES
- CLUBES Y HOTELES LIFESTYLE:
 - NEW YORK LIFESTYLE CLUB
 - CHICAGO LIFESTYLE CLUB
 - LOS ÁNGELES LIFESTYLE CLUB
 - LONDON LIFESTYLE CLUB
 - MAZATLAN LIFESTYLE HOTEL

- AGENCIA DE VIAJES LIFESTYLE
- VUELOS CHARTER LIFESTYLE
- MEDIOS DE COMUNICACIÓN LIFESTYLE

Mientras me dirigía a la mesa de recepción en forma de media luna, veía brillar la nieve en la cima del monte Baldy situado casi setenta kilómetros al este. Era uno de esos extraños días sin niebla que se dan en Los Ángeles con más frecuencia de lo que la propaganda del Este admite. Había sitio para tres chicas en la mesa de más de cuatro metros, pero, por el momento solo estaba ocupada una silla.

Miré el reloj de la pared. Las nueve y veinte. La oficina no se abría oficialmente hasta las nueve y media. A partir de esa hora, siempre había tres chicas en recepción. Nunca se enviaba a un visitante solo a una oficina. Siempre le acompañaba una de las recepcionistas. Y eran unas chicas de belleza explosiva, chicas que habían hecho de modelos para una de nuestras revistas o reclutadas de uno de nuestros clubs. Era cuestión de imagen. En cuanto un visitante veía a una de nuestras chicas, no tenía duda alguna sobre nuestro negocio. Había ya ocho personas esperando para entrevistas. Estaban sentadas en varios grupos, conversando, lo cual les permitía intimidad para la conversación o para hojear las revistas que tenían frente a ellos en las mesitas. Las paredes estaban cubiertas de cuadros, ampliaciones de las portadas y de las páginas centrales de nuestras revistas, todas cuidadosamente difuminadas por razones obvias.

A los que lo deseaban, una linda muchacha con uniforme de doncella les servía café o té en un carrito de ruedas.

La recepcionista era nueva. Percibí claramente, por su tono de voz, que no me había reconocido, pese al hecho de que había muchas fotografías mías, entre otras, en las paredes.

—Buenos días. ¿En qué puedo servirle?

—¿Ha venido ya Denise? —pregunté.

—Siéntese usted, llegará enseguida.

—No, gracias —dije, dándole la caja del regalo que llevaba debajo del brazo—. ¿Sería tan amable de darle esto, por favor?

—Desde luego. —Cogió el paquete y lo depositó en el suelo detrás de la mesa.

—Gracias.

Busqué en el bolsillo mi llave especial, crucé la zona de recepción hasta el ascensor privado que me llevaría a mi oficina en el apartamento del piso superior.

—Perdone, señor —dijo la recepcionista detrás de mí—. Los ascensores de bajada no están ahí.

Me volví y la miré. Tenía ya el dedo sobre el timbre de alarma. Un toque y dos guardias especiales aparecerían en menos de un minuto.

—Lo sé perfectamente —dije.

—Ese ascensor es solo para los ejecutivos de la empresa —dijo.

Sonreí y alcé la llave para que pudiera verla.

—Señorita —dije, metiendo la llave en la cerradura—, yo soy la empresa.

Entré en el ascensor y, antes de que se cerraran las puertas, pude verla mirándose con la boca abierta. Pulsé el botón y subí al apartamento.

La policía especial estaba esperándome cuando salí del ascensor a la oficina de mis secretarias. Al verme se tranquilizaron.

—Esa chica nueva no le reconoció.

—Ya me di cuenta. Al menos sabe hacer su trabajo.

Las gemelas Bobbsey estaban en sus mesas, que flanqueaban la puerta de mi oficina.

—Buenos días, señor Brendan —dijeron a mi paso.

—Buenos días —dije, entrando y cerrando la puerta. Crucé la habitación y me senté en mi mesa.

Contemplé los muebles Chippendale con que estaba decorada mi oficina y cabeceé irritado. Un decorador marica había convencido a Eileen y le había sacado doscientos de los grandes por todo aquello. Me resultaba odioso; pero, según ella, tenía dignidad.

Giré la silla y miré por el ventanal hacia el oeste. Como ya dije, era uno de esos extraños días en que no hay niebla en Los Ángeles. El sol colgaba ya como un feroz globo amarillo del cielo azul. Sería un día muy caluroso. El agua del Pacífico chispeaba pasado el aeropuerto, en el que aterrizaba un gran reactor.

Me volví a la mesa y marqué la clave de nuestro servicio chárter. La pantalla se iluminó, dándome las horas de entrada y salida de todos nuestros vuelos chárter de las doce horas siguientes. Nuestra Gira Lifestyle de Hawai no llegaría a Los Ángeles hasta las once en punto. Apagué la pantalla, me levanté y miré hacia el aeropuerto con el telescopio que había junto a la ventana sobre un trípode. El avión era un 747 de la Pan American y le seguí hasta que desapareció unos instantes antes de aterrizar. No importaba que no fuese uno de los nuestros. Me gustaba mucho mirarlos.

Volví a mi silla en el momento en que entraba una de las gemelas con un servicio de café de plata. Cuidadosamente, me sirvió una taza, añadió un terrón de azúcar y luego revolvió y lo colocó frente a mí.

—Buenos días, Dana —dije.

—Buenos días, señor Brendan. —Se echó a reír—. Soy...

—No me lo digas. Lo sé. Eres Shana.

—Eso es, señor Brendan.

Bebí un sorbo de café. Cuatro años y aún no podía distinguirlas, estaba convencido de que se burlaban de mí.

—Dana traerá la correspondencia y los recados —dijo—. Y la reunión con los accionistas es a las diez en punto en su sala de conferencias.

Hice un gesto de asentimiento.

Cogió un periódico doblado que llevaba bajo el brazo y lo abrió sobre la mesa frente a mí.

—Pensamos que le gustaría echar un vistazo a este titular del *Wall Street Journal* de hoy.

Era un reportaje de la primera columna de la primera página. El titular decía: «El sexo triunfa en la Bolsa». Luego seguía un titular en letras más pequeñas: «Primera oferta pública de Brendan Publications suscrita en exceso en un mil por cien».

Sonó el intercomunicador. Apreté el botón.

—Denise por la línea interior para usted.

Descolgué el teléfono.

—Feliz cumpleaños —dije.

Denise estaba emocionada.

—Te acordaste.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Eres mi chica especial.

—No puedo creer que hayan pasado dos años —dijo—. Parece que fue ayer cuando volví.

—Que los dos próximos años pasen igual de rápidos y de felices —dije.

—Gracias —dijo ella—. Subiría a darte un beso si no supiera lo ocupado que estás.

—¿Cómo está? —preguntó Shana cuando colgué.

—Bastante bien. Pero todo lleva tiempo. Va al psicoanalista tres veces por semana. Le metieron mucha mierda en la cabeza ahí abajo y no es tan fácil quitarse eso de encima.

—¿Puede entrar Dana ya? —dijo.

—No. Lo aplazaremos todo hasta después de la reunión con los accionistas.

Salió y cerró la puerta suavemente. La voz de Denise repiqueteó en mis oídos: «Subiría a darte un beso si no supiera lo ocupado que estás».

Mierda. Nunca había estado tan bien. Pero ¿por qué cuando estaba allí sentado en la cima del mundo, me sentía tan separado de él?

Volvió a sonar el intercomunicador:

—Verita por la línea interior.

—Buenos días —dije.

Se echó a reír.

—Si no estás demasiado ocupado, me gustaría verte un momento antes de la reunión.

—Sube.

Entró, con su carpeta habitual. La observé mientras se acercaba a la mesa. Aquella mujer segura y tranquila era completamente distinta a la chica de la ventanilla del desempleo que yo conociera en otros tiempos. Llevaba un vestido negro de excelente corte que acentuaba su feminidad y al mismo tiempo indicaba su absoluta profesionalidad.

—Estás muy guapa —dije.

—Gracias. —Fue directamente al grano—: Pensé que quizá te gustase ver los resultados del primer trimestre antes de la reunión. Si no quieres leerte todo el informe, hay un resumen en la primera página.

El encabezamiento del informe era muy simple. Beneficios netos sin descontar impuestos. Leí la columna.

Grupo Editor	\$ 7.900.000
Grupo Lifestyle	\$ 2.600.000
Todo lo demás	\$ 1.500.000
TOTAL	\$ 12.000.000

—Estamos vendiendo demasiado barato —dije. Sonrió.

—La circulación de *Macho* en el trimestre fue de cuatro millones ciento cincuenta mil ejemplares. *Girls of the World Quarterly* significó también otra gran contribución a los beneficios. Incluso al nuevo precio de seis dólares, vendimos casi siete millones de ejemplares.

—No me quejo —dije, sonriendo.

—Nuestro neto, descontados impuestos, será de unos siete millones —añadió.

—Déjame esto. Creo que a los accionistas puede interesarles.

—He preparado copias para ellos.

Siempre se me adelantaba. En realidad, yo ya no tenía nada que hacer, todo estaba pensado.

—Bien —dije.

—Dos cosas más, si tienes tiempo —dijo ella rápidamente.

Otra vez aquella frase: «Si tienes tiempo». Empezaba a parecerme que aquella era la frase inicial de casi todas las conversaciones en el último año. Conseguí contener mi irritación.

—Tengo tiempo.

—Los interventores informaron que el personal de las secciones de suministros de los clubs ha aumentado entre diecisiete y veinte hombres por club en los dos últimos años.

—¿Sí?

—No tiene sentido. En la mayoría de ellos solo se necesitan dos hombres.

—¿Con beneficios como estos qué importancia tiene?

—Ese no es modo de llevar un negocio —me reprochó—. Si permites que suceda esto en otros sectores de la empresa, pronto no habrá beneficios.

—De acuerdo. Investígalo.

—Ya lo he hecho.

De nuevo se me había adelantado. Esta vez no pude impedir que la irritación

aflorase en mi voz:

—¿Si ya has hecho algo, por qué me molestas con eso?

—Creo que tienes que estar informado —dijo ella, fríamente.

—Dijiste que eran dos cosas. ¿Cuál es la otra?

—La segunda es personal. El mes que viene me caso.

La miré sorprendido:

—¿El juez?

Sonrió, ruborizándose ligeramente.

—Sí.

Salí de detrás de la mesa y la besé.

—Enhorabuena, es un tipo magnífico. Sé que seréis muy felices.

—Piensa presentarse para el Congreso al año que viene —dijo—. Y es el momento adecuado para hacerlo.

—Bueno, cualquier momento es adecuado si le quieres.

—Le quiero —dijo—. Es un hombre estupendo.

La besé otra vez y observé su rostro. Estaba radiante.

—Eso es maravilloso —dije.

cuarenta y ocho

Los accionistas estaban entusiasmados. El dulce aroma del éxito flotaba en el aire. Contemplé a los que se sentaban alrededor de la mesa. Estaban allí todos.

Los grandes agentes. Merrill Lynch, Kuhn Loeb, City Bank, Bank of America.

Martin Courtland, presidente del grupo de accionistas, me sonrió:

—Esta es la oferta de mayor éxito que llega al público desde la Ford Motor Company. Podríamos haber duplicado nuestro precio por acción y de todos modos se habría producido una suscripción superior a la emisión.

—No me quejo —dije—. Cien millones de dólares sigue siendo un montón de dinero.

—Me dijeron que al día siguiente de salir se abrirá la cotización en Bolsa a un cincuenta por ciento por encima del precio pedido.

El precio era de cincuenta dólares la acción. Aquello significaba que ya el primer día se cotizaría a setenta y cinco.

—Se van a hacer ustedes ricos solo comerciando con las acciones —dije.

—¿No quiere usted confiarnos algunas de sus acciones particulares? —dijo, riendo.

—No, gracias, soy muy codicioso.

Todos rieron.

Salían a la venta dos millones de acciones, un millón quedaba en reserva y yo retenía para mí tres millones.

—Tengo unas cifras interesantes —dije, refiriéndome al informe del primer trimestre.

Ya lo habían visto.

—A este ritmo, incluso con ganancias de quince o veinte veces su valor, los accionistas harán el mejor negocio de su vida —dijo Courtland.

No dije nada.

Courtland miró a su alrededor.

—Confío, caballeros, en que todos ustedes comprendan que esta es la primera vez que se ha suscrito una importante operación financiera para construir un hotel y un casino en Las Vegas sin un compromiso hipotecario de ninguna de las fuentes habituales.

Sabía lo que quería decir. Todo había empezado cuando Lonergan acudió a mí con el terreno de Las Vegas, junto con compromisos de financiación por valor de setenta millones de dólares de varios sindicatos y empresas de seguros. Me gustó la idea, pero no me agradaba tener socios. Sus condiciones me recordaban demasiado a los mafiosos del Este. Fue entonces cuando decidí acudir al público. *Playboy* lo había hecho con menos incluso. Añadí los diez millones de dólares que necesitaba para

cubrir mi opción del Mazatlán Lifestyle y acudí a la Bolsa. Al principio, hubo escepticismo, pero la actitud cambió en cuanto vieron las cifras de beneficios. Aquella suscripción era el resultado neto.

—No nos dejemos arrastrar precipitadamente, caballeros —dije—. Aún faltan dos semanas para que se haga la emisión.

—Un mero formulismo —dijo Courtland—. Nada puede ir mal.

—Ojalá. He firmado los contratos y necesito el dinero. Si el dinero no llega, me veré en un grave aprieto.

—Eso no sucederá jamás —dijo Courtland—. Puede usted ya ingresar el dinero en el banco. En cuanto se abra la Bolsa, su paquete de acciones valdrá doscientos veinticinco millones de dólares.

Una salva de aplausos rubricó su afirmación. Al principio, pensé que era una broma. Pero miré alrededor de la mesa y comprendí que no lo era. Estaban mortalmente serios. Había olvidado que para ellos el dinero era algo vivo. Lástima que el dinero no pudiese levantarse y hacer una inclinación de agradecimiento.

No dije nada.

—Puesto que esta será nuestra última reunión antes de que las acciones se suscriban, la dirección de la Bolsa me ha pedido que le invite a comer el día en que las acciones salgan al mercado.

—Será un placer.

—Bien —dijo, evidentemente complacido—. Eso será el lunes. También me gustaría confirmar su discurso en el club de corredores de Bolsa el viernes anterior.

—Lo tengo previsto. Pienso quedarme en Nueva York ese fin de semana.

—Maravilloso. —Miró a su alrededor—. ¿Alguna pregunta más antes de dar por terminada esta reunión?

—Una sola —dijo uno de los banqueros, levantándose—. ¿Cuándo se nos va a invitar a una de esas fabulosas fiestas en su mansión, de las que tanto hemos oído hablar?

Sonreí.

—Me temo que me confunden ustedes con Hefner. Yo no doy fiestas ni tengo ninguna mansión. Vivo en una casita del hotel Beverly Hills.

Se sonrojó, muy embarazado.

—Pero gracias por pedírmelo —añadí rápidamente—. Es una buena idea y quizá ahora pueda permitirme hacer cosas así.

Todos rieron y la reunión terminó en un clima de respeto mutuo, de amor incluso. Volví a mi oficina preguntándome si podría plantearse una ecuación que determinase la relación entre dinero y amor. Evidentemente, cuanto más dinero tienes, más amor recibes.



Cuando volví a la oficina, eran las doce y cinco. Las notas estaban apiladas en mi

mesa. Las revisé. No había nada importante, no tenía que llamar a nadie. Miré por el ventanal. Era un día maravilloso.

Llamé por teléfono a Eileen.

—¿Cómo fue la reunión? —preguntó.

—Todo alegría y dulzura.

—Qué bien.

—Tengo una idea. ¿Qué te parece si nos tomamos la tarde libre y vamos a la playa?

—Lo siento. No puedo. Tengo dos reuniones editoriales y cuatro citas con redactores concertadas para esta tarde.

—Mándalo todo a la mierda.

—No puedo hacerlo —dijo, riéndose—. Esas reuniones se acordaron previamente. Si no resuelvo algunas de esas cosas, dentro de tres meses tendré un montón de páginas en blanco en la revista.

—Mierda —dije.

—No te enfades. Piensa que cenamos esta noche en casa de tu madre.

Probé con Bobby, pero estaba ocupado. Producción le reclamaba para aprobar unos planos. Había tres fotógrafos y nuevos modelos esperándole para que diese el visto bueno.

Marissa, que llevaba la sección de viajes y giras, también estaba ocupada. Dieter iba camino de su oficina y debía entrevistarse con representantes de la asociación dental de Los Ángeles con vistas a una convención de seiscientas personas en el Mazatlán Lifestyle.

Por último, llamé a Denise:

—Es tu cumpleaños —dije—. Busca a alguien que te reemplace en tu oficina y pasaremos la tarde en la playa.

—Oh, Gareth —dijo, con auténtico pesar—. No puedo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Un grupo de chicas dan una fiesta en mi honor en La Cantina. Tengo que ir en cuanto salga de la oficina.

Era la última posibilidad. Colgué, furioso. Todos tenían algo que hacer salvo yo. Ahora sabía lo que era ser importante: significaba no tener nada que hacer.

Pulsé el botón del intercomunicador.

—Consígame un coche inmediatamente.

—Sí, señor Brendan. ¿Quiere usted que conduzca Tony?

—¡No quiero que conduzca nadie! ¡Conduciré yo mismo!

—¿Conducirá usted mismo? —dijo asombrada.

—¿No me ha oído? —repliqué, cortando la comunicación.

Me trajeron un Eldo descapotable. Bajé la capota y veinte minutos después rodaba por el Bulevar Sunset hacia la playa. Compré una bolsa de comida en el puesto de pollos Colonel y un estuche con seis cervezas y continué por la autopista de

la costa hasta una playa situada más allá de Paradise Cove, que sabía poco frecuentada.

Llegué hacia la una y media con el sol alto en el cielo. Aparqué, recogí la bolsa y las cervezas y bajé a la arena. Encontré una zona parcialmente en sombra donde no hacía demasiado calor, luego me quité la camisa y la extendí en la arena.

Salvo por un individuo con una tabla de surf a la caza de grandes olas, estaba solo en la playa. Me quité los pantalones y me senté con mis *shorts* negros Jokkey. Apoyé la cabeza en una roca y abrí una lata de cerveza. Estaba fría y era muy agradable sentirla bajar por la garganta. Contemplé perezosamente al tipo de la tabla de surf.

Iba montado en una ola que no tenía fuerza suficiente para arrastrarle. Se hundió en el agua. Al cabo de un momento, reapareció y se internó en el mar a la caza de la ola siguiente.

Las inquietas gaviotas cazaban peces, las lavanderas cazaban sus sombras. Saqué las gafas oscuras del bolsillo de la camisa y me las puse para protegerme los ojos del brillo del sol. El de la tabla de surf volvía en una ola mucho mejor. Le vi llegar casi hasta el borde de la arena, donde perdió pie. Me pregunté si aún podría hacerlo yo. De niño, solía dedicar mucho tiempo a buscar una gran ola.



—Solo una ola más, tío John —supliqué—. Por favor.

Vaciló. Luego asintió:

—Nada más que una. Luego nos vamos a casa. La playa está vacía y tu madre empezará a preocuparse por ti.

Entré corriendo en el agua, con mi tabla de surf infantil. Nadé hasta donde me atrevía, esperé una ola que me pareció grande y subí en la tabla con el corazón palpitante; y me erguí. Fue un bello viaje y chillé todo el camino al máximo que daban mis pulmones de siete años.

El tío John me esperaba con una gran toalla de baño cuando salí del agua.

—Ahora quítate el bañador y déjame secarte —dijo. Se arrodilló ante mí, frotándome con la toalla. Sonó detrás de mí la voz de mi padre:

—¿Es que ni siquiera puedes mantener las manos apartadas de tu propio sobrino, perverso?

Vi que los ojos de mi tío adquirían un brillo helado detrás de sus gafas sin montura. Lentamente, se levantó. Luego se movió tan rápido que ni siquiera pude ver lo que pasó. Cuando me volví, mi padre estaba espatarrado en la arena, con la boca y la nariz llenas de sangre. Mi tío estaba de pie a su lado, con los puños cerrados.

Corrí y me arrodillé al lado de mi padre. Movié la cabeza pesadamente, intentando hablar. Vi los dientes rotos colgando bajo su labio y la expresión de terror de su cara.

—¡No te atrevas a pegar más a mi padre, malvado! —grité a mi tío.

Mi tío se quedó allí mirándonos en silencio con expresión de pesar en su rostro.

Intenté levantar la cabeza de mi padre.

—Levántate, papá, levántate.

Mi padre pugnó por incorporarse. Cuando alcé los ojos, el tío John se alejaba por la playa hacia su coche.

Después de aquello, el tío John tardó mucho en volver a nuestra casa. Y cuando por fin lo hizo, la intimidad que existía antes entre nosotros había desaparecido.



Quizá fuese aquel individuo de la tabla de surf el que despertó mis recuerdos. No recordaba haber pensado nunca en aquello. Abrí otra lata de cerveza y la bolsa del pollo. El pollo aún estaba caliente y jugoso.

El de la tabla de surf había salido del agua y subía por la playa con la tabla bajo el brazo cuando me vio observándole. Estiró el culo y echó la pelvis hacia delante para que el bulto de su bañador destacara más.

Sonreí ante una insinuación tan evidente. Vio mi sonrisa y la consideró una invitación. Cambió de rumbo y se detuvo frente a mí. Clavando la punta de la tabla en la arena, se apoyó en ella con un brazo, las piernas abiertas y las caderas adelantadas.

—Hola —dijo.

De cerca, era mayor de lo que parecía de lejos. Le había calculado unos quince o dieciséis años. Pero debía tener diecinueve o veinte.

—Hola.

—Excelente día —dijo—. Pero el surf no merece la pena.

—Sí.

—¿Solo?

Metió el pulgar en la goma del bañador y lo bajó de modo que quedaron al aire buena parte de sus órganos genitales.

—¿Qué te parece?

Sonreí con una mueca:

—Es mejor que nada.

La ironía no le afectó. Era un hombre de negocios.

—Veinte por el francés, treinta por el griego, cuarenta por el viaje redondo.

—Eres un imbécil —dije cordialmente—. Yo podría ser perfectamente un poli de los de la brigada contra el vicio.

Palideció y se subió el bañador tan deprisa que se oyó el chasquido de la goma en su vientre.

—Pero no...

—No, no lo soy.

Suspiró aliviado.

—¡Dios mío! Por un momento creí...

Busqué otro trozo de pollo.

—No suelo hacer esas cosas, ¿sabes? —dijo—. Pero necesito pasta. Mi casera me reclama la renta.

—Te daré veinte dólares si me prestas la tabla unos minutos —dije.

—De acuerdo.

Me levanté, saqué el dinero del bolsillo, le di un billete de veinte y guardé el resto en el *short*.

—Ahí tienes cerveza y pollo, sítete tú mismo —dije, recogiendo la tabla de surf—. No tardaré mucho.

El agua estaba más fría de lo que recordaba de mi niñez. Llegué hasta donde se formaban las olas y esperé una. Fracasé cuatro veces antes de conseguir una en la que casi logré llegar hasta la playa. Me bastaba. Lo dejé y salí.

—¿Cómo te fue? —preguntó—. Desde aquí no parecías mal en esa ola.

—Creo que es algo que debo dejar para vosotros los muchachos. Estoy haciéndome demasiado viejo para estas cosas.

—Para ser viejo no estás mal. Me gustas. ¿Qué te parece si lo hacemos? Sin pagar nada.

Pensé que desde su edad, treinta y seis años eran muchos.

—No, gracias. Acabo de tomar una decisión. Renuncio a los chicos.

—¿Por qué?

—Porque estropean la relación con las chicas.

—Eso es una tontería —dijo él—. Te privas de la mitad de la diversión.

De labios de los niños... Me pareció razonable lo que decía.

—¿Dónde vives? —le pregunté.

—A un kilómetro playa abajo.

Jugueteó con mi pene en el breve viaje hasta su casa y en cuanto cerramos la puerta cayó de rodillas ante mí. Me bajó el *short*. Sentí su boca. Utilizó dos dedos expertos para sondearme buscando la próstata. Le agarré la cabeza, metiéndosela hasta la garganta.

Se apartó tosiendo y jadeando.

—¡Qué hermosa la tienes! —dijo—. Me encanta.

Se tiró en la cama boca arriba, con las piernas alzadas en la posición femenina.

—¡No puedo esperar!

Le penetré lentamente. Me atrajo hacia sí y sentí la dureza de su falo contra mi vientre mientras acelerábamos el ritmo. Cuando parecía que solo había pasado unos segundos, gritó:

—¡No puedo más! ¡Voy a acabar!

Sentí que su sexo empezaba a palpar contra mí como un martillo pilón mientras el semen brotaba cálido. Al mismo tiempo, sus dedos buscaron mi próstata. Me erguí y me vacié en él.

No fui a cenar a casa de mi madre.

Cuando llegué a la casita del hotel, eran las cuatro de la madrugada. Atisé en el

dormitorio. A la luz difusa, pude ver a Eileen, durmiendo. Cerré suavemente la puerta y fui al otro baño a ducharme.

Vi su sombra a través del cristal del panel de la ducha.

—¿Estás bien? —preguntó por encima del ruido del agua.

—Perfectamente.

—Tu madre estaba muy preocupada por ti.

No contesté.

—Y yo también —añadió.

—Lo siento —dije, saliendo de la ducha.

Me entregó una toalla y empecé a secarme.

—Me hizo prometer que la llamarías por la mañana.

—La llamaré.

Volví a nuestro dormitorio y cuando me metí en la cama unos minutos después, se acercó a mí. Apoyó su cabeza en mi hombro. Sentí lágrimas en sus mejillas.

—Vamos, ¿por qué lloras?

—Te amo. Y no puedo soportar verte como te veo. Has conseguido todo lo que querías. No comprendo por qué te sientes desgraciado.

La besé en el cabello y limpié las lágrimas de sus mejillas. Pero nada podía decirle. Tampoco yo sabía el porqué.

Alzó la mano y me acarició suavemente la mejilla.

—Pobre Gareth —murmuró con soñolienta ternura—. Tantas guerras.

cuarenta y nueve

Hay una diferencia entre el dinero viejo y el dinero nuevo. El dinero nuevo compra antigüedades y las restaura para volverlas a su estado primitivo de modo que uno pueda casi imaginar que Luis XV va a cruzar la puerta y posar su real trasero en el sillón. El dinero viejo compra antigüedades y las deja tal como están, con la madera sin barnizar, y la tapicería desvaída y los muelles tan destrozados que cuando te sientas parece que estás sobre un montón de adoquines.

Martin Courtland era dinero viejo. Pero sentado detrás del escritorio de su oficina, en una de las plantas superiores de Wall Street 70, no tenía que preocuparse por los adoquines. Su silla era el único mueble nuevo de la estancia. Sonrió cuando me senté al borde de mi silla y firmé el último de los documentos. Luego apretó un botón para que un empleado se llevase los papeles.

Courtland se retrepó en su asiento y nos sonrió:

—Asunto liquidado —dijo satisfecho—. A partir de ahora, todo es automático.

Me erguí en mi silla y miré a Eileen. No parecía más cómoda que yo.

—¿Qué significa eso?

—Su firma en esos documentos significa una orden irrevocable a los suscriptores para que transfieran el dinero que han obtenido con la venta de las acciones a la compañía de usted —explicó—. Por eso le pedí que viniese pronto a Nueva York, para que pudiésemos hacerlo así. Ahora, cuando aparezca usted en la comida de los corredores de Bolsa pasado mañana, sabrá que el dinero está en su bolsillo. Y nadie podrá hacer nada, más que usted.

—¿Yo?

Asintió.

—Usted es el único que tiene poder para revocar esta orden. —Se levantó—. ¿Puedo hacer algo para que su estancia en la ciudad resulte más agradable?

Evidentemente, la entrevista había concluido. Era exactamente igual que el negocio de la revista. Éramos ya el número del mes pasado.

—No se moleste. No tenemos ningún problema —dije.

—Siento que no podamos comer juntos, sin embargo, tenemos tiempo de beber algo. Una cosa rápida.

Descolgó el teléfono sin esperar respuesta.

—Traiga la botella de Glenmorangie. —Me miró por encima de la mesa—. Es mi whisky para las ocasiones especiales.

Luego nos acompañó hasta la puerta de su oficina y bajamos a la calle, donde nos esperaba el coche. La limusina arrancó antes de que le dijésemos al chófer adónde íbamos.

Las aceras estaban atestadas de gente. Aquello no se parecía en nada a California.

Allí todo se movía. Era un día claro y soleado, pero con los altos edificios la calle parecía en penumbra.

—Ciudad Diversión —dije—. La Gran Manzana. ¿Qué te parece si vamos a dar una vuelta y a conocer todo esto?

—¿No podemos volver al hotel y dormir un poco antes? —preguntó Eileen quejumbrosamente—. Ese brebaje me ha dejado atontada.

Habíamos llegado al aeropuerto a las seis cuarenta y cinco de la mañana y solo nos había dado tiempo a ir al hotel, ducharnos, cambiarnos y bajar a Wall Street, donde estábamos citados a las nueve. Miré el reloj. Eran las diez en punto. Un par de horas de sueño antes de la comida no nos vendrían mal. Bajé el cristal que nos separaba del chófer.

—Vuelva al hotel, por favor.

La respuesta fue típicamente neoyorquina.

—Hacia el hotel vamos —dijo—. Pensé que querrían ir allí.



Nada más cerrar los ojos, sonó el teléfono. Estiré el brazo y descolgué.

—¿Sí?

—¿Gareth?

—Sí.

—Aquí Martin Courtland. —Su voz era tensa—. ¿Ha visto usted el noticiario de las doce en punto?

—He estado durmiendo —dije.

—Hay un teletipo de noticias en el vestíbulo —dijo—. Eche un vistazo y llámeme.

Colgó bruscamente. Yo también colgué. Eileen no se había movido. Salí en silencio de la cama, me vestí y bajé. Dejé el ascensor y caminé hasta el teletipo que había junto a la entrada de Park Avenue.

La máquina parloteaba, ante la indiferencia de la gente que pasaba apresurada ante ella, al parecer más interesada en su propio mundo que en el exterior. La máquina daba cifras del Banco de Reserva Federal.

Cogí la larga hoja que colgaba detrás y la leí. La noticia me dejó perplejo:

INFORMA UPI NUEVA YORK 12 DEL MEDIODÍA

FUNCIONARIOS DEL DEPARTAMENTO DEL TESORO COMUNICARON A MEDIODÍA DE HOY LA CAPTURA DE LO QUE PUEDE SER EL MAYOR ALIJO DE NARCÓTICOS ILEGALES DE LA HISTORIA DEL DEPARTAMENTO. EN UNA GRAN OPERACIÓN QUE RECUERDA LAS OPERACIONES MILITARES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, SE HICIERON REDADAS EN TRES GRANDES CIUDADES DE ESTADOS UNIDOS Y EN DOS PAÍSES EXTRANJEROS. EL FBI Y LA BRIGADA DE NARCÓTICOS DEL DEPARTAMENTO DEL TESORO EN COLABORACIÓN CON SCOTLAND YARD Y LA BRIGADA DE LA OPERACIÓN CÓNDOR RECIENTEMENTE FORMADA DE LA POLICÍA MEXICANA COORDINARON LAS REDADAS PARA LAS ONCE EN PUNTO DE LA MAÑANA HORA OFICIAL DEL ESTE. LA OPERACIÓN SE REALIZÓ EN LOS CLUBES LIFESTYLE DE NUEVA YORK, CHICAGO, LOS ÁNGELES Y

LONDRES, EL HOTEL LIFESTYLE DE MAZATLÁN, MÉXICO, EL RETIRO, UNA MISIÓN RELIGIOSA DE MAZATLÁN, Y LA FINCA PARTICULAR DEL SEÑOR ESTEBAN CARRILLO, PRIMO HERMANO DEL GOBERNADOR DE MAZATLÁN. LOS CLUBES Y EL HOTEL LIFESTYLE SON PROPIEDAD DE GARETH BRENDAN PUBLICATIONS, QUE EDITAN LA REVISTA MACHO Y VARIAS OTRAS. SE HAN EFECTUADO NUMEROSAS DETENCIONES Y SE ESPERA QUE SE PRODUZCAN MUCHAS MÁS. LAS DROGAS INCAUTADAS SON HEROÍNA, COCAÍNA, MARIHUANA, ANFETAMINA Y ÁCIDO, EN GRANDES CANTIDADES. SU VALOR EN LA CALLE SE CALCULA ENTRE LOS DOSCIENTOS Y TRESCIENTOS MILLONES DE DÓLARES. LA POLICÍA DE CADA UNA DE ESTAS CIUDADES DECIDIÓ EL CIERRE DE LOS CLUBES LIFESTYLE HASTA QUE CONCLUYAN LAS INVESTIGACIONES.

CONTINUACIÓN CIUDAD DE MÉXICO

LA POLICÍA MEXICANA INFORMA DE TRES MUERTOS Y DOS HERIDOS EN UN TIROTEO DURANTE UNA REDADA POR ASUNTO DE DROGAS. UNA ENCARNIZADA BATALLA A TIROS EN LA QUE SE INTERCAMBIARON MÁS DE DOSCIENTOS DISPAROS TUVO COMO CONSECUENCIA LA MUERTE DE DOS GUARDIAS PRIVADOS QUE TRABAJABAN PARA EL SEÑOR CARRILLO Y EL HERMANO JONATHAN, UN MISIONERO DEL RETIRO. RESULTARON HERIDOS DOS POLICÍAS MEXICANOS. EL HERMANO JONATHAN FUE IDENTIFICADO COMO JOHN SIGNER, ANTIGUO SARGENTO DEL DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE LOS ÁNGELES QUE SE RETIRÓ CUANDO EL DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE LOS ÁNGELES REALIZABA UNA INVESTIGACIÓN SOBRE LAS ACUSACIONES QUE PESABAN SOBRE ÉL POR EXTORSIÓN A TRAFICANTES DE DROGAS. POSTERIORMENTE SE RETIRARON ESTAS ACUSACIONES.

CONTINUACIÓN NUEVA YORK Y WASHINGTON

FUNCIONARIOS DEL DEPARTAMENTO DE JUSTICIA PROMETEN QUE SE ACELERARÁN LOS TRÁMITES PARA EL PROCESO DE LOS DIRECTORES DE LOS CLUBES LIFESTYLE Y DE LOS DEMÁS INDIVIDUOS DETENIDOS EN LA REDADA QUE SE EFECTUÓ ESTA MAÑANA Y QUE CONDUJO A LA CONFISCACIÓN DE NARCÓTICOS POR VALOR DE TRESCIENTOS MILLONES DE DÓLARES. UN ALTO FUNCIONARIO DEL DEPARTAMENTO AFIRMA QUE LA BASE DE LA LLAMADA CONEXIÓN MEXICANA PUEDE QUEDAR DEFINITIVAMENTE DESARTICULADA. LA CONEXIÓN MEXICANA SUSTITUYÓ A LA CONEXIÓN FRANCESA DESTRUIDA HACE MÁS DE TRES AÑOS, CON LO QUE FRANCIA DEJÓ DE SER LA FUENTE PRINCIPAL DE SUMINISTRO DE DROGAS A ESTADOS UNIDOS.

CONTINUACIÓN NUEVA YORK

GARETH BRENDAN PUBLICATIONS LTD. PROPIETARIA DE LOS CLUBES Y HOTEL LIFESTYLE CERRADOS HOY TRAS LA GRAN OPERACIÓN ANTIDROGA, EN UNA DE LAS EMISIONES DE MAYOR ÉXITO DE LA HISTORIA RECIENTE HA VENDIDO DOS MILLONES DE ACCIONES AL PÚBLICO POR CIEN MILLONES DE DÓLARES. EL SEÑOR BRENDAN, CON TRES MILLONES DE ACCIONES DE LA EMPRESA AÚN A SU NOMBRE, ES PRESIDENTE Y PRIMER JEFE EJECUTIVO DE LA EMPRESA. LAS ACCIONES APARECERÁN EN BOLSA POR PRIMERA VEZ EL LUNES PRÓXIMO.

Cogí las hojas del teletipo y subí de nuevo a mi habitación. Cuando entré en la *suite*, Eileen estaba despierta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Los teléfonos se han vuelto locos. Todo el mundo quiere hablar contigo.

Le entregué los teletipos.

—Léelo.

—Verita quiere que la llames inmediatamente —dijo ella—. Es urgente.

Asentí, descolgué el teléfono y marqué la línea directa de Venta.

—Gareth —dije.

—¿Te has enterado de la noticia? —Era la primera vez en mucho tiempo que le temblaba la voz.

—Sí. Acabo de enterarme.

—Será mejor que vuelvas lo antes posible. Es como si se hubiese destapado el infierno.

—Iré en el primer vuelo.

Cavilé un momento. Su prometido había sido uno de los criminalistas más prestigiosos de California antes de ser juez.

—¿Crees que tu amigo el juez pueda reunirse conmigo en el aeropuerto cuando llegue?

—Creo que sí.

—Bien. Te diré en qué vuelo voy en cuanto consiga billetes. —No pude evitar la acritud de mi tono de voz—. Julio nos ha jodido.

—¿No has oído las noticias? —Parecía muy sorprendida.

Estaba hasta las narices de noticias.

—¿Qué noticias?

—Julio murió ametrallado cuando salía del garaje hace menos de una hora. Le dispararon dos hombres desde un coche. La policía iba a detenerle y dicen que le mataron para que no hablara.

—Mierda.

Aquello sin duda significaba que Julio no era independiente, tal como hacía creer a los chicanos. Debía de tener relaciones con la mafia. Su eliminación correspondía al estilo de los mafiosos.

—Bien. Volveré a llamarte en cuanto tenga confirmación del vuelo.

Colgué el teléfono. Empezó a sonar inmediatamente. Lo desconecté sin contestar. Luego llamé a la telefonista del hotel.

—No me pase más llamadas hasta nueva orden, no quiero hablar con nadie.

En cuanto colgó, marqué el número de Courtland. Mientras esperaba que se pusiera al teléfono, le dije a Eileen que reservase billetes para el primer vuelo a Los Ángeles y que se lo comunicase a Verita.

—¿Cómo puede suceder una cosa así? —preguntó Courtland.

—No lo sé. Pero vuelo a Los Ángeles para descubrirlo.

—Si esto no se aclara a satisfacción de todo el mundo cuando las acciones se pongan a la venta, el comité rector de la Bolsa no tendrá más alternativa que suspender la operación.

—¿Significa eso que tendremos que devolver el dinero? —pregunté.

Pareció horrorizarse.

—No se hacen cosas así en Wall Street. Nosotros cumplimos nuestros compromisos.

Diecisiete millones de dólares de comisión, pensé, pero no dije nada.

—Sin embargo, todo este asunto resulta muy embarazoso —añadió.

—Le tendré informado —dije, y colgué.

Eileen volvió a entrar en la habitación.

—Hay un vuelo a las tres y otro a las cinco. Pero al de las tres no llegaríamos. Tenemos que hacer el equipaje.

—A la mierda el equipaje —dije—. Iremos a las tres.



La hora prevista de llegada a Los Ángeles era las cinco cincuenta y dos, no las cinco cincuenta ni las cinco cincuenta y cinco. Las líneas aéreas tienen una forma propia de calcular el tiempo. Siempre despegan en la unidad de cinco minutos, pero siempre aterrizan en la unidad de cinco minutos más dos. Supongo que tendrían sus razones, pero en este vuelo no importaba. Tuvimos fuertes vientos de cara y llegamos a las seis cuarenta y uno. Miré el reloj y me pregunté qué dirían de esto sus computadoras.

Me recibió en la puerta una multitud de periodistas, reporteros de radio y televisión y dos oficiales del juzgado con una citación cada uno. Una de ellas me emplazaba a comparecer ante el Gran Jurado Federal de Los Ángeles. La otra ante un comité del Congreso sobre el delito organizado en Washington. Ambas eran para el mismo día y casi para la misma hora.

Detrás de los oficiales estaba el juez, Alfonso Moreno. El prometido de Verita era un mexicano delgado y alto de prominente mandíbula y cabello castaño pajizo. Parecía en realidad un vaquero tejano, lo cual era en el fondo. Había nacido en El Paso y jugado al fútbol en el equipo estatal de Texas.

No perdió el tiempo:

—Te aconsejo que hasta que no hayamos tenido tiempo de hablar contestes a todas las preguntas con «no hay comentarios».

Le miré a los ojos.

—Me gustaría hacer una pequeña declaración que redacté en el avión, si estás de acuerdo.

—Déjame verla. —Tomó la nota, la leyó y me la devolvió—. De acuerdo, pero ni una palabra más.

—Gracias.

—Déjame las citaciones —dijo.

Se las di. Se las guardó en el bolsillo de la chaqueta, se volvió a los informadores y alzó las manos. Todos se callaron.

—El señor Brendan tiene una declaración para ustedes.

Y dicho esto, pasé a leer la nota:

—«He vuelto a Los Ángeles para ayudar a las autoridades en la investigación de

este asunto y ponerme a su disposición. Estoy absolutamente seguro de que una vez completada la investigación, descubrirán que ningún empleado de la empresa ni la empresa en sí, se hallan complicados en este asunto.»

Se produjo una confusión de preguntas por parte de los informadores. Oí la voz de un reportero sobre las demás:

—¿Sabe usted que la Comisión de Juego de Nevada retiró la licencia que había solicitado usted para su hotel y su casino, a la espera de los resultados de la investigación?

—Sin comentarios —contesté, sin mirar siquiera al juez.

—¿Es cierto —preguntó otro reportero— que pasó usted varios días en el hotel Lifestyle de Mazatlán en compañía de Julio Valdés, el que fue asesinado esta mañana?

—Sin comentarios.

El juez me tomó del brazo. Yo sujeté a Eileen y empezamos a abrirnos paso entre los informadores.

Di idéntica respuesta a todas sus preguntas: «Sin comentarios».

Llegamos por fin a la limusina que estaba aparcada fuera del aeropuerto. Tony arrancó en cuanto se cerró la puerta.

—¿Adónde, jefe? —preguntó, incorporándose al tráfico.

—Verita dijo que fuéramos a su apartamento. Allí estaremos más tranquilos y podremos hablar —dijo el juez.

—De acuerdo —le di a Tony la dirección y me volví al juez—. ¿Es cierto lo de la Comisión de Juego de Nevada?

—Verita me dijo que había recibido un telegrama de la Comisión esta tarde a las tres y media.

Aquello complicaba aún más las cosas.

—Verita quería que regresase rápidamente. ¿Tiene algo especial que decirme?

—No me lo explicó. Dijo que quería hablar primero contigo.

Pero nunca llegaría a hacerlo. Cuando nos detuvimos ante el apartamento del Bulevar Wilshire, adonde Verita se había trasladado para estar más cerca de la oficina, había allí una ambulancia y cuatro coches de la policía. Había también, atravesado en la acera, un cuerpo con una manta.

El juez y yo salimos del coche casi antes de que parase. Nos abrimos paso entre los curiosos hacia la policía. Un muchacho con un perrito en brazos hablaba con un agente, que tomaba notas.

—Yo salía con *Schnapsi* para el paseo de la tarde cuando oí el grito y miré hacia arriba y vi a esta mujer volando hacia mí.

—¿Viste a alguien más allá arriba? —preguntó el policía.

—Qué demonios voy a ver —dijo el muchacho—. Lo único que hice fue retirarme rápidamente para que no me cayera encima.

—¡Dios mío! —la voz del juez era un gemido estrangulado.

Seguí su mirada hasta una pequeña mano que la manta no cubría. En el dedo anular resplandecía un diamante.

—¡Se lo regalé la semana pasada! —exclamó.

Luego su rostro adquirió una palidez verdosa y se lanzó tambaleante hacia la acera. Le agarré por los hombros para que no se cayese y le sostuve mientras lloraba y vomitaba.

cincuenta

El día siguiente fue otro infierno. *Los Angeles Times* publicó un llamativo titular en la primera página: IMPORTANTE EJECUTIVA DE BRENDAN PUBLICATIONS SE SUICIDA, SEGÚN LA POLICÍA.

El subtítular no era mucho mejor: «Verita Velázquez, prima hermana del rey del hampa mexicana que fue ametrallado ayer».

El artículo era una obra maestra de deformación de datos que producía una impresión totalmente falsa y hacía pensar al lector que Verita y Julio formaban parte de una organización única.

Tardamos dos horas en despejar de reporteros la recepción y en estructurar un sistema para impedirles la entrada. Cerramos cuatro de los seis ascensores y tomamos la medida de comprobar la identidad de los visitantes en el vestíbulo de la planta baja.

Por fin se hizo la tranquilidad en la oficina, aunque parecía más un mausoleo que un lugar de trabajo, todos andando de puntillas y hablando en voz baja.

Hasta Shana y Dana estaban abatidas. No jugaban su juego habitual. Aquel día sus nombres correspondían siempre a los que yo les daba.

—El señor Sanders de distribución al teléfono.

—Gracias, Shana —dije descolgando—. ¿Sí, Charlie?

—Tenemos algunos problemas graves, señor Brendan —dijo en tono alterado.

No hacía falta que me lo dijera. Procuré tranquilizar mi voz:

—¿Sí?

—Varios vendedores y distribuidores se niegan a aceptar nuestros envíos del nuevo número de *Macho* y otros nos devuelven los envíos sin abrirlos.

Era un problema grave. Aquella gente era la que llevaba nuestras revistas a los puntos de venta y las ponía al alcance del público.

—¿Cuántos ejemplares se han impreso?

—Cuatro millones quinientos mil.

—¿Cuántos cree usted que quedarán paralizados?

—Según nuestra computadora entre quinientos y setecientos mil.

Eso significaba dos millones de dólares en dinero real sin tener en cuenta los posibles beneficios. La cuestión era grave. Lancé un suspiro. Nada podía hacerse, al menos de momento. Dice un viejo proverbio que una mentira puede recorrer medio mundo mientras la verdad se pone las botas para seguirla. Si yo estuviese en el lugar de aquellos distribuidores, quizá pensase lo mismo. Probablemente no quisiese hacer negocios con quien parecía el mayor traficante de drogas del mundo.

—Tranquilízate, Charlie —dije—. Todo volverá a la normalidad en cuanto este asunto se aclare.

Colgué el teléfono. El intercomunicador volvió a sonar.

—Está aquí Bobby y quiere verle.

—Que pase.

Entró Bobby. Tenía los ojos enrojecidos de llorar.

—¡Oh, Gareth! —gimió—. ¡No puedo creer que haya muerto!

Me levanté y le abracé. Apoyó la cabeza en mi pecho, sollozando como un niño.

—Vamos, cálmate —dije, dándole unos golpecitos en la cabeza.

—¿Por qué demonios se mató? Jamás lo entenderé. Iba a casarse el mes que viene.

—No se mató.

Retrocedió, sorprendido.

—Pero la policía dijo que había sido un suicidio. Dijeron que no había prueba alguna de que hubiese otra persona con ella en el apartamento.

—No me importa lo que digan. —Volví a sentarme.

—Si no se suicidó, ¿quién la mató?

—Creo que los mismos que mataron a Julio. Tengo la sensación de que pensaban que ella y Julio estaban mucho más próximos de lo que estaban en realidad.

Enarcó las cejas.

—¿La Mafia? —dijo.

—No lo sé —contesté—. Pero desde luego intentaré descubrirlo por todos los medios a mi alcance. —Saqué un cigarrillo de la caja que había sobre la mesa y lo encendí—. ¿Está tu padre en la ciudad?

—Sí, está en casa.

Pulsé el botón del intercomunicador.

—Quiero hablar con el reverendo Sam. Está en su casa —desconecté—. Creí que se había librado del hermano Jonathan hace dos años.

—Ya conoces a mi padre. Él solo ve el aspecto bueno de las personas. El hermano Jonathan consiguió convencerle de que Denise era drogadicta y que él había intentado curarla sin conseguirlo.

Sonó el intercomunicador:

—El reverendo Sam al habla.

—Un asunto terrible, Gareth, un asunto terrible —dijo el reverendo Sam, en un tono solidario y comprensivo—. Era una chica encantadora.

—Sí, reverendo Sam. Pero le llamo por lo del hermano Jonathan.

—Asombroso. No podía creer que ese hombre fuese capaz de un engaño así.

—¿Cuánto hace que le conoce usted?

Hubo una breve pausa.

—Veamos... siete, quizá ocho años... ingresó en la misión nada más dejar la policía.

—¿Cómo le conoció usted?

—Me lo envió tu tío John. Me habían amenazado de muerte varias veces y vino a trabajar conmigo como guardaespaldas. Pero luego Dios le iluminó con su luz y

empezó a dedicarse a la misión. Cuando consideramos que las amenazas no eran ya problema, él había alcanzado el segundo plano.

—Comprendo. Gracias, reverendo Sam.

—De nada, Gareth. Si puedo hacer algo por aliviar tu carga, no vaciles en acudir a mí.

—Gracias de nuevo. Adiós, reverendo Sam.

—Adiós, Gareth.

—Tienes razón en lo que dices de tu padre, Bobby. Solo ve el lado bueno de la gente.

Consiguió sonreír:

—El último de los inocentes.

—No, el último no —dije—. El primero.

Cuando se fue, me quedé un rato allí sentado solo, pensando. El hermano Jonathan aún me preocupaba. Impulsivamente avisé a Denise para que viniera.

También ella había estado llorando.

—Pobre Verita. Yo la quería de veras. Tenía un aura tan pura...

—Era una buena chica —dije—. Mira, necesito ayuda. Si lo que te pido te cuesta demasiado trabajo, dímelo. No quiero alterarte.

—Te quiero, Gareth. Haré todo lo que pueda por ayudarte.

—Cuando el hermano Jonathan te tenía en tránsito en el Retiro, ¿era realmente a mí a quien pretendía exorcizar de tu mente?

—Eso parecía —vaciló—. Siempre empezábamos el tránsito de ese modo. Lo primero que me decía era que tenía que sacarte de mi mente y de mi cuerpo.

—¿Y alguna vez habló de alguien más?

—Creo que sí aunque no consigo recordarlo bien. Después de plantear la cuestión tuya, todo parecía volverse confuso.

—Eso es porque te ponía una inyección de pentotal —dije—. Aún había huellas de eso en tu sangre cuando te llevé al hospital. Y tu hepatitis se debía precisamente a que te habían inyectado con una aguja que no estaba esterilizada.

—Ese es el suero de la verdad, ¿no?

—Sí, pero también puede utilizarse como hipnótico. Quizá quisiese desconectarte de algo, hacer que olvidases completamente algo sin que tú siquiera te dieras cuenta de ello.

—No sé qué podría ser. Yo fui su secretaria durante el primer año que estuve allí y mi tarea consistía en controlarlo y archivarlo todo. Era yo, incluso, quien le escribía a máquina los informes.

—¿Informes? ¿A quién se los enviaba?

—Bueno, a mucha gente. Los religiosos al reverendo Sam, por supuesto. Los otros a... los otros... —se interrumpió desconcertada—. Qué extraño... no puedo recordar.

—¿De qué trataban los otros informes?

Se quedó pensando un momento y luego movió la cabeza.

—Tampoco puedo recordarlo.

La contemplé en silencio.

—Lo siento.

—No te preocupes —dije, sonriendo.

—Será mejor que vuelva a mi trabajo.

Esperé a que estuviese cerca de la puerta antes de jugar mi carta.

—¡Lonergan! —dije ásperamente.

No se volvió.

—Lo sé. Ha de recibir la primera copia —dijo maquinalmente, luego continuó hacia la puerta como si no hubiese hablado.

—Adiós, Gareth —dijo, volviéndose.

—Adiós, Denise.

Esperé a que se cerrara la puerta antes de llamar a personal.

Contestó un hombre:

—Aquí Erikson.

—¿Tiene usted copias de las fichas personales de los empleados del club y del hotel, señor Erikson?

—Están en la computadora, señor.

—¿Puedo echarles un vistazo?

—Desde luego, señor. Pero tiene usted que conocer el código.

—Necesito cierta información. ¿Podría venir usted a mi despacho?

—Iré inmediatamente, señor Brendan.

Dos minutos después, estaba junto a mi mesa con un libro de claves en la mano. Y a los diez minutos, yo tenía toda la información que buscaba.

Todo empleado debía dar tres referencias personales antes de ingresar en nómina. Una de las tres referencias aportadas por todos los directores generales y jefes de suministros de los clubs y del hotel, era siempre la de John Lonergan.

Todo empezaba a cuadrar.

Cuando yo había entrado en su coche después de la explosión de aquel pequeño almacén del Bulevar Santa Mónica, había estado a punto de decírmelo. Si él no me hubiese protegido, Julio me habría entregado a los lobos.

Y Dieter lo había dejado implícito de nuevo en México al decirme que sin permiso de mi tío, Julio no podría hacer nada en Los Ángeles, y que Lonergan era el único hombre que podía lograr que Julio dejase de utilizar el aeropuerto.

Julio probablemente no hubiese dejado nunca de utilizarlo. Ni un solo día. Y cuando yo había hecho el acuerdo y adquirido el hotel, Lonergan había conseguido integrarlo todo. Había conseguido organizar el trust unipersonal más rentable de la historia. Trescientos millones de dólares al año con beneficios incorporados a cada operación, desde la manufactura a la distribución.

Y sin desembolsar ni un centavo. Lo había hecho todo con mi dinero.

cincuenta y uno

Eran las seis de la tarde y no había modo de localizar a Lonergan. No estaba en casa, ni en su oficina de Beverly Hills, ni en el Silver Stud. Mi madre había ido aquel día a visitar a una familia a Newport Beach, así que no me fue de ninguna ayuda, de momento. Sin embargo, esperaban que regresase a cenar a casa, de modo que dejé recado para que me llamara en cuanto volviera.

Sonó el intercomunicador:

—Llama el señor Courtland desde Nueva York.

—Trabajan hasta tarde —dije—. Ahí son las nueve.

—Pese a lo que cree la gente, nuestra oficina no se cierra cuando se cierra el comercio —dijo burlonamente—. ¿Algún nuevo acontecimiento?

—Alguno.

—¿Algo de lo que pueda informar a la directiva?

—Creo que no.

—¿Y qué me dice de esa chica que se suicidó? Parece razonable pensar que pueda haber sido el Caballo de Troya para penetrar en su empresa.

—No lo fue.

—Me han llegado rumores de que están devolviendo miles de ejemplares de su revista —dijo.

—Millones.

Guardó silencio unos instantes, sorprendido.

—¿Quiere usted cancelar su presentación en el banquete de los corredores de Bolsa de mañana?

—¿Han retirado su invitación?

—No.

—Entonces estaré allí.

—Solo quería ahorrarle el posible embarazo —dijo—. Muchos de ellos han apoyado fervorosamente sus acciones y ahora pueden sentirse engañados. Quizá adopten una postura agresiva; se sienten muy decepcionados.

—Tampoco yo estoy precisamente contento. Nos veremos mañana. —Colgué y pulsé el intercomunicador.

—¿Sí, señor Brendan?

—Necesito un vuelo para Nueva York esta noche. Tengo que salir entre las doce y las tres de la mañana.

—De acuerdo, señor Brendan —dijo ella—. Está su madre al aparato.

—Hola, mamá.

—Gareth, estoy tan preocupada por ti. —Parecía de veras preocupada.

—Lo siento, mamá.

—¿Cómo pudieron hacerte esas cosas horribles esos mexicanos? Con lo bueno que fuiste con ella, además. La sacaste de aquel trabajo miserable y le diste un puesto tan importante. Desde el día en que oí su voz por teléfono supe que no se podía confiar en ella. Precisamente estuvimos hablando de eso hoy en la comida en el yate de los Fischer. Tienen un yate precioso. Setenta...

—¿Quién hablaba de eso? —pregunté, interrumpiéndola.

—Todos. Pero luego el tío John explicó lo que había pasado en realidad y todos lo sintieron mucho por ti.

—¿Estaba con vosotros el tío John?

—Sí.

—¿Está ahora contigo?

—No. Iba a cenar con alguien.

—¿Con quién?

—Creo que le oí mencionar el nombre de ese agradable joven, Dieter von Halsbach.

—Gracias, mamá. —Colgué sin decir siquiera adiós y pulsé el intercomunicador.

—Compruebe si aún está Marissa en su oficina.

No estaba, así que les dije que intentaran localizarla en casa. La localizaron una media hora después.

—¿Sabes dónde puede estar cenando Dieter? —pregunté.

—No. Le vi en la oficina hacia las cinco y media. Luego se fue con mucha prisa porque tenía una cita importante.

—¿Dónde puede estar ahora?

—Si sé algo de él, te llamaré para decírtelo.

—Gracias.

—Gareth, siento lo de Verita. Espero que no creas lo que dicen los periódicos.

—No lo creo.

—Me alegro. Yo tampoco.

Decidí llamar a Bobby a su casa. Dado que no había secretos en el mundo gay, pensé que podría ayudarme.

—¿Crees que puedes enterarte de dónde está Dieter esta noche? —pregunté.

—Lo intentaré —dijo—. Quizá tarde un rato. ¿Dónde puedo localizarte?

—Estaré en la oficina.

Me llamó a las diez y cuarto. Dieter tenía una reserva en el Greek Chorus.

—¿El Greek Chorus? —repetí.

—Eso mismo. Alquiló una *suite* para toda la noche. Con cena y demás. Nuestro amigo debe tener un buen ligue.

Colgué el teléfono. No tenía sentido. El Greek Chorus era el burdel gay más caro del mundo. Era necesario hacer reservas y el coste mínimo era de quinientos dólares. Se hablaba de una factura de diez mil dólares por velada. Aunque se tratara de un árabe que había llegado en avión solo para pasar allí la noche y había comprado todo

y a todos los que había a la vista.

El Greek Chorus estaba en una mansión que había pertenecido a una antigua estrella de cine en Hollywood Hills. Tony metió el coche en el camino de automóviles y aparcó frente a la puerta principal.

—Espérame aquí —le dije, mientras llamaba al timbre.

Me abrió la puerta un individuo fornido, vestido de esmoquin. Tras él, había otro individuo, también de esmoquin.

—¿Tiene reserva? —preguntó el primero.

—No, pero hace solo unas horas que llegué a la ciudad y me han hablado mucho de este sitio.

—Lo siento —dijo, retrocediendo—. Es necesario hacer reserva.

Hizo ademán de cerrar la puerta. Metí el pie y le pasé un billete de cien dólares.

Lo miró impasible.

Añadí otros cien, luego otros y otros y otros. Me detuve en los quinientos. Si le daba demasiado sería peor.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Gareth.

—Aguarde un momento, señor. Quizá tenga usted reserva y yo no me haya dado cuenta.

Retrocedió y habló con el otro hombre. Luego se volvió a mí.

—Lamento este incidente, señor —dijo, embolsándose los cinco billetes—. Su nombre estaba parcialmente cubierto por una mancha de tinta.

Pasé al interior.

—Se trata solo de una precaución, señor —dijo, parándome—. ¿Querría usted levantar los brazos?

Hice lo que me pedía y me cacheó muy profesionalmente.

—No se permiten aquí armas de fuego ni cuchillos —dijo, disculpándose—. Es para su propia protección y para la de los demás clientes.

Cruzamos el gran vestíbulo de entrada. La elegante mansión de la década de 1920 había sido convertida en un paraíso gay.

—¿Prefiere usted algo especial, señor? —preguntó.

—Bueno, me da igual. Me gustaría verlo todo.

—De acuerdo, señor —dijo, abriendo una puerta.

Cuando oí el rumor de la conversación me di cuenta de lo magnífico que era el aislamiento acústico del lugar.

—Este es el salón, señor. Los precios dependen de la persona que usted elija. Sobre un mínimo de quinientos dólares. Las bebidas y la comida son por cuenta de la casa.

—Gracias —dije. Me detuve un momento adaptando los ojos a aquella difusa luz, luego me dirigí a la barra semicircular que había al fondo de la estancia.

Había grupos de hombres, muchos de ellos desnudos, esparcidos por la habitación

en sofás y tumbonas. Supuse que los vestidos serían clientes como yo; los desnudos me miraban al pasar, pero ninguno hacía insinuaciones obvias.

Atendía la barra un individuo con esmoquin.

—¿Qué desea, señor?

—Whisky con hielo. —Eché sobre la barra un billete de cinco dólares como propina.

—Disculpe, señor —dijo, devolviéndome el billete—. No se admiten propinas. Es usted nuestro invitado, señor.

—Gracias. —Me apoyé en la barra, contemplé el salón y bebí un buen trago de whisky. Luego vi a alguien a quien conocía y sonreí.

Con el vaso en la mano, crucé el salón y me detuve frente al negro desnudo que estaba tendido en el sofá con los ojos cerrados.

—Jack —dije, en voz baja.

King Dong abrió los ojos sorprendido.

—Durmiendo en el trabajo —dije, con una sonrisa.

Se incorporó lentamente.

—¿Qué hace usted aquí, señor Gareth? Nunca pensé que pudiese encontrarle en un sitio así.

—¿Y qué haces tú aquí? —respondí.

—Trabajo aquí una noche por semana. A veces me llevo hasta un billete de los grandes. Merece la pena. No tengo ya mucho trabajo como modelo.

—¿Te interesa ganar buena pasta?

—Yo me apellido dinero.

—¿Recuerdas a aquel mexicano, el rubio? —Me senté en el sofá junto a él—. ¿Está aquí esta noche?

Pasó un individuo de esmoquin al lado.

—Tóqueme un poco —dijo King Dong—. Ese es uno de los vigilantes.

Alcé su aparato. Juro que pesaba como una boa constrictora. El vigilante volvió sobre sus pasos y salió por la puerta.

—Sí, está aquí —dijo King Dong.

—¿Sabes en qué habitación está?

Asintió.

—¿Puedes llevarme hasta allí para verle?

—Para eso habría que subir al piso de arriba. Y el único medio es subir con uno de los muchachos.

—Subiré contigo.

—No sé —dijo, dudoso—. Si esos tipos lo descubren, me liquidan. Son asesinos.

—Nadie lo sabrá. No habrá ningún problema.

—Tendrá que pagarles quinientos.

—De acuerdo.

Su voz sorda retumbó en la habitación:

—No tengas tanta prisa, hombre —dijo, riendo.

—Tengo que tomar un avión —dije, siguiendo con la farsa.

Se levantó, se dirigió hacia la barra. Le seguí.

—Tengo un cliente —dijo al tipo de esmoquin.

El otro no sonrió siquiera:

—Quinientos dólares, por favor.

Dejé los cinco billetes sobre la barra.

—Gracias. —Buscó bajo la barra y sacó una llave con una placa dorada—. Habitación dieciséis.

—¿Está libre la seis o la siete? —preguntó King Dong—. Ya sabe que trabajo mucho peor en una habitación de techo bajo.

El tipo comprobó de nuevo. Sacó otra llave.

—La seis.

—Gracias —dijo King Dong.

Apartó unos cortinajes al fondo del salón y apareció una escalera.

—Tuvimos suerte —murmuró—. Él está en la puerta de al lado, en la habitación cinco.

—¿Necesitaré llave para entrar? —pregunté.

—No —dijo él—. Las puertas nunca se cierran cuando se está utilizando la habitación. A veces hay problemas y tienen que entrar allí deprisa.

Llegamos al primer piso. Se detuvo ante la puerta que tenía un número seis en bronce. Miró a un lado y a otro para asegurarse de que no venía nadie.

—Puede entrar ya —murmuró—. Pero tenga cuidado al salir.

Abrí la puerta contigua y me colé en la habitación. Vi al mismo tiempo que King Dong desaparecía en el número seis.

Estaban encendidas todas las luces. Al fondo, en la cama, estaba Dieter tendido bocabajo. En el suelo, junto a él, había una jeringuilla hipodérmica vacía y un cordón de goma retorcido. Vi las marcas de la aguja en el brazo extendido de Dieter. El futuro conde Von Halsbach era nada menos que heroinómano.

Me acerqué a él, lo tomé por el hombro y le zarandeé. Se movió pero no abrió los ojos. Oí ruido detrás de la cortina que había al otro extremo de la habitación. Me acerqué rápidamente y la abrí.

Tres pares de ojos oscuros me miraban desde una mesa llena de comida. Contemplé sus mugrientos rostros. Eran niños.

—¿Qué pasa? —dijo uno de los chicos, levantándose. Tenía un cuerpecito suave y redondeado. Todos estaban desnudos. Parecían más viejos y no debían tener más de nueve años.

—Nada —dije, moviendo la cabeza.

Se sentó otra vez y siguieron comiendo como si nadie les hubiese interrumpido. Corrí la cortina y volví a la cama.

Zarandeé más fuerte a Dieter. Por fin abrió los ojos, y al cabo de un rato mostró

indicios de reconocirme.

—¿Dónde está Lonergan? —pregunté.

Sacudió la cabeza y luego gruñó.

—Se fue.

—¿Cuánto hace?

—Una hora, media hora. No sé. Yo estaba dormido.

—Vuelve a dormir —dije.

Cerró los ojos de nuevo. Fui hasta la puerta, la abrí levemente y atisbé. El pasillo estaba vacío. Rápidamente, entré en la habitación de al lado.

King Dong estaba sentado al borde de la cama, masturbándose.

—Ya está —dije—. Vámonos.

—Espere un momento —dijo él, buscando una toalla y acabando al mismo tiempo; cerró los ojos—. Aahh —suspiró.

Al cabo de un momento, se levantó. Deshizo un poco la cama.

—Este sigue siendo mi método favorito —dijo, satisfecho, por encima del hombro—. Nadie es capaz de hacérmelo como me lo hago yo.

Después de revolver la ropa de la cama, dejó tirada en medio la toalla.

—Vale, ya podemos irnos. No quería correr ningún riesgo. Si todo estuviese demasiado limpio, sospecharían.

—Puedes recoger tus mil dólares mañana en mi oficina —dije, siguiéndole escaleras abajo.

El individuo de la puerta hizo una inclinación.

—Confío en que todo haya sido de su agrado, señor.

—Todo fue magnífico —dije.

—Gracias, señor. Vuelva a visitarnos, por favor.

Tony puso en marcha el motor mientras yo entraba. Miré el reloj del coche. Las doce y diez. Sabía exactamente dónde encontrar a Lonergan a aquella hora.

cincuenta y dos

El Silver Stud estaba tan atestado y ruidoso como siempre. Todo parecía igual. Solo era distinta la chica que aporreaba el piano.

Pero al cabo de unos minutos me di cuenta de que había algo diferente. Crucé todo el local sin que nadie me agarrara. Me di cuenta de que estaba haciéndome viejo.

Me detuve frente al Cobrador. Tenía una botella de whisky en la mesa, como siempre. Me miró sonriendo.

—Hola, cuánto tiempo sin verte. —Nos dimos la mano.

—Siéntate y echa un trago. Estábamos esperándote.

Me sirvió un trago.

—¿Está Lonergan? —pregunté.

Bebí un sorbo. El whisky ayudaba.

Asintió.

—Está terminando una reunión. Te verá dentro de unos minutos. ¿Qué te parece la chica del piano? —preguntó, entusiasmado.

—Creo que he oído antes esa canción.

Se echó a reír, mostrando todos los dientes y palmeándose los muslos.

—Me vuelven loco las pianistas, no puedo evitarlo. —Sonó un timbre debajo de la mesa—. Ya puedes subir.

Allí estaba Lonergan, detrás de su mesa. Me miró fríamente.

—Tengo entendido que andabas buscándome.

—He estado buscándote todo el día.

—¿Alguna razón especial? —preguntó suavemente.

—Creo que sabes la razón.

—Dímela.

—Me engañaste. Mataste a Julio y a Verita y a Dios sabe a cuántos más.

—No puedes demostrarlo —dijo, con voz tranquila.

—Así es. Solo quería que tú lo supieras.

—Te salvé el pellejo y monté un tinglado perfecto. Ahora podrás presentarte en el banquete de los corredores en Bolsa de Wall Street y contárselo todo. Dentro de unos días todo se habrá normalizado y estarás libre.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué más quieres?

—Quiero otra vez a Verita. Viva y bien y feliz. Exactamente como la última vez que la vi.

—Eso solo puede hacerlo Dios. Pídeme algo que pueda hacer yo.

—Mierda. Tú y yo jamás nos entenderemos.

—Yo creo que sí te entiendo. Eres como tu padre. Piensas bien, pero por dentro

eres blando. Ninguno de los dos habéis sido nunca lo bastante fuertes para ser hombres de verdad.

—¿Y lo eres tú?

Asintió.

—A mí nadie me quita nada.

—¿Quieres decir que no das nada a nadie?

—Eso es una cuestión semántica.

—Es cuestión de amor —dije.

—¿Qué es eso?

—Si tienes que preguntarlo, nunca lo sabrás.

—¿Tienes algo más que decir?

Negué con un gesto.

—Entonces será mejor que te vayas. Hay mucha distancia de aquí a Nueva York y si no llegas a tiempo al banquete, estás liquidado.

Me dirigía a la puerta. Cruzó mi mente la imagen de los rostros mugrientos de ojos asustados. Me detuve.

—Me gustaría que me dijese algo, tío John —dije.

—¿De qué se trata?

—¿Estabas chupándomela aquel día que mi padre nos encontró en la playa?

Parpadeó, pero vi que palidecía. Era suficiente. Salí de la oficina y bajé la escalera sin mirar atrás.

Luché contra las lágrimas que me quemaban los ojos. Había intentado realmente quererle.

El Cobrador había conseguido llevar a su mesa a la pianista. Cuando pasé me hizo un saludo. Me abrí paso a través del bar. Junto a la puerta había un grupo de muchachos vestidos de cuero. Las lágrimas me nublaban la vista y choqué con uno de ellos.

Retrocedí.

—Perdona —dije.

—No es nada —dijo, ocultando la cara rápidamente. Pero le había reconocido. Vi las letras brillantes claveteadas en el bolsillo del pecho: J. V. KINGS. Era el mismo chicano, lugarteniente de Julio, que me había recogido junto al apartamento de Verita un siglo atrás. Vacilé un momento, pensando en volver y advertir a Lonergan. Pero era su guerra, no la mía. Yo ya había luchado bastante en guerras que no eran mías.

Salí y subí al coche.

—Bueno, Tony —dije—. Ahora vamos al aeropuerto.

Llamé a Eileen desde una cabina del aeropuerto.

—Me voy a Nueva York, no me esperes. Volveré mañana por la noche.

—Buena suerte —dijo ella—. Te quiero.

—Te quiero —dije y colgué.

La ventaja del avión alquilado era que disponía de una cama maravillosamente

cómoda. Dormí durante todo el viaje y cuando salí del avión vi el titular del *New York Daily News*. Lonergan había muerto. Ni siquiera compré el periódico para enterarme de los detalles.

Llegué al banquete cuando estaban sirviendo el postre. Oí el rumor de sorpresa cuando entré en la habitación. Mirando hacia delante sin vacilar, avancé directamente hacia el estrado. Había un asiento vacío con mi nombre junto al centro de la larga mesa.

Poco después, el hombre que estaba a mi lado se levantó y pidió silencio. La conversación se interrumpió y todos miraron atentos.

—Damas y caballeros —dijo sucintamente—, el señor Gareth Brendan.

Hubo un cortés aplauso. Un mar de rostros me contempló en mortal silencio mientras me acercaba al micrófono.

—Señor presidente, damas y caballeros, seré breve. Como ustedes saben, la primera oferta pública de acciones de Gareth Brendan Publications Limited ha constituido un éxito tremendo. Y quiero manifestar mi agradecimiento a todos los que tanto trabajaron para lograr ese éxito. Muchas gracias.

Hice una pausa. El silencio era mortal.

—Pero, por desgracia, han sucedido ciertos hechos que oscurecen el valor de esta oferta. En muchos sentidos, soy un hombre ingenuo. Me gustaría creer que hay entre ustedes algunos que se cuidan aún más de los intereses de sus clientes que de sus propias comisiones.

»El señor Courtland me dijo que la oferta era irrevocable y que solo un hombre podía cancelarla. Yo. Hasta este instante, las acciones y la empresa siguen siendo mías. Por tanto, aprovecho esta oportunidad para informarles que se retira la oferta oficialmente.

Por la habitación se extendió un rumor que me obligó a alzar la voz para que me oyeran.

—Por tanto, para que nadie sufra pérdidas financieras debido a esta oferta, me comprometo a reembolsar todos los gastos legítimos que hayan tenido que hacer los suscriptores en relación con esto. Muchas gracias.

Me volví y caminé hacia la salida. El rumor se elevó de pronto. Vi de pasada la expresión de Courtland. Estaba conmocionado. Cubría su rostro una palidez de diecisiete millones de dólares.

Los informadores que esperaban fuera me agarraban de la chaqueta preguntándome a gritos. Me abrí paso entre ellos y salí sin hacer ningún comentario.

Cuando llegué al hotel, sonaba el teléfono. Era Eileen.

—Me enteré de tu discurso por las noticias —dijo—. Estoy muy orgullosa de ti.

—No sé. Quizá haya sido un imbécil.

—No. Eres maravilloso. —Su voz cambió—. ¿Te enteraste de lo de tu tío?

—Sí.

—Es horrible.

—No, no lo es —dije, y estaba convencido de ello—. Lonergan ha jodido ya a mucha gente, entre otros a mí. No joderá a nadie más.

No dijo nada.

—Saldré dentro de una media hora. ¿Qué te parece si nos vemos en Las Vegas y nos divertimos un poco?

—¿No has perdido ya bastante dinero hoy?

—Yo no hablo de diversiones de ese tipo. Hablo, por ejemplo, de casarnos.

Hubo un momento de asombrado silencio.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, incrédula.

—Claro que sí. Te quiero.



HAROLD ROBBINS. Francis Kane o Harold Rubin, más conocido por su seudónimo Harold Robbins (Nueva York, 21 de mayo de 1916 - 14 de octubre de 1997), fue un escritor estadounidense de literatura popular, autor de 25 *best-sellers* que vendieron 750 millones de copias y fueron traducidos a más de 30 idiomas.

Al nacer recibió el nombre de Francis Kane, pero quedó huérfano y recibió el nombre adoptivo de Harold Rubin, cuando pasó su infancia en un orfanato. Fue educado en el Instituto George Washington y después de dejar la escuela, trabajó en diversos oficios. Dotado para el comercio, ya a la edad de veinte años había ganado su primer millón de dólares vendiendo azúcar para una multinacional. Sin embargo a principios de la Segunda Guerra Mundial, había perdido su fortuna y se mudó a Hollywood para trabajar en los estudios Universal.

Su primer libro, *No amaras a un extraño* (1948), estaba basado en su propia vida en el orfanato y en las calles de Nueva York y creó gran polémica y controversia por sus gráficas explicaciones sobre la sexualidad. Lo escribió para ganar una apuesta de 100 dólares con un directivo de Universal Pictures y demostrarle que era capaz de escribir un guion más interesante que lo que se hacía en ese momento en la meca del cine. Resultó ser un *best-seller* de gran tirada al que le siguieron más de 20, muchos de los cuales fueron llevados al cine con el correspondiente éxito taquillero.

Robbins aprovechó su experiencia en Hollywood para escribir *Los vendedores de sueños* (1949), basado en la industria cinematográfica, desde sus inicios hasta la era sonora.

Su novela de 1954, *Una lápida para Danny Fisher*, fue adaptada al cine en 1958 con el título *King Creole*, que fue protagonizada por Elvis Presley.

Probablemente su novela más conocida fue *Los insaciables*, que estaba inspirada en la vida del magnate Howard Hughes. En 1995 se publicó su continuación, *The Raiders*.

Robbins se casó cinco veces. Desde 1982 necesitó usar una silla de ruedas, lo cual no impidió que siguiera escribiendo.

Pasó mucho tiempo viviendo en la Riviera francesa y en Montecarlo, hasta que murió por problemas respiratorios el 14 de octubre de 1997. Tenía 81 años. Desde su muerte han aparecido varias novelas inéditas terminadas por otros autores.